

AD
CIÓN



DF28
B2
v. 4
c. 1

011084



1080022387

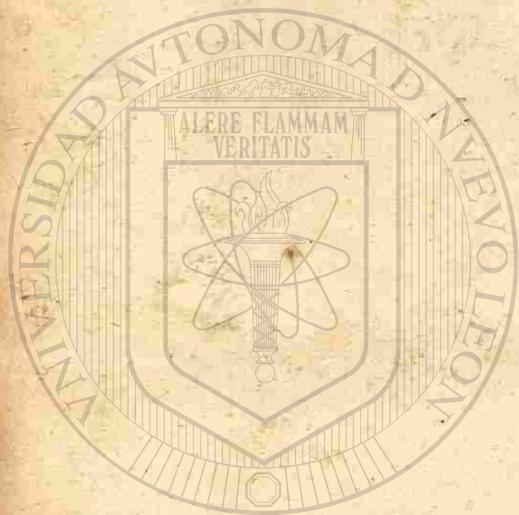


ITER PARA TIVM

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



VIAGE

DEL

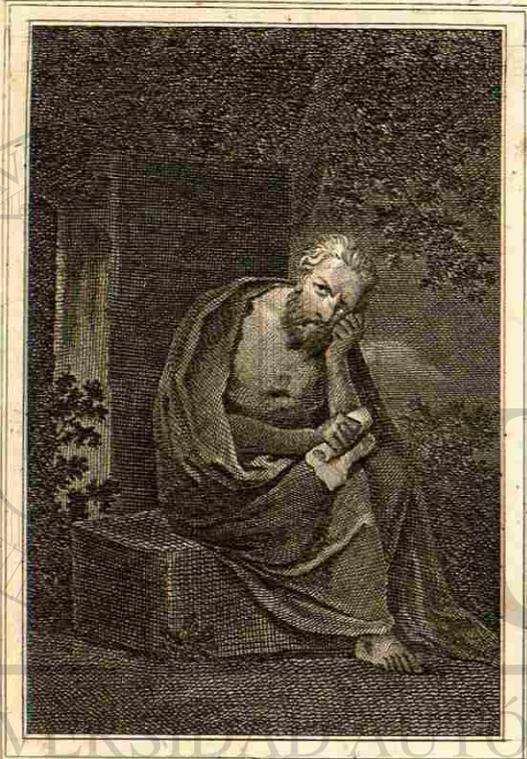
JOVEN ANAGARSIS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Provenza del

Cuando, fide de

LICURGO en Delfos.

VIAGE

DEL JOVEN

ANACARSIS

A LA GRECIA,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE LA ERA VULGAR.

POR

Juan Jacobo Barthelemy.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO.

EDICIÓN REVISTA Y CORREGIDA CON ESmero.

ADORNADA CON 46 LAMINAS, VARIOS PLANES Y UN MAPA GENERAL DE LA GRECIA.

AUMENTADA CON UN

INDICE ALFABETICO DE GEOGRAFIA COMPARADA.

TOMO CUARTO.



Capilla Arzobispal

Biblioteca Universitaria

PARIS,

MEJICO,

47257

LIBRERIA DE ROSA.

LIBRERIA DE GALVAN.

1835.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Telles

VALVERDE Y TELLES

Dfz
B2
V.4

MDLIV

1554



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS

A la Grecia,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE JESUCRISTO.

CAPITULO XXXIX.

CONTINUACION DEL VIAGE A LA ELIDE. XENOFONTE EN ESCILOMTE.

Tenia Xenofonte una casa en Escilonte, ciudad pequeña, á veinte estadios de Olimpia*. Algunos años antes, las turbulencias del Peloponeso le obligaron á ausentarse de ella, y fué á establecerse á Corinto, donde yo le hallé cuando llegué á la Grecia**. Apaciguadas aquellas, vol-

* Cerca de tres cuartos de legua (mas de media legua de España).

** Véase el capítulo IX de esta obra.

IV.

011084

vió á Escilonte *, y al día siguiente á las fiestas fuimos á su casa con Diodoro, su hijo, que nos habia acompañado todo el tiempo que duraron.

La posesion de Xenofonte era considerable: parte de ella la debió á la generosidad de los Lacedemonios, y la otra parte la habia comprado, para consagrarla á Diana, y cumplir de este modo un voto que habia hecho volviendo de Persia. El diezmo del producto lo reservaba para mantener un templo que habia edificado en honor de la diosa, y para un sacrificio pomposo que hacia todos los años.

Cerca del templo hay un vergel que da diversas especies de frutas. El Selino, riachuelo abundante de pesca, pasea lentamente sus aguas cristalinas al pie de una rica colina, entre los prados donde pacen tranquilamente los animales destinados á los sacrificios. Dentro y fuera de la tierra sagrada hay bosques distribuidos en la

* Poco despues de la batalla de Mantinea, sucedida en el año 362 antes de J. C. destruyeron los Eleenses á Escilonte, y Xenofonte tomó el partido de retirarse á Corinto. Aquí es donde le pongo en el capítulo ix de esta obra. Un autor antiguo pretende que murió allí. Sin embargo, Pausanias dice, que se conservaba su sepulcro en el país de Escilonte; y Plutarco afirma, que en este retiro fue donde Xenofonte compuso su historia, que llega hasta el año 337 antes de J. C. Se puede pues suponer, que despues de haber estado algun tiempo en Corinto, volvió á Escilonte, en donde pasó los últimos dias de su vida.

llanura ó sobre los montes, donde se abrigan los corzos, ciervos y jabalies.

En esta mansion venturosa, es donde Xenofonte habia compuesto la mayor parte de sus obras, y donde hacia muchos años que pasaba sus dias, consagrados á la filosofia, á la beneficencia, á la agricultura, á la caza, y á todos los ejercicios que mantienen la libertad del ánimo, y la salud del cuerpo. Su primer cuidado fué proporcionarnos las diversiones propias de nuestra edad, y las que ofrece el campo á otra mas avanzada. Nos enseñó sus caballos, sus plantíos, el orden de su casa, y vimos en todo reducidos á práctica los preceptos que habia sembrado en sus varias obras. Otras veces nos exhortaba á ir á caza, la que continuamente recomendaba á los jóvenes, como el ejercicio mas á propósito para acostumbrarlos á las fatigas de la guerra.

Diodoro nos solia llevar á la caza de codornices, perdices y otras varias especies de aves. Nosotros las sacábamos de sus jaulas, las atábamos entre nuestras redes, y viniendo al canto de ellas las aves de la misma especie, caian en el lazo, y perdian la vida ó la libertad.

Tras estas diversiones venian otras mas vivas y mas variadas. Diodoro tenia variedad de perros, unos para liebres, otros para ciervos, y otros traídos de la Laconia ó de la Lócride, para jabalies. A todos los conocia por su nom-

bres, * y sabia sus defectos y habilidades. Era mas diestro que ninguno en la táctica de esta especie de guerra, y hablaba de ella tan bien, como habia escrito su padre. Diré aquí como era la caza de las liebres.

Se habian puesto redes de distintos tamaños en los senderos, y en las bocas extraviadas, por donde el animal podia escaparse. Nosotros salimos vestidos á la ligera, con un palo en la mano. Un cazador soltó un perro; y así que le vió seguir el rastro, soltó los demas, y pronto levantaron la liebre. En este momento todo contribuye á aumentar el interes; los ladridos de los perros, las voces de los cazadores que los animan, las carreras y tretas de la liebre, que en un abrir y cerrar de ojos corre en la llanura y en las colinas, salta las fosas, se mete en los sotos, se descubre y se oculta muchas veces, y al fin va á parar á las redes que la aguardan al paso. Un guarda puesto allí cerca coge la presa, y la presenta á los cazadores, á quienes llama á voces y por señas. En la alegría del triunfo se empieza otra nueva batida; y nosotros haciamos muchas al dia. La liebre se nos escapaba á veces pasando el Selino á nado.

* Se cuidaba de dar á los perros nombres muy cortos, y compuestos de dos sílabas, como Timos, Locos, Filax, Fonex, Eremon, Psiqué, Hebé, etc.

Con motivo del sacrificio que hacia Xenofonte todos los años á Diana, sus vecinos, así hombres como mugeres, venian á Escilonte. El mismo daba de comer á sus amigos. El tesoro del templo tenia la carga del mantenimiento de los demas espectadores, á quienes se les daba vino, pan, harina, frutas, y una parte de las víctimas sacrificadas; y ademas se le repartian los jabalíes, ciervos y corzos que habia cazado la juventud de los contornos, que para asistir á las diversas cacerías, habian venido á Escilonte algunos dias antes de la fiesta.

Para la caza de jabalíes teniamos venablos, dardos, y redes gordas. Las huellas del animal recién estampadas en la tierra, sus dentelladas impresas en la corteza de los árboles, y otros indicios, nos llevaron á un soto muy espeso. Soltaron un perro de Laconia, que siguió el rastro, y llegado al sitio donde estaba la fiera, nos advirtió su hallazgo con un ladrido. Llamáronle al punto, se tendieron las redes en los regates, y nosotros tomamos nuestros puestos. Llegó el jabalí por donde yo estaba; y lejos de meterse en la red, se paró, y aguantó por algunos momentos la embestida de todos los perros, cuyos ladridos hacian resonar el bosque, y la de los cazadores que se acercaban para tirarle dardos y piedras. Luego al punto se tiró á Mosquion, quien le esperaba á pie firme con el designio de atra-

vesarle; pero se le resbaló el venablo por el lomo, y se le cayó de las manos, por lo cual tomó el partido de echarse al instante en tierra boca abajo.

Yo le creí muerto. Ya el jabali, no hallando presa para levantarle, le pisoteaba, cuando viendo á Diodoro que corria á favorecer á su compañero, se arrojó al punto á este nuevo enemigo, que mas diestro ó mas dichoso que el primero, le metió el venablo por la juntura del brazuelo. Entonces vimos una prueba terrible de la fiereza de este animal; pues aunque herido mortalmente, continuó adelantándose enfurecido contra Diodoro, y él mismo se metió el venablo hasta la empuñadura. En esta accion murieron ó quedaron heridos muchos perros, mas no tantos como en la siguiente en que duró un dia la caza de un jabali. Otros perseguidos por los perros, cayeron en las trampas que estaban cubiertas de ramas.

De esta misma manera matamos muchos ciervos en los dias siguientes. Otros muchos levantamos, y nuestros perros los cansaron tanto, que se paraban á tiro de dardo, ó se tiraban unos á las lagunas, y otros al mar.

Mientras duró la cacería, no se hablaba de otra cosa; y ademas contaban algunos los medios imaginados por diferentes pueblos para cazar leones, panteras, osos, y otras especies de fie-

ras. En ciertas partes echan veneno en las aguas estancadas, y en los alimentos que usan para saciar el hambre y la sed: en otras van gentes de á caballo por la noche, cercan al animal, y al amanecer le acometen, á veces con peligro de la vida. En otras abren un hoyo ancho y profundo, dejando un pilar de tierra en medio, sobre el cual se ata una cabra, y alrededor forman una empalizada impenetrable y sin salida: atraido el animal salvage por el berrido de la cabra, salta la barrera, cae en el hoyo, y no puede volver á salir.

Nos dijeron tambien, que entre los gavilanes y los habitantes de un territorio de la Tracia hay una especie de compañía; de manera que los primeros persiguen á los pajarillos, hasta obligarlos á acercarse al suelo; y los segundos los matan á palos, ó los cogen en redes, y parten la presa con sus asociados. Yo dudo del hecho; mas sin embargo, no seria la primera vez que los mas irreconciliables enemigos se han reunido para no dejar recurso alguno á la debilidad.

Como no hay cosa mas importante que estudiar al hombre grande en su retiro, pasábamos una parte del dia en conversar con Xenofonte, en oírle y preguntarle, y en escudriñar los pormenores de su vida privada. Hallábamos en sus conversaciones la dulzura y elegancia que rei-

nan en sus escritos. Tenia á un mismo tiempo el valor de las cosas grandes, y el de las pequeñas, mucho mas raro y necesario que el primero: debia al uno una firmeza inalterable, y al otro una paciencia invencible.

Algunos años antes estuvo expuesta su fortaleza á la prueba mas dura para un corazon sensible. Grilo, su hijo mayor, que servia en la caballeria ateniense, habia quedado muerto en la batalla de Mantinea; lo que noticiaron á Xenofonte en el momento, en que acompañado de sus amigos y domésticos ofrecia un sacrificio. En medio de esta ceremonia se oyó un rumor confuso y lastimero; acércase el correo, y le dice: los Tebanos han vencido, y Grilo. . . . Un torrente de lágrimas le impidió proseguir. ¿Cómo ha muerto? preguntó el desventurado padre, quitándose la corona que le ceñia la frente. Después de las mayores proezas, y con sentimiento de todo el ejército, respondió el correo. Al oír esto volvió Xenofonte á ponerse la corona, y concluyó el sacrificio. Un día que yo le hablé de esta pérdida, él se contentó con responderme: ¡ay! bien sabia yo que era mortal; y mudó de conversacion.

Otra vez le preguntamos, que cómo habia conocido á Sócrates. Era yo bien joven, respondió, cuando le encontré en una calle muy angosta de Atenas, y cerrándome el paso con su bas-

ton, me preguntó, que dónde se hallaban las cosas necesarias para la vida. — En el mercado, le respondí. — Pero, me volvió él á preguntar, ¿dónde se aprende á ser hombre de bien? — Como yo vacilase, me dijo: venid conmigo, y lo aprendereis. Yo le seguí, y no le dejé hasta que sali para el ejército de Ciro. A mi regreso supe que los Atenienses habian dado la muerte al mas justo de los hombres; y no tuve otro consuelo que trasmitir en mis escritos las pruebas de su inocencia á todas las naciones de la Grecia, y acaso tambien á la posteridad. Ahora no le tengo mayor, que recordar su memoria, y hablar de sus virtudes.

Como nosotros tomábamos parte en tan vivo y tierno interes, nos instruyó por menor del sistema de vida que Sócrates habia abrazado, y nos explicó su doctrina, cual era en realidad, ceñida únicamente á la moral, sin mezcla de dogmas extraños, y sin ninguna de aquellas discusiones de fisica y metafisica que Platon ha prestado á su maestro. ¿Cómo podría yo vituperar á Platon, á quien venero profundamente? Sin embargo, es preciso confesarlo, las opiniones de Sócrates se han de estudiar menos en sus diálogos, que en los de Xenofonte. Procuraré explicarlas en el discurso de esta obra, enriquecida casi en todas sus partes, con las luces que debo á las conversaciones de Escilonte.

Xenofonte, con un entendimiento adornado de conocimientos útiles, y de largo tiempo ejercitado en la meditacion, escribió para hacer mejores á los hombres ilustrándolos; y era tal su amor á la verdad, que no trabajó sobre la política, hasta despues de haber desentrañado la naturaleza de los gobiernos: sobre la historia, sino para contar los hechos que, por lo comun, habia visto: sobre el arte militar, sino despues de haber servido y mandado con la mayor distincion: sobre la moral, sino despues de haber practicado las lecciones que daba á los demas.

Yo he conocido pocos filósofos tan virtuosos, y pocos hombres tan amables. ¡ Con qué condescendencia, con qué agrado respondia á nuestras preguntas! Paseádonos un dia por las márgenes del Selino, Diodoro, Filotas y yo, tuvimos una disputa muy acalorada sobre la tiranía de las pasiones. Ellos defendian que hasta el mismo amor no podia avasallarnos contra nuestra voluntad; y yo defendia lo contrario: en esto llegó Xenofonte; le tomamos por juez, y nos refirió la historia siguiente:

Despues de la batalla en que el gran Ciro triunfó de los Asirios, se repartió el botin, guardando para este príncipe una soberbia tienda, y una cautiva que excedia á todas en belleza; la cual llamábase Pantea, y era reina de la Susiana. Abradates, su esposo, habia ido á la Bactriana á

buscar socorros para el ejército de los Asirios.

Ciro no quiso verla, y confió su guarda á un caballero medo, llamado Araspe, que era joven, y se habia criado con él. Araspe pintó la situacion lastimosa en que estaba la cautiva cuando la vió. Estaba, le dijo, en su tienda, sentada en el suelo, rodeada de sus damas, vestida como una esclava, con la cabeza baja y cubierta con un velo. Mandámosle que se levantase, y todas sus damas se levantaron á un tiempo. Uno de nosotros con la mira de consolarla, le dijo: sabemos que vuestro esposo ha merecido vuestro amor por sus recomendables prendas; pero Ciro, á quien estais destinada, es el príncipe mas cumplido del Oriente. A estas palabras desgarró el velo, y sus sollozos, mezclados con los ayes de las que la acompañaban, nos pintaron todo el horror de su situacion. Tuvimos entonces mas tiempo para mirarla, y podemos aseguraros, que jamas ha producido el Asia hermosura igual; de lo que vos mismo juzgareis en breve.

No; dijo Ciro, lo que me decis, es un motivo mas para que yo evite su presencia: si la veo una vez, querré verla otra, y me expongo á olvidar á su lado el cuidar de mi gloria y de mis conquistas. ¿ Y pensais vos, replicó el joven medo, que la belleza ejerce su imperio con tanta fuerza, que pueda apartarnos de nuestro deber á pesar nuestro? ¿ Pues por qué no avasalla

igualmente todos los corazones? ¿De dónde nace el que no nos atreveríamos á echar nuestras miradas incestuosas sobre aquellas á quienes debemos el ser, ó lo deben á nosotros? De que nos lo prohíbe la ley. Luego esta es mas fuerte que el amor. Pero si nos ordenase ser insensibles á la hambre y á la sed, al frio y al calor, sus órdenes ocasionarian la rebelion de todos los sentidos. Viene esto de que la naturaleza es mas fuerte que la ley, y por eso, nada podria resistir al amor, si fuese invencible por si mismo; y no amamos, sino cuando queremos amar.

Si es el hombre dueño de imponerse ó no este yugo, dijo *Ciro*, lo seria tambien de sacudirlo. Entre tanto, yo he visto amantes verter lágrimas de dolor por la pérdida de su libertad, y agitarse entre las cadenas, que no podian romper ni llevar.

Esos serian, respondió el joven, del número de aquellos corazones cobardes, que reputan crimen del amor su propia debilidad. Las almas generosas someten sus pasiones á su deber.

¡*Araspe!* ¡*Araspe!* dijo *Ciro* retirándose, no veais á la princesa tan á menudo.

Reunia *Pantea* á las perfecciones del rostro, las calidades que dan mas atractivo á la desgracia. *Araspe* creyó de su deber el obsequiarla, en lo que se esmeraba sin advertirlo; y como ella correspondia con la atencion que no podia

negarle, confundió *Araspe* estas expresiones de agradecimiento con el deseo de agradar, é insensiblemente se enamoró tanto de ella, que ya no pudo guardar silencio. *Pantea* afeó la insinuacion sin titubear; pero no dió parte de ello á *Ciro*, hasta que *Araspe* la amenazó de llegar á los últimos extremos.

Ciro mandó decir inmediatamente á su favorito, que debia emplear con la princesa el medio de la persuasion, y no el de la violencia. Este aviso fué un rayo para *Araspe*, quien avergonzado de su conducta, y temeroso de haber desagrado á su señor, estaba tan lleno de rubor y de dolor, que sabedor de ello *Ciro*, le mandó venir á su presencia, y le dijo: «¿por qué temes acercarte á mí? Yo sé muy bien que el amor se burla del saber de los hombres, y del poder de los dioses. Yo mismo no me he libertado de sus tiros, sino huyendo de él. No te imputo una falta, de que yo soy el principal autor: yo soy quien, confiándote la princesa, te expuso á unos riesgos superiores á tus fuerzas. — ¡Y qué, prorumpió el joven medo, mientras mis enemigos triunfan, y mis amigos consternados me aconsejan que huya de vuestra vista, para librarme de vuestra ira; mientras todo el mundo se reúne para abrumarme, es mi rey el que viene á consolarme! ¡O *Ciro!* vos sois siempre igual á vos mismo, siempre indulgente con las

« flaquezas que no teneis, disculpándolas, porque conocéis á los hombres.

« Aprovechémonos de las disposiciones de los ánimos, continuó Ciro. Yo quiero saber cuáles son las fuerzas y proyectos de mis enemigos: pasa á su campo; tu fuga fingida tendrá la apariencia de una desgracia, y te ganará su confianza. — Vuelo allá, respondió Araspe; y me tendré por muy feliz si puedo expiar mi yerro con tan corto servicio. — ¿Pero podrás, le dijo Ciro, separarte de la bella Pantea? — Lo confieso, dijo el joven, mi corazón se despedaza; y ahora conozco claramente, que hay en nosotros dos almas, una que nos inclina continuamente al mal, y otra al bien. Hasta ahora me dejé llevar de la primera; pero fortalecido con vuestra ayuda, va la segunda á triunfar de su rival. » Araspe recibió luego órdenes reservadas, y partió para el ejército de los Asirios.

Dicho esto, calló Xenofonte. Nosotros quedamos sorprendidos, y entonces añadió: ¿No está resuelta ya la cuestion? — Si, respondió Filotas; pero no está acabada la historia, que nos interesa más que la cuestion. Sonrióse Xenofonte, y continuó de esta manera:

Sabedora Pantea del retiro de Araspe, envió á decir á Ciro, que ella podia proporcionarle un amigo mas fiel, y acaso mas útil que aquel joven

favorito. Decíalo por Abradates, á quien ella queria apartar del servicio del rey de Asiria, de quien tenia motivo de estar descontento. Habiendo dado Ciro su consentimiento á esta negociacion, se acercó Abradates al ejército de los Persas, al frente de dos mil caballos, y Ciro mandó introducirle inmediatamente en el aposento de Pantea. En aquel desorden de ideas y de sentimientos que produce una dicha largo tiempo deseada, y casi sin esperanza, le contó Pantea su cautividad, sus penas, los proyectos de Araspe, y la generosidad de Ciro; y su esposo, impaciente por expresar su gratitud, corrió al principe, y apretándole la mano, le dijo: « ¡ó Ciro! por todo cuanto os debo, no puedo ofreceros mas que mi amistad, mis servicios y mis soldados. Pero estad bien seguro de que, sean vuestros proyectos los que fueren, Abradates será siempre su mas firme apoyo. » Ciro recibió con júbilo sus ofertas, y de acuerdo formaron el plan de la batalla.

Las tropas de los Asirios, de los Lidios, y de una gran parte del Asia, estaban delante del ejército de Ciro. Abradates iba á acometer al temible batallon de los Egipcios: la suerte le habia dado este puesto peligroso, que él mismo habia pedido, y no le hubieran querido ceder los otros generales.

Iba á montar en su carro, cuando vino Pantea

á presentarle las armas que ella le habia hecho aprestar ocultamente, y en las cuales se veian los despojos de las joyas con que ella se adornaba algunas veces. « Con que me haces el sacrificio hasta de tus joyas, le dijo el principe « enternecido. — ¡Ay! respondió ella, no deseo, « sino que os mostreis hoy á todo el mundo, como siempre me parecis á mi. » Diciendo estas palabras, le vistió las armas brillantes, y sus ojos derramaron lágrimas, que procuraba ocultar.

Quando le vió tomar las riendas, hizo apartarse los circunstantes, y le habló de esta manera: « si ha habido alguna muger que haya « amado á su esposo mil veces más que á si misma, es sin duda la vuestra, y su conducta os « lo debe probar mejor que sus palabras. No obstante la violencia de este sentimiento, querria « mas, y lo juro por los lazos que nos unen, « querria mas morir con vos en el seno del honor, que vivir con un esposo de cuya ignominia tuviera que participar. Acordaos de lo que « debemos á Ciro; acordaos de que yo estaba « entre cadenas, y me sacó de ellas; que estaba « expuesta á una afrenta, y se hizo mi defensor; « acordaos en fin, de que yo le he privado de su « amigo, y que ha creído sobre mi palabra, « hallar otro de mas brío, y sin duda mas fiel, en « mi querido Abradates. »

Alborozado el principe al oír estas palabras, tendió la mano sobre la cabeza de su esposa, y levantando los ojos al cielo, exclamó: « ¡dioses inmortales! haced que yo me muestre en « este dia digno amigo de Ciro, y sobre todo « digno esposo de Pantea. » Al punto subió al carro, sobre el que apenas pudo poner sus trémulos labios esta desolada princesa. Fuera de sí, siguió tras él por la llanura á pasos acelerados; mas echándolo de ver Abradates, la suplicó que se retirase y tuviese aliento. Acercáronse entonces sus eunucos y damas, y la quitaron de la vista de la multitud, que siempre atenta á ella, no habia podido contemplar ni la belleza de Abradates, ni la magnificencia de sus vestidos.

Dióse la batalla cerca del Pactolo. El ejército de Creso quedó derrotado enteramente, el vasto imperio de los Lidios se arruinó en un momento, y el de los Persas se levantó sobre sus ruinas.

El dia que se siguió á la victoria, admirado Ciro de no haber vuelto á ver á Abradates, preguntó por él con inquietud; y uno de sus oficiales le dijo, que este principe, abandonado casi al principio de la accion, por una parte de sus tropas, no por eso habia dejado de acometer con el mayor denuedo á la falange egipciaca; que habia quedado muerto, despues de haber

visto perecer en torno de sí á todos sus amigos; que Pantea habia hecho traer su cuerpo á las márgenes del Pactolo, y estaba ocupada en levantarle un sepulcro.

Penetrado Ciro de dolor, mandó luego llevar allí los preparativos de los funerales que destinó al héroe; y los precedió él mismo: llegó, y vió á la desventurada Pantea sentada en el suelo, cerca del ensangrentado cuerpo de su esposo. Cubriéronse de lágrimas los ojos de Ciro, quien fué á tomar aquella mano que acababa de pelear en su ayuda; pero se le quedó entre las suyas, porque el afilado acero la habia casi cortado toda, en lo mas recio del combate. Creció el enternecimiento de Ciro, y Pantea prorumpió en ayes lastimeros. Coge la mano, y despues de haberla regado con copiosas lágrimas, y dándole mil ardientes besos, procuró reunir la al resto del cuerpo, y pronunció por fin estas palabras, que espiraron sobre sus labios: « ya ves, « Ciro, la desgracia que me persigue; ¿ por qué « quieres ser testigo de ella? Por mí y por tí, ha « perdido la vida. Yo, insensata, queria que « mereciese tu estimacion; y demasiado fiel á « mis consejos, pensó menos en sus intereses « que en los tuyos. ¿ Ha muerto en el campo del « honor, en el seno de la gloria; lo sé: mas al fin « ha muerto, y yo vivo todavía! »

Ciro, despues de haber llorado algun tiempo

en silencio, le respondió: « la victoria ha coro-
« nado su vida, y su fin no podia ser mas glo-
« rioso. Aceptad estos adornos, que deben
« acompañarle á la tumba, y estas víctimas que
« se deben inmolar en su honor. Yo cuidaré de
« consagrar á su memoria un monumento que le
« eternice. Por lo que hace á vos, yo no os aban-
« donaré: respeto mucho vuestras virtudes, y
« vuestras desdichas. Solamente os digo que me
« indiqueis el parage adonde quereis que os lle-
« ven. »

Habiéndole asegurado Pantea, que lo sabia muy pronto, y habiéndose retirado este principe, ella hizo separar de allí á sus eunucos, y llamar á una muger que la habia criado. « Cuida, « le dijo, cuando se hayan cerrado mis ojos, de « cubrir con un mismo velo el cuerpo de mi es- « poso y el mio. » La esclava quiso retraerla con sus ruegos; pero como estos no hacian mas que irritar un dolor muy legitimo, se sentó, llorando cerca de su señora. Entonces tomó Pantea un puñal, se le clavó en el pecho, y tuvo todavía la fortaleza, al espirar, de echar la cabeza sobre el corazon de su esposo.

Sus damas y demas comitiva dieron luego gritos de dolor y desesperacion. Tres de sus eunucos se sacrificaron ellos mismos á los manes de su soberana; y Ciro que al primer aviso de esta desgracia habia acudido allí, lloró de nuevo la

suerte de estos dos esposos, y les hizo levantar una tumba, donde se confundieron sus cenizas.



CAPITULO XL.

VIAGE A MESENIA.

Salimos de Escilonte, y despues de haber atravesado la Trifilia, llegamos á las orillas del Neda, que separa la Elide de la Mesenia.

Con designio de recorrer las costas de esta última provincia, nos embarcamos en el puerto de Ciparisia; y al dia siguiente llegamos á Pilos, situada al pie del monte Egaleo. Las naves hallan un abrigo seguro en su rada, casi enteramente cerrada por la isla Esfacteria. Las inmediacio-

suerte de estos dos esposos, y les hizo levantar una tumba, donde se confundieron sus cenizas.



CAPITULO XL.

VIAGE A MESENIA.

Salimos de Escilonte, y despues de haber atravesado la Triflia, llegamos á las orillas del Neda, que separa la Elide de la Mesenia.

Con designio de recorrer las costas de esta última provincia, nos embarcamos en el puerto de Ciparisia; y al dia siguiente llegamos á Pilos, situada al pie del monte Egaleo. Las naves hallan un abrigo seguro en su rada, casi enteramente cerrada por la isla Esfacteria. Las inmediacio-

nes no ofrecen por todas partes mas que bosques, rocas escarpadas, un terreno esteril, una soledad profunda. Los Lacedemonios, dueños de la Mesenia durante la guerra del Peloponeso, las habian abandonado absolutamente; pero habiéndose apoderado de ellas los Atenienses, se dieron prisa á fortificarlas, y rechazaron por mar y tierra las tropas lacedemonias y sus aliadas. Desde esta época, Pilos, del mismo modo que los demas sitios donde se han degollado los hombres, excita la curiosidad de los viajeros.

Nos enseñaron una estatua de la Victoria, que habian dejado allí los Atenienses, y pasando de aqui á los siglos antiguos, nos decian que el sabio Nestor habia gobernado esta comarea: por mas que quisimos hacer ver, que, segun Homero, reinaba Nestor en la Trifilia, no nos dieron mas respuesta, que enseñarnos la casa de este principe, su retrato y la gruta donde cerraba sus bueyes. Quisimos insistir; pero pronto nos convencimos, de que los pueblos y los particulares, orgullosos de su origen, no siempre quieren que se examinen sus titulos.

Continuando lamiendo la costa hasta el centro del golfo de Mesenia, vimos en Metona* un pozo de agua naturalmente impregnada de particulas de pez, que tiene el olor y color del

Hoy Modon.

bálsamo de Cízico; vimos en Colónides* unos habitantes que, sin tener ni las costumbres ni, la lengua de los Atenienses, pretenden ser descendientes de este pueblo, porque cerca de Atenas hay un lugar llamado Colona; mas lejos un templo de Apolo tan célebre como antiguo, adonde vienen los enfermos á buscar, y creen hallar la salud: mas adelante la ciudad de Coronca, recientemente edificada por orden de Epaminondas; en fin, la embocadura del Pamiso, por donde entramos á todo trapo, porque las naves pueden subir por él hasta diez estadios**.

Este rio es el mayor de los del Peloponeso, no obstante que desde su nacimiento hasta el mar solo se cuentan cien estadios***. Su curso es corto, pero distinguido, por recordar la idea de una vida breve, y llena de dias hermosos. Parece que sus aguas cristalinas no corren sino para la felicidad de todo cuanto le rodea. Los mejores peces del mar vienen á él en todas las estaciones; y por la primavera van siempre á desovar en él.

Al tiempo que abordábamos, vimos unos barcos de muy rara construccion, que navegaban á remo y vela. Acercáronse, y saltaron en tierra

* Hoy Coron.

** Mas de un cuarto de legua (1,522 pasos de España).

*** Cerca de tres leguas y tres cuartos (mas de 5 leguas y cuarto de España).

múchos pasajeros de toda edad y sexo, que hincándose de rodillas, exclamaron: ¡ feliz, mil veces feliz el día que cumple nuestros deseos! ¡ Te regamos con nuestras lágrimas, tierra amada, poseída en otro tiempo por nuestros padres; tierra santa, que cubres las cenizas de nuestros padres! Yo me acerqué á un anciano, que se llamaba Xenocles, y parecia ser el gefe de aquella muchedumbre, al cual pregunté, que quiénes eran, y de donde venian. Aquí veis, me respondió, los descendientes de aquellos Mesenios, á quienes la barbarie de Lacedemonia obligó en otro tiempo á dejar su patria, y guiados por Comon, uno de nuestros abuelos, se refugiaron á las extremidades de la Libia, en un país que no tiene trato con los Griegos. Hemos ignorado por largo tiempo, que Epaminondas habia dado quince años hace la libertad á la Mesenia, y llamado á sus habitantes. Cuando lo supimos, nos detuvieron obstáculos invencibles. La muerte de Epaminondas suspendió otra vez nuestro regreso; y al fin, venimos á gozar de sus beneficios.

Nosotros nos juntamos con estos extranjeros; despues de haber pasado por llanuras fértiles, llegamos á Mesena, que está situada como Corinto al pie de un monte, y es como esta, uno de los baluartes del Peloponeso.

Las murallas de Mesena son de piedra labra-

da, coronadas de almenas, y flanqueadas de torres*, mas fuertes y mas altas que las de Bizancio, de Rodas, y demas ciudades de Grecia, y abrazan en su circuito el monte Itomo. Vimos en lo interior una plaza espaciosa, adornada de templos, estatuas, y de una fuente abundante. Por todas partes se levantan edificios hermosos; y por estos primeros ensayos, se podia juzgar de la magnificencia que Mesena ostentaria en adelante.

Los nuevos habitantes fueron recibidos con suma distincion y agasajo; y al día siguiente fueron á ofrecer sus homenajes al templo de Júpiter, situado sobre la cima de la montaña, en medio de una ciudadela, que reúne los recursos del arte á las ventajas de la posicion.

El monte es de los mas altos, y el templo de los mas antiguos del Peloponeso: aquí es donde, segun dicen, las Ninfas cuidaron de la infancia de Júpiter. La estatua de este dios, obra de Ageladas, está depositada en la casa de un sacerdote, que ejerce el sacerdocio por un solo año, y lo obtiene por eleccion. El que le ocupaba entonces se llamaba Celeno, y habia pasado en Sicilia la mayor parte de su vida.

En este mismo día se celebraba en honor de

* Hace treinta y ocho años, que subsistian todavia cincuenta torres de estas. Las vió M. Fourmont.

Júpiter una fiesta, á la que concurrían todos los pueblos de las inmediaciones, y de las provincias vecinas. Las faldas del monte estaban cubiertas de hombres y mugeres, que venían con ansia de subir á la cima. Nosotros presenciábamos las ceremonias santas, y asistimos á los combates de música, instituidos muchos siglos antes. La alegría de los Mesenios de Libia ofrecía un espectáculo tierno, cuyo interes se aumentó con una circunstancia imprevista. Celeno el sacerdote de Júpiter, vino en conocimiento de que el gefe de una familia de estos desgraciados, era hermano suyo, y no podía separarse de sus brazos. Recordaron las circunstancias funestas que los separaron en otro tiempo; y nosotros pasamos algunos días con estos dos respetables ancianos, y con muchos de sus parientes y amigos.

Desde la casa de Celeno se descubria toda la Mesenia, y se presentaban sus limites por espacio de ochocientos estadios *. La vista se extendía por la parte del norte sobre la Arcadia y la Elide; por la del oeste y el sur sobre el mar é islas vecinas; y por la del este sobre una sierra de montes, que con el nombre de Taigeto, separan esta provincia de la Laconia; y descansaba luego en la perspectiva encerrada en este

* Treinta leguas y cuarto (26 leguas y media de España).

recinto. A diferentes distancias se nos presentaban ricas campiñas, cruzadas de colinas y arroyos, y cubiertas de rebaños y yegudas, que constituyen la riqueza del pais. Yo dije entonces: en el corto número de cultivadores que hemos visto en el camino, conozco que la población de esta provincia, no es proporcionada á su fertilidad. No lo atribuyais, respondió Xenocles, sino á los bárbaros, cuya vista odiosa nos impiden aquellas montañas. Por cuatro siglos enteros los Lacedemonios han asolado la Mesenia, y dejado en patrimonio á sus habitantes, la guerra ó el destierro, la muerte ó la esclavitud.

Nosotros no teníamos mas que una leve idea de estas revoluciones funestas: Xenocles lo conoció, y gimió; y dirigiéndose á su hijo, le dijo: toma tu lira y canta las tres elegias, que se han conservado en mi familia, compuestas las dos primeras por Comon, y la otra por Eucletes mi padre, para aliviar su dolor, y perpetuar la memoria de los males que habia sufrido vuestra patria *. Obedeció el joven, y empezó de esta manera.

* Pausanias habló largamente de estas guerras, siguiendo á Miron de Priena, que habia escrito en prosa, y á Riano de Creta, que escribió en verso. A imitación de este último, he creído que podia yo emplear un estilo, que se acercase á la poesia; pero en lugar de que Riano habia hecho una especie de poema, cuyo he-

ELEGIA PRIMERA.

Sobre la primera guerra de Mesenia *.

Desterrados de la Grecia, extrangeros en los demas pueblos, ningun vínculo teniamos con los hombres, sino el de la compasion esteril que alguna vez se dignaban conceder á nuestras desdichas. ¿Quién hubiera dicho, que despues de andar errantes tanto tiempo sobre las ondas, habiamos de llegar al puerto de las Evespérides, en una comarca que la naturaleza y la paz enriquecen con sus dones preciosos? Aquí la tierra, colmando los deseos del labrador, da cien ve-

roc era Aristómenes, he preferido la forma de elegía, que no exigía una accion como la epopeya, y que otros autores antiguos han elegido para bosquejar las desgracias de las naciones. Así es como Tirteo en sus elegías descubrió parte de las guerras de los Lacedemonios y Mesenios; Calino las que en su tiempo affligieron á los Jonios: Mimnermo la batalla que los Esmirneos dieron á Giges, rey de Lidia.

Atendidas estas consideraciones, he supuesto que los Mesenios refugiados á Libia, acordándose de los desastres de su patria, habian compuesto tres elegías, sobre las tres guerras que la asolaron. He referido los hechos principales con la mayor exactitud posible; y me he tomado la libertad de mezclar algunas ficciones, sobre lo que espero indulgencia.

* Esta guerra tuvo principio en el año 745 antes de J. C., y se acabó el año 725 antes de la misma era.

ces el grano que se ha depositado en ella: los arroyos apacibles serpentean por la llanura, al lado de un valle sombrío, poblado de laureles, mirtos, granados y de toda especie de árboles: mas allá hay arenales ardientes, pueblos bárbaros, y animales feroces; pero nada hay que temamos: no hay entre ellos Lacedemonios.

Los moradores de este hermosísimo asilo, apiadados de nuestros males, nos han ofrecido generoso amparo; pero el dolor va consumiendo nuestros dias, y nuestros débiles placeres aumentan la amargura de nuestro pesar. ¡Ay, cuántas veces vagando por estos deliciosos vergeles, han corrido mis lágrimas, al acordarme de la Mesenia! Venturosas orillas del Pamiso, augustos templos, bosques sagrados, campos regados tantas veces con la sangre de nuestros abuelos; no, jamas os olvidaré. Y vosotros, feroces Esparciatas, yo os juro, en nombre de los cincuenta mil mesenios que habeis dispersado sobre la tierra, un odio tan implacable como vuestra crueldad: os lo juro en nombre de sus descendientes, y en nombre de los corazones sensibles de todos los siglos y de todo el universo.

Desventuradas reliquias de tantos heroes sin ventura, ¡ojalá que mi canto, imitando al de Tirteo y de Arquiloco, resuene incesantemente

en vuestros oídos, como la trompeta que da la señal al guerrero, ó como el trueno que priva de dormir al pusilánime! ¡Ojalá que poniendo ante vuestros ojos, de día y de noche, las sombras amenazadoras de vuestros padres, deje en vuestras almas una herida que mane sangre de día y de noche!

Vivían los Mesenios por muchos siglos, en profunda tranquilidad, en una tierra que bastaba á sus necesidades, al influjo apacible de un cielo continuamente sereno, libres, con leyes sábias, con costumbres sencillas, con reyes que los amaban, y con fiestas risueñas, que eran el desahogo de su trabajo.

De improviso, la alianza que los tenia unidos con los Lacedemonios, recibió agravios fatales: unos á otros se acusan: los ánimos se exasperan, las amenazas suceden á las quejas: la ambicion, que hasta entonces habian tenido encadenada las leyes de Licurgo, ve el momento de romper la cadena, llama á voces á la injusticia y la violencia, se insinúa con esta comitiva infernal en el corazon de los Esparciatas, y hace que juren sobre los altares, no deponer las armas hasta haber avasallado la Mesenia. Ufana con tal triunfo, los lleva á una de las cimas del monte Taigeto, y mostrándoles desde allí los ricos campos que se ofrecian á sus ojos, los introduce en una fortaleza que pertenecía á sus

antiguos aliados, y era el valladar de los dos imperios.

Al llegar esta nueva á los oídos de vuestros abuelos, que no sabian sufrir una afrenta, corrieron todos al palacio del rey. Eufaes ocupaba entonces el trono: oyó el parecer de los principales de la nacion, y su boca era el órgano de la sabiduria: excita el ardor de los Mesenios, pero lo suspende hasta que sea tiempo de emplearlo con seguridad del éxito. Años enteros no bastaron para que un pueblo, dado en extremo á las delicias de una larga paz, se acostumbrase á la disciplina: y en este tiempo aprendió á mirar con serenidad arrebatarle sus mieses los Lacedemonios, y á hacer algunas correrías en la Laconia.

Dos veces pareció que se acercaba el momento de la venganza; dos veces las fuerzas de ambos Estados contendieron entre si; pero la victoria no se atrevió á poner fin á esta gran contienda, y su indecision aceleró la ruina de los Mesenios. Cada dia debilitaban su ejército la pérdida de muchos guerreros, las guarniciones que era preciso mantener en las fortalezas, la desercion de los esclavos, y la epidemia que empezó á desolar la comarca, antes tan floreciente.

En tal apuro, se resolvió atrincherarse sobre el monte Itomo, y consultar el oráculo de Del-

fos. Los sacerdotes, no los dioses, dictaron esta bárbara respuesta: « la salvacion de la Mesenia depende del sacrificio de una doncella de la casa reinante, que ha de elegirse por suerte. »

Las preocupaciones inveteradas, cerraron los ojos para no ver la atrocidad de la obediencia. Traen la urna fatal; la suerte condena á la hija de Licisco, quien al instante la ocultó á la vista de todos, y huyó con ella á Lacedemonia. El guerrero Aristodemo se adelanta al punto, y á pesar del tierno cariño que gemia en lo íntimo de su corazón, presenta su hija al altar; su hija, que estaba prometida á uno de los privados del rey. Acude á su defensa, clama que sin su consentimiento nadie podia disponer de su esposa; y para salvarla llegó al extremo de manchar la inocencia, declarando que el himeneo estaba consumado. El horror de la impostura, el temor de la deshonra, el amor paternal, la salud de la patria, la santidad de su palabra, mil movimientos encontrados agitan con tal violencia el alma de Aristodemo, que no halla alivio sino en la desesperacion. Coge un puñal; su hija cae muerta á sus pies; todos los circunstantes se estremecen. El sacerdote insaciable de crueldades, exclamó: « no es la piedad sino el furor quien ha guiado el brazo del matador: « los dioses piden otra victima. » Otra victima,

clamó el pueblo enfurecido, y se arrojó sobre el desdichado amante, que pereciera si el rey no hubiese apaciguado los ánimos, persuadiéndoles que estaban cumplidas las condiciones del oráculo.

Esparta se obstinaba cada vez mas en su proyecto de la conquista, y lo mostraba con hostilidades frecuentes, y con recacuentos sangrientos. En una de estas batallas, murió el rey Eufaes, y le sucedió Aristodemo: en otra, en que varios pueblos del Peloponeso se habían juntado á los Mesenios, quedaron vencidos nuestros enemigos, y trescientos de ellos cogidos con las armas en la mano, bañaron con su sangre nuestros altares.

El cerco de Itomo proseguía con el mismo teson. Aristodemo lo prolongaba con su vigilancia, su valor, la confianza de sus tropas, y el recuerdo cruel de su hija; hasta que por fin hubo oráculos impostores, y prodigios pavorosos que hicieron vacilar su constancia; y desesperando de la salvacion de la Mesenia, se atravesó con su propia espada, y exhaló el último aliento sobre el sepulcro de su hija.

Todavía se defendieron los sitiados por muchos meses; pero perdidos ya sus generales, y la flor de sus soldados; viéndose sin provisiones ni recursos, abandonaron la fortaleza, retirándose unos á las naciones vecinas, y otros á su

antigua morada, en donde los vencedores los forzaron á jurar la guarda de estos artículos: « nada intentareis contra nuestra autoridad: la-
« brareis vuestras tierras, pero todos los años
« nos habeis de traer la mitad del producto.
« Cuando muera el rey, ó alguno de los princi-
« pales magistrados de Esparta, habeis de pre-
« sentaros de luto, así hombres, como muge-
« res.» Tales fueron las condiciones vilipendio-
sas, que al cabo de una guerra de veinte años, impuso Lacedemonia á vuestros mayores.

ELEGIA SEGUNDA.

Sobre la segunda guerra de Mesenia *.

Vuelvo á salir á la arena, y canto la gloria de aquel heroe, que peleó largo tiempo sobre las ruinas de su patria. ¡Ay! si pudiesen los mortales mudar el orden del destino, sus manos triunfantes hubieran sin duda reparado los ultrajes de una guerra, y de una paz, ambas igualmente odiosas.

¡Qué paz, santos cielos! por espacio de trein-

* Esta guerra empezó el año 684 antes de J. C. y se acabó el año 668 antes de la misma era.

ta y nueve años estuvo siempre agravando el peso de un yugo de hierro, sobre la cabeza de los vencidos, y cansando su constancia con todo género de servidumbre. Sujetos al trabajo penoso, agobiados con el peso de los tributos, que se llevaban á Lacedemonia, forzados á llorar en los funerales de sus tiranos, y sin poder siquiera desahogar su odio, no dejaban á sus hijos mas que desdichas que sufrir, y afrentas que vengar. Los males llegaron á tal punto, que ni los ancianos tenian que temer de la muerte, ni los jóvenes que esperar de la vida.

La vista siempre clavada en la tierra, la levantaron por fin volviéndola á Aristómenes, que descendia de nuestros antiguos reyes, y desde su aurora habia mostrado en su frente, en sus acciones y palabras los rasgos y el caracter de un alma grande. Este principe, rodeado de una juventud impaciente, cuyo valor inflamaba, ó templaba alternativamente, tomó noticias de los pueblos vecinos; y sabedor de que los de Argos y de la Arcadia estaban prontos á darle ayuda, sublevó su nacion, y desde este momento se oyó el clamor de la opresion y de la libertad.

El primer combate se dió en un lugar de la Mesenia, pero el éxito fué dudoso. El valor de Aristómenes brilló de tal manera, que á una voz fué proclamado rey sobre el campo de ba-

talla; honor á que se negó, y á que le daba derecho su nacimiento, y mas todavía sus virtudes.

Puesto al frente de las tropas, intenta atemorizar á los Esparciatas con una accion esclarecida, y depositar en el seno de su capital una prenda del odio que les habia jurado desde su infancia. Marcha á Lacedemonia; entra furtivamente en el templo de Minerva, y cuelga de la pared un escudo, en que estaban escritas estas palabras: «Aristómenes consagra este monumento á la diosa, de los despojos de los Lacedemonios.»

Esparta, con arreglo á la respuesta del oráculo de Delfos, pedia á la sazón á los Atenenses un caudillo para dirigirla en esta guerra. Atenas, que temia contribuir al engrandecimiento de su rival, propuso á Tirteo, poeta oscuro que compensaba lo ridículo de su figura, y los desaires de la fortuna con un talento sublime, que los Atenenses tenian por una especie de frenesi.

Llamado Tirteo, en ayuda de una nacion guerrera, que al punto le puso en el número de sus ciudadanos, sintió elevarse sus sentimientos, y se abandonó enteramente á su alto destino. Sus cantos inflamados inspiraban el desprecio de los peligros y de la muerte: oyéronlos los Lacedemonios, y volaron á la contienda.

No bastan los colores comunes para pintar la

rabia sanguinaria que animaba á las dos naciones, sino que es preciso crearlos nuevos. Como los fuegos del trueno, cuando caen en los abismos del Etna, y los encienden, el volcan se conmueve y brama, levanta sus ondas hirviendo, las vomita abriendo sus costados, las lanza contra los cielos, ostentando atreverse á ellos; indignado de su audacia el rayo, cargado con nuevos fuegos, que ha bebido en la nube, vuelve á bajar mas veloz que el relámpago, descarga repetidos golpes sobre la cima del monte, y despues de haber hecho saltar en trozos las rocas humeando, impone silencio al abismo, y le deja cubierto de cenizas y de ruinas eternas; así Aristómenes, al frente de los mancebos mesenios, se precipita impetuoso sobre la flor de los Esparciatas, capitaneados por el rey Anaxandro. Sus guerreros, á su imitacion, se lanzan como leones furiosos; pero sus esfuerzos se estrellan contra esta masa inmovil y erizada de hierros, donde se han inflamado las pasiones mas violentas, y de donde salen sin cesar los tiros de la muerte. Cubiertos de sangre y de heridas, desesperan de vencer, cuando Aristómenes, multiplicándose en sí mismo y en sus soldados, obliga á ceder al bravo Anaxandro, y á su formidable escuadron: recorre rápidamente los batallones enemigos, aleja á unos con su valor, á otros con su presencia, los dispersa, los persigue, y los

deja en su campo sepultados en profunda consternacion.

Las mugeres de Mesenia celebraron esta victoria con cánticos que nosotros repetimos todavía. Sus esposos alzaron la frente altiva, y el dios de la guerra imprimió sobre su frente amenazadora la venganza y la audacia.

A ti, diosa de la memoria, á ti te tocaba ahora contar cómo unos días tan claros se cubrieron repentinamente con un denso y sombrío velo; mas tus pinturas no ofrecen por lo comun mas que rasgos informes, y colores apagados: los años no traen á lo presente sino residuos de hechos memorables; al modo que las olas del mar, solamente arrojan á las costas, las reliquias de una nave en otro tiempo dueña de los mares. Oid, jóvenes mesenios, escuchad á un testigo mas fidedigno y respetable: yo le vi, yo oí su voz en medio de aquella noche tempestuosa, que dispersó la flota que yo conducía á la Libia.

Arrojado á las costas desconocidas de la isla de Rodas, yo exclamé: ¡ó tierra! tú nos servirás á lo menos de tumba, y no hollarán nuestros huesos los Lacedemonios. Al pronunciar este nombre fatal, yo vi salir torbellinos de llamas y humo de un monumento fúnebre que estaba á mi lado, y alzarse del fondo de la tumba una sombra que profirió estas palabras: ¡quién es el mortal que viene á turbar el reposo de Aristó-

menes, y á encender de nuevo en sus cenizas el odio que aun conserva contra una nacion bárbara? un mesenio, respondí yo alborozado: Comon, el heredero de una familia enlazada en otro tiempo con la vuestra. ¡O Aristómenes! ¡el mayor de los mortales! ¡con que puedo veros y oiros! ¡Dioses! yo os bendigo por la primera vez de mi vida, por haber traído á Rodas, á Comon y á su desgracia. Hijo mio, respondió el heroe, tú los bendecirás toda tu vida: ellos me habian anunciado tu llegada, y me permiten revelarte los secretos de su alta sabiduría. Se acerca el tiempo en que, semejante al astro del dia, que sale brillante de entre una densa nube, volverá la Mesenia á aparecer en el teatro del mundo con nuevo resplandor: el cielo, por avisos secretos, guiará al heroe que ha de realizar este prodigio; pero el destino nos oculta el momento de la ejecucion. A dios, puedes ya partir. Tus compañeros te esperan en Libia; llévalas estas grandes nuevas.

Detente, sombra generosa, repliqué al momento, dignate añadir á tan dulces esperanzas, consuelos mas dulces todavía. Nuestros padres fueron desgraciados: ¡cuán facil es creerlos culpados....! El tiempo ha devorado los titulos de su inocencia, y todas las naciones propagan unas sospechas afrentosas. Aristómenes vendido, errante solo de ciudad en ciudad, muriendo solo

en la isla de Rodas, es un espectáculo poco honroso para los Mesianos.

Ve, parte, vuela, hijo mio, respondió el heroe, levantando la voz; di á toda la tierra, que el valor de vuestros padres fué mas ardiente que los fuegos de la canicula, sus virtudes mas puras que la claridad de los cielos; y si los hombres son todavía sensibles á la piedad, arráncales las lágrimas con la relacion de nuestras desdichas. Escucha:

Esparta no podia sufrir la ignominia de su derrota, y dijo á sus guerreros: vengadme; á sus esclavos, protegedme; á otro esclavo, mas vil que los suyos, cuya cabeza adornaba la diadema: ve de á tus aliados. Este era Aristócrates, que reinaba sobre la nación poderosa de los Arcades, y habia reunido sus tropas á las nuestras.

Acercáronse los dos ejércitos, como dos huracanes que van á disputarse el imperio de los aires. Al aspecto de sus vencedores, buscan en vano los enemigos, en el fondo de su corazon, un resto de valor; y se pinta en sus inquietas miradas el sórdido interes de la vida. Entonces se presenta Tirteo á los soldados, con la confianza y autoridad de un hombre que tiene en sus manos la salud de la patria: brillan sucesivamente á sus ojos pinturas vivas y animadas: la imagen de un heroe, que acaba de repeler al enemigo: la confusa mezcla de voces de alegría y ternura,

que honran su triunfo: el respeto que inspira siempre su presencia: el descanso honroso que goza en su vejez: la imagen, mas tierna todavía, de un joven guerrero, que espira sobre el campo de batalla y de la gloria: las ceremonias augustas, que acompañan sus funerales: los sentimientos y lágrimas de un pueblo entero á vista de su féretro: los ancianos, las mugeres, los niños, que lloran en torno de su tumba: los honores inmortales inseparables de su memoria: tantos objetos y sentimientos, renovados con elocuencia impetuosa, y en un movimiento rápido, inflaman al soldado con un ardor no conocido hasta entonces. Atan al brazo sus nombres y los de sus familias; teniéndose por dichosos si logran un sepulcro distinguido, si la posteridad puede decir un dia al nombrarlos: ¡ estos son los que han muerto por la patria!

Mientras que un poeta fomentaba esta revolucion en el ejército lacedemonio, un rey consumaba su perfidia en el nuestro. Rumores siniestros sembrados por orden suya habian preparado para el envilecimiento á las tropas intimidadas: la señal de la batalla fué la señal de la fuga. Aristócrates mismo los guia por el camino de la infamia; y él es el que abre este camino al través de nuestros batallones, en el momento fatal en que tenian que sostener los esfuerzos de la falange enemiga. En un cerrer de ojos quedó de-

gollada la flor de nuestros guerreros, y subyugada la Mesenia... Mas no, no lo fué: la libertad se habia reservado un asilo en el monte Ira. Allí habian ido á parar los soldados que pudieron escapar de la carniceria, y los ciudadanos ansiosos de evadirse de la esclavitud. Los enemigos forman una linea de circunvalacion al pie del monte; mirándonos con espanto sobre sus cabezas, como los pálidos marineros, cuando descubren en el horizonte aquellas nubes tenebrosas, que abrigaa la tempestad en su seno.

Entonces empezó aquel sitio menos célebre, pero tan digno de ser celebrado como el de Ilión: entonces se renovaron, ó se realizaron todas las hazañas de los antiguos heroes: el rigor de las estaciones se renovó once veces, sin que nunca pudiera cansar la feroz obstinacion de los sitiadores, ni el teson inalterable de los sitiados.

Trescientos mesenios, de valor distinguido, me acompañaban en mis correrías, y fácilmente rompíamos la barrera puesta al pie del monte; y llevábamos el terror hasta las inmediaciones de Esparta. Un dia, cargados ya de botín, fuimos cercados por el ejército enemigo; y le embestimos sin esperanza de vencer. Herido mortalmente perdí el uso de mis sentidos; y pluguiese al cielo que no le hubiera recuperado. ¡Qué perspectiva al volver en mí, cielo justo!

Si repentinamente se hubiera abierto á mis ojos el Tártaro, me hubiera inspirado menos horror.

Halléme sobre un montón de muertos y moribundos, en una mansion tenebrosa, donde no se oian mas que gritos penetrantes, y sollozos sordos: estos eran mis compañeros, mis amigos, que los habian arrojado antes que á mi en una fosa profunda. Yo los llamaba: llorábamos juntos, y mi presencia parecia suavizar sus tormentos. El que yo mas amaba, ¡ó cruel memoria! ¡ó funestísima imagen! ¡ó hijo mio! tú no podrás oirme sin estremecerte; era uno de tus mas cercanos parientes. En algunas palabras que huyeron de sus labios, reconocí que mi caída habia acelerado el momento de su muerte. Estrechándole entre mis brazos, le lavaba con mis ardientes lágrimas, y no habiendo podido detener el último aliento de su vida, errante sobre sus labios, endurecida mi alma con el exceso del dolor, no encontre ya alivio en las lágrimas y sollozos. Mis amigos espiraban, uno tras otro en torno de mí. Por el acento de sus débiles voces, presagiaba el número de instantes que les faltaban de vida, y veía sin inmutarme llegar el momento que ponía fin á sus males. Al fin, oí el último suspiro del último de ellos, y el silencio del sepulcro reinó en el abismo.

Tres veces habia renovado el sol su carrera

desde que ya no me contaban entre los vivos. Inmovil, tendido en el lecho del dolor, envuelto en mi manto, aguardaba con impaciencia aquella muerte, que vendia tan caros sus favores, cuando llegó á mis oidos un ligero rumor: era un animal silvestre*, que se habia metido en el subterraneo por un conducto secreto. Echéle mano: quiso escaparse; y me fui arrastrando tras él. Ignoro el designio que me animaba entonces; porque la vida me parecia el mayor tormento. Un dios sin duda dirigia mis movimientos, y me daba fuerzas. Fui arrastrando largo tiempo por revueltas tortuosas: divisé luz: di libertad á mi guia, y continuando abriéndome paso, salí de la region de las tinieblas, y hallé á los Mesenios llorando mi muerte: al verme se estremeció la montaña con voces de alegría, y al oír la relacion de mi padecer, resonó con gritos de indignacion.

La venganza los siguió al punto: la venganza, que fué cruel como la de los dioses. La Mesenia y la Laconia estaban dia y noche infestadas de enemigos, hambrientos unos de otros. Los Esparcias se derramaban por la llanura, como la llama que devora las mieses; nosotros como un torrente que se lleva las mieses y la llama. Por un aviso dado secretamente, supimos que

* Un zorro

los Corintios venian á socorrer á los Lacedemonios: al favor de las tinieblas entramos en su campo, y de los brazos del sueño pasaron á los de la muerte. ¡Vanas hazañas! ¡engañosas esperanzas! Del inmenso tesoro de los años y de los siglos, hace salir el tiempo, en el momento prefijado, aquellas grandes revoluciones concebidas en el seno de la eternidad; y anunciadas á veces por los oráculos. El de Delfos habia vinculado nuestra pérdida en ciertos presagios que se verificaron; y el adivino Teoclo me advirtió, que tocábamos ya en el momento del desenlace de tantas escenas sangrientas.

Un pastor, esclavo en otro tiempo de Empéramo, general de los Lacedemonios, llevaba todos los dias su rebaño á las márgenes del Neda, que corre por la falda del monte Ira. Amaba este á una muger de Mesenia, cuya casa estaba situada en la falda del monte, é iba á verla siempre que su marido estaba de faccion en nuestro campo. Una noche, que hubo una terrible tormenta, apareció repentinamente el mesenio, y refirió á su muger, atónita al verle volver, que la tempestad y la oscuridad ponian la plaza al abrigo de una sorpresa, que estaban abandonados los puestos, y que yo estaba herido en cama. El pastor, que se habia escondido de la vista del mesenio, oye esta relacion, y va corriendo á contarla al general lacedemonio.

Cansado del dolor y del trabajo, habia yo abandonado mis sentidos á las dulzuras del sueño, cuando se me apareció el genio de la Mesenia, con vestido talar de luto, cubierta la cabeza con un velo; tú duermes, Aristómenes, me dice, tú duermes, y ya las escalas amenazadoras se levantan en torno de la plaza; ya los jóvenes esparciatas se elevan por el aire, ayudados de estas frágiles máquinas: el genio de Lacedemonia me vence: yo le he visto llamar desde lo alto de los muros á sus feroces guerreros, darles la mano, y señalarles los puestos.

Despierto sobresaltado, angustiada el alma, turbada la razon, tan sobrecogido como si hubiera caído el rayo á mi lado. Me echo sobre mis armas; llega mi hijo: ¿donde están los Lacedemonios?— En la plaza, á los pies de los muros: atónitos de su audacia misma, no se atreven á avanzar. Basta, le dije, sígueme. En el camino encontramos á Teoclo, intérprete de los dioses, al valiente Manticlo su hijo, y á otros caudillos, que se reunieron con nosotros. Volad, les dije, tocad al arma, anunciad á los Mesenios, que mañana al amanecer verán á sus generales en medio de los enemigos.

Llegó el momento fatal: las calles, las casas y los templos, inundados de sangre, resonaron con gritos espantosos. No pudiendo ya los Mesenios oír mi voz, solo escuchan su furor. Las

mugeres los animan al combate, se arman ellas mismas con mil instrumentos de muerte, se precipitan sobre el enemigo, y caen espirando sobre los cuerpos de sus esposos y de sus hijos.

Por tres dias enteros se renovaron estas escenas, á cada paso, á cada momento, al resplandor sombrío de los relámpagos, y al sordo y continuo ruido del trueno; los Lacedemonios, superiores en número, toman alternativamente nuevas fuerzas en los intervalos de descanso; los Mesenios combaten sin cesar, luchan contra el hambre, la sed, el sueño, y el hierro del enemigo.

Al fin del dia tercero, dirigiéndome el adivino Teoclo la palabra, me dijo: «¡ah! ¿de qué sirve tanto valor y tanto padecer? Se acabó la Mesenia: los dioses han decretado su ruina. Salvaos, Aristómenes; y salvad á nuestros desgraciados amigos. A mi no me toca otra cosa, que sepultarme bajo las ruinas de mi patria.» Dicho esto, y arrojándose en medio de la pelea, murió libre y cubierto de gloria.

Facil me hubiera sido imitarle; pero sumiso á la voluntad de los dioses, creí que mi vida podría ser útil y necesaria á tantas víctimas inocentes, que iba á degollar el hierro. Junté las mugeres y los niños, y los rodeé de soldados. Persuadidos los enemigos á que meditábamos

una retirada, abrieron sus filas, y nos dejaron llegar pacíficamente al país de los Arcades*. No hablaré ni del designio que formé de marchar á Lacedemonia y sorprenderla, mientras sus soldados se enriquecían con nuestros despojos sobre el monte Ira; ni de la perfidia del rey Aristócrates, que reveló nuestro secreto á los Lacedemonios. ¡Traidor! convencido ante la junta de la nación, sus súbditos fueron sus verdugos; espiró bajo una nube de dardos, su cuerpo fué llevado á una tierra extraña, y se levantó una columna, que atestiguase su infamia y su castigo.

La fortuna se explicaba lo bastante con este golpe imprevisto. No se trataba ya de inclinarla, sino de medirme yo solo con ella, exponiendo mi cabeza sola á sus golpes. Tributé mis lágrimas á los Mesenios, que no pudieron juntarse conmigo; y me negué á las de los Arcades, que me habian seguido. Querian acompañarme á los mas remotos climas; los Arcades querian partir con ellos sus tierras: deseché todas estas ofertas: mis fieles compañeros, confundidos con una nación numerosa, hubieran perdido su nombre, y la memoria de sus males. Yo les di á mi hijo, otro yo; y sirviéndoles de caudillo, fueron á

* La toma de Ira fué el año primero de la olimpiada veinte y ocho, el año 668 antes de J. C.

Sicilia, donde estarán en depósito hasta el día de la venganza*.

* Pausanias dice, que despues de la toma de Ira, esto es, por los años 668 antes de J. C. los Mesenios, siendo su adalid Gorgo, hijo de Aristómenes, fueron á Italia, juntaron sus armas con las de Anaxilas, tirano de Regio, arrojaron á los habitantes de la ciudad de Zanclé en Sicilia, y dieron á esta ciudad el nombre de Mesena (hoy Mesina).

Esta relacion es formalmente contraria á la de Heródoto y Tucídides. Segun el primero, Dario, hijo de Histaspe, habiendo sujetado la Jonia, que se le habia rebelado, los de Samos y algunos habitantes de Mileto se fueron á Sicilia; y aconsejados por Anaxilas, tirano de Regio, se apoderaron de la ciudad de Zanclé. Esto acaeció hácia el año 495, cerca de 175 años despues de la época que señala Pausanias al reinado de Anaxilas, y á la mudanza del nombre Zanclé en Mesena.

Tucídides refiere que un cuerpo de Samios y de otros Jonios, echados de su país por los Medos, fueron á apoderarse de Zanclé en Sicilia. Añade, que poco despues Anaxilas, tirano de Regio, se hizo dueño de esta ciudad, y le dió el nombre de Mesena, porque él era oriundo de la Mesenia.

El P. Corsini, que desde luego habia sospechado que pudiese haber dos Anaxilas, ha convenido, despues de un nuevo examen, en que Pausanias habia confundido los tiempos. En efecto, es visible por muchas circunstancias, que Anaxilas reinaba en el tiempo de la batalla de Maraton, que se dió el año 490 antes de J. C. Yo solamente añado dos observaciones á las del P. Corsini.

1ª Antes de esta batalla hubo en Mesenia una sublevacion de que no habla Pausanias, y que fué parte para que los Lacedemonios no se hallasen en el combate. El éxito no fué mejor que el de las anteriores; y entonces fué sin duda cuando derrotados los Mesenios, se refugiaron á Anaxilas de Regio, y le persuadieron á que se hiciese dueño de la ciudad de Zanclé, á que despues dieron el nombre de Mesena.

Tras esta cruel separacion, no teniendo nada que temer, y suscitando en todas partes enemigos á los Lacedemonios, recorrí las naciones vecinas. Por fin, resolví pasar al Asia, é interesar en nuestras desgracias á las poderosas naciones de los Lidios y Medos. La muerte, que me sorprendió en Rodas, detuvo los proyectos, que atrayendo estos pueblos al Peloponeso, hubieran acaso mudado el semblante de esta parte de la Grecia.

Dicho esto, calló el heroe, y descendió á la noche del sepulcro. Yo partí al dia siguiente para la Libia.

ELEGIA TERCERA.

Sobre la tercera guerra de Mesenia *.

¡Cuán penosa, cuán dolorosa es la memoria de mi patria! amarga como el ajeno, aguda

* Si fuera verdad, como dice Pausanias, que esta ciudad hubiera mudado su nombre inmediatamente despues de la segunda guerra de Mesenia, se seguiria, que sus antiguas medallas en que se lee *Danclé*, serian anteriores al año 668 antes de J. C., lo cual no puede suponerse si se atiende á la hechura de ellas.

* Esta guerra empezó el año 464 antes de J. C., y acabó en el de 454 antes de la misma era.

como el filo de la espada, me hace insensible al placer y al peligro. Esta mañana me levanté antes que el sol; mis pasos inciertos me han descaminado en el campo: el fresco de la auro-
ra no tenia aliciente para mis sentidos. Dos leones enormes salieron de la selva vecina: su vista no me causaba espanto. Yo no los insulté; y ellos se apartaron. ¡Cruels Esparciatas! ¿qué os hicieron nuestros padres? Despues de la toma de Ira, les distribuisteis tormentos, y embriagados con el triunfo, quisisteis que todos fuesen desdichados con vuestra alegría.

Aristómenes nos ha prometido un porvenir mas favorable; ¿mas quién podrá jamas ahogar en nuestros corazones el sentimiento de los males, de que hemos oido la historia, y de que hemos sido víctimas? Felice tú, Aristómenes, que no fuiste testigo de ellos: tú no viste los habitantes de la Mesenia, arrastrados á la muerte como malhechores, vendidos como viles rebaños; tú no viste sus descendientes sin tener que trasmitir á sus hijos mas que la ignominia del nacimiento. Descansa tranquilamente en la tumba, sombra del mayor de los hombres, y permite que yo deposite en la posteridad las últimas maldades de los Lacedemonios.

Sus magistrados, enemigos del cielo como de la tierra, dan la muerte á los rendidos, arrancándolos del templo de Neptuno. El dios irritado

hiere con su tridente las costas de la Laconia. La tierra se estremece, los abismos se abren, una de las cimas del monte Taigeto cae derrocada al valle, Esparta se desploma enteramente, y solas cinco casas quedan en pie: mas de veinte mil hombres se sepultan bajo sus ruinas; esta es la señal de nuestra libertad, exclamó á una voz la multitud de esclavos. ¡Insensatos! corren á Lacedemonia sin orden ni caudillo; á la vista de un cuerpo de Esparciatas, que juntó el rey Arquidamo, se detienen como los vientos desencadenados por Eolo, luego que se les pone delante el dios de los mares: al ver los Atenieses y otras naciones, que vienen á favorecer á los Lacedemonios, se disipa la mayor parte como los vapores de un lago á los primeros rayos del sol. Mas no en vano han tomado los Mesenios las armas en la mano: una larga esclavitud no ha cambiado la sangre generosa que corre por sus venas, y semejantes al águila cautiva, que después de haber roto sus prisiones, se remonta hasta los cielos; los Mesenios se retiran al monte Itomo, y rechazan vigorosamente las frecuentes embestidas de los Lacedemonios, quienes por fin se vieron precisados á llamar en su auxilio las tropas de los aliados.

Allí vinieron aquellos Atenieses, tan ejercitados en formar asedios. Cimón los manda; Cimón, á quien la victoria ha coronado tantas ve-

ces con laurel inmortal: el brillo de su gloria, y el valor de sus tropas inspiran temor á los sitiados, y terror á los Lacedemonios. Hay quien se atreva á sospechar, que este hombre grande trama una perfidia: con pretextos frívolos se le incita á volverse con su ejército á la Atica, y parte: la Discordia que volaba sobre el recinto del campo, se para, preve las calamidades que iban á llover sobre la Grecia, y sacudiendo la cabeza erizada de serpientes, da ahullidos de gozo, y entre ellos profiere estas terribles palabras:

¡Esparta, Esparta, que no sabes pagar los servicios sino con ultrajes! mira esos guerreros, que vuelven por el camino de su patria, con la ignominia en la frente, y el dolor en el alma. Esos son los mismos, que reunidos poco ha con los tuyos, desbarataron á los Persas en Platea. Ellos acudian á tu defensa, y tú los has cubierto de ignominia; ya no los volverás á ver sino entre tus enemigos. Atenas, ofendida en su orgullo, armará contra tí las naciones*. Tú las sublevarás contra ella. Tu poder y el suyo se chocarán sin cesar, como los vientos impetuosos que se rompen en la nube. Las guerras abortarán guerras. Las treguas no serán mas que suspension del furor. Yo marcharé con las Euménides al

* Guerra del Peloponeso.

011084

frente de los ejércitos : de nuestras encendidas hachas haremos llover sobre ti la peste, el hambre, la violencia, la perfidia, todas las plagas de la ira celeste, y de las pasiones humanas. Yo me vengaré de tus virtudes antiguas, y me burlaré de tus rotas, tanto como de tus victorias. Yo elevaré, y abatiré á tu rival. Te veré á sus rodillas, besando el polvo tu frente humillada. Tú le pedirás la paz, y te negará la paz. Tú destruirás sus muros, tú la hollarás con tus pies, y ambas caeréis á un tiempo, como dos tigres, que despues de haberse desgarrado las entrañas, dan el último aliento al lado uno de otro. Entonces yo te enterraré tanto en el polvo, que no pudiendo el pasajero distinguir tus vestigios, tendrá que bajarse para reconocerte.

He aqui ahora la señal patente que será garante de la verdad de mis palabras. Al décimo año del cerco, tomarás á Itomo : tú querrás exterminar á los Mesenios; pero los dioses que los guardan, para acelerar tu ruina, contendrán ese proyecto sanguinario : tú les dejarás la vida con la condicion de que vayan á gozar de ella á otro clima, y que serán puestos en cadenas, si se atreven á presentarse en su patria. Cuando se cumpla esta prediccion, acuérdate de las demas, y tiembla.

Asi habló el genio maléfico que dilata su poder desde los cielos hasta los infernos. Poco despues

salimos nosotros de Itomo. Todavía era yo niño tierno : la imagen de esta huida precipitada se grabó en mi alma con caracteres indelebles : yo estoy viendo siempre aquellas escenas de horror y de ternura que se ofrecian á mis ojos : una nacion entera, arrojada de sus hogares, vagando al acaso entre unas naciones pasmadas al ver sus desventuras, sin atreverse á aliviarlas : unos guerreros cubiertos de heridas, llevando en sus hombros á los autores de sus dias : las mugeres, sentadas en el suelo, espirando de debilidad, abrazadas con sus hijos : aqui lágrimas, gemidos, y las expresiones mas fuertes de la desesperacion : allá el dolor mudo, y un silencio horroroso. Si estos cuadros se dieran á pintar al mas cruel de los Esparciatas, un resto de piedad haría caer de sus manos el pincel.

Despues de largos y penosos viages, nos arastramos hasta Naupacto, ciudad situada sobre el mar de Crisa, que pertenecía á los Atenienses, y nos la cedieron. Mas de una vez manifestamos nuestro valor contra los enemigos de este pueblo generoso. Yo mismo, en la guerra del Peloponeso, me presenté con un destacamento en las costas de la Mesenia: asolé el pais, y costé lágrimas de rabia á nuestros bárbaros perseguidores; pero los dioses mezclan siempre un veneno oculto á sus favores, y muchas veces la esperanza no es mas que un lazo que tienden á

los desgraciados. Cuando empezábamos á gozar de una suerte tranquila, la armada de Lacedemonia triunfó de la de Atenas, y vino á insultarnos á Naupacto. Al punto saltamos en nuestros barcos: y por una y otra parte no se invocó otra divinidad que al Odio. Jamas se bañó la victoria en mas sangre impura é inocente. ¿Mas qué puede el valor mas intrépido contra la excesiva superioridad del número? vencidos y arrojados de la Grecia, como lo habíamos sido del Peloponeso, la mayor parte huyó á Sicilia y á la Italia. Tres mil hombres me confiaron su destino; y entre las tempestades y los escollos, los traje á estas playas, donde siempre resonarán nuestros fúnebres cánticos.

De este modo dió fin la tercera elegia. El mancebo soltó la lira; y su padre Xenocles añadió, que á poco de haber llegado los Mesenios á Libia, se suscitó en Cirene, capital del pais, una sedicion; y habiéndose juntado con los desterrados, los mas murieron en una batalla. Despues preguntó cómo habia sido la revolucion que le traía á Mesenia; á lo que Celeno respondió de esta manera:

Los Tebanos, acaudillados por Epaminondas, habian batido á los Lacedemonios en Leuctres de Beocia *. Para debilitar por siempre su poder,

* El año 371 antes de J. C.

y dejarlos sin que pudiesen intentar expediciones lejanas, concibió este hombre grande el proyecto de poner cerca de ellos un enemigo, que tuviese grandes injurias que vengar, y con esta mira envió á todas partes convidando á los Mesenios á volver á ver la patria de sus padres. A su voz volamos todos: yo le hallé al frente de un ejército formidable, acompañado de arquitectos, que trazaban el plan de una ciudad, al pie de esta montaña. Habiéndose acercado un momento despues el general de los Argivos, le presentó una urna de bronce, que sobre la fe de un sueño la habia sacado de la tierra, debajo de una yedra y un mirto, que entrelazaban sus débiles ramas. Epaminondas la abrió, y halló dentro unas láminas de plomo, enrolladas en forma de libro, en las que se habian trazado antiguamente los ritos del culto de Ceres y de Proserpina, y en ellas reconoció el monumento, á que estaba anexo el destino de la Mesenia, que Aristómenes lo habia enterrado en el sitio mas oculto del monte Itomo. Este hallazgo, y la favorable respuesta de los augures, imprimieron un caracter religioso á su empresa, favorecida por otra parte por las naciones vecinas, en todos tiempos zelosas de Lacedemonia.

El dia de la consagracion de la ciudad, se reunieron las tropas, y los Arcades presentaron las víctimas: los de Tebas, de Argos y de la

Mesenia ofrecieron separadamente sus ofrendas á sus divinidades tutelares; todos juntos llamaron á los heroes del pais, y les suplicaron vienesen á tomar posesion de sus nuevas moradas. Entre estos nombres, preciosos á la nacion, el de Aristómenes excitó aplausos universales. El primer día se pasó en sacrificios y súplicas: en los siguientes se pusieron, al son de flauta, los cimientos de los muros, de los templos y de las casas. En poco tiempo se acabó la ciudad, y se le dió el nombre de Mesena.

Otros pueblos, añadió Celeno, han andado errantes largo tiempo, lejos de su patria; pero ninguno ha sufrido un destierro tan dilatado como el nuestro: y sin embargo, hemos conservado la lengua y costumbres de nuestros mayores. Diré tambien, que nuestros infortunios nos han hecho mas sensibles. Los Lacedemonios habian dado algunas ciudades nuestras á extranjeros, que á nuestro regreso, han implorado nuestra piedad: quizá tenían títulos para obtenerla; pero aun cuando no los hubieran tenido, ¿cómo la negariamos á los desgraciados?

— ¡Ay! replicó Xenocles, ese caracter dulce y humano es lo que nos perdió en otro tiempo. Vecinos de los Lacedemonios y de los Arcades, sucumbieron nuestros abuelos, bajo el odio de los primeros, por haber hecho poco caso de la amistad de los segundos: porque sin duda igno-

rabán, que la ambicion del reposo requiere tanta actividad como la de las conquistas.

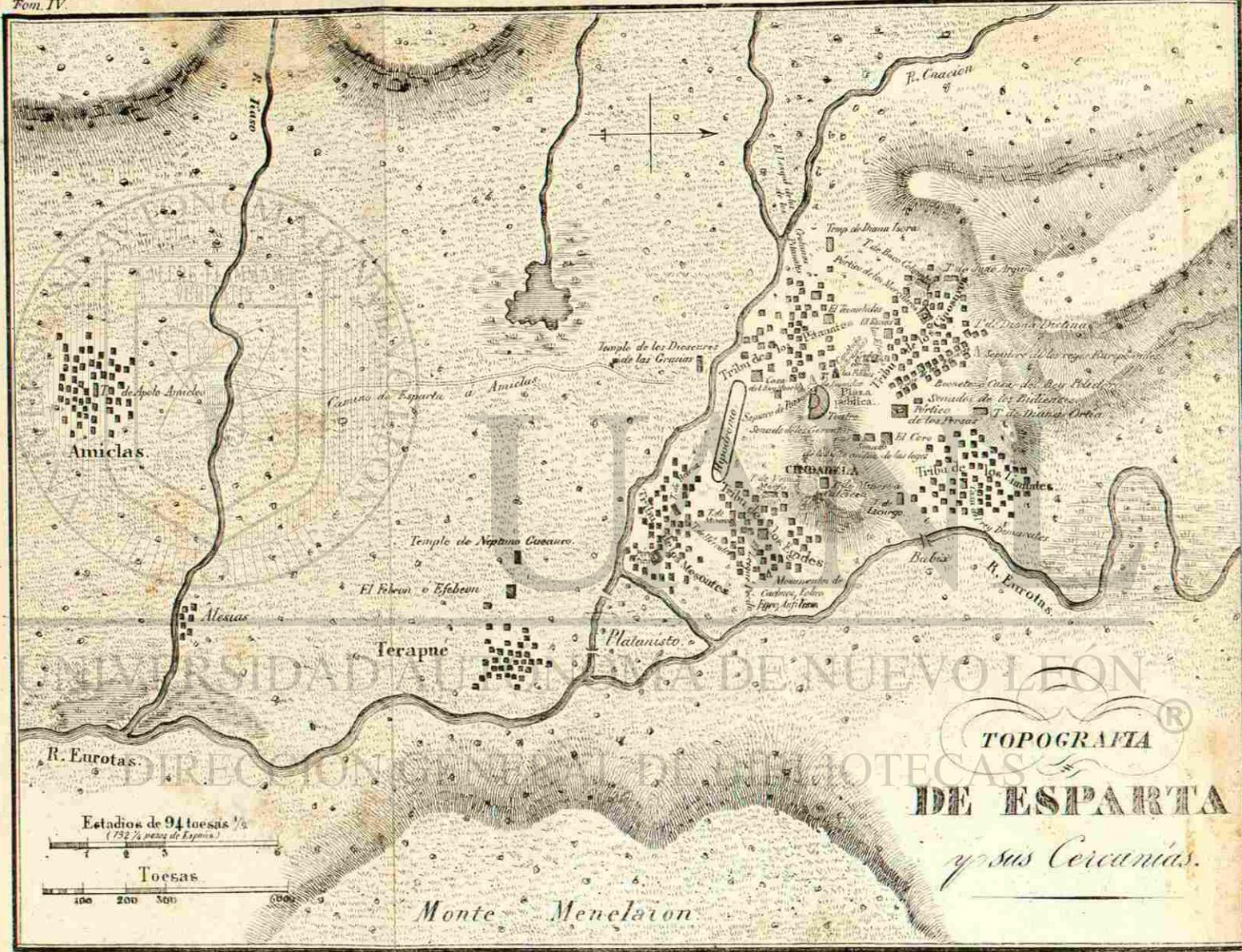
Yo hice á los Mesenios varias preguntas sobre el estado de las ciencias y artes; pero nunca han tenido tiempo de darsé á ellas. En cuanto á su gobierno actual, todavia no habia tomado una forma constante; y el que tenían en el tiempo de sus guerras con los Lacedemonios, era una mezcla de monarquía y oligarquía; pero los negocios se trataban en la junta de la nacion. Acerca del origen de la última casa reinante, se atribuye á Cresfonte, que vino al Peloponeso con los demas Heraclides, ochenta años despues de la guerra de Troya. Tocóle la Mesenia en la reparticion: se casó con Mérope, hija del rey de Arcadia, y fué asesinado con casi todos sus hijos por los principales de su corte, porque amaba mucho al pueblo. La historia ha mirado como un deber el consagrar su memoria, y de condenar á la execracion la de sus asesinos.

Salimos de Mesena, y despues de haber atravesado el Pamiso recorrimos la costa oriental de la provincia. Aquí, como en lo demas de la Grecia, se ve el viagero obligado á sufrir, á cada paso, las genealogias de los dioses, confundidas con las de los hombres. No hay ciudad, rio, fuente, bosque, ni monte, que no tenga el nombre de una ninfa, de un heroe, ó de al-

gun personage mas célebre ahora , que en su tiempo.

Entre las numerosas familias, que en otro tiempo poseian Estados pequeños en Mesenia, la de Esculapio tiene una consideracion distinguida en la opinion pública. Nos enseñaron su templo en la ciudad de Abia; en Gerenia el sepulcro de Macaon su hijo; en Feras el templo de Nicómaco y de Gorgaso su nieto; honrados continuamente con sacrificios, ofrendas, y concurso de enfermos de toda especie.

Mientras nos referian muchas curas milagrosas, uno de estos infelices, próximo ya á dar el último aliento, decia: apenas nació cuando mis padres se fueron á vivir al nacimiento del Pamiso, donde dicen que las aguas de este rio son muy saludables para las enfermedades de los niños: he pasado mi vida al lado de las divinidades benéficas, que distribuyen la salud á los mortales, ya en el templo de Apolo, cerca de la ciudad de Coronea, ya en los lugares donde estoy en el día, sujetándome á las ceremonias prescriptas, sin economizar ni victimas, ni presentes; siempre me aseguraban que estaba sano, y me muero. En efecto espiró al día siguiente.



Estadios de 94 toesas $\frac{1}{3}$
 (732 $\frac{1}{3}$ pasos de España)

Toesas

100 200 300 400

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

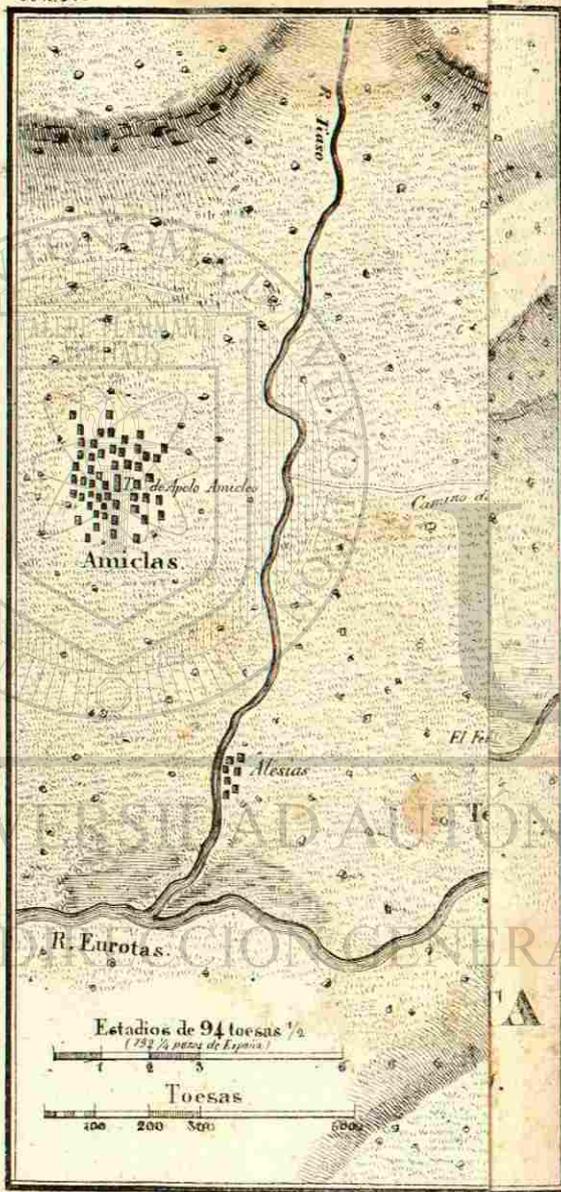
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOPOGRAFIA[®]

DE ESPARTA

y sus Cercanías.

Monte Menelaion



CAPITULO XLI.

VIAGE A LACONIA.

Nos embarcamos en Feras, en una nave que daba la vela para el puerto de Escandea, en la pequeña isla de Citera, situada á la extremidad de la Laconia. A este puerto vienen á parar los barcos mercantes que salen de Egipto y de Africa: de allí se sube á la ciudad, en donde tienen una guarnicion los Lacedemonios: ademas de esto envian todos los años á la isla un magistrado para gobernarla.

Nosotros éramos jóvenes, y teníamos familiaridad con algunos pasajeros de nuestra edad. El nombre de Citera despertaba en nosotros ciertas ideas risueñas: aquí es, donde de tiempo inmemorial, subsiste con lustre el mas antiguo y respetado de los templos consagrados á Venus: aquí es donde la diosa se manifestó, por la primera vez, á los mortales, y los Amores tomaron con ella posesion de esta tierra, hermoseedada aun en el día con las flores, que brotaban en su presencia. Desde entonces se conoce el atractivo de las pláticas sabrosas, y de la tierna sonrisa. ¡Ah! sin duda que en esta region dichosa no tienen los corazones otro afán que el unirse, y pasarán los habitantes sus días en la abundancia y los placeres.

El capitán nos escuchaba con grande admiracion, y nos dijo friamente: esos habitantes comen higos, y queso cocido: tienen tambien vino y miel, pero nada les da la tierra sin el sudor de su rostro, porque el terreno es árido y peñascoso. Además de esto, son tan ansiosos del dinero, que no conocen esa tierna sonrisa. Yo he visto un templo viejo que tienen, edificado antiguamente por los Fenicios, en honor de Venus Urania: su estatua jamas podrá excitar deseos; está cubierta de armas desde la cabeza á los pies. A mí me han dicho tambien, que saliendo la diosa del mar, vino á esta isla; pero

tambien me han dicho, que al punto se huyó á Quipre.

De estas últimas palabras inferimos nosotros, que algunos fenicios habian pasado el mar, y llegado al puerto de Escandea, adonde trajeron el culto de Venus; que este culto se extenderia á los países vecinos, y de aqui nacieron tantas fábulas absurdas, el nacimiento de Venus, su salida del seno de las olas, y su llegada á Citera.

En lugar de ir con nuestro capitán á esta isla, le suplicamos nos dejase en Ténaro, ciudad de Laconia, cuyo puerto es bastante capaz para contener muchas naves: está situada cerca de un cabo del mismo nombre, sobre el cual hay un templo, como le hay en los principales promontorios de la Grecia. Estos objetos de veneracion atraen los votos y ofrendas de los marineros. El de Ténaro, dedicado á Neptuno, está rodeado de un bosque sagrado, que sirve de asilo á los reos: la estatua del dios está á la entrada; y en el fondo se abre una caverna inmensa, muy afamada entre los Griegos.

Se presume que al principio fué la guarida de una serpiente enorme que mató Hércules; la cual confundieron con el perro de Plutón, porque sus heridas eran mortales. Juntóse esta idea á la que ya se tenia, de que la caverna iba á dar á los reinos sombríos, por subterráneos, cuyas

avenidas no nos fué posible descubrir, cuando la vimos.

Aquí veis, nos decia el sacerdote, una de las bocas del infierno. Otras semejantes hay en otros lugares, como en la ciudad de Hermione en la Argólide, de Heraclea en el Ponto, de Aorno en Epiro, de Cumas cerca de Nápoles; mas á pesar de las pretensiones de estos pueblos, nosotros defendemos, que por esta lóbrega caverna es por donde Hércules, sacó al Cerbero, y Orfeo á su esposa.

Pero estas tradiciones os parecerán de menos importancia que el uso de que voy á hablar. Esta caverna tiene un privilegio, de que gozan otras muchas ciudades: y es, que nuestros adivinos vienen á ella á evocar las sombras tranquilas de los muertos, y arrojar al fondo de los abismos las que turban el reposo de los vivos. Hay ceremonias santas que operan estos efectos maravillosos: lo primero es emplear sacrificios, libaciones, oraciones y fórmulas misteriosas: despues es preciso pasar la noche en el templo, y, segun dicen, nunca deja la sombra de aparecer en sueños.

Sobre todo, se cuida mucho de aplacar las almas que ha separado del cuerpo el hierro ó el veneno. Así es, que Calondas vino en otro tiempo por orden de la Pitia á apaciguar los manes irritados del poeta Arquiloco, á quien le habia

quitado la vida. Todavía os citaré un hecho mas reciente: Pausanias, que mandaba el ejército griego en Platea, habia metido el puñal, por un descuido fatal, en el seno de su amada Cleonice, y atormentado continuamente con esta memoria, la veia entre sueños, que le dirigia estas terribles palabras: *el suplicio te aguarda*. Fuése á Heraclea del Ponto; lleváronle los adivinos á la caverna, donde evocan las sombras; y allí vió la de Cleonice, que le predijo, que hallaria en Lacedemonia el término de sus tormentos: fué allá inmediatamente, y habiendo sido declarado por reo, se refugió á una casita, donde le negaron todos los medios de subsistir. Habiendo corrido despues el rumor de que su sombra se oia gemir en los lugares santos, llamaron á los adivinos de Tesalia, que la aplacaron con las ceremonias acostumbradas en semejantes ocasiones. Yo refiero estos prodigios, añadió el sacerdote, mas no salgo fiador de ellos. Tal vez no hallando modo de inspirar el horror debido al homicidio, se ha procedido con buen acuerdo, en mirar el sobresalto que acompaña al crimen, como el ahullido de las sombras que persiguen al culpado.

Yo no sé, dijo entonces Filotas, hasta qué punto se debe ilustrar al pueblo; pero á lo menos es preciso ponerle al abrigo del exceso del error. Los Tesalos dieron en el siglo último una

triste prueba de esta verdad. Tenian su ejército á la vista del de los Focenses, quienes en una noche muy clara destacaron contra el campo enemigo seiscientos hombres untados de yeso; y aunque esta tréta era muy grosera, los Tesalos, que estaban acostumbrados desde la infancia á oír cuentos de apariciones de fantasmas, tuvieron estos soldados por genios celestes, que habian venido al socorro de los Focenses; hicieron poquisima resistencia, y se dejaron degollar como víctimas.

Otra ilusion semejante, respondió el sacerdote, produjo en otro tiempo el mismo efecto en nuestro ejército, cuando estando en la Mesenia, creyó ver á Castor y Polux, que hermo-seaban con su presencia la fiesta que celebraba en su honor. Dos mesenios hermosos, y en la flor de la edad, se dejaron ver al frente del campo, montados sobre soberbios caballos, la lanza en ristre, con una túnica blanca, un manto de púrpura, una gorra puntiaguda, que remataba en una estrella; tales en fin, cuales representan á los dos heroes, que son el objeto de nuestro culto. Entran, y acometiéndolo á los soldados que estaban postrados á sus pies, hacen en ellos una carnicería horrible, y se retiran tranquilamente. Irritados los dioses de esta perfidia, descar-garon luego su ira sobre los Mesenios.

¿Qué es lo que decis de perfidia, le dije yo,

hombres injustos, manchados con todos los crímenes de la ambicion? Yo tenia una alta idea de vuestras leyes; pero vuestras guerras en la Mesenia han impreso una mancha indeleble en vuestra nacion. ¿Os han hecho acaso una relacion fiel, replicó él: seria esta la primera vez que los vencidos hubiesen hecho justicia á los vencedores. Escuchadme un poco.

Cuando los descendientes de Hércules volvieron al Peloponeso, Cresfonte obtuvo por sorpresa el trono de Mesenia; pero asesinado algun tiempo despues, y refugiados sus hijos á Lacedemonia, nos cedieron estos los derechos que tenian á la herencia de su padre. Aunque esta cesion la legitimó la respuesta del oráculo de Delfos, no quisimos hacerla valer en mucho tiempo.

Reinando Teleclo, enviamos, segun era costumbre, un coro de doncellas, conducido por este principe, á presentar ofrendas al templo de Diana Limnea, situado en los confines de la Mesenia y de la Laconia. Deshonradas estas por unos jóvenes de Mesenia, se dieron muerte por no sobrevivir á su ignominia; y el rey mismo pereció por defenderlas. Para disculparse los Mesenios de tan vil atentado, recurrieron á suposiciones absurdas; y Lacedemonia devoró esta afrenta, mas bien que romper la paz. Habiendo agotado su paciencia con nuevos insultos, re-

cordó sus antiguos derechos , y comenzó las hostilidades. Esta fué mas bien una guerra de venganza que de ambicion. Juzgadlo vos mismo por el juramento que hicieron los jóvenes esparciatas de no volver á su casa hasta subyugar la Mesenia, y por el celo con que los ancianos llevaron al cabo esta empresa.

Concluida la primera guerra, las leyes de la Grecia nos autorizaban á poner á los vencidos en el número de los esclavos, pero nos contentamos con imponerles un tributo. Las rebeliones frecuentes que excitaban en la provincia, nos obligaron á darles cadenas despues de la segunda guerra, y al acabarse la tercera á alejarlos de nuestra vecindad. Tan conforme al derecho público de las naciones pareció nuestra conducta, que en los tratados anteriores á la batalla de Leuctres, nunca nos propusieron ni los Griegos ni los Persas dar á la Mesenia la libertad. En cuanto á lo demas, yo no soy mas que un ministro de paz: si mi patria se ve forzada á tomar las armas, la compadezco; y si comete injusticias, la condeno. Cuando empieza la guerra, me estremezco de las crueldades que van á cometer mis semejantes, y pregunto, ¿que por qué son crueles? Pero esto es un arcano de los dioses, y es preciso adorarlos, y callar.

Dejamos á Ténaro, despues de haber visto en sus inmediaciones las canteras, de que se saca

una piedra negra, tan preciosa como el marmol, y fuimos á Gitio, ciudad murada, y fortísima, con un puerto excelente, donde están las flotas de los Lacedemonios, y se reune quanto es necesario para proveerlas. Dista de la ciudad treinta estadios.

La historia de los Lacedemonios ha dado tanto lustre al corto pais que habitan, que ibamos á ver las menores aldeas, y las mas pequeñas ciudades, tanto en las cercanias del seno Lacónico, como en lo interior del pais. Por todas partes nos enseñaban templos, estatuas, columnas, y otros monumentos, la mayor parte de un trabajo tosco, algunos de una antigüedad respetable. En el gimnasio de Asopo fijaron nuestra atención unos huesos humanos de prodigioso tamaño.

Llegados á las márgenes del Eurotas, subimos por su orilla, pasando primero por un valle que riegan sus aguas, y despues por medio de una llanura que se extiende hasta Lacedemonia, el rio corria á nuestra derecha: á la izquierda se levantaba el monte Taigeto, en cuyo pie ha cavado la naturaleza en la peña muchas y espaciosas cuevas.

En Briseas hallamos un templo de Baco, cuya entrada está prohibida á los hombres, y donde las mugeres solas tienen derecho de sacrificar y hacer ciertas ceremonias, que no les es lícito revelar. Antes habiamos visto una ciudad de La-

conia, donde las mugeres están excluidas de los sacrificios que se ofrecen al dios Marte. Desde Briseas nos mostraron sobre la cima del monte vecino, un lugar llamado Taletó, donde entre otros animales, inmolan caballos al sol. Mas allá hay un lugarcillo, cuyos habitantes se glorian de haber inventado las muelas para moler el grano.

A poco se ofreció á nuestros ojos la ciudad de Amiclas, situada sobre la ribera izquierda del Eurotas, distante de Lacedemonia cerca de veinte estadios. Al llegar, vimos sobre una columna la estatua de un atleta que espiró un momento despues de haber recibido en los juegos olímpicos, la corona destinada á los vencedores; al rededor hay muchas tripodes, consagradas por los Lacedemonios á varias divinidades, por sus victorias contra los Atenienses y Mesenios.

Estábamos con gran deseo de ver el templo de Apolo, uno de los mas famosos de la Grecia. La estatua del dios, de cerca de treinta codos de altura*, está toscamente labrada, y se resiente del gusto de los Egipcios: parece una columna de bronce, á la que se le ha pegado una cabeza, cubierta con un casco, dos manos con un arco y una lanza, y dos pies de que no se ven mas que las puntas. Este monumento es antiquísimo; pos-

* Cerca de cuarenta y dos pies y medio nuestros (49 pies y medio de España).

teriormente un artifice llamado Baticles, le colocó sobre una basa en figura de altar, en medio de un trono, que está sostenido por las Horas y por las Gracias. El mismo artista decoró las caras de la basa, y todas las partes del trono, con bajos relieves que representan tantos asuntos, y tienen tanta multitud de figuras, que no se pueden describir sin causar un mortal enfado.

El templo está servido por sacerdotisas, y la primera de ellas toma el nombre de Madre. Cuando muere, se escribe en marmol su nombre, y los años de su sacerdocio. Nos enseñaron las tablas que contienen la sucesion de estas épocas, preciosas para la cronologia, y leimos en ellas el nombre de Laodamea, hija de Amiclas, que reinaba en este pais mas de mil años hace. Otras inscripciones depositadas en estos lugares para hacerlas mas venerables, contienen tratados entre las naciones; muchos decretos de los Lacedemonios, relativos ya á las ceremonias religiosas, ya á las expediciones militares; y votos hechos al dios por los soberanos y por los particulares.

No lejos del templo de Apolo hay otro, cuyo cuerpo no tiene mas de unos diez y siete pies de largo sobre diez y medio de ancho. Cinco piedras toscas y negras de cinco pies de grueso, forman las cuatro paredes y la cubierta, sobre la cual hay otras dos piedras que se

meten mas adentro. Está sentado el edificio sobre tres gradas, cada una de una pieza sola. Sobre la puerta están grabadas con caracteres antiquísimos estas palabras: *Eurotas, rey de los Icteurates, á Onga*. Este principe vivia tres siglos antes de la guerra de Troya. El nombre de Icteurates indica los antiguos habitantes de la Laconia, y el de Onga, una divinidad de Fenicia ó de Egipto; la misma, segun se cree, que la Minerva de los Griegos.

Este edificio, de que nos acordamos mas de una vez en nuestro viage á Egipto, es muchos siglos anterior á todos los mas antiguos de la Grecia. Despues de haber admirado su sencillez y solidez, caimos en una especie de recogimiento, cuya causa quisimos averiguar despues. Esto, decia Filotas, no es mas que efecto de admiracion; porque miramos la suma de los siglos pasados desde la fundacion de este templo, con el mismo asombro que, al llegar al pie de un monte, medimos con la vista su altura respetuosa: la extension de la duracion produce el mismo efecto que la del espacio. Sin embargo, respondí yo, la una deja en nuestras almas cierta impresion de tristeza, que no hemos experimentado nunca al aspecto de la otra; esto es, que en efecto tenemos mas apego á la duracion que á la magnitud; y como todas estas ruinas antiguas son los trofeos del tiempo destructor, llevan á pesar nues-

tro la atencion á la inestabilidad de las cosas humanas. Aquí, por ejemplo, la inscripcion nos ha presentado el nombre de un pueblo, de que no teniamos noticia: este pueblo ha desaparecido, y solo este templo es el único testigo de su existencia, y el único residuo de su naufragio.

Praderas risueñas, y árboles soberbios, adornan las inmediaciones de Amiclas; las frutas son excelentes. Esta es una mansion agradable, muy poblada, y siempre llena de extrangeros, atraidos por la hermosura de sus fiestas, ó por motivos de religion. La dejamos para ir á Lacedemonia.

Nos alojamos en casa de Damonax, á quien nos habia recomendado Xenofonte. Filotas se halló allí con cartas, que le obligaron á partir el dia siguiente para Atenas. No hablaré de Lacedemonia hasta que haya dado una idea general de la provincia.

Por el este y el sur la termina el mar; por el oeste y el norte unos altos montes ó colinas que bajan de ellos, y forman en medio valles agradables. Los montes del oeste se llaman Taigeto. Desde algunas de sus cumbres elevadas sobre las nubes, puede extenderse la vista sobre todo el Peloponeso. Sus costados casi enteramente cubiertos de árboles, sirven de guarida á las cabras monteses, á los osos, jabalies y ciervos.

La naturaleza, que se ha complacido en multiplicar aquí estas especies, parece que ha pro-

porcionado para destruirlas, cierta casta de perros, muy estimados en todos los pueblos, y excelentes principalmente para la caza de jabalíes: son ágiles, vivos, impetuosos, y dotados de un olfato exquisito. Las hembras poseen estas calidades en un grado mayor; pero tienen además otra, y es que suelen vivir hasta doce años, poco más ó menos: la vida de los machos rara vez pasa de los diez. Para tener una casta más ardiente y valerosa, las juntan con perros molosos. Dicese, que por sí mismas se juntan con los zorros, y que de esta unión sale una especie de perros débiles, feos, sin pelo, de nariz puntiaguda, y de inferior calidad á los otros.

Entre los perros de Laconia se distinguen por su hermosura los negros con manchas blancas; los leonados, por su instinto; los castóridos y meneláidos por los nombres Castor y Menelao, que propagaron su especie; porque la caza fué la diversion de los heroes antiguos, después que dejó de serles necesaria. Primeramente fué preciso defenderse de los animales nocivos: luego se les confinó en las regiones silvestres. Cuando se les puso en estado de no poder hacer daño, se quiso más bien tener enemigos que combatir, que vivir ociosos; derramóse la sangre de la inocente paloma, y quedó reconocido que la caza era la imagen de la guerra.

La Laconia tiene difícil entrada por la parte de tierra, pues no se entra sino por colinas escarpadas y desfiladeros fáciles de guardar. En Lacedemonia se ensancha la llanura, y caminando hácia el mediodía, se hallan parages fértiles, aunque en algunos por la escabrosidad del terreno, necesita el cultivo de mucho trabajo. Hay esparcidas en la llanura muchas y altas colinas, hechas á fuerza de brazos, mas comunes en este país que en los vecinos, y construidas antes del nacimiento de las artes, para servir de sepulcros á los principales caudillos de la nación*. Parece que unas masas de tierra semejantes, y destinadas al mismo fin, fueron reemplazadas después en Egipto por las pirámides; y así es que en todas partes y en todos tiempos, el orgullo del hombre se ha juntado por sí mismo con la nada.

En cuanto á las producciones de la Laconia, observaremos que se hallan en ella muchas plantas de que hace uso la medicina: que se coge allí un trigo muy ligero, y de poco alimento: que es menester regar á menudo las higueras, sin temor de perjudicar á la bondad de su fruto; que los higos son más tempranos que en otras partes; y en fin, que en todas las cos-

* Se hallan muchos terraplenes de estos en los países habitados por los antiguos Germanos.

tas de la Laconia, igualmente que en las de Citera, se pesca en abundancia una especie de marisco, del que se saca una tintura de púrpura muy estimada, que se acerca al color de rosa.

La Laconia está expuesta á terremotos. Se dice que en otro tiempo tenia cien ciudades; pero esto era en tiempo en que el mas reducido lugar se honraba con este titulo: todo lo que podemos decir es, que está muy poblada. Por toda la extension de ella discurre el Eurotas, recibiendo los arroyos, ó mas bien, los torrentes que se precipitan de las montañas vecinas. No se le puede vadear en una gran parte del año; pues corre siempre en una madre muy estrecha, y en su misma creciente consiste su mérito en tener mas profundidad que superficie.

En ciertos tiempos está cubierto de cisnes blanquísimos, y casi en toda su ribera hay juncos muy estimados, porque son derechos, altos y de varios colores. Además de otros usos que se hacen de esta planta, los Lacedemonios hacen de ella esteras, y se coronan con ella en algunas fiestas. Con este motivo me acuerdo que declamando un dia un ateniense contra la vanidad de los hombres, me decía: unos débiles juncos han bastado para someterlos, ilustrarlos y amansarlos. Yo le rogué que se explicase; y

añadió: con esta debil materia se han hecho flechas, plumas para escribir, é instrumentos músicos*.

A la derecha del Eurotas, á corta distancia de la orilla, está la ciudad de Lacedemonia, llamada por otro nombre Esparta. No tiene muros, ni mas defensa que el valor de sus habitantes, y algunas alturas que se guarnecen con tropas en caso de ataque. La mas alta de estas eminencias hace veces de ciudadela; y remata en un llano espacioso, donde hay muchos edificios sagrados.

Al rededor de esta colina hay cinco poblaciones, separadas unas de otras por intervalos mayores ó menores, y ocupadas, cada una por una de las cinco tribus de los Esparciatas**.

* Las flautas eran comunmente de cañas.

** En casi todas las ciudades de la Grecia estaban los ciudadanos divididos en tribus. En Atenas habia diez, Cragio supone, que Lacedemonia tenia seis: 1ª la de los Heraclides, 2ª la de los Egides, 3ª la de los Limnates, 4ª la de los Cinosures, 5ª la de los Mesoates, 6ª la de los Pitánates. La existencia de la primera no se prueba con ningún testimonio formal. Cragio no la establece mas que sobre tres débiles conjeturas, y él mismo lo confiesa. Yo creo deber desecharla.

Las otras cinco se mencionan expresamente, ó en los autores, ó en los monnmentos antiguos. La de los Egides en Heródoto; la de los Cinosures, y la de los Pitánates, en Hesiquio; la de los Mesoates en Estevan de Bizancio; en fin la de los Limnates en una inscripcion que M. el abate Fourmont descubrió en las ruinas de Esparta. Pausanias cita cuatro de estas tribus, cuando con motivo

Tal es la ciudad de Lacedemonia, cuyos cuarteles no están juntos como los de Atenas. En otro tiempo las ciudades del Peloponeso se componian tambien de varias poblaciones, que despues se han reunido, encerrándolas dentro de una misma muralla *.

de un sacrificio que se ofrecia á Diana desde los tiempos mas remotos, dice que se suscitó una pendencia entre los Limnates, los Cinosures, los Mesoates, y los Pitantes,

Se podria preguntar aqui: ¿si de qué no se haga mencion mas que de cincotribus, se sigue que no debia haber mas? Respondo que tengo muy fuertes presuntas para no aumentarlas. Se ha visto mas arriba que los Atenenses tenian muchos cuerpos, compuestos cada uno de diez magistrados, sacados de las diez tribus. Hallamos tambien en Esparta muchas magistraturas compuestas de cinco oficiales públicos: la de los Eforos, la de los Bidienses, y la de los Agatoerges. Tenemos motivo para creer que cada tribu daba uno de estos oficiales.

* Siguiendo las débiles luces que nos han trasmitido los autores antiguos, me atrevo á presentar algunas miras generales sobre la topografia de Lacedemonia.

Segun Tucídides, esta ciudad no formaba un todo continuado, como la de Atenas; sino que estaba dividida en barriadas, como las ciudades antiguas de la Grecia.

Para entender bien este pasage, es preciso acordarse que los primeros Griegos se establecieron desde luego en aldeas ó lugares sin murallas, y que mas adelante los habitantes de muchos de estos lugares se reunieron en un recinto comun. Tenemos muchos ejemplos de esto. Tegea se formó de nueve lugarejos: Mantinea de cuatro ó cinco; Patras de siete; Dimé de ocho, etc.

Habiéndose reunido así los habitantes de estos lugares, no se mezclaron unos con otros, sino que vivian en diferentes cuarteles, y formaban diversas tribus. Por consiguiente el mismo nombre

La plaza mayor, á la que van á parar muchas calles, está adornada con templos y estatuas:

designaba la tribu y el barrio en que vivia. Daré aqui la prueba de esto para Lacedemonia en particular.

Cinosura, dice Hesiquio, es una tribu de Laconia: es un lugar de Laconia, dice el Escoliador de Calimaco. Segun Suidas, Mesoia, es un lugar; segun Estevan de Bizancio, es un lugar y una tribu de Laconia. Segun Estrabon, cuyo texto ha corregido acertadamente Saumaise, Mesoia es parte de Lacedemonia. En fin á Pitana se da unas veces el nombre de tribu, y otras el de lugar.

Ahora se conoce el motivo de que unos hayan dicho que el poeta Alcman era de Mesoia, y otros que de Lacedemonia; y es porque en efecto Mesoia era uno de los barrios de esta ciudad. Tambien se concibe, porque un esparciata llamado Trasibulo, muerto en un combate, no dice Plutarco que le llevaron sobre su escudo á Lacedemonia, sino á Pitana; y es porque era de este barrio, y debia enterrarse en él.

En la nota anterior se ha visto que los Esparciatas estaban divididos en cinco tribus; su capital se componia pues, de cinco barriadas: falta solo probar el orden y colocacion que les doy en mi plano.

1º BARRIO Y TRIBU DE LOS LIMNATES. Este nombre salia del griego *Λίμνη* que significa *pantano ó laguna*. Segun Estrabon el arrabal de Esparta se llamaba *Los pantanos*; porque este sitio era muy pantanoso en otro tiempo: ahora pues, el arrabal de Esparta, debia estar al norte de la ciudad, pues por él se entraba comunmente.

2º BARRIO Y TRIBU DE LOS CINOSURES. La palabra *Κύνουρα* significa *cota de perro*; nombre que daban á los promontorios y montes que tenian esta figura. Un brazo del monte Taigeto, que la tenia, se prolongaba hasta Esparta; y hemos probado que habia en Laconia un lugar que se llamaba Cinosura. Hay pues motivo para pensar, que el barrio de este nombre estaba sobre este brazo del Taigeto.

se distinguen tambien allí las casas en que se juntan separadamente el senado, los éforos, y otros cuerpos de magistrados; y un pórtico que los Lacedemonios levantaron despues de la batalla de Platea, á expensas de los vencidos, cuyos despojos se habian partido entre si: el techo está sostenido no por columnas, sino por unas estatuas colosales, que representan á los Persas con sus largos ropages. Lo restante de la ciudad ofrece tambien muchos monumentos, en honor de los dioses y de los heroes antiguos.

3.^o BARRIO Y TRIBU DE LOS PITANATES. Saliendo Pausanias de la plaza pública, toma hácia el poniente, pasa por delante del teatro, y halla despues la sala en donde se juntaban los Crotanos, que hacian parte de los Pitánates. Luego es preciso colocar este barrio enfrente del teatro, cuya situacion es sabida, pues hay vestigios de él. Confirmase esto con dos textos de Hesiquio y Heródoto, en los que se ve que el teatro estaba en el barrio de los Pitánates.

4.^o BARRIO Y TRIBU DE LOS MESOATES. Desde el barrio de los Pitánates, va Pausanias al Platanisto, que estaba en las inmediaciones del lugar de Terapné. Cerca del Platanisto se ve el sepulcro del poeta Alcman, que siendo de Mesoa, debía estar enterrado allí.

5.^o BARRIO Y TRIBU DE LOS EGIDES. Pausanias nos lleva despues al barrio de los Limnates, que hemos colocado al norte de la ciudad. En el camino ve el sepulcro de Egeo, que habrá dado su nombre á la tribu de los Egides.

No he incluido todos estos barrios en un recinto, porque en el tiempo de que hablo, Esparta no tenia murallas.

Los templos y demas edificios públicos se han colocado en los sitios que les da Pausanias con corta diferencia. En esto no se debe esperar una exactitud rigurosa; pues lo esencial era dar una idea general de esta ciudad célebre.

Sobre la mas alta de las colinas hay un templo de Minerva que goza del derecho de asilo, como tambien el bosque que le rodea, y una casita que le pertenece, en la que dejaron morir de hambre al rey Pausanias. Este fué un crimen á los ojos de la diosa; y para aplacarla ordenó el oráculo á los Lacedemonios, que erigiesen dos estatuas á este príncipe, que todavia se ven cerca del altar. El templo está hecho de bronce, como lo estaba en otro tiempo el de Delfos. En lo interior están grabados en bajos relieves, los trabajos de Hércules, las hazañas de los Tindarides, y varios grupos de figuras. A la derecha de este edificio, se halla una estatua de Júpiter, acaso la mas antigua de cuantas hay de bronce; pues es del mismo tiempo que el restablecimiento de los juegos olimpicos, y está hecha de varias piezas que encajan unas con otras, aseguradas con clavos.

Los sepulcros de las dos familias que reinan en Lacedemonia, están en dos cuarteles diferentes. En todas partes se hallan monumentos heroicos, que este es el nombre que se da á los edificios, y bosques dedicados á los antiguos heroes. Allí se renueva con ceremonias santas la memoria de Hércules, de Tindaro, de Castor, de Polux, de Menelao, y otros mas ó menos conocidos en la historia, mas ó menos dignos de serlo. La gratitud de los pueblos, y mas ve-

ces todavía las respuestas de los oráculos, les grangearon en otro tiempo estas distinciones: para erigir un templo á Licurgo, se reunieron los mas nobles motivos.

Mas adelante se decretaron con menos frecuencia estos honores. Ví columnas y estatuas levantadas á los esparciatas que habian sido coronados en los juegos olímpicos, pero ninguna á los defensores de la patria. Los luchadores necesitan estatuas, los soldados la estimacion pública. De cuantos en el siglo último se señalaron contra los Persas ó los Atenienses, cuatro ó cinco recibieron en particular en la ciudad los honores fúnebres; y aun es probable que hubo dificultad en concedérselos. En efecto, hasta cuarenta años despues de la muerte de Leonidas, no se trasladaron sus huesos á Lacedemonia, y se depositaron en un sepulcro cerca del teatro. Entonces fué tambien cuando por la primera vez se grabaron sobre una columna los nombres de los trescientos esparciatas que murieron con este hombre grande.

La mayor parte de los monumentos que acabo de indicar, inspiran tanta mayor veneracion, quanto menor es el fausto que ostentan, y casi todos son de un trabajo sencillo. En otras partes mi admiracion se fijaba únicamente en el artista; en Lacedemonia se la llevaba toda el heroe: una piedra tosca bastaba para traerle á mi

memoria; pero esta memoria iba acompañada de la brillante imagen de sus virtudes ó de sus victorias.

Las casas son chicas y sin adornos. Se han edificado salas y pórticos, donde se juntan los Lacedemonios á tratar sus asuntos, ó á conversar. A la parte meridional de la ciudad está el Hipodromo, para las carreras de á pie y de á caballo. Desde allí se entra en el Platanisto, lugar de ejercicios para la juventud, sombreado por hermosos plátanos, y situado á las márgenes del Eurotas, y de un arroyo, que lo cierran por medio de un canal de comunicacion. Se entra en él por dos puentes; á la entrada del uno está la estatua de Hércules, ó de la fuerza que lo doma todo; á la entrada del otro, la imagen de Licurgo, ó de la ley que lo arregla todo.

A vista de este ligero bosquejo, se puede juzgar qual seria la sorpresa que experimentaria un amante de las artes, que atraído á Lacedemonia, por la alta reputacion de sus habitantes, no hallase en ella, sino unas aldeas pobres, en lugar de una ciudad magnífica; unas cabañas oscuras, en lugar de casas grandiosas, y hombres tranquilos, por lo comun cubiertos con una capa tosca, en lugar de guerreros impetuosos y turbulentos. Pero; cuánto se aumentaria su sorpresa, cuando Esparta, mejor conocida, ofreciese á su admiracion uno de los mayores hom-

bres del mundo, y una de las mas bellas obras del hombre, cuales son Licurgo y su institucion!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XLII.

DE LOS HABITANTES DE LACONIA.

Los descendientes de Hércules, ayudados de un cuerpo de dorios, se apoderaron de la Lacia, y vivieron sin distincion con los antiguos habitantes del pais. Poco tiempo despues les echaron un tributo, y los despojaron de parte de sus derechos. Las ciudades que convirieron en este arreglo, conservaron su libertad: la de Helos se resistió, y forzada luego á ceder, quedaron sus habitantes casi reducidos á la condicion de esclavos.

bres del mundo, y una de las mas bellas obras del hombre, cuales son Licurgo y su institucion!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XLII.

DE LOS HABITANTES DE LACONIA.

Los descendientes de Hércules, ayudados de un cuerpo de dorios, se apoderaron de la Lacia, y vivieron sin distincion con los antiguos habitantes del pais. Poco tiempo despues les echaron un tributo, y los despojaron de parte de sus derechos. Las ciudades que convirieron en este arreglo, conservaron su libertad: la de Helos se resistió, y forzada luego á ceder, quedaron sus habitantes casi reducidos á la condicion de esclavos.

Los de Esparta se desunieron despues , y los mas poderosos confinaron á los mas débiles en el campo , ó en las ciudades vecinas. En el dia mismo se distinguen los Lacedemonios de la capital , de los de la provincia ; y unos y otros de la prodigiosa multitud de esclavos dispersos por el pais.

Los primeros , que llamamos comunmente Esparciatas , forman aquel cuerpo de guerreros , de que pende la suerte de la Laconia. El número de ellos , segun se dice , ascendia antiguamente á diez mil ; en tiempo de la expedicion de Xerxes era de ocho mil : las últimas guerras los han disminuido de tal modo , que al presente se hallan muy pocas familias antiguas en Esparta. He visto algunas veces hasta cuatro mil hombres en la plaza pública , y apenas habia entre ellos cuarenta Esparciatas , aun contando los dos reyes , los éforos y los senadores.

Las mas de las familias nuevas vienen de algunos hilotas , que han merecido primero la libertad , y despues el título de ciudadanos ; á los cuales no se les llama esparciatas , sino que segun la diferencia de privilegios , que han obtenido , se les dan diversos nombres , que todos indican su primer estado.

Tres hombres grandes , Calicrátidas , Gilipo y Lisandro , nacidos en esta clase , fueron educados con los hijos de los Esparciatas , como lo

son todos los de los hilotas libres ; pero solamente en virtud de sus hazañas obtuvieron todos los derechos de ciudadanos.

Este título se concedia en otro tiempo rara vez á los que no habian nacido de padre y madre esparciatas ; y es indispensable para ejercer la magistratura , y mandar los ejércitos : pero pierde una parte de sus privilegios , si se mancha con alguna accion ruin. El gobierno vela en general sobre la conservacion de los que lo tienen , y en particular sobre la vida de los esparciatas de nacimiento. Ha sucedido , que por sacar á algunos de una isla , donde los tenia sitiados la armada de los Atenienses , ha pedido el gobierno á esta ciudad una paz vergonzosa , y hecho el sacrificio de su marina. Todavía se le ve continuamente no exponer á los tiros del enemigo , mas que un corto número de ciudadanos. En estos últimos tiempos , los reyes Agesilao y Agesilópolis , no solian llevar á sus expediciones mas que treinta de ellos.

No obstante la pérdida de sus antiguos privilegios , las ciudades de la Laconia se consideran como una confederacion , cuyo objeto es reunir sus fuerzas en tiempo de guerra , y conservar sus derechos en tiempo de paz. Cuando se trata del interes de toda la nacion , envian sus diputados á la asamblea general , que siempre se congrega en Esparta ; y en ella se arreglan , asi las

contribuciones que han de pagar, como el número de tropas con que han de contribuir.

Los habitantes no reciben la misma educación que los de la capital: con costumbres más rústicas, tienen un valor menos distinguido. De aquí es, que la ciudad de Esparta ha cobrado sobre las otras el mismo ascendiente, que la de Elis sobre las de la Elide, y la de Tebas sobre las de Beocia. Esta superioridad excita la envidia y el odio: en una de las expediciones de Epaminondas, muchas juntaron sus tropas á las de los Tebanos.

En Lacedemonia se hallan más esclavos domésticos, que en ninguna otra ciudad de la Grecia. Sirven á sus amos á la mesa, los visten y desnudan, hacen sus mandados, y cuidan de la limpieza de la casa: en el ejército se emplean muchos en el bagage. Como las Lacedemonias no deben trabajar, hacen hilar la lana á las esclavas que tienen á su servicio.

Los hilotas han tomado este nombre de la ciudad de Helos, y no se les debe confundir, como han hecho algunos autores, con los esclavos propiamente tales; pues más bien son un medio entre los esclavos y hombres libres.

Una casaca, una gorra de piel, un trato riguroso, decretos de muerte pronunciados algunas veces por ligeras sospechas que hay de ellos, les recuerdan á cada momento su estado; pero

su suerte la suavizan algunas ventajas reales. Al modo de los siervos de Tesalia, toman en arrendamiento las tierras de los Esparciatas; y con la mira de retenerlos con el cebo de la ganancia, no se les exige más que un rédito, determinado mucho tiempo hace, que no guarda proporción con el producto: sería una cosa vergonzosa para el propietario exigir más.

Algunos ejercen las artes mecánicas con tal habilidad, que en todas partes se buscan las llaves, camas, mesas y sillas hechas en Lacedemonia. Sirven en la marina en calidad de marineros: en los ejércitos un oplita, ó de armadura pesada, lleva consigo uno ó muchos hilotas. En la batalla de Platea, cada esparciata tenía siete de ellos consigo.

En los peligros inminentes se despierta su celo con la esperanza de la libertad; ha habido ocasiones en que la han obtenido destacamentos numerosos por premio de sus hazañas. El Estado es quien únicamente les concede este beneficio, porque pertenecen más bien al Estado, que á los ciudadanos, cuyas tierras labran; y este es el motivo de que estos últimos no puedan, ni darles libertad, ni venderlos en países extranjeros. Su libertad se anuncia por una ceremonia pública: los llevan de un templo al otro, coronados de flores, á la vista de todos; y después se les permite habitar donde quieran. Cuan-

do hacen nuevos servicios, suben á la clase de ciudadanos.

Desde el principio, impacientes los esclavos con el yugo, habian querido romperle muchas veces; pero desde que los Mesenios fueron vencidos por los Esparciatas, y reducidos á este estado afrentoso, fueron mas frecuentes las rebeliones: á excepcion de un corto número, que permanecieron fieles, los demas, puestos como en celada, en medio del Estado, se aprovechaban de sus desastres para apoderarse de un puesto importante, ó ponerse de parte del enemigo. El gobierno procuraba contenerlos en su deber, ya con recompensas, y mas bien con rigor excesivo; y aun cuentan, que en una ocasion hizo desaparecer á dos mil, que habian manifestado mucho valor, y que nunca se supo de qué modo habian perecido. Otros rasgos de barbarie se citan no menos execrables*, que dieron

* Consternados los Lacedemonios con la pérdida de Pilos, que acababan de quitarles los Atenieses, resolvieron enviar nuevas tropas á Brasidas su general, que estaba entonces en Tracia. Tenian dos motivos para ello: el primero continuar haciendo una diversion que llevase á aquellos países remotos las armas de Atenas; el segundo alistar y hacer marchar á la Tracia un cuerpo de hilotas, cuya juventud y valor les inspiraban continuamente temores bien fundados. En consecuencia, se prometió dar la libertad á los que se habian distinguido mas en las guerras anteriores. Presentáronse muchísimos, y de ellos se escogieron dos mil, á quienes se les cumplió la palabra. Coronados de flores, los llevaron solemne-

lugar á este proverbio: « en Esparta no tiene límite la libertad, ni la esclavitud tampoco. »

mente á los templos, por ser esta ceremonia la principal del recobro de la libertad. Poco despues, dice Tucídides, los desaparecieron; y nadie supo jamas como habian muerto. Plutarco, que copió á Tucídides, observa tambien que se ignoró entonces, y que no se ha sabido despues el género de muerte, que dieron á estos dos mil hombres.

En fin, Diodoro Siculo pretende que los dueños de estos esclavos recibieron orden para darles muerte dentro de sus casas. ¿Cómo podia él saber una circunstancia, que no pudo alcanzar un Tucídides, aun viviendo en el tiempo en que sucedió esta escena bárbara?

Sea de esto lo que fuese, se ofrecen aquí dos hechos, que es menester distinguir con cuidado, porque se derivan de dos causas diferentes: el uno es la manumision de dos mil hilotas; y el otro la muerte de estos hilotas. La libertad se les dió seguramente por orden del senado y del pueblo; pero tambien es cierto, que no se les dió muerte por decreto emanado del poder supremo. Ninguna nacion se hubiera prestado á tan negra traicion; y en este caso particular se ve claramente que el congreso de los Esparciatas no rompió las cadenas de los hilotas, sino para armarlos y enviarlos á Tracia. Por el mismo tiempo los éforos enviaron á Brasidas otros mil hilotas; pero como estos refuerzos salian de Esparta algunas veces de noche, pudo ereer el pueblo que los dos mil que el habia librado de la esclavitud, habian ido á su destino; y cuando echó de ver su error, fué facil persuadirle que los magistrados, sabedores de que ellos habian conspirado contra la república, habian dispuesto darles la muerte en secreto, ó se habian contentado con desterrarlos del territorio de la república. Hoy día nos es imposible aclarar un hecho, que en tiempo de Tucídides estaba envuelto en tinieblas. Me basta mostrar que no se debe imputar este crimen á la nacion, sino mas bien á la falsa política de los éforos que mandaban; los que con mas poder y menos virtudes

Yo no he sido testigo de esto: solamente he visto, que los Esparciatas y los hilotas están llenos de una desconfianza mutua, observándose con temor; y que los primeros emplean, para que les obedezcan, un rigor que las circunstan-

que sus predecesores, pretendían sin duda que todo era lícito cuando se trataba de la salud del Estado; porque se debe notar que ya entonces empezaban á torcerse los principios de justicia y de moral.

Otras crueldades se citan, cometidas contra los hilotas. Un autor llamado Miron, refiere, que para recordar continuamente á estos su esclavitud, les daban todos los años cierto número de azotes. Acaso habria cien mil hilotas en Laconia y Mesenia: reflexiónese un momento sobre lo absurdo del proyecto, y sobre la dificultad de la ejecución, y juzgue cada uno. El mismo autor añade, que castigaban á los dueños que no mutilaban á aquellos hilotas que nacían con una constitucion robusta. ¿Estarian pues estropeados todos aquellos hilotas que se alistaban y servían con tanta distincion en los ejércitos?

Sucede muy á menudo, que se juzga de las costumbres de un pueblo por algun caso particular que ha hecho impresion á algun viagero, ó se ha citado á algun historiador. Cuando Plutarco dice, que para inspirar aversion á la embriaguez, á los hijos de los Esparciatas, les ponian delante un hilota, privado con el vino, tengo motivo para pensar que tomó un caso particular por regla general; ó á lo menos, confundió en esta ocasion los hilotas con los esclavos domésticos, cuyo estado era muy inferior al de los primeros. Pero doy entero crédito á Plutarco, cuando dice que estaba prohibido á los hilotas cantar los himnos de Alcman y de Terpandro, porque en efecto, estas poesías inspiraban el amor de la gloria y de la libertad, y era sábia política prohibirlas á unos hombres de quienes habia motivos poderosos para temer el valor.

cias hacian al parecer necesario; porque los hilotas son malos de gobernar. Su número, su valor, y sobre todo sus riquezas, los hacen presuntuosos y audaces, y de aquí viene, que varios autores, muy ilustrados, opinan de distinto modo sobre esta especie de servidumbre, condenándola unos, y aprobándola otros.



UNIVERSIDAD AVTCA
ALEP

JANU

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA



CAPITULO XLIII.

Habia ya algunos días que yo estaba en Esparta, sin que nadie extrañase el verme allí; pues la ley que en otro tiempo dificultaba la entrada á los extranjeros, no se observaba ya con tanto rigor. Fui introducido á la presencia de dos príncipes, que ocupaban el trono, que eran Cleómenes, nieto de aquel rey Cleombroto, que murió en la batalla de Leuctres, y Arquidamo, hijo de Agesilao. Ambos tenían talento: el primero era amante de la paz: el segundo no

respiraba mas que guerra, y gozaba de mucha reputacion: allí conocí á aquel Antálcidas, que treinta años antes habia ajustado un tratado entre la Grecia y la Persia. Pero de todos los Esparciatas, el que me pareció el mas tratable y mas ilustrado, fué Damonax, en cuya casa estaba yo hospedado, y el cual habia viajado por los países extranjeros, sin dejar de conocer el suyo.

Cierto dia, en que yo le molestaba con preguntas, me dijo: juzgar de nuestras leyes por nuestras costumbres actuales, es lo mismo que juzgar de la hermosura de un edificio por un monton de escombros. Pues bien, respondí, pongámonos en el tiempo en que esas leyes estaban en vigor: ¿ creéis que se pueda ver el enlace y la mente de ellas? ¿ creéis que sea facil justificar los reglamentos extraordinarios y raros que contienen? — Respetad, me dijo, la obra de un hombre extraordinario, cuyas miras, siempre nuevas y profundas, si parecen exageradas, es porque las de los otros legisladores son tímidas ó limitadas: estos se han contentado con acomodar sus leyes á los caracteres de los pueblos: Licurgo dió con las suyas un nuevo caracter á su nacion: aquellos se apartaron de la naturaleza, creyendo acercarse á ella: Licurgo, cuando parece que se aparta mas, entonces se encuentra con ella.

Un cuerpo sano y un alma libre, es todo lo

que la naturaleza destina al hombre solitario para hacerle feliz; y estas son las dotes, que, segun Licurgo, deben servir de fundamento á nuestra felicidad. Claro está ya por que nos prohibió casar nuestras hijas muy temprano; porque no se crián á la sombra de sus rústicos techos, sino á los ardientes rayos del sol, en el polvo del gimnasio, en los ejercicios de la lucha, de la carrera, del venablo y del disco: pues debiendo dar ciudadanos robustos al Estado, es preciso que se formen una constitucion bastante fuerte, para comunicarla á sus hijos.

Tambien veis por que los niños sufren un juicio solemne luego que nacen, y se les condena á muerte, si son mal formados. ¿Qué harian por el Estado, qué harian de su vida, si no tuviesen mas que una existencia dolorosa?

Desde nuestra mas tierna infancia, el trabajo y los combates, no interrumpidos, dan á nuestros cuerpos la agilidad, la flexibilidad y la fuerza. La dieta severa, previene ó disipa las enfermedades, de que son susceptibles. Aquí se ignoran las necesidades facticias; y las leyes han cuidado de proveer á las necesidades reales. La hambre, la sed, los males, la muerte, todos estos objetos de terror los miramos con una indiferencia, que intentó en vano imitarla la filosofia. Las sectas mas rigidas no han tra-

tado al dolor con mayor desprecio, que los hijos de Esparta.

Pero estos hombres, á quienes Licurgo quiere restituir los bienes de la naturaleza, quizá no los gozarán por mucho tiempo: van á reunirse; tendrán pasiones, y el edificio de su felicidad se desplomará en un instante. Aquí está el triunfo del entendimiento. Licurgo sabe, que una pasion violenta tiene á las demas á sus órdenes: nos dará el amor de la patria con su energía, su plenitud, sus arrebatos, y aun su delirio. Este amor será tan ardiente é imperioso, que él solo reunirá todos los intereses, y todos los movimientos de nuestro corazon. Entonces no habrá en el Estado mas que una voluntad, y por consiguiente un espíritu: en efecto; cuando no hay mas que un sentimiento, no hay mas que una idea.

En las demas partes de la Grecia, confían los hijos de un hombre libre al cuidado de un hombre que no lo es, ó no merece serlo; pero los esclavos, los mercenarios, no son propios para educar á los Esparciatas: la patria misma es quien hace este officio importante. En los años primeros nos deja entre las manos de nuestros padres: desde que se descubre en nosotros la razon, hace valer altamente sus derechos sobre nosotros. Su sagrado nombre no se habia pronunciado, hasta este tiempo, ante nosotros, sino

con las mayores demostraciones de amor y de respeto : ahora sus miradas nos buscan , y nos siguen por do quiera. De su mano recibimos el alimento y vestido : de parte suya asisten á nuestros juegos los magistrados, los ancianos, y todos los ciudadanos : les inquietan nuestros defectos : procuran descubrir algun germen de virtud en nuestras palabras ó acciones ; y en fin , nos enseñan , con su afectuosa solicitud , que nada tiene el Estado mas precioso que nosotros , y que desde hoy hijos suyos , debemos ser en adelante su consuelo y su gloria.

¿ Como un cuidado , que cae de tan alto , no ha de hacer en nuestras almas impresion profunda y duradera ? ¿ Como no adoraremos una constitucion que ligando á nuestros intereses la bondad soberana , junta con el poder supremo , nos da tan temprano tan alta idea de nosotros mismos ?

De este vivo interes , que la patria toma por nosotros ; de este tierno amor , que nosotros empezamos á tenerle , resulta naturalmente , por su parte una severidad extrema , y por la nuestra una sumision ciega. Sin embargo , poco contento Licurgo en dejarlo al orden natural de las cosas , ha convertido nuestros sentimientos en obligacion. En ninguna parte son las leyes tan imperiosas y tan bien observadas , ni los magistrados menos indulgentes , ni mas respetados.

Esta feliz armonia , absolutamente necesaria , para mantener en la dependencia á unos hombres criados en el desprecio de la muerte , es el fruto de esta educacion , que no es otra cosa que el aprendizaje de la obediencia , y si puedo decirlo asi , la táctica de todas las virtudes. Aquí es donde se aprende , que fuera del orden no hay ni valor , ni honor , ni libertad ; y que nadie puede mantenerse en el orden , si no ha sabido enseñorearse de su voluntad. Aquí es donde las lecciones , los ejemplos , los sacrificios costosos , las prácticas menudas , todo concurre á procurarnos este imperio , tan difícil de conservar , como de lograr.

Uno de los principales magistrados nos tiene continuamente juntos ante sus ojos : si tiene que ausentarse por un momento , todo ciudadano puede ocupar su puesto , y ponerse á nuestra frente : ¡ tan esencial es herir nuestra imaginacion con el temor de la autoridad !

Los deberes crecen con los años : la naturaleza de las instrucciones se proporciona á los progresos de la razon ; y al despuntar las pasiones , ó se las comprime con la multitud de ejercicios , ó se las dirige diestramente hácia objetos útiles al Estado. En el tiempo mismo , en que empiezan á desplegar su vehemencia , no nos presentamos en público , sino en silencio , con el pudor en la frente , los ojos bajos , y las manos metidas den-

tro del manto, con la actitud y gravedad de los sacerdotes egipcios, y como unos iniciados, que se destinan al ministerio de la virtud.

El amor de la patria debe introducir el espíritu de union entre los ciudadanos; y el deseo de agradarle infunde el espíritu de emulacion. Aquí no turbarán la union, las borrascas que la destruyen en otras partes. Licurgo nos ha preservado de casi todos los motivos de la envidia, porque casi todo lo hizo igual y comun entre los Esparciatas.

Todos los dias somos llamados á comidas públicas, en que reinan la decencia y la frugalidad. Así se destierran de las casas de los particulares la necesidad, el exceso, y los vicios que les son consiguientes.

Cuando las circunstancias lo exigen, me es permitido usar de los esclavos, carruages, caballos, y todo lo demas que pertenece á otro ciudadano; y esta especie de comunidad de bienes es tan general, que en cierto modo se extiende hasta las mugeres é hijos. De aquí es, que si un viejo está unido á una joven, con vínculo esteril, la obligacion prescribe al primero buscar un joven, bien parecido, y de buen entendimiento, introducirle en su lecho, y adoptar el fruto de este nuevo himeneo: de aquí es tambien, que si un celibatario quiere sobrevivir en sus hijos, se le concede el permiso de tomar

prestada la muger de su amigo, y tener hijos, que el marido trata como suyos, bien que no participan de su sucesion. Por otra parte, si mi hijo se atreviese á quejarse á mi, de que un particular le habia castigado, yo le juzgaria culpado, porque habia sido castigado; y le castigaria nuevamente, por haberse rebelado contra la autoridad paternal, repartida entre todos los ciudadanos.

Despojándonos Licurgo de la propiedad, que tantas desavenencias produce entre los ciudadanos, no ha perdido de vista el excitar la emulacion, que era necesaria para precaver los disgustos de una union demasiado perfecta; para llenar el vacio que la exencion de los cuidados domésticos dejaba en nuestras almas; y para animarnos en tiempo de guerra, en el de paz, en cada momento y en cada edad.

El deseo de preferencia y superioridad que se descubre tan temprano en la juventud, se mira como el germen de una util rivalidad. Tres oficiales, nombrados por los magistrados, eligen trescientos jóvenes de mérito sobresaliente, forman con ellos un orden separado, y anuncian al público el motivo de su elección. En el momento mismo se ligan los excluidos contra una promocion, que al parecer es vergonzosa. De esta manera se forman en el Estado dos cuerpos, cuyos miembros, todos ocupados en observarse, de-

nuncian al magistrado las faltas de sus contrarios, se dan en público combates de honradez y virtudes, y procuran sobresalir, los unos para elevarse al grado del honor, y los otros para mantenerse en él. Por un motivo semejante les es permitido acometerse, y hacer pruebas continuas de sus fuerzas; pero estas contiendas nada tienen de funesto, pues luego que se nota en ellas algun ademan de furor, cualquier ciudadano puede suspenderlas con una palabra; y si acaso no oyen su voz, lleva los combatientes ante un tribunal, que en esta ocasion castiga la ira como una desobediencia á las leyes.

Los reglamentos de Licurgo nos disponen á una especie de indiferencia hácia los bienes, cuya adquisicion cuesta mas sinsabores, que placeres proporciona luego su posesion. Nuestras monedas son de cobre. El volumen y peso de ellas descubrirían al avariento que quisiese ocultarlas á los ojos de sus esclavos. Miramos el oro y la plata como las ponzoñas mas terribles para un Estado. Si un particular lo ocultase en su casa, no se librería ni de las continuas pesquisas de los oficiales públicos, ni de la severidad de las leyes. No conocemos las artes, ni el comercio, ni los demas medios de multiplicar las necesidades y desdichas de un pueblo. ¿Y qué haríamos nosotros de las riquezas? Otros legisladores han procurado aumentar la circulacion de ellas, y

los filósofos de moderar su uso; pero Licurgo nos las ha hecho inútiles. Tenemos cabañas, vestidos y pan; tenemos hierro y brazos para servir á la patria, y á nuestros amigos; tenemos almas libres y vigorosas, incapaces de sufrir la tiranía de los hombres, y la de nuestras pasiones: estos son nuestros tesoros.

Nosotros miramos como una debilidad el amor excesivo de la gloria, y como un crimen el de la celebridad. No tenemos ningun historiador, ningun orador, ningun panegirista, ninguno de aquellos monumentos, que no prueban mas que la vanidad de una nacion. Los pueblos que hemos vencido dirán á la posteridad nuestras victorias: nosotros enseñaremos á nuestros hijos á ser tan valientes y virtuosos como sus padres. El ejemplo de Leonidas, siempre presente á su memoria, les atormentará dia y noche. Preguntados, y la mayor parte de ellos os dirán de memoria los nombres de los trescientos esparciatas que perecieron con él en las Termópilas.

Nosotros no llamamos grandeza, á esa independencia de las leyes, que afectan en otras partes los principales ciudadanos. La licencia, asegurada por la impunidad, es una bajeza, que hace despreciable, tanto al particular que la comete, como al Estado que la tolera. Creemos que valemos tanto como los demas hombres de cualquier pais y clase, aunque sea el mismo rey de

Persia: pero cuando hablan las leyes, se abate toda nuestra altivez; y el mas poderoso de nuestros ciudadanos acude á la voz del magistrado, con la misma sumision que el mas debil. Solo tememos á nuestras leyes, porque habiéndolas hecho aprobar Licurgo por el oráculo de Delfos, las recibimos como la voluntad de los mismos dioses; y porque habiéndolas proporcionado á nuestras verdaderas necesidades, son el fundamento de nuestra felicidad.

Por este bosquejo, entenderéis fácilmente, que Licurgo no debe ser mirado como mero legislador, sino como un filósofo profundo; y un reformador ilustrado; que su legislacion es un sistema, no solo de moral, sino de política; que sus leyes influyen sin cesar sobre nuestras costumbres y sentimientos, y que, mientras los demas legisladores se han ceñido á impedir el mal, Licurgo nos ha precisado á obrar bien, y á ser virtuosos.

El es el primero que conoció la fuerza y debilidad del hombre; y de tal manera las ha conciliado con los deberes y necesidades del ciudadano, que los intereses de los particulares se equivocan, entre nosotros, con los de la república. No extrañemos, pues, que un Estado de los mas pequeños de la Grecia, haya llegado á ser el mas poderoso: todo se avalora aquí: no hay un grado de fuerza, que no se dirija al bien

general, ni un acto de virtud, que no redunde en ganancia de la patria.

El sistema de Licurgo debe producir hombres justos y pacíficos; pero, es cosa terrible decirlo, si no se les confina en alguna isla apartada é inaccesible, serán subyugados por los vicios, ó por las armas de las naciones vecinas. El legislador procuró eludir estos dos peligros, y así no permitió á los extranjeros entrar en la Laconia, sino en ciertos dias; ni á los habitantes salir, sino por motivos importantes. La naturaleza del terreno favorecia la ejecucion de la ley: cercados de mares y de montes, solamente tenemos algunos desfiladeros que guardar, para detener la corrupcion en nuestras fronteras. La prohibicion del comercio y de la navegacion, fué una consecuencia de este reglamento; y de esta prohibicion resulta la inestimable ventaja de tener muy pocas leyes; porque está observado, que una ciudad, que no tiene comercio, necesita la mitad menos.

Todavía era mas facil subyugarnos, que rompernos. Desde que sale el sol, hasta que se pone, desde nuestros primeros años, hasta los últimos, estamos siempre sobre las armas, siempre esperando al enemigo, y aun observando una disciplina mas exacta que si estuviéramos delante de él. Mirad á todas partes, y creereis estar mas bien en un campo, que en una ciudad.

Vuestros oídos solo oirán los gritos de la victoria, ó la relacion de grandes acciones: vuestros ojos solo verán marchas, evoluciones, ataques, y batallas. Estos aprestos formidables, no solamente son un desahogo del reposo, sino tambien constituyen nuestra seguridad, difundiendo á lo lejos el terror y el respeto del nombre lacedemonio.

A este espíritu militar se ordenan muchas de nuestras leyes. Jóvenes todavía vamos todas las mañanas á caza, y en lo sucesivo, siempre que nuestros deberes nos dejan intervalos de ocio. Licurgo nos recomendó este ejercicio como imagen del peligro y de la victoria.

Mientras los jóvenes se entregan á él con ardor, les está permitido derramarse por los campos, y quitar cuanto quieran. El mismo permiso tienen en la ciudad, quedando inocentes, y dignos de elogios si no se les convence de hurto; pero se les reprende y castiga si están convictos. Esta ley, que parece tomada de los Egipcios, ha suscitado censores contra Licurgo. En efecto, parece que debe inspirar á los jóvenes gusto al desorden y al latrocinio; pero solamente produce en ellos destreza y actividad; en los demas ciudadanos, mas vigilancia; en todos, mas hábito de prever los designios del enemigo, de ponerle asechanzas, y preservarse de las suyas.

Recordemos, antes de acabar, los principios

de donde partimos. Un cuerpo sano y robusto, un alma exenta de pesares y de necesidades, tal es la felicidad que la naturaleza destina al hombre aislado: la union y la emulacion entre los ciudadanos, es la que pueden conseguir los hombres que viven en comun. Si las leyes de Licurgo llenan las miras de la naturaleza y de las sociedades, tenemos la mas bella constitucion. Pero vais á examinarla por menor, y me direis si efectivamente debe inspirarnos orgullo.

Entonces pregunté á Damonax como podia subsistir una constitucion semejante: porque, le decia yo, estando igualmente fundada en las leyes y en las costumbres, es preciso imponer las mismas penas á la violencia de las unas, que de las otras. ¿Y castigariais á los ciudadanos, que faltasen al honor, con la pena de muerte, como si fuesen unos malvados?

Mejor que eso hacemos, me respondió; los dejamos vivir, y los hacemos infelices. En los Estados corrompidos, un hombre que se deshonorá, todos le vituperan, y todos le hacen buena acogida: entre nosotros, el oprobio le acompaña, y le atormenta por todas partes. Le castigamos individualmente en él mismo, y en cuanto mas estima. Su muger, condenada al llanto, no puede manifestarse en público. Si él mismo se atreve á presentarse, es necesario que el desaliño de su exterior recuerde su ignominia; que se

aparte reverentemente del ciudadano con quien se encuentra en el camino, y que durante nuestros juegos, se coloque en un sitio que le pone á la vista y desprecio del público. Mil muertes no son comparables á este suplicio.

Otra dificultad tengo, le repliqué, y es: que me parece, que debilitando tanto vuestras pasiones, y quitándoos todos aquellos objetos de ambicion y de interes, que agitan á los demas pueblos, habrá dejado Licurgo, en vuestros corazones, un vacío inmenso. ¿En efecto, qué le resta? — El entusiasmo del valor, me respondió, el amor de la patria, exaltado hasta el fanatismo, el conocimiento de nuestra libertad, el delicioso orgullo que nos inspiran nuestras virtudes, y la estimacion de un pueblo de ciudadanos infinitamente estimables: ¿pensais, que con tan rápidos movimientos, estará nuestra alma falta de resortes, y podrá embotarse?

Ignoro, le repliqué, si todo un pueblo es capaz de sentimientos tan sublimes, ni formado para sostenerse en tanta elevacion. A esto me respondió: cuando se quiere formar el caracter de una nacion, es preciso comenzar por los principales ciudadanos. Una vez que se ha llegado á darles impulso, é inclinarlos á grandes cosas, llevan en pos de sí á la multitud grosera, que se mueve, mas por los ejemplos, que por los principios. Un soldado, que come una cobar-

dia, yendo con un general tímido, haria prodigios, si fuese con un heroe.

Pero, volví á replicar, desterrando el lujo y las artes, ¿no os habeis privado de las dulzuras que proporcionan? Siempre costará trabajo persuadirse á que el mejor medio, para llegar á la felicidad, sea el de excluir los placeres. Por último, para juzgar de la bondad de vuestras leyes, seria necesario saber, si con todas vuestras virtudes sois tan felices como los demas Griegos. — Nosotros creemos serlo mucho mas me respondió, y esta persuasion nos basta para serlo en efecto.

Al acabar Damonax, me suplicó que no echase en olvido, que segun lo que habiamos pactado, nuestra conversacion no se habia versado sino sobre la mente de las leyes de Licurgo, y sobre las costumbres de los antiguos Esparciatas.

Muerto en estas circunstancias el otro hermano, sus hijos Euristenes y Procles poseyeron la Laconia. De estos dos príncipes tienen origen las dos casas, que hace cerca de nueve siglos reinan juntamente en Lacedemonia.

Este imperio naciente estuvo muchas veces vacilante á causa de las facciones intestinas, ó de grandes empresas. Estaba amenazado con próxima ruina, cuando uno de los reyes, llamado Polidecto, murió sin hijos, y le sucedió su hermano Licurgo. En este momento se ignoraba que la reina estuviese en cinta; y sabedor de ello Licurgo, declaró, que si aquella daba un heredero al trono, seria el primero á reconocerle; y para dar una garantía á su palabra, no administró el reino sino en calidad de tutor del príncipe.

Estando así, le hizo decir la reina que si consentia en casarse con ella, no tendria reparo en dar muerte á su hijo; y Licurgo para apartarla de consumir tan horrible proyecto, la lisonjeó con vanas esperanzas. Parió la reina un hijo: Licurgo le tomó en brazos, y mostrándole á los magistrados de Esparta, les dijo: ahí teneis el rey que os ha nacido.

La alegría que manifestó Licurgo, por un suceso que le privaba de la corona, juntamente con la sabiduría de su gobierno, le grangeó el respeto y amor de la mayor parte de los ciuda-

CAPITULO XLIV.

VIDA DE LICURGO.

Dije en la introduccion de esta obra*, que los descendientes de Hércules, desterrados en otro tiempo del Peloponeso, volvieron á él, ochenta años despues de la toma de Troya. Temeno, Cresfonte y Aristodemo, hijos los tres de Aristomaco, vinieron con un ejército de Dorios, y se hicieron dueños de esta parte de la Grecia. La Argólide tocó á Temeno, y la Mesenia á Cresfonte.

* Tom. I, pag. 45 y 46.

danos; pero sus virtudes traian sobresaltados á los principales del Estado, ayudándoles la reina, que queriendo vengar su injuria, incitaba contra él á sus parientes y amigos. Decian, que era peligroso confiar la vida del principe, á la vigilancia de un hombre que tenia interes en abreviar su curso. Estos rumores, débiles al principio, rompieron despues con tanta fuerza, que para desvanecerlos, se vió en la precision de salirse de su patria.

En Creta fijaron, por mucho tiempo, su atencion las leyes del sabio Minos. Admiró la armonia que mantenian en el Estado, y entre los particulares. Entre las personas ilustradas, que le ayudaron con sus luces, se unió mas estrechamente, con un poeta llamado Tales, á quien juzgó digno de que le ayudase en los grandes designios que habia concebido. Tales, docil á sus consejos, pasó á establecerse en Lacedemonia, y con sus cantares convidó, y preparó los ánimos á la obediencia y á la concordia.

Para juzgar mejor de los efectos que produce la diferencia de gobiernos y de costumbres, recorrió Licurgo las costas de Asia, mas no vió en ellas sino leyes y almas sin vigor. Los Cretenses, con un gobierno sencillo y severo, eran dichosos: los Jonios, que creian serlo, gemian como esclavos, bajo el yugo de los placeres y de la liciencia. Un descubrimiento precioso, le resar-

ció del espectáculo enojoso que se ofrecia á sus ojos; y fué, que vinieron á parar á sus manos las poesias de Homero, en las que vió con admiracion las mas bellas máximas de moral y de politica, adornadas con los encantos de la ficcion, y resolvió enriquecer con ellas la Grecia.

Mientras continuaba recorriendo los países remotos, estudiando en todos lo que habian pensado y obrado los legisladores, recogiendo las semillas de felicidad, que habian esparcido en diferentes regiones, Lacedemonia, cansada de sus disensiones, envió mas de una vez en seguimiento suyo, diputados que le instasen á que viniese á socorrer al Estado. El solo podia dirigir sus riendas, que pasaban alternativamente de las manos de los reyes á las de la muchedumbre; y aunque se resistió á ello por mucho tiempo, al fin cedió al general voto de los Lacedemonios.

Cuando regresó á Esparta, conoció desde luego que no se debía pensar en reparar el edificio de las leyes, sino en destruirle, y levantar otro con nuevas proporciones: previó todos los obstáculos, pero no le acobardaron. Tenia en su favor el respeto debido á su nacimiento y á sus virtudes; tenia tambien talento y luces; aquel valor respetable, que fuerza las voluntades, y aquel espíritu de conciliacion, que las gana: te-

nia en fin la aprobacion del cielo, que como hicieron otros legisladores, cuidó de procurarse. El oráculo de Delfos le respondió: « los dioses « aceptan tu homenaje, y bajo sus auspicios « formarás la mas excelente de todas las cons- « tituciones políticas. » Desde entonces mantuvo Licurgo inteligencia con la Pitia, quien puso sucesivamente á sus leyes, el sello de la autoridad divina.

Antes de dar principio á sus operaciones, las sujetó al examen de sus amigos, y de los mas distinguidos ciudadanos. Escogió treinta de ellos para que le acompañasen armados á las asambleas generales; y no siempre bastaba este acompañamiento para impedir el tumulto: en un alboroto que se suscitó, con motivo de una ley nueva, se levantaron los ricos contra él con tal furor, que resolvió refugiarse á un templo inmediato; pero habiendo recibido en el camino un golpe violento, que, segun dicen, le privó de un ojo, se contentó con mostrarse á los que le perseguian con la cara bañada en sangre. Al ver esto, avergonzados los mas de ellos, le acompañaron hasta su casa, con todas las demostraciones de respeto y de dolor, detestando el crimen, y poniendo en sus manos al culpado, para que dispusiese de él á su arbitrio. Era este un mozo impetuoso y ardiente, Licurgo, sin molestarle con reprensiones, ni proferir la menor

queja, le mandó quedarse con él; y habiendo dicho á sus amigos y criados, que se retirasen, le ordenó que le sirviese y curase la herida. El mozo obedeció, sin hablar palabra; y testigo á cada instante de la bondad, paciencia, y demas grandes prendas de Licurgo, trocó el odio en amor, é imitando un modelo tan bello, reprimió la violencia de su caracter.

La nueva constitucion fué en fin aprobada por todos los órdenes del Estado: sus partes estaban tan bien combinadas, que á las primeras tentativas se juzgó que no necesitaban de nuevos resortes. A pesar de lo excelente de ella, no estaba Licurgo seguro de su duracion; y así, habiendo congregado el pueblo, le dijo: « me falta « exponeros el artículo mas importante de nues- « tra legislacion; pero antes quiero consultar al « oráculo de Delfos. Prometedme que hasta « que yo vuelva, no tocareis á las leyes estable- « cidas. » Se lo prometieron. « Juradlo. » Los reyes, los senadores, y todos los ciudadanos tomaron á los dioses por testigo de su palabra. Esta promesa solemne debia ser irrevocable; porque su designio era no volver á ver su patria.

Al punto pasó á Delfos, y preguntó si las nuevas leyes bastaban para asegurar la felicidad de los Esparciatas; á lo que respondió la Pitia, que Esparta seria la ciudad mas floreciente, mientras mirase como un deber el observarlas. Licurgo

envió este oráculo á Lacedemonia, y se condenó al destierro, yendo á morir lejos de la nacion, á quien habia hecho feliz.

Algunos han dicho que Esparta no ha hecho todos los honores que se debian á la memoria de Licurgo, sin duda porque nada era suficiente para ello. Esparta le consagró un templo, donde todos los años se le hace el honor de un sacrificio. Sus parientes y amigos formaron una sociedad, que se ha perpetuado hasta nosotros, y se reúne de tiempo en tiempo, para recordar la memoria de sus virtudes. Un dia, que estaba congregada la asamblea en el templo, Euclidas dirigió el siguiente discurso al genio tutelar de aquel lugar:

Os celebramos sin saber qué nombre daros: la Pitia dudaba si erais mas bien un dios, que un mortal; y en esta incertidumbre os apellidó amigo de los dioses, porque erais amigo de los hombres.

Vuestra alma grande se indignaria si nos atreviésemos á tener por mérito el que no comprais el cetro con un crimen; y le seria poco lisonjero el que añadiésemos, que expusisteis vuestra vida, y sacrificasteis vuestro reposo por hacer bien: solo los sacrificios, que cuestan esfuerzos, son los que deben ser alabados.

La mayor parte de los legisladores se habian extraviado, siguiendo los caminos trillados: vos

comprendisteis, que para labrar la dicha de una nacion, era preciso llevarla por vias extraordinarias. Os alabamos de que en un tiempo de ignorancia, conocieseis el corazon del hombre, mejor que los filósofos, en este siglo ilustrado.

Os damos gracias por haber puesto freno á la autoridad de los reyes, á la insolencia del pueblo, á las pretensiones de los ricos, á nuestras pasiones y á nuestras virtudes.

Os damos gracias por haber puesto superior á nosotros, un soberano que lo ve todo, que lo puede todo, y á quien nadie puede corromper. Pusisteis la ley sobre el trono, y á nuestros magistrados á sus pies; en tanto que en otras partes ponen un hombre sobre el trono, y la ley á sus plantas. La ley es como una palma, que alimenta igualmente con su fruto, á cuantos descansan á su sombra; y el déspota, como un arbol plantado sobre un monte, en cuyo derredor no se ven mas que buitres y serpientes.

Os damos gracias por no habernos dejado mas que un corto número de ideas claras y sanas, y por haber impedido que tuviésemos mas deseos que necesidades.

Os damos gracias por haber juzgado de nosotros tan favorablemente, que pensaseis no tendríamos que pedir á los dioses otro valor, que el de sobrellevar la injusticia, cuando fuese necesario.

Quando visteis vuestras leyes resplandecer de grandeza y hermosura, caminar solas, por decirlo así, sin tropezarse ni dislocarse, se dice que experimentasteis una alegría pura, semejante á la del Ser supremo, cuando al salir de sus manos el universo, vió que ejecutaba sus movimientos con tanta armonía y regularidad.

Vuestro paso por la tierra no se señaló sino con beneficios. ¡ Dichosos nosotros, si acordándonos de ellos sin cesar, podemos dejar á nuestros nietos este depósito, tal cual le recibieron nuestros padres!



CAPITULO XLV.

DEL GOBIERNO DE LACEDEMONIA.

Desde el establecimiento de las sociedades intentaron los soberanos, en todas partes, aumentar sus prerogativas, y los pueblos minorarlas. Las turbulencias que resultaban de estas diversas pretensiones, eran mas visibles en Esparta, que en ninguna otra parte: por un lado dos reyes, que solian tener intereses contrarios, y siempre ayudados de gran número de partidarios; por otro, un pueblo de guerreros indóciles, que sin saber mandar ni obedecer,

Quando visteis vuestras leyes resplandecer de grandeza y hermosura, caminar solas, por decirlo así, sin tropezarse ni dislocarse, se dice que experimentasteis una alegría pura, semejante á la del Ser supremo, cuando al salir de sus manos el universo, vió que ejecutaba sus movimientos con tanta armonía y regularidad.

Vuestro paso por la tierra no se señaló sino con beneficios. ¡ Dichosos nosotros, si acordándonos de ellos sin cesar, podemos dejar á nuestros nietos este depósito, tal cual le recibieron nuestros padres!



CAPITULO XLV.

DEL GOBIERNO DE LACEDEMONIA.

Desde el establecimiento de las sociedades intentaron los soberanos, en todas partes, aumentar sus prerogativas, y los pueblos minorarlas. Las turbulencias que resultaban de estas diversas pretensiones, eran mas visibles en Esparta, que en ninguna otra parte: por un lado dos reyes, que solian tener intereses contrarios, y siempre ayudados de gran número de partidarios; por otro, un pueblo de guerreros indóciles, que sin saber mandar ni obedecer,

sumergian alternativamente el gobierno en los excesos de la tiranía y de la democracia.

La ilustracion de Licurgo no le permitia abandonar la administracion de los asuntos generales á los caprichos de la muchedumbre, ó dejarla entre las manos de dos casas reinantes. Buscando un medio de templar la fuerza con la sabiduria, creyó hallarle en Creta, donde un consejo supremo moderaba el poder del soberano, y estableció uno casi semejante en Esparta, donde veinte y ocho ancianos de experiencia consumada, fueron nombrados para partir con los reyes la plenitud del poder. Quedó determinado, que los grandes intereses del Estado se ventilasen en este augusto senado; que los dos reyes tuviesen el derecho de presidirlo, y que la decision fuese á pluralidad de votos; la que despues se comunicaria á la asamblea general de la nacion, y podria aprobarla ó desaprobala, sin que por eso pudiese hacer en ella la menor mudanza.

Ya sea porque esta cláusula no estuviese bien expresa en la ley, ya porque la discusion de los decretos inspira naturalmente el deseo de hacer en ellos algunas mudanzas, el pueblo se arrogaba insensiblemente el derecho de alterarlos con adiciones, ó enmiendas. Este abuso quedó reprimido para siempre por el cuidado de Polidoro y de Teopompo, que reinaron cerca

de ciento y treinta años despues de Licurgo; haciendo que la Pitia de Delfos añadiese un nuevo artículo al oráculo, que habia arreglado la distribucion de los poderes.

Hasta entonces habia mantenido el senado el equilibrio entre los reyes y el pueblo; pero siendo vitalicias las plazas de senadores, como las de los reyes, era de temer que en lo sucesivo se uniesen estrechamente unos y otros, y no hallasen oposicion á su voluntad; por lo cual se determinó que pasase una parte de sus funciones á manos de cinco magistrados, llamados éforos ó inspectores, destinados á defender el pueblo en caso de opresion: el rey Teopompo fué quien con el beneplácito de la nacion, estableció este cuerpo intermedio*.

* La mayor parte de los autores atribuyen este establecimiento á Teopompo, que reinó cerca de un siglo despues de Licurgo. Esta es la opinion de Aristóteles, Plutarco, Ciceron, Valerio Máximo, y Dion Crisóstomo. A esta lista se puede añadir Xenofonte, quien parece atribuir el origen de esta magistratura á los principales ciudadanos de Lacedemonia, y Eusebio, que en su crónica lo pone en el reinado de Teopompo.

Otros dos testimonios hay que merecen mucha atencion, por cuanto en ellos se señalan las datas con suma puntualidad. Segun Plutarco, el rey Cleómenes III decia á la junta general de la nacion: « Licurgo se contentó con asociar á los dos reyes un cuerpo de senadores. Por mucho tiempo no conoció la república otro magistrado. La guerra de Mesenia (en tiempo de Teopompo) se prolongaba mas y mas, y los reyes se creyeron obligados á confiar el cuidado de administrar justicia á los éforos,

Si se ha de dar crédito à los filósofos, este príncipe dió mas solidez y duracion à su autori-

que al principio no fueron mas que unos ministros suyos. Andando el tiempo, los sucesores de estos magistrados usurparon la autoridad; y uno de ellos llamado Astéropo, fué el que los hizo independientes. »

Platon menciona tres causas que impidieron en Lacedemonia, que la autoridad real degenerase en despotismo. Ved aquí las dos últimas : « Un hombre animado de un espíritu divino, (este es Licurgo) limitó el poder de los reyes por medio del senado. Despues otro salvador equiponderó felizmente la autoridad de los reyes y senadores con la de los éforos. » Este salvador pues, de quien habla Platon, no puede ser otro que Teopompo.

Por otra parte, Heródoto, Platon y un autor antiguo llamado Sátiro, afirman que Licurgo instituyó los éforos.

Respondo á esto, que segun Heráclides Póntico, que vivió poco tiempo despues que Platon, algunos escritores atribulan á Licurgo todos los reglamentos relativos al gobierno de Lacedemonia. Los dos pasages citados de Platon, nos dan de ello un ejemplo palpable. En su carta octava sienta sin restriccion, que Licurgo estableció los senadores y los éforos; siendo así que en su tratado de las leyes, donde ha especificado esto, da á estos dos cuerpos de magistraturas, dos diferentes orígenes.

No me haria fuerza la autoridad de Sátiro, si no la corroborase la de Heródoto. No diré con Marsham, que la palabra *éforos*, ha sido introducida en el texto de este último autor; pero diré que su testimonio puede conciliarse con el de los demas escritores.

Parece que el eforato era una magistratura mucho tiempo antes conocida por varios pueblos del Peloponeso, y entre otros de los Mesenios; y tambien debia de serlo de los antiguos habitantes de la Laconia, pues que los éforos fueron los que con motivo de las nuevas leyes de Licurgo, sublevaron el pueblo contra él. Además, Licurgo, en cierto modo habia modelado la constitucion de

dad, limitándola: si se juzga por lo sucedido, preparaba un peligro que tarde ó temprano habia de existir, precaviendo otro que todavia no existia. En la constitucion de Licurgo se veia la acertada combinacion de la monarquía, de la aristocracia y democracia: Teopompo añadió á esto la oligarquía, que en nuestros dias se ha hecho tiránica. Demos ahora una mirada rápidamente sobre las diferentes partes de este gobierno, segun están hoy dia, y no como estaban en otro tiempo; pues casi todas ellas han tenido sus mudanzas.

Los dos reyes deben ser de la estirpe de Hércules, y no pueden casarse con muger extranjera. Los éforos velan sobre la conducta de las reinas, para que estas no den al Estado, hijos que no sean de esta augusta casa. Si fueran convencidas, ó hubiese graves sospechas de infidelidad, quedarian sus hijos en la clase de particulares.

Esparta por la de Creta; y los Cretenses tenian magistrados principales, que se llamaban *Cosmes*, los que compara Aristóteles con los éforos de Lacedemonia. Por último, la mayor parte de los autores que yo he citado al principio, no hablan de los éforos como de una magistratura nuevamente instituida por Teopompo, sino como de un freno que este príncipe puso al poder de los reyes. Es pues muy verosímil que Licurgo dejó alguna autoridad á los éforos establecidos antes de él, y que Teopompo les concedió ciertas prerogativas, que hicieron declinar despues el gobierno á la oligarquía.

En cada una de las dos casas reinantes, debe pasar la corona al hijo mayor, y en su defecto al hermano del rey. Si muere el mayor antes que su padre, toca al segundo; pero si deja un hijo, es este preferido á sus tíos. En defecto de herederos inmediatos en una familia, son llamados al trono los parientes remotos, y nunca los de otra casa.

Las dudas que ocurren sobre la sucesion, se controvierten y terminan en la asamblea general. Cuando un rey no tiene hijos de la primera muger, debe repudiarla. Anaxándrides se casó con la hija de su hermana, y la amaba tiernamente: algunos años despues le citaron los éforos á su tribunal, y le dijeron: « es obligacion nuestra no dejar extinguirse las casas reales. « Repudiad á vuestra esposa, y elegid otra que « dé un heredero al trono. » Negóse á ello este principe; y los éforos, despues de haber deliberado con los senadores, le hablaron en estos términos: « seguid nuestro consejo, y no obli- « gueis á los Esparciatas á tomar un partido vio- « lento. No rompais esos vínculos que son tan « dulces á vuestro corazon; pero formad otros « nuevos que reanimen nuestras esperanzas. » Nada era mas contrario que esto á las leyes de Esparta; mas sin embargo. Anaxándrides obedió, y casó con otra muger, de quien tuvo un hijo; pero siempre amó á la primera, que algun

tiempo despues dió á luz al célebre Leonidas.

El heredero presuntivo no se cria con los demas hijos del Estado, por temor de que la demasiada familiaridad disminuyese el respeto que le deberian algun dia. No por eso es menor el esmero que se pone en su educacion: se le da una idea cabal de su dignidad, y todavía mas puntual de sus deberes. Un esparciata decia en otro tiempo á Cleómenes: « un rey debe ser « afable. — Sin duda, respondió este principe, « con tal que no se exponga al desprecio. » Otro rey de Lacedemonia dijo á sus padres, que exigian de él una cosa injusta: « enseñándome que « las leyes obligan mas á los reyes que á los de- « mas ciudadanos, me enseñasteis á no obede- « ceros en esta ocasion. »

Licurgo ató las manos á los reyes; pero les dejó los honores y prerogativas de que gozan como gefes de la religion, del gobierno y de los ejércitos. Ademas de ciertos sacerdocios que ejercen por si mismos, arreglan todo lo perteneciente al culto público, y se presentan á la cabeza de las ceremonias religiosas. A fin de que puedan dirigir sus votos al cielo, sea por si mismos, sea por la república, el Estado les da el primero y séptimo día de cada mes una victima, con cierta cantidad de vino y harina de cebada. Ambos tienen facultad para tener cerca de su persona dos magistrados ó augu-

res, que no se separan de ellos, y se llaman pitios. En caso de necesidad, los envia el soberano á consultar á la Pitia, y conserva en depósito los oráculos que le traen. Este privilegio es tal vez el mas importante del trono; pues el que está autorizado con él, tiene comunicacion privada con los sacerdotes de Delfos, que son los autores de estos oráculos, que deciden muy á menudo de la suerte de un imperio.

Como gefe del Estado, puede, cuando sube al trono, anular las deudas que un ciudadano ha contraido, sea con su predecesor, sea con la república*. El pueblo le adjudica por sí mismo cierto patrimonio, de que puede disponer en vida á favor de sus parientes.

Como presidentes del senado, proponen los dos reyes en él los asuntos de que se ha de tratar. Ambos dan su voto, y en caso de ausencia, lo envian por un senador de sus parientes. Este voto vale por dos. La decision de las causas que se presentan en la asamblea general, se decide á pluralidad de votos. Cuando los dos reyes proponen de comun acuerdo, un proyecto manifiestamente útil á la república, no es permitido á nadie oponerse. Nada tiene que temer la libertad pública de semejante acuerdo; porque además de la rivalidad oculta que reina entre las

* Este uso lo habia tambien en Persia.

dos casas, rara vez sucede que los dos gefes tengan el mismo grado de luces para conocer los verdaderos intereses del Estado, ni el mismo grado de valor para defenderlos. Los asuntos pertenecientes á la conservacion de caminos, las formalidades de la adopcion, la eleccion del pariente que debe casar con una heredera huérfana, todo esto está sujeto á su decision.

Los reyes no pueden ausentarse en tiempo de paz, ni los dos á un tiempo, durante la guerra, á no ser que se armen dos ejércitos. Los mandan por derecho, y Licurgo quiso que se dejasen ver en ellos con el lustre y poder que concilian el respeto y la obediencia.

El dia de la marcha, ofrece el rey un sacrificio á Júpiter. Un mancebo toma del altar un tizon encendido, y lo lleva delante de las tropas, hasta las fronteras del imperio, donde se hace otro sacrificio.

El Estado paga el gasto del general y de su casa, compuesta de los dos pitios ó augures mencionados antes, de los polemarcos ó oficiales principales, para poder consultar con ellos en cualquier momento, y de tres ministros subalternos, con el cargo de subvenir á sus necesidades. De esta manera, libre de todo cuidado doméstico, solamente se ocupa en las operaciones de la campaña. A él le toca dirigir las, hacer treguas con el enemigo, oír y despedir á

los embajadores de las potencias extrangeras. Los dos éforos que le acompañan, no tienen otro oficio, que mantener las buenas costumbres, y no se mezclan sino en los asuntos que el general tiene por conveniente comunicarles.

En estos últimos tiempos, se ha hecho alguna vez sospechoso el general de haber conspirado contra la libertad de su patria, ó de haber hecho traicion á los intereses de ella, ya sea recibiendo dádivas, ya dejándose llevar de malos consejos. Contra estos delitos se decretan, segun las circunstancias, ó crecidas multas, ó el destierro, ó tambien la pérdida de la corona y de la vida. Entre los príncipes acusados de este crimen, hubo uno que se vió obligado á huir, y refugiarse á un templo; otro pidió perdon á la asamblea, el que le concedieron con la condicion de que en adelante procedería de acuerdo con diez esparciatas, que le habian de acompañar al ejército, y serian nombrados por ella. Disminuida de dia en dia la confianza entre el soberano y los magistrados, en breve no se verá rodeado, en las expediciones, mas que de espías y delatores, que se buscarán entre sus enemigos.

Los reyes no son en tiempo de paz, mas que los primeros ciudadanos de una ciudad libre. Como ciudadanos se presentan en público sin acompañamiento y sin fausto; como primeros ciudadanos, se les cede el primer lugar, y todos

se levantan en su presencia, menos los éforos, quando están en su tribunal. Quando no pueden asistir á los banquetes públicos, se les envia una medida de vino y harina; pero si se dispensan de ir sin motivo, se les niega.

En estos banquetes, como tambien en los que les es permitido aceptar en casas particulares, reciben una porcion doble, que reparten con sus amigos. Estas menudencias no pueden ser indiferentes: las distinciones no son en todas partes mas que signos convencionales, acomodados á los tiempos y á los lugares: las que se conceden á los reyes de Lacedemonia no causan menor respeto al pueblo, que el numeroso ejército que compone la guardia del rey de Persia.

La autoridad real ha subsistido siempre en Lacedemonia, 1º porque estando repartida entre dos casas, la ambicion de la una la reprimiria inmediatamente la envidia de la otra, igualmente que el celo de los magistrados: 2º porque no habiendo intentado nunca los reyes aumentar su prerogativa, nunca ha hecho sombra al pueblo. Esta moderacion excita el amor del pueblo mientras viven, y su sentimiento quando mueren. Luego que alguno de ellos da el último suspiro, corren las mugeres por las calles, y anuncian la calamidad pública, dando golpes sobre unos vasos de bronce. El mercado se cubre de paja, y se prohíbe poner cosa alguna de

venta en tres dias. Salen hombres á caballo á divulgar la novedad por la provincia, y avisar á los hombres libres y esclavos que deben asistir á los funerales. Asisten á ellos á millares; dándose golpes en la frente, y clamando entre largos lamentos, que de cuantos principes ha habido, ninguno fué mejor. Sin embargo, estos desdichados miran como un tirano á aquel cuya pérdida se ven obligados á llorar. Los Esparcias no lo ignoran; pero precisados por una ley de Licurgo á ocultar en esta ocasion sus lágrimas y sus quejas, han querido que el dolor fingido de sus esclavos y de sus súbditos, pinte en algun modo el verdadero dolor que los penetra.

Cuando el rey muere en una expedicion militar, se expone su imagen sobre un lecho fúnebre; y no es permitido en diez dias, ni convocar la asamblea general, ni abrir los tribunales de justicia. Cuando llega el cuerpo, que se cuida de conservar en miel ó en cera, se le sepulta con las ceremonias acostumbradas, en un cuartel de la ciudad, donde están los sepulcros de los reyes.

El senado, compuesto de los dos reyes y de veinte y ocho gerontes ó ancianos, es el consejo supremo, donde se tratan en primera instancia la guerra, la paz, las alianzas y los altos é importantes negocios del Estado.

Obtener una plaza en este augusto tribunal, es subir al trono del honor. No se concede sino

al que desde su infancia se ha distinguido por una prudencia ilustrada y virtudes eminentes, ni hasta haber cumplido los sesenta años; y la posee hasta la muerte. No se teme el desfallecimiento de la razon; porque el modo de vida que hay en Esparta, hace que el espíritu y el cuerpo envejecan menos que en otras partes.

Cuando un senador termina su carrera, se presentan muchos concurrentes para sucederle, quienes deben manifestar claramente su deseo. ¿Quiso pues Licurgo favorecer la ambicion? Si; aquella ambicion que por premio de los servicios hechos á la patria, pide con ardor hacerle todavía mas.

La eleccion se hace en la plaza pública, donde se congrega el pueblo con los reyes, senadores y diferentes clases de magistrados. Cada pretendiente se presenta en el orden que le señala la suerte; y mientras da la vuelta á la plaza con los ojos bajos y en silencio, le honran con voces de aprobacion mas ó menos numerosas, mas ó menos frecuentes. Unos hombres que están escondidos en una casa inmediata, desde donde nada pueden ver, observan este ruido, notan cuál es la naturaleza de los aplausos que oyen, y al fin de la ceremonia, vienen á declarar, que en tal vez, se manifestó el voto del público de una manera mas viva y mas continuada.

Acabado este combate, en que la virtud no se

rinde sino á la virtud, comienza una especie de marcha triunfal; llevando al vencedor por todos los cuarteles de la ciudad, ceñida la cabeza con una corona, con un séquito de mancebos y doncellas, que celebran sus virtudes y su victoria; y de esta suerte va á los templos, donde ofrece el incienso, y á las casas de sus parientes, donde hay una mesa con tortas y frutas. « Aceptad, le dicen, estos presentes con que os honra el Estado por nuestras manos.» Por la tarde, todas las mugeres que tienen con él algun parentesco, se juntan á la puerta de la sala en donde ha comido; hace acercarse á la que mas estima, y presentándole una de las dos porciones que le han servido, le dice: « á vos os doy el premio honorífico, que acabo de recibir.» Todas las demas aplauden su eleccion, y la llevan á su casa con las mas lisonjeras demostraciones.

Desde este momento está obligado el nuevo senador á consagrar el resto de sus dias al ejercicio de su ministerio. Parte de sus atenciones miran al Estado, y las hemos indicado mas arriba; otras son concernientes á ciertas causas particulares, cuyo juicio está reservado al senado. De este tribunal pende, no solamente la vida de los ciudadanos, sino tambien su hacienda, quiero decir, su honor; porque el verdadero esparciata no conoce otro haber.

Se gastan muchos dias en el examen de los

delitos que merecen pena capital; porque en este caso es irreparable el error. Nunca se condena al acusado por simples presunciones; pero aunque quede absuelto por primera vez, se le persigue con mayor rigor, si en adelante se adquieren nuevas pruebas contra él.

El senado tiene derecho de imponer aquella especie de deshonra, que priva al ciudadano de una parte de sus privilegios; y de aqui nace, que á la presencia de un senador, el respeto que inspira el hombre virtuoso, se mezcle con el temor saludable que inspira el juez.

Cuando se acusa á un rey de haber quebrantado las leyes, ó haber hecho traicion á los intereses del Estado, el tribunal que debe absolverle ó condenarle, se compone de veinte y ocho senadores, de los cinco éforos y del rey de la otra casa. Puede apelar de esta sentencia á la asamblea general del pueblo.

Cinco son los éforos ó inspectores, llamados asi, porque atienden á todas las partes de la administracion. Para evitar que abusen de su autoridad, se renuevan todos los años. Entran en ejercicio al principio del año, que empieza en la luna nueva siguiente al equinoccio del otoño. El primero de ellos da su nombre al año; y así para recordar la data de un suceso, basta decir que sucedió en tiempo de tal éforo.

El pueblo tiene el derecho de elegirlos, y de

elevant á esta dignidad á los ciudadanos de todos los estados: una vez nombrados, los mira como sus defensores; y este es el motivo de que no haya cesado de aumentar sus prerogativas.

He insinuado mas arriba que Licurgo no incluyó esta magistratura en el plan de su constitucion; solamente parece que cerca de siglo y medio despues, los reyes de Lacedemonia se despojaron en favor de ella de muchos derechos esenciales, y que su poder se acrecentó mas adelante por la diligencia de uno llamado Astéropo, gefe de este tribunal. Enriquecido sucesivamente con los despojos del senado y de la autoridad real, reúne en el dia los derechos mas eminentes, como son la administracion de justicia, la conservacion de las costumbres y leyes, la inspeccion sobre los demas magistrados, y la ejecucion de los decretos de la asamblea general.

El tribunal de los éforos se reúne en la plaza pública; adonde concurren todos los dias para fallar sobre ciertas acusaciones, y terminar las diferencias de los particulares. Los reyes eran los que ejercian en otro tiempo esta funcion importante. Obligados, en tiempo de la guerra de Mesenia, á ausentarse continuamente, la confiaron á los éforos; pero siempre conservaron el derecho de asistir á los juicios, y dar su voto.

Como los Lacedemonios no tienen mas que

un corto número de leyes, y todos los dias se introducen en la república vicios no conocidos antes, se ven obligados muchas veces los jueces á gobernarse por las luces naturales; y como en estos últimos tiempos se han dado algunas de estas plazas á hombres de cortas luces, hay muchas veces motivo de dudar de la equidad de sus juicios.

Los éforos tienen un grandísimo cuidado de la educacion de la juventud. Averiguan todos los dias por sí mismos, si los hijos del Estado se erian con demasiada delicadeza: les nombran gefes que excitan su emulacion, y se presentan al frente de ellos en una fiesta militar y religiosa, que se celebra en honor de Minerva.

Hay otros magistrados que velan sobre la conducta de las mugeres: los éforos sobre la de todos los ciudadanos. Cuanto puede perjudicar aun remotamente al orden público, y costumbres recibidas, está sujeto á su censura. Muchas veces han formado causa á los omisos en cumplir sus obligaciones, y á los que se dejaban insultar fácilmente: culpando á los unos de olvidar lo que debian á las leyes; y á los otros lo que se debian á sí mismos.

Mas de una vez han reprimido el abuso que hacian de sus talentos los extrangeros admitidos á sus juegos públicos. Un orador ofreció hablar un dia entero sobre toda suerte de materias, y

le echaron de la ciudad. Arquiloco sufrió en otro tiempo la misma pena, porque en sus escritos se propasó á sentar una máxima de cobardía; y casi en nuestros dias, habiendo el músico Timoteo embelesado á los Esparciatas con la armonia de sus cantos, se acercó á él un éforo, con un cuchillo en la mano, y le dijo: «Os hemos con-
«denado á quitar cuatro cuerdas de vuestra
«lira; ¿de qué lado quereis que las corte?»

Por estos ejemplares se puede juzgar de la severidad con que este tribunal castigaba en otro tiempo los defectos, que dañaban directamente á las leyes y á las costumbres. Aun el dia de hoy, que todo comienza á corromperse, no es menos temido, aunque es menos respetado; y aquellos particulares, que han perdido los antiguos principios, no omiten cosa alguna para sustraerse de las miradas de estos censores, tanto mas severos para lo demas, quanto mas indulgentes suelen ser para sí mismos.

Obligar á la mayor parte de los magistrados á dar cuenta de su administracion, suspender de sus destinos á los que violan las leyes, prenderlos, delatarlos al tribunal superior, y exponerlos con persecuciones vivas á perder la vida; todos estos derechos están reservados á los éforos. En parte los ejercen sobre los mismos reyes, á quienes tienen dependientes, por un medio extraordinario y extravagante. Cada nueve años

escogen una noche, en que el aire esté en calma y sereno: sentados en campo raso, examinan con atencion el movimiento de los astros, y si ven una exhalacion inflamada atravesar los aires, dicen que es una estrella que muda de sitio, y que los reyes han ofendido á los dioses. Con esto los citan á comparecer en juicio, y los deponen, y no recobran la autoridad, si no los absuelve el oráculo de Delfos.

Cuando el soberano tiene contra si vehementes sospechas de un crimen contra el Estado, puede á la verdad negarse á comparecer ante los éforos, á las dos primeras intimaciones; pero debe obedecer á la tercera, pues de lo contrario pueden asegurar su persona, y acusarle en justicia. Cuando la falta es menos grave, toman sobre sí los éforos el imponer la pena. El último á quien condenaron á una multa, fué el rey Agésilao, porque enviaba un regalo á cada senador que se nombraba.

Todo el poder ejecutivo está en manos de los éforos. Convocan la asamblea general, y recogen en ella los votos. Se puede formar juicio de su poder, comparando los decretos que emanan de él, con las sentencias que pronuncian en su tribunal particular. En este precede á la sentencia esta fórmula: «ha parecido á los reyes y á los éforos;» y en aquel, esta: «ha parecido á los éforos y á la asamblea.»

A ellos se dirigen los embajadores de las naciones enemigas ó aliadas. Encargados de levantar tropas, y de hacerlas marchar, expiden al general las órdenes á que debe arreglarse; envían con él dos de ellos, para espiar su conducta; le interrumpen algunas veces en medio de sus conquistas, y le mandan venir, segun lo exige el interes personal de ellos ó del Estado.

Tantas prerogativas les grangean una consideracion que ellos legitiman con los honores que decretan á las grandes acciones, con su adhesion á las antiguas máximas, y con la firmeza con que en estos últimos tiempos han dissipado las conspiraciones que amenazaban la tranquilidad pública.

Durante una larga sucesion de años, han luchado con la autoridad de los senadores y de los reyes, sin dejar de ser sus enemigos, hasta que se han hecho sus protectores. Estas tentativas, estas usurpaciones, hubieran costado en otra parte torrentes de sangre; ¿pues por qué casualidad no han ocasionado en Esparta sino ligeras fermentaciones? Porque los éforos prometian al pueblo la libertad, mientras que sus rivales, tan pobres como el pueblo, no podian prometerle riquezas; y porque el espíritu de union, introducido por las leyes de Licurgo, habia prevalecido tanto sobre las consideraciones particula-

res, que los antiguos magistrados, deseosos de dar grandes ejemplos de obediencia, han creido siempre que debian sacrificar sus derechos á las pretensiones de los éforos.

Por una consecuencia de este espíritu, no ha dejado el pueblo de respetar á aquellos reyes y senadores que habia despojado de su poder. Una ceremonia respetable que se hace todos los meses, le recuerda sus deberes. Los reyes en su nombre, y los éforos en nombre del pueblo, hacen un juramento solemne; los primeros de gobernar segun las leyes, y los segundos de defender la autoridad real, con tal que no quebrante las leyes.

Los Esparciatas tienen diversos intereses; unos que les son particulares, y otros que les son comunes con los habitantes de las diferentes ciudades de la Laconia: de aqui nacen dos especies de asambleas, á que asisten siempre los reyes, el senado, y las diversas clases de magistrados. Cuando hay que arreglar la sucesion al trono, nombrar ó destituir los magistrados, sentenciar los delitos públicos, estatuir sobre los grandes objetos de la religion, ó de la legislación, la asamblea no se compone sino de esparciatas, y se llama asamblea menor.

Comunmente se convoca todos los meses en el plenilunio; y por extraordinario cuando lo exigen las circunstancias: la deliberacion debe

ser precedida por un decreto del senado, á menos que el empate de los votos haya impedido á este tribunal el determinar. En este caso los éforos llevan el asunto á la asamblea.

Todo el que asiste tiene derecho de opinar, con tal que tenga treinta años cumplidos. Antes de esta edad no es permitido á ninguno hablar en público. Se exige además de esto, que sea irreprochable en sus costumbres, y todavía hay memoria de aquel hombre que habia seducido al pueblo con su elocuencia: su dictamen era excelente; pero como salia de una boca impura, se levantó un senador, indignado altamente contra la condescendencia de la asamblea, é hizo que al punto, un hombre virtuoso propusiese el mismo parecer. No se diga, añadió, que los Lacedemonios se dejan llevar de los consejos de un orador infame.

Se convoca la asamblea general cuando se trata de la guerra, de la paz ó de alianzas: entonces se compone de los diputados de las ciudades de la Laconia, á los que suelen agregarse los de los pueblos aliados, y de las naciones que vienen á implorar el auxilio de Lacedemonia. Allí se ventilan sus pretensiones y sus mutuas querellas, las infracciones de los tratados por parte de los otros pueblos, los medios de conciliacion, los proyectos militares, y las contribuciones que se han de suministrar. Por lo comun llevan la

voz los reyes y los senadores: su autoridad es de mucho peso; pero mayor la de los éforos. Luego que se ha puesto suficientemente en claro la materia, uno de los éforos pide el parecer de la asamblea; y al punto salen mil voces ó por la afirmativa, ó por la negativa. Cuando despues de muchos ensayos es imposible distinguir la mayoria, el mismo magistrado se asegura de ello, contando los votos de los dos partidos, para lo cual hace pasar los unos á un lado, y los otros al otro.

CAPITULO XLVI.



La naturaleza está casi siempre en oposicion con las leyes, porque ella trabaja en la felicidad de cada individuo, sin relacion con los demas, y las leyes no estatuyen sino sobre las relaciones que unen á los hombres; porque ella diversifica hasta lo infinito nuestros caracteres é inclinaciones, mientras el objeto de las leyes, es reducirlos, en cuanto es posible, á la unidad. Es preciso pues que el legislador, encargado de desvanecer, ó á lo menos de conciliar estas contra-

riedades; mire la moral como el resorte mas poderoso, y la parte mas esencial de su política; que se haga dueño de la obra de la naturaleza, casi en el momento que esta la da á luz; que se atreva á retocar su forma y proporciones; que sin borrar los rasgos originales los suavice; y en fin, que el hombre independiente salga de sus manos hecho un ciudadano libre.

Que algunos hombres ilustrados llegasen en otro tiempo á reunir los salvages esparcidos por las selvas, y que cada día se vean sabios maestros modelar en algun modo á su arbitrio los caracteres de los niños confiados á su cuidado, se concibe fácilmente; pero ¡qué fuerza de discurrir no ha sido menester para refundir una nación ya formada; y qué valentía para atreverse á decirle: voy á coartar vuestras necesidades á lo mero necesario, y á exigir de vuestras pasiones los sacrificios mas amargos: desde hoy no conoceréis los atractivos del deleite: trocareis las dulzuras de la vida, por ejercicios penosos y dolorosos: tomaré los bienes de unos, para distribuirlos á otros, y la cabeza del pobre estará á nivel con la del rico: vosotros renunciareis vuestras ideas, vuestros gustos, vuestros hábitos, vuestras pretensiones, y algunas veces hasta aquellos sentimientos tan tiernos y tan preciosos que la naturaleza ha grabado en lo íntimo de vuestros corazones!

Sin embargo, todo esto lo ejecutó Licurgo por medio de unos reglamentos tan esencialmente diferentes de los de otros pueblos, que cuando llega un viagero á Lacedemonia, se cree trasladado á una region nueva. Su singularidad convida á meditarlos; y en breve se asombra con aquella profundidad de miras, y elevacion de sentimientos que sobresalen en la obra de Licurgo.

Dispuso este que se eligiesen los magistrados, no por la suerte, sino por votos. Quitó á las riquezas su consideracion, y al amor sus zelos. Si concedió algunas distinciones, el gobierno, atento á sus miras, nunca las prodigó, ni los hombres virtuosos se atrevieron á solicitarlas: el honor era la mas grande recompensa; y el oprobio, el mayor de los suplicios. Se impuso alguna vez la pena de muerte; pero debia precederla un examen riguroso, porque nada es mas apreciable que la vida de un ciudadano. Se ejecutó en la carcel, y por la noche, de miedo que la firmeza del reo enterneciese á los asistentes. Se decidió que terminase sus dias un cordon, porque pareció inútil multiplicar los tormentos.

Mas adelante iré indicando la mayor parte de los reglamentos de Licurgo: ahora voy á hablar de la reparticion de las tierras. Cuando Licurgo la propuso, se irritaron los ánimos; pero al ca-

bo de contestaciones muy acaloradas, se dividió el distrito de Esparta en nueve mil porciones de tierra*, y el resto de la Laconia en treinta mil. Cada porcion, adjudicada á un gefe de

*Plutarco cita tres opiniones sobre este repartimiento. Segun la primera, Licurgo dividió las tierras de la Laconia en treinta y nueve mil partes; y de ellas las nueve mil se reservaron para los habitantes de Esparta. Segun la segunda, no dió á los Esparciatas mas de seis mil, á las cuales, terminada que fué la guerra de Mesenia, añadió el rey Polidoro tres mil. Segun la tercera, de estas tres mil porciones, recibieron los Esparciatas la mitad de Licurgo, y la otra mitad de Polidoro.

Yo he seguido la primera de estas opiniones; porque parece que la prefiere Plutarco, quien podia consultar muchas obras, que se han perdido para nosotros. Sin embargo, no desecho las otras. En efecto, parece que en tiempo de Polidoro recibieron algun incremento las suertes de tierra de los Esparciatas. Un fragmento de las poesías de Tirteo nos enseña, que el pueblo de Esparta pedia entonces un nuevo repartimiento de tierras. Tambien se refiere, que saliendo Polidoro para la Mesenia, dijo que iba á un pais, que no se habia repartido todavía. Ultimamente, la conquista de la Mesenia debió de introducir entre los Esparciatas un aumento de bienes.

Todo esto nos meteria en grandes disputas: paso á dos inadvertencias, en que parece han incurrido dos hombres que han honrado su siglo y su nacion, como son Aristóteles y Montesquieu.

Dice Aristóteles que el legislador de Lacedemonia habia hecho muy bien en prohibir á los Esparciatas vender sus porciones, pero que no hubiera debido permitirles que las enagénasen en vida por donacion ni por testamento. Yo no creo que Licurgo haya concedido nunca este permiso. El éforo Epitades fué quien para privar á su hijo de la sucesion, hizo pasar un decreto que habia dado motivo á la critica de Aristóteles; crítica tanto mas impor-

familia, debía producir, además de cierta cantidad de vino y aceite, setenta medidas de cebada para el gefe, y doce para su esposa.

Hecha esta operación, tuvo por conveniente

tuna, cuanto mas próximo estaba este filósofo á los tiempos de Eptades.

Solon había permitido casarse con la hermana consanguínea, mas no con la uterina. Montesquieu ha probado muy bien, que Solon quiso con esta ley impedir que los dos esposos reuniesen en sí dos herencias; lo que podría suceder, si se casasen un hermano y hermana de una misma madre, pues uno podría heredar los bienes del primer marido de su madre, y la otra los del segundo marido. Observa Montesquieu que la ley era conforme al espíritu de las repúblicas griegas; y en contra de esto cita un pasaje de Filon, que dice, que Licurgo había permitido el matrimonio de los hijos uterinos, es decir, el que contraen un hijo y una hija de la misma madre, y de dos padres diversos. Para desatar la dificultad responde Montesquieu, que según Estrabon, cuando en Lacedemonia se casaba un hermano con una hermana, traía en dote la mitad de la porción que tocaba á este hermano. Pero es de advertir, que Estrabon habla en este lugar de las leyes de Creta, y no de las de Lacedemonia, siguiendo al historiador Eforo; y aunque conociese que estas por la mayor parte están tomadas de las de Minos, no se sigue que adoptase esta de que tratamos. Digo mas; y es que no podía en su sistema, constituir en dote de la hermana, los bienes del hermano, pues había prohibido las dotes.

Aun suponiendo que la ley citada por Estrabon estuviese recibida en Lacedemonia, no creo que deba aplicarse al pasaje de Filon. Este autor dice que estaba permitido en Lacedemonia casarse con su hermana uterina, y non con su hermana consanguínea. M. Montesquieu lo interpreta así: « Para impedir que los bienes de la familia de la hermana pasasen á la del hermano, se daba en dote á la hermana, la mitad de los bienes del hermano. »

Licurgo ausentarse, para dar tiempo á los ánimos de quietarse. A su regreso, halló los campos de Laconia llenos de montones de mieses de igual bulto, y colocados en distancias casi iguales. Parecióle que veía una finca espaciosa, cuyo fruto acababa de repartirse entre hermanos; y á ellos les pareció ver á un padre, que en la distribución de sus dones, no muestra mas amor á los unos que á los otros.

¿Pero cómo subsistirá esta igualdad de bienes? Antes de Licurgo, el legislador de Creta no se

Esta explicación supone dos cosas: 1ª que era absolutamente necesario constituir dote á la muger, y esto es contrario á las leyes de Lacedemonia: 2ª que esta hermana renunciaba la herencia de su padre, para participar de la que su hermano había recibido del suyo. Respondo, que si la hermana era hija única, debía heredar los bienes de su padre, y no podía renunciarlos; si tenía un hermano del mismo matrimonio, este era el heredero, y casándola con el hermano de otro matrimonio, no había peligro de que se acumulasen las herencias.

Si la ley citada por Filon estaba fundada en el repartimiento de bienes, no habría dificultad en explicarla en parte: por ejemplo, una madre que había tenido una hija sola del primer matrimonio, y del segundo muchos hijos varones, podía sin duda casar esta hija con uno de los segundos del otro matrimonio, porque este no tenía porción. En este sentido podía un esparciata casarse con su hermana uterina. Si es esto lo que ha querido decir Filon, lo entiendo bien; pero cuando añade que no se podía casar con su hermana consanguínea, no lo entiendo; porque no veo razón alguna, derivada del repartimiento de bienes, que debió prohibir estos matrimonios.

atrevió á establecerla, pues permitió las adquisiciones. Despues de Licurgo, Faleas en Calcedonia, Filolao en Tebas, Platon, otros legisladores y otros filósofos, han propuesto medios insuficientes para resolver el problema. Estaba reservado á Licurgo intentar las cosas mas extraordinarias, y conciliar las mas opuestas. En efecto, por una de sus leyes, arregla el número de heredades al de los ciudadanos; y por otra, concediendo exenciones á los que tienen tres hijos, y mas á los que tienen cuatro, se expuso á destruir la proporcion que quiso establecer, y á restablecer la distincion de ricos y pobres que se propuso quitar.

Mientras yo estaba en Esparta, el orden de las haciendas habia sido desarreglado por un decreto del éforo Epitades, que queria vengarse de su hijo; y como no tuve cuidado de instruirme de su estado antiguo, no podré descubrir las miras del legislador, sino subiendo á sus principios.

Por las leyes de Licurgo, ningun gefe de familia podia comprar ni vender una porcion de terreno: no podia ni darla en vida, ni hacer legacion de ella en su testamento, á quien quisiese: tampoco le era permitido partirla: el hijo mayor era el heredero, como en la casa real el hijo mayor sucede de derecho á la corona. ¿Cuál era la suerte de los demas hijos? ¿Las leyes que les

habian asegurado la subsistencia durante la vida del padre, los abandonarían despues de su muerte?

1º. Parece que podian heredar los esclavos, los ahorros y toda especie de muebles. La venta de estos efectos bastaba sin duda para vestirse, porque el paño que gastaban era tan barato, que los mas pobres podian comprarlo. 2º. Cada ciudadano tenia derecho de asistir á las comidas públicas, y daba su contingente de cierta cantidad de harina de cebada, que se puede valuar en unos doce medimnos: siendo así que el esparciata que poseía una porcion de heredad, sacaba de ella cada año setenta medimnos, y su muger doce. El excedente del marido bastaba pues para mantener cinco hijos; y como Licurgo no ha debido suponer, que cada padre de familia tuviese tantos hijos, se puede creer que el mayor debia atender á las necesidades, no solamente de sus hijos, sino tambien de sus hermanos. 3º. Es de presumir que los hijos segundos eran los únicos que podian casarse con las hembras, que á falta de varones, heredaban una posesion territorial. Sin esta precaucion, las heredades se hubieran acumulado en una cabeza. 4º. Despues del examen que se hacia de su nacimiento, los magistrados les concedian las porciones de tierra que quedaban vacantes por la extincion de algunas familias. 5º. En estos últi-

mos tiempos, las guerras frecuentes acababan con muchas de ellas; cuando en los siglos anteriores iban á fundar colonias á países remotos. 6°. Nada costaba colocar las hijas, pues estaba prohibido señalarles dote. 7°. Haciendo en cierto modo comunes todas las cosas, el espíritu de unión y de desinterés, entre los ciudadanos, unos no tenían sobre los otros mas ventaja que la de prevenir ó favorecer sus deseos.

Mientras se mantuvo este espíritu, resistió la constitucion á las conmociones que empezaban á agitarla. ¿Pero quién la sostendrá en adelante, despues que por el decreto de los éforos, de que he hablado, se permite á cada ciudadano dotar sus hijas, y disponer á su arbitrio de su porcion? Pasando las heredades todos los dias de mano en mano, se ha perdido el equilibrio de los bienes, como el de la igualdad.

Volvamos á las disposiciones de Licurgo. Los bienes raices, tan libres como los hombres, no debian ser gravados con impuestos. El Estado no tenia tesoro: en ciertas ocasiones contribuian los ciudadanos segun sus facultades, y en otras recurrían á unos medios que prueban su extrema pobreza. Una vez vinieron los diputados de Samos á pedir un empréstito de dinero, y no teniendo la asamblea general otro recurso, indicó un ayuno general, así para los hombres libres, como para los esclavos y los animales domésti-

cos. El ahorro que resultó de esto se entregó á los diputados.

Todo obedecia al influjo de Licurgo: comenzaba á desaparecer la aficion á la propiedad, y las pasiones violentas no turbaban el orden público. Pero esta calma seria una desgracia mas, si el legislador no asegurase su duracion. Las leyes solas no pudieran producir tan grande efecto: en acostumbándose á despreciar las menos importantes, se despreciarán luego las que lo son mas: si son muy numerosas, si guardan silencio en muchas ocasiones, si otras veces hablan con la oscuridad de los oráculos, si es permitido á cada juez fijar su sentido, y á cada ciudadano quejarse de ellas; si hasta en las mas leves cosas añaden á la violencia que hacen á nuestra libertad el tono envilecedor de la amenaza, en vano estarian grabadas en marmol, pues nunca se grabarán en los corazones.

Considerando Licurgo el poder irresistible de las impresiones que el hombre recibe en su infancia, y en toda su vida, estaba decidido de largo tiempo en la eleccion de un sistema que la experiencia habia calificado en Creta. Educad todos los niños en comun, en una misma disciplina, por principios invariables, á la vista de los magistrados y de todo el público, y ellos aprenderán sus deberes practicándolos: los amarán despues, porque los habrán practicado, y

no cesarán de respetarlos, porque los verán practicados por todos. Los usos, perpetuándose, recibirán una fuerza invencible de su antigüedad y universalidad: una serie continua de ejemplos dados y recibidos, hará que cada ciudadano, hecho el legislador de su vecino, sea para él una regla viva: se tendrá el mérito de la obediencia, cediendo á la fuerza del hábito; y se creará obrar libremente, porque se obrará sin esfuerzo.

Bastará pues al instituidor de la nacion, dar para cada parte del gobierno un corto número de leyes, que dispensarán el desear otro mayor, y contribuirán á mantener el imperio de los ritos, mucho mas poderoso que el de las mismas leyes. Prohibirá ponerlas por escrito, por temor de que limiten el dominio de las virtudes, y que creyendo cada uno hacer todo lo que debe, no haga todo lo que puede. Pero no las ocultará: serán trasmitidas de boca en boca, citadas en todas las ocasiones, y sabidas por todos los ciudadanos, testigos y jueces de las acciones de cada particular. No se permitirá á los jóvenes vituperarlas, ni aun examinarlas; pues que las han recibido como órdenes del cielo, y la autoridad de las leyes no se funda sino en la extrema veneracion que inspiran. Tampoco deberá nadie alabar las leyes y los usos de las naciones extrangeras; porque el que no esté persuadido de

que vive bajo la mejor de las legislaciones, está cerca de desear otra.

No extrañemos ahora que la obediencia sea, en los Esparciatas, la primera de todas las virtudes, y que estos hombres altivos no vengan jamas, con el texto de las leyes en la mano, á pedir cuenta á los magistrados, de las sentencias emanadas de su tribunal.

Tampoco nos sorprenderá que Licurgo haya mirado la educacion, como el negocio mas importante de la legislacion, y que para subyugar el entendimiento y la voluntad de los Esparciatas, los haya sujetado desde muy temprano, á las pruebas de que voy á hablar.



mente en estos objetos, trasmita algun rastro de ellos al niño que lleva en su vientre.

Apenas nace, se le presenta á la asamblea de los mas ancianos de la tribu, á que pertenece su familia. Se busca nodriza; y en lugar de lavarle con agua, le dan lavatorios de vino, que segun dicen, ocasionan accidentes funestos en los que son de temperamento debil. En vista de esta prueba, seguida de un examen riguroso, se pronuncia la sentencia del niño. Si no conviene ni para él, ni para la república, que viva mas tiempo, le echan en una sima cerca del monte Taigeto; pero si parece sano, y de buena constitucion, se le elige á nombre de la patria, para ser algun dia uno de sus defensores.

Vuelto á casa, le ponen sobre un escudo, y cerca de esta especie de cuna ponen una lanza, á fin de que sus primeras miradas se familiaricen con esta arma.

No aprietan sus miembros delicados con fajas, que embarazarian sus movimientos: no detienen sus lágrimas, si tienen necesidad de correr; pero jamas las excitan con amenazas ó golpes. El niño se va acostumbrando poco á poco á la soledad, á las tinieblas, y á la mayor indiferencia en punto de alimentos. Ninguna impresion de terror, ninguna sujecion inutil, ninguna repression injusta se le hace; entregado enteramente á sus juegos inocentes, goza comple-

CAPITULO XLVII.

ALERE FLAMMAM
VEDITATIS
DE LA EDUCACION Y DEL MATRIMONIO DE LOS ESPARCIATAS.

Las leyes de Lacedemonia cuidan con extremo de la educacion de los niños: mandan que sea pública y comun á los pobres y á los ricos; se anticipan al instante de su nacimiento; y cuando una muger ha declarado estar en cinta, se cuelgan en su cuarto varios retratos, en que resaltan la juventud y la hermosura, como los de Apolo, Narciso, Jacinto, Castor y Polux, etc., para que embebida su imaginacion continua-

tamente de las dulzuras de la vida, y su felicidad acelera el desarrollo de sus fuerzas y calidades.

Llega á los siete años sin conocer el temor servil; y en esta época es cuando suele acabarse la educación doméstica. Se pregunta al padre si quiere que su hijo se eduque conforme á las leyes: si se niega á ello, queda el padre privado de los derechos de ciudadano; si consiente en ello, el hijo tendrá en lo sucesivo por ayos, no solamente á sus padres, sino tambien á las leyes, á los magistrados y á todos los ciudadanos, autorizados para hacerle preguntas, aconsejarle, y castigarle sin temor de ser tenidos por severos: pues que ellos mismos serian castigados, si, siendo testigos de sus faltas, tuviesen la debilidad de disimularlas. Se pone al frente de los niños uno de los hombres mas respetables de la república: este los distribuye en clases, y á cada una de ellas preside un gefe joven, y distinguido por su prudencia y valor. Los niños deben someterse, sin replicar á las órdenes que estos les dan, y á los castigos que les imponen, los que ejecutan otros jóvenes que han llegado á la pubertad, usando de disciplinas.

La regla se va haciendo cada dia mas severa. Se les corta el pelo, andan sin medias ni zapatos, y para acostumarlos al rigor de las estaciones, se les hace algunas veces luchar desnudos.

A los doce años dejan la túnica, y se cubren solamente con un manto, que debe durar todo un año. No se les permite el uso de los baños y perfumes sino rara vez. Cada cuadrilla duerme reunida sobre las puntas de unos juncos que crecen en el Eurotas, y que ellos arrancan sin auxilio de cuchillo.

Entonces es cuando empiezan á contraer aquellas amistades particulares, poco conocidas de las naciones extranjeras, y mas puras en Lacedemonia, que en las otras ciudades de la Grecia. A cada uno de ellos le es permitido recibir los obsequios continuos de un mancebo honrado, que se aficiona á su hermosura, y mas que todo á sus virtudes, de que aquella parece ser emblema. Así, la juventud de Esparta está como dividida en dos clases: una de los que aman, y otra de los que son amados. Los primeros, destinados á servir de modelos á los segundos, llegan hasta el entusiasmo, con un sentimiento que sostiene la mas noble emulacion, y que con las demostraciones del amor, no es en el fondo mas que la ternura apasionada de un padre con su hijo, ó la amistad ardiente de un hermano con su hermano. Cuando varios experimentan respecto de un mismo objeto, la inspiracion divina, que este es el nombre que se da á la propension que los arrastra, lejos de dejarse dominar de los zelos, se unen mas entre sí, y se interesan

mas en los progresos de aquel á quien aman; porque todo su deseo es hacerle tan amable á los ojos de los demas, como lo es á los de ellos mismos. Uno de los mas honrados ciudadanos fué condenado á una multa, por no haberse aficionado nunca á algun joven: otro porque su joven amigo habia despedido un grito de pusilanimidad en un combate.

Estas asociaciones, que ordinariamente han producido grandes acciones, son comunes en los dos sexos, y algunas veces duran toda la vida. Mucho tiempo antes estaban establecidas en Creta: Licurgo conoció el mérito de ellas, y precavió sus peligros. Ademas de que la menor mancha sobre una amistad que debe ser santa, y lo es casi siempre, cubriria de eterna infamia al culpado, y aun seria castigada segun las circunstancias con pena capital: los discipulos no pueden ocultarse, ni por un momento, á las miradas de los ancianos, que se imponen el deber de asistir á sus ejercicios, y mantener la decencia; á las del presidente general de educacion, y á las del ireno ó gefe particular que manda á cada division.

Este ireno es un joven de veinte años, que por premio de su valor y prudencia recibe el honor de dar lecciones á los que se le confian. Está al frente de ellos cuando combaten, cuando pasan el Eurotas á nado, cuando salen á caza,

cuando aprenden á luchar, á correr y demas ejercicios del gimnasio. De vuelta á su casa, toman un alimento sano y frugal, que ellos mismos preparan: los mas robustos traen la leña, los mas débiles yerbas y otros alimentos que han quitado, metiéndose á hurtadillas en las huertas y en las salas de los banquetes públicos. Si se les coge en el hurto, unas veces los azotan, otras se añade á este castigo la prohibicion de comer á la mesa; algunas veces se les lleva á un altar, al que les hacen dar vueltas, cantando versos contra ellos mismos.

Concluida la comida, el mancebo que hace de gefe manda á unos cantar, y propone á otros cuestiones, por donde se venga en conocimiento de su inteligencia ó de sus sentimientos. «¿Quién es el mas hombre de bien de la ciudad? ¿Qué pensais de tal accion?» La respuesta debe ser concisa y fundada. Los que hablan sin reflexionarlo, reciben algun ligero castigo en presencia de los magistrados y ancianos, testigos de estas pláticas, que á veces no quedan satisfechos de la sentencia del gefe; pero, por temor de debilitar su autoridad, esperan á que esté solo para castigarle de su indulgencia ó de su severidad.

No se da á los alumnos mas que una ligera tintura de la literatura; pero se les enseña á explicarse con pureza, á representar en los coros

de danza y de música, á perpetuar en sus versos la memoria de los que han muerto por la patria, y la deshonra de los traidores. En estas poesías se expresan las grandes ideas con claridad, y los sentimientos elevados con calor.

Los éforos van todos los dias á verlos; de tiempo en tiempo van ellos á las casas de los éforos, quienes examinan atentamente si hay esmero en su educacion, si se ha introducido alguna delicadeza en sus camas ó vestidos, y si tienen disposicion de engruesar demasiado. Este último artículo es esencial; y así se ha visto algunas veces en Esparta, que los magistrados han citado ante el tribunal de la nacion, y amenazado con destierro, á algunos ciudadanos, cuya excesiva gordura parecia ser prueba de vida regalada. Una cara afeminada causaria rubor á un esparciata: se requiere que el cuerpo en su incremento tome agilidad y fuerza, conservando siempre buenas proporciones.

Este es el objeto que hay en sujetar los jóvenes de Esparta á ciertas tareas, que les llevan casi todos los momentos del dia. Pasan una gran parte de él en el gimnasio, donde no se hallan como en otras ciudades, maestros que enseñen á sus discípulos el arte de suplantar diestramente á su adversario: aqui el ardid amancillaria el valor; y el honor debe acompañar al vencimiento como á la victoria. Por esto es, que en algu-

nos ejercicios no es permitido á un esparciata vencido, levantar la mano, porque esto seria reconocer un vencedor.

He asistido muchas veces á los combates que tienen en el Platanisto los mancebos que han cumplido los diez y ocho años. Hacen sus preparativos en su colegio, situado en el barrio de Terapné; y divididos en dos cuerpos, uno de los cuales toma el nombre de Hércules, y el otro el de Licurgo, sacrifican juntos por la noche un perro sobre el altar de Marte; porque se ha pensado que el animal doméstico mas valiente, seria la victima mas agradable al mas valiente de los dioses. Despues del sacrificio trae cada division un jabali cebado, le excita con sus gritos contra el otro, y si vence, se saca de esto un agüero feliz.

Al dia siguiente, á eso del medio dia, los jóvenes guerreros vienen en orden, por diferentes caminos que les señala la suerte, hasta llegar al campo de batalla. Dada la señal, se empujan unos á otros, se empujan y se repelen alternativamente. Luego se va aumentando por grados su ardor: se baten á patadas, á cachetes, se desgarran con los dientes y con las uñas, continuan un combate poco ventajoso, á pesar de las heridas dolorosas, se exponen á perecer antes que ceder, y algunas veces crece la arrogancia, segun se disminuye la fuerza. Próximo

uno de ellos á echar en tierra á su antagonista, exclamó : « tú me muerdes como una muger. » « No , respondió el otro , sino como un leon. » Están presentes á la accion cinco magistrados , que con una palabra pueden moderar su furor ; y asiste á ella una multitud de testigos , que alternan elogios á los vencedores , y sarcasmos á los vencidos. La accion se concluye cuando los de un partido se ven forzados á pasar á nado el Eurotas , ó el canal , que junto con el rio circunda al Platanisto.

He visto otros combates en que competia el mayor valor con los mas vivos dolores. En una fiesta celebrada en honor de Diana , por sobre nombre Ortia , colocan cerca del altar algunos muchachos esparciatas , que acaban de salir de la infancia , escogidos entre todas las órdenes del Estado , y los azotan cruelmente , hasta que empieza á correr la sangre. Está presente la sacerdotisa , quien tiene en las manos una estatua de Diana , hecha de madera , muy pequeña y ligera. Si los ejecutores se manifiestan sensibles á la compasion , la sacerdotisa clama que no puede sostener el peso de la estatua. Entonces desnudean los golpes , y el interes general se hace mas vivo. Se oyen los gritos frenéticos de los padres , que exhortan á estas víctimas inocentes á no dar ni un quejido : ellos mismos provocan y desafian al dolor. La presencia de tantos testi-

gos , ocupados en notar sus menores movimientos , y la esperanza de la victoria , reservada al que sufre con mayor constancia , los endurecen de tal modo , que se presentan á estos terribles tormentos con frente serena , y con alegria repugnante.

Maravillado yo de la entereza de estos niños , dije á Damonax , que me acompañaba : es preciso confesar que se observan puntualmente vuestras leyes. — Mejor direis , me replicó , que se ultrajan indignamente. La ceremonia que acabais de ver se instituyó en otro tiempo en honor de una divinidad bárbara , cuya estatua y culto , segun dicen , trajo Orestes de la Táuride á Lacedemonia. El oráculo habia ordenado sacrificarle hombres : Licurgo abolió esta costumbre horrible ; mas para resarcir de algun modo á la supersticion , dispuso que los muchachos esparciatas , condenados á azotes por algunas faltas , sufriesen esta pena cerca del altar de la diosa.

Debia estarse á los términos y espíritu de la ley , que no ordenaba mas que un castigo ligero ; pero nuestros elogios insensatos excitan , tanto aqui como en el Platanisto , una emulacion detestable entre estos jóvenes. Sus tormentos son para nosotros un objeto de curiosidad , y para ellos una materia de triunfo. Nuestros padres no conocian otro heroismo que el que era util á la

patria, y sus virtudes no eran ni superiores, ni inferiores á sus deberes : desde que la vanidad ha tomado posesion de las nuestras, da tanto bulto á sus rasgos, que casi no se conocen. Esta mudanza, que viene desde la guerra del Peloponeso, es un sintoma notable de la decadencia de nuestras costumbres. La exageracion del mal, solamente produce desprecio; y la del bien, sorprende la estimacion: se cree entonces que el lustre de una accion extraordinaria dispensa de las mas sagradas obligaciones. Si continúa este abuso llegarán nuestros jóvenes á no tener valor sino de ostentacion: arrostrarán la muerte ante el altar de Diana, y huirán á vista del enemigo.

Acordaos de aquel niño, que habiendo el dia pasado escondido una raposilla en el pecho, se dejó despedazar las entrañas mas bien que confesar el hurto: tan nueva pareció su obstinacion, que sus camaradas le reprendieron altamente. Entonces le dije yo: eso era una consecuencia de vuestras instituciones; puesto que él respondió, que valia mas morir entre tormentos, que vivir en oprobio. Tienen pues razon aquellos filósofos que son de parecer que vuestros ejercicios imprimen en el alma de los jóvenes guerreros una especie de ferocidad.

Esos nos acometen, dijo Damonax, en el momento en que estamos en tierra. Licurgo habia

previsto la excesiva creciente de nuestras virtudes, y les puso diques que han durado cuatro siglos, y de que todavía nos quedan algunos vestigios. ¿No hemos visto, en estos últimos tiempos, castigar á un esparciata despues de hacer las mas señaladas hazañas, por haber peleado sin escudo? Pero á medida que se estragan nuestras costumbres, el falso honor no conoce freno, y se comunica insensiblemente á todas las clases del Estado. En otro tiempo las mugeres de Esparta, mas cuerdas y decentes que las de hoy, en sabiendo que sus hijos habian muerto en el campo de batalla, se contentaban con vencer á la naturaleza; pero ahora se jactan de insultarla, y por el temor de parecer débiles, no temen el ser atroces. Esta fué la respuesta de Damonax. Vuelvo á la educacion de los Esparciatas.

En muchas ciudades de la Grecia, luego que los jóvenes cumplen diez y ocho años, cesan de estar bajo la vigilancia de los preceptores. Licurgo, que conocia bien el corazon humano, no le abandonó á sí mismo en el momento critico de que pende casi siempre el destino del ciudadano, y ordinariamente el de un Estado; antes bien opuso al desarrollo de las pasiones, una nueva sucesion de ejercicios y tareas. Los gefes exigen de sus discipulos mas modestia, mas sumision, mas templanza y fervor. Es un espec-

táculo singular, ver esta brillante juventud, á quien el orgullo del valor y de la hermosura debería inspirar tantas pretensiones, no atreverse, por decirlo así, ni á abrir la boca, ni á levantar los ojos, andar despacio, y con la decencia de la tímida doncella, que lleva las ofrendas sagradas.

Sin embargo, si esta regularidad no estuviese animada de un motivo poderoso, reinaría el pudor en las frentes, y el vicio en los corazones. Licurgo les suscita entonces un cuerpo de espías y rivales, que los celan continuamente. No hay cosa mas adecuada que este medio para depurar las virtudes. Poned al lado de un joven un modelo de su edad, y le aborrecerá si no puede igualarle, ó le despreciará si le vence sin dificultad. Al contrario, oponed un cuerpo á otro: como es fácil balancear sus fuerzas, y variar su composición, no puede el honor de la victoria, ni la deshonra de la derrota ensorbercer demasiado, ni tampoco humillar con exceso á los particulares; se establece entre ellos una rivalidad acompañada de estimación: sus parientes y amigos participan de ella, y de unos simples ejercicios, pasan á ser espectáculos interesantes para todos los ciudadanos.

Los jóvenes esparciatas dejan muchas veces sus juegos para entregarse á movimientos mas rápidos. Se les manda repartirse por la provin-

cia con las armas en la mano, descalzos, expuestos á la intemperie de las estaciones, sin esclavos que les sirvan, ni una manta para guardarse del frio de la noche. Unas veces examinan el pais, y los medios de preservarle de las acometidas del enemigo; otras persiguen á los jabalies y demas fieras; otras para hacer el ensayo de varias mauióbras del arte militar, se ponen en emboscada por el dia, y á la noche siguiente acometen y derriban á los hilotas, que conociendo el peligro, han tenido la imprudencia de salir, y hallarse en el camino por donde van*.

* Esta especie de ardid de guerra se llamaba Criptia, que por lo comun se traduce *emboscada*, y casi siempre se ha confundido con la caza de los hilotas.

Segun Heráclito del Ponto, que vivia poco tiempo despues del viage del joven Anacarsis á la Grecia, y Plutarco, que vivió algunos siglos despues, se mandaba á los jóvenes de tiempo en tiempo que se esparciesen por el campo, armados con puñales; debiendo esconderse de dia en parages seguros, y salir por la noche á degollar á los hilotas que encontrasen en el camino.

Juntemos á estos dos testimonios el de Aristóteles, quien en un pasage conservado por Plutarco nos dice, que cuando los éforos entraban en posesion de sus empleos, declaraban la guerra á los hilotas, para que se les pudiese matar impunemente. Nada hay que pruebe que este decreto estaba autorizado por las leyes de Licurgo, y todo nos persuade que iba acompañado de correctivos; porque la república jamas ha podido declarar una guerra efectiva y continua á unos hombres, que eran los únicos que cultivaban y arrendaban las tierras; que servian en los ejércitos y armadas, y

Las niñas de Esparta no se educan como las de Atenas: no se les manda estarse encerradas,

que muy á menudo entraban en la clase de ciudadanos. La ordenanza de los éforos no podia pues tener otro fin, que librar de la justicia al esparciata, que tuviese la desgracia de matar á un hilita. De que un hombre tenga derecho de vida y de muerte sobre otro, no se sigue que use de él siempre.

Examinemos ahora, 1.º, cuál era el objeto de la criptia; 2.º, si las leyes de Licurgo establecieron la caza de los hilitas.

1.º. Platon quiere que en un Estado bien ordenado, al salir los jóvenes de la infancia, corran por dos años el pais con las armas en la mano, sufriendo los rigores del invierno y del verano, en vida dura, y sujetos á una disciplina exacta. Dése el nombre que se quiera á estos jóvenes, dice él, sea el de *criptos*, sea el de agrónomos ó inspectores de los campos, ellos aprenderán á conocer el pais y á guardarle. Como la criptia no estaba en práctica sino entre los Esparciatas, es patente que Platon describió por menor aquí sus funciones; de lo que no deja duda alguna el pasage siguiente, tomado del tratado mismo que el anterior. Un lacedemonio que introduce Platon en sus diálogos, se explica en estos términos: « nosotros tenemos un ejercicio llamado Crip-tia, que es excelente para familiarizarnos con el dolor: nos obligan á andar descalzos en invierno, á dormir al raso, á servirnos nosotros mismos sin ayuda de esclavos, y á correr por el campo de una parte á otra, tanto de noche como de día. »

La conformidad de estos dos textos es patente: explican clarísimamente el objeto de la criptia, siendo de observar que en ellos no se dice una palabra de la caza de los hilitas. Tampoco se habla de ello en las obras que nos han quedado de Aristóteles, ni en las de Tucídides, Xenofonte. Isócrates y demas escritores del mismo siglo, no obstante que hacen mencion repetidas veces, de las rebeliones y deserciones de los hilitas, y censuran más de una vez las leyes de Licurgo y los usos de los Lacedemonios.

hilar lana, abstenerse del vino y comidas fuertes; sino que se les enseña á bailar, cantar, lu-

Insisto tanto sobre esta prueba negativa, por quanto algunos de estos autores eran de Atenas, y vivian en una república que trataba á los esclavos con la mayor humanidad. Creo poder inferir de estas reflexiones, que hasta cerca del tiempo en que Platon escribia su tratado de las leyes, no estaba destinada la criptia para verter la sangre de los hilitas.

La criptia era una expedicion para acostumar los jóvenes á las operaciones militares; y así recorrían el campo, se ponían en emboscada, con las armas en la mano como si estuvieran en presencia del enemigo, y saliendo de sus retiros por la noche, hacían volver atrás á los hilitas que encontraban en el camino. Yo pienso que poco tiempo despues de la muerte de Platon, perdido el vigor de las leyes, algunos jóvenes darian muerte á los hilitas que les hacían mucha resistencia; y quizá dió esto lugar al decreto de los éforos que cité mas arriba. Creciendo el abuso de dia en dia, se confundiria en adelante la criptia con la caza de los hilitas.

2.º. Pasemos á la segunda cuestion. ¿Esta caza la ordenó Licurgo?

Heráclito del Ponto se ciñe á decir, que la atribuian á este legislador; lo cual no es mas que una sospecha formada por este autor posterior á Platon. El pasage siguiente no merece mayor atencion. Segun Plutarco, Aristóteles atribuía á Licurgo el establecimiento de la criptia; y como el historiador, siguiendo el error de su tiempo, confunde en este lugar la criptia con la caza de los hilitas, se pudiera creer que Aristóteles las confundia tambien; pero esto no sería mas que una presuncion. No sabemos si Aristóteles, en el pasage de que se trata, explicaba las funciones de los criptos, y parece que Plutarco no lo cita sino para refutarlo: porque algunos renglones despues dice, que el origen de la criptia, tal como él mismo la concebía, debía de ser muy posterior á las leyes de Licurgo. Plutarco no es siempre exacto

char entre sí, correr velozmente por la arena, arrojar con fuerza el tejo ó el dardo, hacer todos sus ejercicios sin velo y casi desnudas, en presencia de los reyes y de los magistrados, y de todos los ciudadanos, sin exceptuar á los mancebos, á quienes ellas excitan á la gloria, ya sea con su ejemplo, ya con elogios lisonjeros, ó ironias picantes.

en especificar los hechos, y podria probar aquí con este motivo, que su memoria le ha extraviado algunas veces. Estas son todas las autoridades á que tengo que responder.

Distinguiendo los tiempos, se concilia todo fácilmente. Segun Aristóteles, la criptia fué instituida por Licurgo. Platon explica el objeto de ella, y la cree muy util. Cuando se corrompieron las costumbres de Esparta, la juventud abusó de este ejercicio, cometiendo, segun dicen, crueldades horribles. Tan lejos estoy de justificarlas, que sospecho que haya exageracion en lo que nos cuentan de esto. ¿Quién nos ha dicho que los hilotas no tenian medio para preservarse de ellas? 1°. El tiempo de la criptia, tal vez era determinado: 2°. era difícil que los jóvenes se esparciesen, sin ser vistos, por un pais donde habia tantos hilotas, á quienes importaba informarse de ello: 3°. no lo era menos que los particulares de Esparta, que se mantenian con el producto de sus tierras, no advirtiesen á los hilotas sus colonos, el peligro que les amenazaba. En todos estos casos los hilotas no tenian mas que dejar á los jóvenes hacer su ronda, y estarse por la noche metidos en sus casas.

He creido que debia en esta nota probar la explicacion de la criptia, que he dado en el cuerpo de la obra. He pensado tambien, que no era de ninguna manera necesario hacer á los hombres peores de lo que son, y decir sin prueba, que un legislador sabio habia ordenado crueldades.

En estos juegos es donde dos corazones, destinados á unirse un dia, empiezan á penetrarse de los sentimientos que han de asegurar su felicidad*; pero no siempre los raptos de un amor naciente, son coronados con un himeneo prematuro**. Donde quiera que se permite á los

* Varian los autores sobre los usos de los pueblos de la Grecia, porque estos usos han variado segun la diferencia de tiempos. Parece que en Esparta se arreglaban los matrimonios por la eleccion de los esposos, ó por la de sus padres. En prueba de ello citaré el ejemplo de Lisandro, quien antes de morir habia desposado sus dos hijas con dos ciudadanos de Lacedemonia. Citaré tambien una ley que permitia acusar en justicia al que habia contraido un matrimonio poco proporcionado. Por otro lado un autor antiguo llamado Hermipo, refiere que en Lacedemonia encerraban en un lugar oscuro á las jóvenes casaderas, y que cada hombre tomaba á ciegas la que habia de ser su esposa. Podria suponerse por via de conciliacion, que en efecto Licurgo habia establecido la ley de que habla Hermipo, y que mas adelante no estuvo en uso. Platon la adoptó en cierto modo en su república.

** Los Griegos habian conocido, muy desde el principio, el peligro de los matrimonios prematuros. Hesiodo dice que la edad del hombre no ha de bajar mucho de los treinta años. En cuanto á la de las mugeres, aunque no esté claro el texto, parece que la fija en los quince años. Platon en su república, exige que los hombres no se casen hasta los treinta años, y las mugeres á los veinte. Segun Aristóteles, los hombres deben tener unos treinta y siete años, y las mugeres diez y ocho poco mas ó menos. Yo pienso que en Esparta se casaban los hombres á los treinta años, y las mugeres á los veinte. Corrobórase esta conjetura con dos razones: 1°. esta es la edad que prescribe Platon, quien copió mucho de las leyes de Licurgo: 2°. los Espar-

muy jóvenes perpetuar las familias, se achica y degenera la especie humana de una manera sensible. No ha sucedido así en Lacedemonia, porque no se celebran allí los matrimonios hasta que el cuerpo tiene todo su incremento, y puede la razón influir en la elección.

A las prendas del alma, han de reunir los esposos una hermosura varonil, buena estatura, y salud robusta. Licurgo, y después de él los filósofos mas sabios, habían extrañado que se cuidase tanto de perfeccionar las castas de los animales domésticos, mientras se descuidaba enteramente la de los hombres. Cumpliéronse sus deseos; y esta armonía en la unión de los sexos, parece haber añadido á la naturaleza del hombre, mayor grado de fuerza y de magestad. En efecto, no hay cosa, ni mas bella, ni mas pura, que el linage de los Esparciatas.

Paso en silencio el pormenor de las ceremonias del matrimonio; pero debo hablar de un uso notable por su singularidad. Cuando llega el término de la conclusion, el esposo, después de una corta comida en la sala pública, va al anochecer á casa de sus nuevos padres, saca furtivamente á su esposa, se la lleva á su casa;

ciatas no tenían derecho de opinar en la junta general, hasta los treinta años; lo qual parece suponer que antes de este tiempo no eran tenidos por cabezas de familia.

y poco después va al gimnasio á juntarse con sus camaradas, continuando en habitar con ellos como antes. En los dias siguientes continúa la ordinaria costumbre de visitar la casa de sus padres; pero no puede conceder á su pasión, sino los instantes robados á la vigilancia de los que le rodean; y sería vergonzoso para él si le viesen salir de la habitación de su muger. Algunas veces vive años enteros de este modo, en que el misterio añade tanto atractivo á las sorpresas y á los hurtos. Sabia Licurgo, que los deseos pronto, ó muy á menudo satisfechos, acaban en indiferencia ó desabrimiento; y así tuvo el cuidado de mantenerlos, para que los esposos tuviesen tiempo de acostumbrarse á sus defectos, y despojado el amor insensiblemente de sus ilusiones, llegase á su perfeccion, trocándose en amistad. De aquí nace la buena armonía que reina en aquellas familias, en que los cabezas, deponiendo su altivez el uno á la voz del otro, parece que se unen todos los dias por una nueva elección, y presentan continuamente el espectáculo tierno del valor extremado, junto con la extremada dulzura.

Hay razones muy poderosas que pueden autorizar á un esparciata á no casarse; pero no debe esperar en su vejez las mismas consideraciones que los demas ciudadanos. Se cita el ejemplo de Dercilidas, que habia sido general de los ejérci-

tos con mucha gloria, y habiendo venido á la asamblea, le dijo un joven: «no me levanto en tu presencia, porque no dejarás hijos, que algún día se levanten en la mía.» Los celibatarios están expuestos á otras humillaciones: no asisten á los combates que hay entre las jóvenes medio desnudas; está al arbitrio del magistrado obligarlos en los rigores del invierno á andar al rededor de la plaza sin vestidos, y cantando canciones contra si mismos, en lo que reconocen que su desobediencia á las leyes merece aquel castigo.

CAPITULO XLVIII.

DE LOS USOS Y COSTUMBRES DE LOS ESPARCIATAS.

Este capítulo es una continuación del anterior; porque la educación de los Esparciatas continúa, por decirlo así, toda la vida.

Desde la edad de veinte años se dejan crecer los cabellos y la barba: los cabellos aumentan la hermosura, y convienen al hombre libre, como también al militar. Se hace prueba de la obediencia, aun en las cosas más indiferentes: cuando los éforos toman posesión de su plaza, hacen pregonar á son de trompeta un decreto,

tos con mucha gloria, y habiendo venido á la asamblea, le dijo un joven: «no me levanto en tu presencia, porque no dejarás hijos, que algún día se levanten en la mía.» Los celibatarios están expuestos á otras humillaciones: no asisten á los combates que hay entre las jóvenes medio desnudas; está al arbitrio del magistrado obligarlos en los rigores del invierno á andar al rededor de la plaza sin vestidos, y cantando canciones contra si mismos, en lo que reconocen que su desobediencia á las leyes merece aquel castigo.

CAPITULO XLVIII.

DE LOS USOS Y COSTUMBRES DE LOS ESPARCIATAS.

Este capítulo es una continuación del anterior; porque la educación de los Esparciatas continúa, por decirlo así, toda la vida.

Desde la edad de veinte años se dejan crecer los cabellos y la barba: los cabellos aumentan la hermosura, y convienen al hombre libre, como también al militar. Se hace prueba de la obediencia, aun en las cosas más indiferentes: cuando los éforos toman posesión de su plaza, hacen pregonar á son de trompeta un decreto,

mandando rasurarse el labio superior, como tambien someterse á las leyes. Todo es aqui instruccion: preguntado un esparciata, que por qué conservaba una barba tan larga, respondió: « desde que el tiempo la blanqueó, me advierte á cada momento, que no deshonre mi vejez. »

No permitiendo los Esparciatas ninguna especie de adorno en sus vestidos, han dado un ejemplo admirado, mas no imitado de las demas naciones. Entre ellos, ni reyes, ni magistrados se distinguen en lo exterior de los ciudadanos de la última clase. Todos llevan una túnica muy corta, de lana muy basta, y encima se ponen un manto ó capa gruesa. Calzan sandalias ú otros calzados, cuyo color mas comun es encarnado. Dos heroes de Lacedemonia, Castor y Polux, están representados con gorras, que juntas una á otra por su parte inferior, harian la figura de aquel huevo de que, segun dicen, tuvieron su origen. Tomad una de estas gorras, y tendreis la que usan todavía los Esparciatas. Algunos la atan fuertemente con correas, y otros empiezan á usar en su lugar el tocado de las rameras de la Grecia. « Ya no son inventados los Lacedemonios, decia en mi tiempo el poeta Antifanes; las redcillas que sujetan sus cabellos están teñidas de púrpura. »

Ellos fueron los primeros, despues de los Cretenses, que se despojaron de los vestidos en

los ejercicios del gimnasio. Este uso se introdujo mas adelante en los juegos olimpicos, y ha dejado de ser indecente desde que se ha hecho comun.

Se presentan en público con un palo grueso y corvo por la parte superior; pero les está prohibido llevarlo á la asamblea general, porque los asuntos del Estado se deben terminar por la fuerza de la razon, y no por la de las armas.

Las casas son pequeñas, y hechas sin arte; no se deben labrar las puertas mas que con la sierra: los techos con el hacha sola: las vigas son troncos de árboles, apenas descortezados. Los muebles, aunque mas elegantes, participan de la misma sencillez, y jamas están amontonados confusamente. Los Esparciatas tienen á mano cuanto necesitan, porque se acostumbran á poner cada cosa en su lugar. Este leve cuidado conserva entre ellos el amor del orden y de la disciplina.

Viven en suma austeridad. Un extranjero que los vió tendidos á la mesa, y en el campo de batalla, tenia por mas facil sufrir semejante muerte, que semejante vida. Sin embargo, Licurgo no les quitó mas que lo superfluo; y si son frugales, lo son mas por virtud que por necesidad. Tienen carnes de reses; el monte Taigeto les da caza abundante; las llanuras, liebres, perdices,

y otras varias especies; el mar y el Eurotas, pescado: el queso de Gitio es muy estimado*. Además, tienen diversas clases de legumbres, frutas, panes y tortas.

Es verdad que sus cocineros no se emplean sino en componer la carne, y que deben abstenerse de las salsas, menos el pisto negro. Esta es una salsa, cuya composición se me ha olvidado, y en ella mojan el pan los Esparciatas, prefiriéndola á los manjares mas exquisitos**. Por la fama que tenia, quiso Dionisio, tirano de Siracusa, enriquecer con ella su mesa; para lo cual hizo venir un cocinero de Lacedemonia, y le mandó que la hiciese á toda costa. Sirvióse la salsa, probóla el rey, y la arrojó con indignación. « Señor, le dijo el esclavo, falta en ella un ingrediente esencial. — ¿ Pues cuál es? replicó el principe. — Un ejercicio violento antes de comer, respondió el esclavo. »

La Laconia produce muchas especies de vinos. El que se coge en las Cinco-Colinas, á siete estadios de Esparta, exhala un odor tan suave como el de las flores. El vino que se cuece, ha de

* Este queso se aprecia todavía en el país.

** Meursio conjetura, que la salsa negra se hacia con caldo exprimido de una cabeza de puerco, al cual se añadia vinagre y sal. En efecto, parece que los cocineros no podian gastar otros ingredientes que vinagre y sal.

hervir hasta que el fuego consuma la quinta parte de él, y lo guardan cuatro años antes de beberle. En sus comidas no pasa la copa de mano en mano, como hacen los demas pueblos; sino que cada uno apura la suya, y al momento la llena el esclavo que sirve á la mesa. Tienen el permiso de beber cuanto necesiten; y de él usan con placer, pero nunca abusan: el espectáculo desagradable de un esclavo embriagado, que suelen ponerles ante los ojos cuando son niños, les inspira suma aversion á la embriaguez; fuera de que la elevacion de sus almas no les deja degradarse jamas. Tal es el sentido de la respuesta de un esparciata á otro que le preguntaba, que por qué era tan sobrio en el uso del vino: « por no necesitar nunca de la ración agena, » respondió. Además de esta bebida, apagan muchas veces la sed con sudores*.

Tienen diferentes especies de comidas públicas; siendo las mas frecuentes las Filitias**. Reyes, magistrados, simples ciudadanos, todos se juntan á comer en unas salas, en donde se ponen muchas mesas, por lo regular de quince

* Esta bebida se usa todavía en el país.

** Algunos autores llaman á estos convites Fiditias, otros Filitias; y este parece ser su verdadero nombre, que indica asociaciones de amigos.

cubiertos cada una. Los convidados de una mesa no se mezclan con los de otra, y forman una sociedad de amigos, en que ninguno puede ser recibido sin el consentimiento de todos los que la componen. Comen echados sobre bancos de roble, apoyado el codo en una peña ó pedazo de madera. Se les da salsa negra, despues carne de cerdo cocida, en porciones iguales, servidas separadamente á cada convidado, algunas veces tan chicas, que apenas tienen la cuarta parte de una mina*. Tienen vino, tortas, y pan de cebada en abundancia. Otras veces se añade por suplemento á la comida ordinaria, pesca y varias especies de caza. Los que ofrecen sacrificios, ó van á cazar, pueden comer en su casa cuando vuelven; pero deben enviar á sus comensales una parte de la caza ó de la víctima. Al lado de cada cubierto, se pone una miga de pan para limpiarse los dedos.

Durante la comida, se suele hablar de asuntos morales, ó de ejemplos de virtud. Una acción buena, se cita como una noticia digna de la atención de un esparciata. Comunmente toman la palabra los ancianos, quienes hablan con precisión, y se les oye con respeto.

Se junta la alegría á la decencia, segun lo mandó Licurgo á los convidados, á cuyo fin or-

* Cerca de tres onzas y media.

denó que se pudiese ante sus ojos una estatua, consagrada al dios de la risa. Pero los chistes que excitan la alegría, no han de ser ofensivos; y si por casualidad se escapa á alguno una chanza maliciosa, no debe salir afuera. El mas anciano, mostrando la puerta á los que entran, les advierte que nada de lo que van á oír, ha de salir por ella.

Todas las clases de educandos asisten á estas comidas, sin participar de ellas: los mas jóvenes para pillar diestramente de las mesas alguna porción, que reparten con sus amigos; y los otros para tomar lecciones de sabiduría y de jocosidad.

Ya sea que las comidas públicas hayan sido establecidas en una ciudad, á imitación de las que se hacian en el campo, ya tengan su origen en otra causa, lo cierto es, que en un Estado pequeño producen efectos maravillosos para conservar las leyes: durante la paz, la union, templanza é igualdad; y durante la guerra, un nuevo motivo de volar á socorrer á un ciudadano, con quien se tiene compañía en los sacrificios y libaciones. Mino las habia establecido en sus Estados; y Licurgo adoptó este uso, con algunas diferencias notables. En Creta se hace el gasto á expensas de la república, y en Lacedemonia á costa de los particulares, quienes tienen la obligación de dar mensualmente cierta

cantidad de harina de cebada, vino, queso, higos, y aun dinero. Con esta contribucion forzosa, sucede que los mas pobres quedan excluidos de estas comidas comunes: defecto que censuraba Aristóteles en las leyes de Licurgo. Por otra parte, Platon reprendia á Minos y á Licurgo, de que no hubiesen sujetado las mugeres á la vida comun. Yo me abstengo de decidir entre estos grandes políticos y legisladores.

Entre los Esparciatas, algunos no saben ni leer ni escribir, y otros apenas saben contar: no hay entre ellos ninguna idea de geometria, astronomia, ni de otras ciencias. Las gentes instruidas tienen sus delicias en las poesías de Homero, Terpandro y Tirteo, porque elevan el alma. Su teatro está destinado solamente á sus ejercicios, y en él no representan ni comedias, ni tragedias, porque se han propuesto no admitir el uso de estos dramas. Algunos, aunque muy pocos, han cultivado con fruto la poesia lirica. Tal fué Alcman, que vivia cerca de tres siglos hace: su estilo es dulce, aunque tenia que vencer el duro dialecto dórico, que se habla en Lacedemonia; pero estaba animado de un sentimiento que lo suaviza todo; y habiendo consagrado toda su vida al amor, cantó el amor toda su vida.

Son aficionados á la música, que da el entu-

siasmo de la virtud: sin cultivar este arte, se hallan en estado de juzgar de su influjo sobre las costumbres, y no admiten las novedades que podrian alterar su sencillez.

Por los casos siguientes se puede juzgar de la aversion que tienen á la retórica. Un esparciata, que se habia ejercitado en la oratoria fuera de su patria, volvió á ella, y los éforos mandaron castigarle, por haber concebido el proyecto de enganar á sus compatriotas. Durante la guerra del Peloponeso, fué enviado otro esparciata al sátrapa Tisafernes para persuadirle á preferir la alianza de Lacedemonia á la de Atenas. Se explicó en pocas palabras; y como vió á los embajadores atenienses desplegar todo el fausto de su elocuencia, tiró dos lineas, que se terminaban en un mismo punto, una recta, y la otra tortuosa, y enseñándolas al sátrapa, le dijo: «escoged.» Dos siglos antes, los habitantes de una isla del mar Egeo, acosados del hambre, acudieron á los Lacedemonios, sus aliados, quienes respondieron á su embajador: «no hemos comprendido el fin de vuestra arenga, y «se nos ha olvidado el principio de ella.» Nombraron otro embajador, encargándole mucho la concision. Llegó, y lo primero que hizo fué mostrar á los Lacedemonios un saco de los que sirven para la harina. Estaba el saco vacio. La asamblea decretó al punto que se abasteciese la

isla; pero advirtió al diputado que otra vez no fuese tan prolijo. En efecto, les habia dicho que era menester llenar el saco.

Desprecian el arte de hablar; pero aprecian el talento de hablar. Algunos lo han recibido de la naturaleza, y lo han manifestado, ya en las asambleas de la nacion y de otros pueblos, ya en los elogios fúnebres que se dicen anualmente en honor de Pausanias y de Leonidas. Brasidas, aquel general, que durante la guerra del Peloponeso mantuvo en Macedonia el honor de su patria, pasaba por elocuente aun entre los Atenienses, que tanto aprecian la elocuencia.

La de los Lacedemonios va siempre á su fin, y llega á él por los medios mas sencillos. Algunos sofistas extrangeros han tenido á veces el permiso de entrar en su ciudad, y de hablar en su presencia; bien recibidos, si anuncian verdades útiles, no se les oye si solamente tratan de deslumbrar. Un dia nos propuso uno de estos sofistas que oyésemos el elogio de Hércules. « ¿ De Hércules? » dijo al punto Antálcidas; « ¿ pues quién le vituperara? »

No se avergüenzan de ignorar las ciencias, que ellos miran como superfluas; y uno de ellos respondió á un ateniense que les daba en cara con esto: « en efecto, nosotros somos los únicos á quienes no habeis podido enseñar vuestros vicios. » No aplicándose mas que á los co-

nocimientos absolutamente necesarios, sus ideas son claras, y mas propias para combinarse y colocarse; porque las ideas falsas son como las piezas irregulares, que no pueden servir para la edificacion de un edificio.

Asi es, que este pueblo es mucho mas ilustrado que los otros, aunque sea menos instruido. Cuentan que Tales, Pitaco, y los demas sabios de Grecia, aprendieron de él á encerrar en sentencias cortas las máximas morales. Lo que yo he visto me ha sorprendido muchas veces. Creia estar conversando con gentes ignorantes y rudas, é inesperadamente salian de sus bocas unas respuestas sentenciosas, y penetrantes como dardos. Acostumbrados desde muy temprano á explicarse con tanta energia como concision, callan si no se les ofrece alguna cosa importante que decir; y si tienen mucho que decir, se procuran disculpar. Un instinto de grandeza les advierte, que el estilo difuso no conviene sino al esclavo que suplica: en efecto, parece que del mismo modo que la súplica, se arrastra á los pies, en torno de la persona á quien se quiere persuadir. Al contrario, el estilo conciso, es grave é infunde respeto: conviene al señor que manda, y es adecuado al caracter de los Espartiatas, que lo usan frecuentemente en sus conversaciones, y en sus cartas. Los dichos agudos, tan prontos como el relámpago, dejan tras si,

ya una luz viva, y a la alta opinion que tienen de sí mismos y de su patria.

Elogiaba uno la bondad del rey Carilao. «¿Cómo podría ser bueno, replicó el otro rey, si «lo era tambien para los malos?» En una ciudad de Grecia, el pregonero encargado de la venta de los esclavos, decia en voz alta: «yo «vendo un lacedemonio. — Mejor dirás un prisionero,» exclamó este, poniéndole la mano en la boca. Los generales del rey de Persia preguntaban á los diputados de Lacedemonia, que en qué calidad contaban seguir la negociacion. «Si sale mal, respondieron, como particulares, «y si bien como embajadores.»

La misma precision se nota en las cartas que escriben los magistrados, y en las que reciben de los generales. Temiendo los éforos que la guarnicion de Decelia se dejase sorprender, ó interrumpiese sus acostumbrados ejercicios, le escribieron solamente estas palabras: «no os «paseéis.» La derrota mas azarosa, se anuncia con la misma sencillez que la victoria mas completa. En la guerra del Peloponeso, habiendo sido batida su armada, que iba á las órdenes de Mindaro, por la de los Atenienses, mandada por Alcibiades, escribió un oficial á los éforos: «perdióse la batalla. Mindaro ha muerto. No «hay viveres, ni recursos.» Poco tiempo despues les escribió Lisandro, general del ejército,

en estos términos: «está tomada Atenas.» Esta fué la relacion de la conquista mas gloriosa y mas util para Lacedemonia.

No se infiera de esto, que los Esparciatas, condenados á una razon demasiado severa, no se atreven á dejar el ceño, antes tienen aquella disposicion á alegrarse que da la libertad del alma, y la salud del cuerpo. Su alegría se comunica rápidamente, por que es viva y natural: se mantiene con jocosidades, que sin bajeza ni ofensa, se diferencian esencialmente de la bufoneria y de la sátira. Aprenden muy temprano el arte de decirlas y sufrirlas. Se acaban cuando el que es objeto de ellas pide que le dejen.

Con semejantes armas rechazan algunas veces la vanidad y mal humor. Estando yo un dia con el rey Arquidamo, su médico Periandro le presentó unos versos, que acababa de componer. Leyólos el principe, y le dijo en tono de amistad: «¡ah! ¿por qué de tan buen médico, os ha «ceis tan mal poeta?» Algunos años despues se quejaba un viejo al rey Agis de algunas trasgresiones de la ley, y decia que todo estaba perdido. «Es tan cierto eso, respondió el rey sonriéndose, que en mi infancia lo oí decir á mi padre, «quien habia oido decir lo mismo al suyo cuando «era niño.»

Las artes de lucro, y principalmente las de lujo, están vedadas con severidad entre los Espar-

ciatas. Les está prohibido alterar con olores la naturaleza del aceite, y teñir la lana, como no sea con color de púrpura. Así, ni hay perfumadores, ni casi tintoreros entre los Esparciatas. No deberían conocer ni el oro ni la plata, ni por consiguiente haber personas que elaboren estos metales. En el ejército pueden ejercer algunas profesiones útiles, como de heraldo, trompeta, ó cocinero, con la condicion de que el hijo siga la profesion de su padre, segun se practica en Egipto.

Tienen tal idea de la libertad, que no pueden conciliarla con el trabajo de manos. Volviendo de Atenas uno de ellos, me decia: vengo de una ciudad donde nada es indecente. Con esto indicaba los que proporcionan cortesanas por el dinero, y los que se dan á tráfico menores. Hallándose otro en la misma ciudad, supo que acababan de condenar á una multa á un ocioso; y fué á ver, como cosa extraordinaria, á un ciudadano, condenado en una república, por haberse eximido de toda especie de servidumbre.

Fundábase su sorpresa en que las leyes de su pais se proponen principalmente librar las almas de los intereses facticios, y de los cuidados domésticos. Los que tienen tierras están obligados á arrendarlas á los hilotas: aquellos entre quienes se suscitan contiendas, deben terminarlas amigablemente; porque les está prohibido gas-

tar los momentos preciosos de la vida en seguir pleitos, igualmente que en operaciones mercantiles, y otros medios que se emplean comunmente para aumentar el caudal, ó distraerse de su existencia.

Sin embargo, ellos no conocen el fastidio, porque nunca están solos, nunca ociosos. Parte del dia emplean en nadar, luchar, correr, jugar á la pelota, y demas ejercicios del gimnasio y evoluciones militares: despues tienen por obligacion, y como diversion asistir á los juegos y combates de los educandos: de alli se van á los Lesqués, que son unas salas distribuidas en los barrios de la ciudad, donde suelen juntarse los hombres de toda edad. Gustan muchísimo de la conversacion, pero casi nunca hablan de los intereses y proyectos de las naciones, sino que escuchan sin cansarse las lecciones de los ancianos, y oyen con gusto referir el origen de los hombres, de los heroes y ciudades. Se templa la gravedad de estas conversaciones con sales frecuentes.

Estas asambleas, como tambien las comidas y los ejercicios públicos, las honran siempre los ancianos con su presencia. Me valgo de esta expresion, porque la ancianidad, despreciada en otras partes, eleva á un esparciata á la cumbre del honor. Los demas ciudadanos, y principalmente los jóvenes, gastan con los ancianos

aquellos miramientos que ellos mismos exigirán cuando lleguen á serlo. La ley les obliga á cederles el paso cuando los encuentran , á levantarse cuando se presentan , y á callar, cuando ellos hablan. Se les oye con deferencia en las asambleas de la nacion , y en las salas del gimnasio: así es que los ciudadanos que han servido á la patria , lejos de ser mirados como extraños al fin de su carrera, son respetados, unos como depositarios de la experiencia, y otros como aquellos monumentos, de que se tiene por sagrado, el conservar las reliquias.

Si se considera ahora que los Esparciatas dedican una parte del tiempo á la caza y á las asambleas generales; que celebran un gran número de fiestas, á que da mayor realce el concurso de la música y del baile, y en fin, que los placeres comunes á toda una nacion son siempre mas vivos que los de un particular, lejos de compadecer su destino, se ve que les proporciona una sucesion no interrumpida de momentos agradables, y espectáculos interesantes. Dos de estos excitaron la admiracion de Pindaro: allá es, decia, donde se encuentra el valor ardiente de la juventud guerrera, templado con la sabiduria de los ancianos; y los triunfos brillantes de las Musas, seguidos siempre de los raptos de la alegría pública.

Sus sepulcros, sin ornato, como sus casas,

no anuncian distincion alguna entre los ciudadanos: está permitido ponerlos en la ciudad, y aún cerca de los templos. Ni las lágrimas, ni los sollozos acompañan los funerales, ni los últimos momentos del moribundo; porque los Esparciatas no extrañan mas el verse morir, que el hallarse viviendo: persuadidos á que toca á la muerte fijar el término de sus dias, se someten á las órdenes de la naturaleza, con la misma resignacion que á las necesidades del Estado.

Las mugeres son altas, fuertes, robustas, casi todas hermosas; pero su hermosura es mesurada y respetuosa. Hubieran podido dar á Fídias muchos modelos para su Minerva, y pocos á Praxiteles para su Venus.

El vestido de las mugeres es una túnica ó especie de camisa corta, y una ropa que baja hasta los calcaños. Las jóvenes, obligadas á dedicar todos los momentos del dia á la lucha, á la carrera, al salto y á otros ejercicios penosos, no suelen tener mas que un vestido ligero y sin mangas, que sujetan en los hombros con broches, y cuyo ceñidor le tiene levantado mas arriba de las rodillas, quedando abierto á los dos lados por la parte inferior, de suerte que queda descubierta la mitad del cuerpo. Estoy muy lejos de aprobar este uso, mas voy á proponer los motivos y efectos, segun la respuesta

de algunos esparciatas, á quienes manifesté mi sorpresa.

Licurgo no podía sujetar las mugeres á los mismos ejercicios que los hombres, sin apartar cuanto estorbaba sus movimientos. Habia observado sin duda que el hombre no cubrió su desnudez hasta despues de corromperse: que sus vestidos se han multiplicado á proporcion de sus vicios: que las bellezas que le seducen pierden muchas veces sus atractivos á fuerza de mostrarlas; y en fin, que las miradas no amancillan sino á las almas ya amancilladas. Guiado de estas reflexiones, emprendió Licurgo establecer con sus leyes tal consonancia de virtudes entre los dos sexos, que quedase reprimida la temeridad del uno, y protegida la debilidad del otro. Así, poco satisfecho con imponer pena capital contra el que deshonorase á una doncella, acostumbró á la juventud de Esparta á no avergonzarse mas que del mal. El pudor despojado de una parte de sus velos, fué respetado por una y otra parte, y las mugeres de Lacedemonia sobresalian por la pureza de sus costumbres. Añado á esto que Licurgo ha tenido partidarios entre los filósofos: Platon quiere que en su república hagan sus ejercicios en el gimnasio las mugeres de toda edad, sin mas vestidos que sus virtudes.

Una esparciata sale al público con la cara des-

cubierta hasta que se case: despues, como no debe agradar mas que á su marido, sale con velo; y como él solo debe conocerla, no corresponde á otros hablar de ella con elogio. Pero este velo sombrío, y este respetoso silencio, no son mas que ofrendas tributadas á la decencia. En ninguna parte están las mugeres menos observadas, ni con menos sujecion; ni en ninguna han abusado menos de su libertad. La idea de faltar á sus esposos, les hubiera parecido en otro tiempo tan extraña como la de ostentar la menor afectacion en su adorno. Aunque en el dia no tienen la misma prudencia, ni la misma modestia, son no obstante mas puntuales en sus deberes, que las demas mugeres de la Grecia.

Tambien tienen un caracter mas vigoroso, y lo emplean con feliz éxito en dominar á sus esposos, quienes consultan gustosos con ellas los asuntos domésticos, no menos que los de la nacion. Se ha notado que los pueblos guerreros son inclinados al amor; la union de Marte y de Venus parece que prueba esta verdad, y el ejemplo de los Lacedemonios sirve para confirmarla. Un dia decia un extrangero á la muger del rey Leonidas: « vosotras sois las únicas que teneis ascendiente sobre los hombres. Sin duda, respondió, porque somos las únicas que ponemos los hombres en el mundo. »

Estas almas fuertes dieron, hace algunos años, un ejemplo que sorprendió á toda la Grecia. Al ver el ejército de Epaminondas, llenaron la ciudad de confusion y terror. ¿Empieza su caracter á alterarse como sus virtudes? ¿hay alguna fatalidad para el valor? ¿podrá un instante de debilidad contrabalancear tantos rasgos de grandeza y elevacion como las han distinguido en todos los tiempos, y manifiestan todos los días?

Tienen una alta idea del honor y de la libertad; y algunas veces la llevan tan adelante, que no se sabe qué nombre dar al sentimiento que las anima. Una de ellas escribia á su hijo, que se habia salvado en una batalla: «corren malas noticias de tí: ó hazlas cesar, ó deja de vivir.» En otra ocasion semejante, escribia una á su hijo: «te doy gracias de haberte conservado para mí.» Aun los que quieran disculpar á la segunda, no podrán menos de admirar á la primera. Igualmente les maravillaria la respuesta de Argileonis, madre del célebre Brasidas, la cual al noticiarle unos tracios la muerte gloriosa de su hijo, añadiendo que jamas habia dado Lacedemonia un general tan grande, les dijo: «extrangeros, mi hijo era hombre de valor; pero sabed que en Esparta hay muchos ciudadanos que valen mas que él.»

Aquí está sumisa la naturaleza sin ahogarla;

y en esto consiste el verdadero valor. Por eso los éforos decretaron honores distinguidos á esta muger. Pero ¿quién podría oír, sin estremecerse, á una madre á quien dijeron: «vuestro hijo ha muerto, sin haberse separado de su puesto;» y ella respondió al punto: «que lo entierren, y que se ponga su hermano en su lugar?» Otra estaba en el arrabal, esperando la noticia del combate. Llega el correo: le pregunta, y le dicen: vuestros cinco hijos han muerto. — «No te pregunto eso: ¿peligra mi patria? — Triunfa. — Pues bien, me resigno gustosa con mi pérdida.» ¿Y quién tampoco pudiera ver sin terror aquellas mugeres que matan á sus hijos, si están convencidos de cobardía? ¿y las que, corriendo al campo de batalla, hacen que les enseñen el cadaver de su hijo único, miran con inquietud las heridas que ha recibido, cuentan las que pueden honrar ó deshorrar su muerte, y conforme á este cálculo horrible, marchan orgullosas al frente del acompañamiento, ó se encierran en sus casas para ocultar sus lágrimas y su deshonra? *

Estos excesos, ó mas bien estas maldades del

* Este último hecho, y otros casi semejantes, parece que son posteriores al tiempo en que las leyes de Licurgo se observaban exactamente. Despues de su decadencia fué cuando el falso honor se apoderó de las mugeres y muchachos de Esparta.

honor, exceden tanto la capacidad de la grandeza que conviene al hombre, que jamas han participado de ellos los esparciatas mas fanáticos por la gloria. Ved aqui la razon. El amor de la patria es entre ellos una virtud que los obliga á hacer cosas sublimes; y en sus esposas una pasion que intenta cosas extraordinarias. La hermosura, el adorno, el nacimiento, las gracias del ingenio no tienen en Esparta bastante aprecio para poner distincion entre las mugeres; y así, se vieron obligadas á fundar su superioridad en el número y valentía de sus hijos. Mientras estos viven, gozan de las esperanzas que dan: despues que mueren, gozan de la celebridad que adquirieron. Esta fatal sucesion es la que las hace feroces, y el motivo de que su adhesion á la patria vaya algunas veces acompañada de todos los furores de la ambicion y de la vanidad.

A esta elevacion de alma que manifiestan todavía de cuando en cuando, sucederán luego, sin destruirla enteramente, unos sentimientos bajos; y la vida de ellas no será otra cosa, que una mezcla de pequeñez y grandeza, de barbarie y de voluptuosidad. Ya se dejan llevar muchas del brillo del oro, y de los atractivos del placer. Los Atenienses, que censuraban altamente la libertad que se dejaba á las mugeres de Esparta, triunfan viendo esta libertad dege-

nerando en licencia. Los mismos filósofos reprehenden á Licurgo, porque solo pensó en la educacion de los hombres.

Examinaremos esta acusacion en otro capítulo, y al mismo tiempo indagaremos las causas de la decadencia de las costumbres de los Esparciatas. Porque, es preciso confesarlo, ya no son los que eran un siglo hace. Unos se enorgüen impunemente con sus riquezas: otros corren tras los empleos que sus padres se contentaban con merecer. No hace mucho tiempo que se descubrió una ramera en las inmediaciones de Esparta; y lo que no es menos peligroso, hemos visto á Cinisca, hermana de Agesilao, enviar á Olimpia un carro de cuatro caballos para disputar el premio de la carrera, poetas para celebrar su triunfo, y al Estado levantar un monumento en honor suyo.

No obstante, en medio de esta degradacion, conservan todavía algunos restos de su grandeza antigua. Nunca los vereis recurrir á fingimientos, ni á bajezas, ni á ninguno de aquellos medios mezquinos que envilecen las almas: son codiciosos sin avaricia, ambiciosos sin ardid. Los mas poderosos tienen bastante pudor para ocultar la licencia de su conducta; viniendo á ser como unos desertores, que temen las leyes

que han quebrantado, y echan menos las virtudes que han perdido.

Al mismo tiempo he visto esparciatas, cuya magnanimidad excitaba á elevarse hasta ellos. Conservaban su elevacion sin esfuerzo, sin ostentacion, sin ser atraidos hácia la tierra por el brillo de las dignidades, ó por la esperanza de las recompensas. No exijais bajeza alguna de ellos: no temen ni la indigencia, ni la muerte. En mi último viage á Lacedemonia, estaba yo en conversacion con Talecro, que era muy pobre, y con Damindas, que tenia con que pasarlo muy bien. Llegó uno de aquellos hombres que Filipo, rey de Macedonia, asalariaba para comprarle partidarios; y dijo al primero: «¿qué bienes teneis? — Los necesarios,» respondió Talecro volviéndole la espalda. Amenazó al segundo con la indignacion de Filipo. «Hombre infame, respondió Damindas, ¿qué es lo que puede tu amo contra los hombres que desprecian la muerte?»

Contemplando atentamente esta mezcla de vicios nuevos, y de virtudes antiguas, me parecía estar en un bosque, abrasado por algun incendio; y viendo en él unos árboles reducidos á ceniza, otros medio consumidos, y otros, que no habiendo sido tocados por la llama, levantaban con arrogancia hasta los cielos sus copas.

CAPITULO XLIX.

DE LA RELIGION Y FIESTAS DE LOS ESPARCIATAS.

Los objetos del culto público no inspiran en Lacedemonia mas que un profundo respeto, y un silencio absoluto. Allí no se permite en este punto ni disputa, ni duda: adorar á los dioses, honrar á los heroes, es el único dogma de los Esparciatas.

Entre los heroes á quienes han levantado templos, altares ó estatuas, se distinguen Hércules, Castor, Polux, Aquiles, Ulises, Licurgo, etc. Lo que debe maravillar á los que no conocen las

que han quebrantado, y echan menos las virtudes que han perdido.

Al mismo tiempo he visto esparciatas, cuya magnanimidad excitaba á elevarse hasta ellos. Conservaban su elevacion sin esfuerzo, sin ostentacion, sin ser atraidos hácia la tierra por el brillo de las dignidades, ó por la esperanza de las recompensas. No exijais bajeza alguna de ellos: no temen ni la indigencia, ni la muerte. En mi último viage á Lacedemonia, estaba yo en conversacion con Talecro, que era muy pobre, y con Damindas, que tenia con que pasarlo muy bien. Llegó uno de aquellos hombres que Filipo, rey de Macedonia, asalariaba para comprarle partidarios; y dijo al primero: «¿qué bienes teneis? — Los necesarios,» respondió Talecro volviéndole la espalda. Amenazó al segundo con la indignacion de Filipo. «Hombre infame, respondió Damindas, ¿qué es lo que puede tu amo contra los hombres que desprecian la muerte?»

Contemplando atentamente esta mezcla de vicios nuevos, y de virtudes antiguas, me parecía estar en un bosque, abrasado por algun incendio; y viendo en él unos árboles reducidos á ceniza, otros medio consumidos, y otros, que no habiendo sido tocados por la llama, levantaban con arrogancia hasta los cielos sus copas.

CAPITULO XLIX.

DE LA RELIGION Y FIESTAS DE LOS ESPARCIATAS.

Los objetos del culto público no inspiran en Lacedemonia mas que un profundo respeto, y un silencio absoluto. Allí no se permite en este punto ni disputa, ni duda: adorar á los dioses, honrar á los heroes, es el único dogma de los Esparciatas.

Entre los heroes á quienes han levantado templos, altares ó estatuas, se distinguen Hércules, Castor, Polux, Aquiles, Ulises, Licurgo, etc. Lo que debe maravillar á los que no conocen las

tradiciones de los pueblos, es ver á Helena participar con Menelao, de honores casi divinos, y la estatua de Clitemnestra, colocada cerca de la de Agamenon.

Los Esparciatas son muy crédulos. Uno de ellos creyó ver de noche un espectro errante al rededor de un sepulcro; y dió tras él con la lanza levantada diciendo á voces: no hay remedio, morirás otra vez. No son los sacerdotes los que mantienen la superstición; sino los éforos quienes pasan algunas noches en el templo de Pasifae, y por la mañana dan sus sueños por realidades.

Licurgo que no podia dominar á las opiniones religiosas, suprimió los abusos que habian producido. En todas las demas partes hay que presentarse á los dioses con víctimas sin mácula, algunas veces con aparato magnifico; en Esparta con ofrendas de poco valor, y la modestia conveniente al que suplica. En otras partes importunan á los dioses con plegarias indiscretas y largas: en Esparta no se les pide mas que la gracia de hacer grandes acciones, despues de haber hecho buenas obras; y esta fórmula concluye con estas palabras, cuya profundidad conocerán las almas nobles: «dadnos fuerza para «sufrir la injusticia.» La vista de los muertos no causa aquí horror como en las naciones vecinas. El luto dura once dias solamente: si el

dolor es verdadero, no se debe limitar el tiempo; y si es falso, no se debe prolongar la imposura.

De aquí se sigue, que si el culto de los Lacedemonios está manchado con errores y preocupaciones en la especulativa como el de los otros griegos, á lo menos en la práctica es mas racional é ilustrado.

Los Atenienses creyeron vincular entre ellos la Victoria representándola sin alas; y por la misma razon han representado los Esparciatas algunas veces á Marte y á Venus encadenados. Esta nacion guerrera ha dado armas á Venus, y puesto una lanza en las manos de todos los dioses y diosas. Ha puesto la estatua de la Muerte junto á la del Sueño, para acostumbrarse á mirrarlas de un mismo modo: ha consagrado un templo á las Musas, porque marcha á los combates al son armonioso de la flauta ó de la lira; otro á Neptuno, que conmueve la tierra, porque habita en un pais sujeto á frecuentes terremotos; otro al Temor, porque hay temores saludables, como es el de las leyes.

Llenan sus ocios un crecido número de fiestas. En las mas de ellas he visto marchar en orden tres coros, y hacer resonar los aires con sus cánticos. El de los ancianos decia:

Cada cual de nos ha sido

Joven, valiente, atrevido :

el de los hombres hechos respondia :

Lo somos nos al presente,
Quien quiera, lo experimente ;

Y el de los muchachos proseguia :

Y nosotros llegaremos
Al dia en que os ganaremos.

Vi en las fiestas de Baco once mugeres disputándose el premio de la carrera. He seguido á las jóvenes de Esparta, cuando en medio de la alegría pública, puestas en carros, iban al lugar de Therapné, á presentar sus ofrendas en el sepulcro de Menelao y Helena.

Durante las fiestas de Apolo, apellidado Carneio, que se celebran todos los años al fin del estio, y duran nueve dias, asisti al combate de los tocadores de cítara; vi levantar al rededor de la ciudad nueve barracas ó enramadas en forma de tiendas. Cada dia iban á comer á ellas nuevos convidados en número de ochenta y uno, nueve á cada tienda; los oficiales, elegidos por suerte mantenian el orden, y todo se ejecutaba á la voz del heraldo público. Esta era la imagen de un campamento, pero no habia

disposiciones de guerra, porque nada debe interrumpir estas fiestas, y por grave é inminente que sea el peligro, se espera á que se concluyan, para poner el ejército en campaña.

El mismo respeto mantiene á los Lacedemonios en su casa, mientras duran las fiestas de Jacinto, que se celebran por la primavera, principalmente por los habitantes de Amiclas. Se decia que Jacinto, hijo de un rey de Lacedemonia, fué amado tiernamente por Apolo; que Céfitro, envidioso de su hermosura, dirigió contra él el tejo que le quitó la vida; y que Apolo, que lo habia arrojado, no halló otro alivio á su dolor, que el de trasformar este tierno príncipe en una flor que tiene el mismo nombre. Con este motivo se instituyeron juegos que se renuevan todos los años. El dia primero y tercero no ofrecen mas que la imagen del duelo; y el segundo es dia de gozo, en que Lacedemonia se abandona á la embriaguez de la alegría: este es un dia de libertad: los esclavos comen á la mesa con sus amos.

Por todas partes se ven coros de mancebos, vestidos de una sencilla túnica, unos tocando la lira, ó celebrando á Jacinto con cantares antiguos, acompañados con la flauta; otros ejecutando danzas; otros á caballo, haciendo ostension de su destreza, en el sitio destinado á los espectáculos.

Despues se adelanta hácia Amiclas la pompa ó procesion solemne, llevando á su frente un gefe, que con el nombre de legado, debe ofrecer en el templo de Apolo los votos de la nacion: llegada que es, se acaban los preparativos de un sacrificio pomposo, y se empieza derramando en forma de libacion, vino y leche en lo interior del altar que sirve de basa á la estatua. Este altar es el sepulcro de Jacinto. Al redor están puestos en fila veinte ó veinte y cinco mancebos, y otras tantas doncellas, que cantan conciertos pasmosos, delante de muchos magistrados de Lacedemonia*; porque en esta ciudad, como en las demas de la Grecia, toma el gobierno interes en las ceremonias religiosas, y así es que los reyes y sus hijos tienen por deber el asistir á ellas. En estos últimos tiempos se ha

* Entre las inscripciones que Mr. el abate Fourmont descubrió en Laconia, hay dos que son del séptimo y acaso del octavo siglo antes de J. C. Al nombre del legado ó gefe de una diputacion solemne, ΠΡΕΣΒΕΥΣ, juntan los de muchos magistrados, y los de los mancebos y doncellas que habian hecho papel en los coros, y que en uno de estos monumentos se les nombra *Thalacodes*. Esta expresion, segun Hesiquio, indicaba entre los Esparciatas, los coros de muchachos. Yo he creido que se trataba aqui de la pompa de los Jacintos.

Es de notar que entre las doncellas que componian uno de los coros, se halla el nombre de Licorias, hija de Deuxidamo ó Zeuxidamo, rey de Lacedemonia, que vivia 700 años antes de J. C.

visto á Agesilao, despues de ganar victorias singulares, ponerse en el sitio que le habia señalado el maestro del coro, y, confundido con los simples ciudadanos, entonar con ellos el himno de Apolo en las fiestas de Jacinto.

La disciplina de los Esparciatas es de tal naturaleza, que sus placeres van siempre acompañados de cierta decencia: aun en las fiestas de Baco, ya sea en la ciudad, ya en el campo, no se atreve nadie á quebrantar la ley que prohíbe el uso excesivo del vino.

CAPITULO I.

DEL SERVICIO MILITAR ENTRE LOS ESPARCIATAS.

Los Esparciatas tienen obligación de servir desde la edad de veinte años, hasta la de sesenta: pasado este término están dispensados de tomar las armas, á no ser que el enemigo entre en la Laconia.

Cuando hay que levantar tropas, los éforos mandan, por medio de los heraldos, que todos los ciudadanos, desde la edad de veinte años, hasta los que señala la proclama, se presenten para servir en la infantería de armadura

pesada, ó en la caballería: la misma intimación se hace á los operarios que se destinan al ejército.

Como los ciudadanos están divididos en cinco tribus, se ha dividido la infantería pesada en cinco regimientos, que por lo regular los mandan otros tantos polemarcos: cada regimiento se compone de cuatro batallones, de ocho pentecostias, y de diez y seis enomotias ó compañías.

Es muy difícil, y acaso imposible dar idea cabal en esta materia: pues como variaba con frecuencia, se contentaron los autores antiguos con referir los hechos sin entrar en pormenores; y en los tiempos posteriores se han tomado los hechos particulares por reglas generales.

Los Esparciatas estaban distribuidos en muchas clases llamadas MOPAI ó MOIPAI, es decir, partes ó divisiones.

¿Cuáles eran las subdivisiones de cada clase? el *locos*, la *pentecostis*, y la *enomotia*. En el texto de esta obra, he comparado la *mora* con el *regimiento*, el *locos* con el *batallón*, la *enomotia* con la *compañía*, sin pretender por eso que estas comparaciones fuesen exactas: en esta nota conservaré los nombres griegos, aunque tenga que ponerlos en singular, cuando debieran estar en plural.

Xenofonte, que vivía en el tiempo en que yo supongo el viage del joven Anacarsis, expone claramente estas subdivisiones que he dicho. « Cada *mora*, dice, tiene por oficiales un polemenco, cuatro gefes de *locos*, ocho gefes de *pentecostis*, diez y seis gefes de *enomotias*. » Así, cada *mora* contiene cuatro *locos*: cada *locos* dos *pentecostis*; y cada *pentecostis* dos *enomotias*. Debe observarse que Xenofonte nos presenta aquí una regla general; regla confirmada con este pasage de Tucídides: El rey da la orden

En algunas ocasiones, en lugar de hacer marchar todo el regimiento, se destacan algunos

á los *polemárcos*, estos la dan á los *lóagos*, estos últimos á los *pentecotateres*, estos á los *enomotarcos*, que la comunican á sus *enomotías*.

Algunas veces en lugar de hacer marchar las *mora*: destacaban algunos *locos*. En la primera batalla de Mantinea, ganada por los Lacedemonios el año 418 antes de J. C., su ejército á las órdenes del rey Agis, estaba dividido en siete *locos*. Cada *locos*, dice Tucídides, comprendía cuatro *pentecostis*, y cada *pentecostis* cuatro *enomotías*. Aquí la composición del *locos*, se diferencia de la que le atribuye Xenofonte; pero no eran las mismas las circunstancias. Xenofonte habla en general de la formación de la *mora*, cuando estaban reunidas todas las partes; Tucídides de un caso particular, y de los *locos* separados de su *mora*.

¿Cuántas *mora* había? Unos admiten seis, y los otros cinco. Daré las pruebas que se pueden alegar en favor de la primera opinión, y después añadiré las que favorecen á la segunda.

1º. En tres inscripciones que trae el abate Fourmont, de la Mesenia y de la Laconia, están grabados los nombres de los reyes de Lacedemonia, los de los senadores, de los éforos, de los oficiales militares, y de diferentes cuerpos de magistrados. En ellas se ven seis gefes de *mora*. Estas inscripciones, que son del siglo octavo antes de J. C. no eran mas que 150 años posteriores á Licurgo; y hay fundamento para creer que el legislador de Esparta dividió todos los ciudadanos en seis *mora*. Pero se ofrece aquí una gran dificultad. Las inscripciones ponen los seis gefes de *locos*, antes de los seis de *mora*. Así, no solamente los gefes de *mora* estaban subordinados á los de los *locos*, sino que tambien eran iguales en número, y no era esta la composición que subsistía en tiempo de Tucídides y de Xenofonte.

2º. Este último historiador dice que Licurgo dividió la caballería y la infantería pesada en seis *mora*. Este pasaje es conforme á las inscripciones anteriores.

batallones, y entonces, doblando ó cuadruplicando las compañías, asciende cada batallón á

3º Xenofonte dice tambien que el rey Cleombroto fué enviado á Eócide con cuatro *mora*: por lo que si no eran mas de cinco, no quedaria mas de una en Lacedemonia. Algun tiempo despues se dió la batalla de Leuctres, en la que fueron vencidas las tropas de Cleombroto. Xenofonte dice que se levantaron nuevas tropas, y que las sacaron principalmente de las dos *mora*, que habian quedado en Esparta. Luego eran seis.

Veamos ahora las razones que hay para admitir una *mora* menos.

1º Aristóteles, citado por Harpocracion, no contaba mas de cinco, si nos hemos de atener á la edicion de Maussac, que dice πέντε. Es verdad que no se halla esta palabra en la edicion de Gronovio, y que en algunos manuscritos de Harpocracion se sustituye una letra numeral que significa seis. Pero esta letra tiene tanta semejanza con la que vale cinco, que era facil tomar una por otra. Dos pasages de Hesiquio prueban que algunos copiantes de Harpocracion han caido en este descuido. En el primero dice, que segun Aristóteles, el *locos* se llamaba *mora* entre los Lacedemonios; y en el segundo, que segun el mismo Aristóteles, los Lacedemonios tenian cinco *locos*, donde se pone toda la palabra πέντε. Luego segun Hesiquio, Aristóteles no daba á los Lacedemonios mas de cinco *mora*.

2º Diodoro Sículo refiere que Agesilao estaba al frente de diez y ocho mil hombres, incluidas las cinco *mora*, ó sencillamente cinco *mora* de Lacedemonia. Resta saber si en este lugar se debe admitir ó suprimir el artículo. Rodóman en su edicion pone el pasaje de esta manera: ὅν ἦσαν οἱ Λακεδαιμόνιοι (ὁ Λακεδαιμόνιον) πέντε μόρα. M. Bejot me ha hecho el favor de consultar los manuscritos de la biblioteca real. De doce que hay, cinco solamente tienen el pasaje de que se trata, y está el artículo οἱ con el nombre de los Lacedemonios en nominativo ó genitivo. Están

doscientos cincuenta y seis hombres, ó á quinientos y doce. Cito ejemplos, no reglas; porque

pues conformes con la edicion de Rodoman, y por una mudanza tan leve como indispensable, dan esta leccion propuesta ya por Meursio: *αὶ Λακεδαιμονίων πέντε μόραι*, las cinco *mora* de Lacedemonia. Corregido así este pasage, se concilia perfectamente con el de Aristóteles.

3º He dicho en el texto de mi obra que los Esparciatas estaban divididos en cinco tribus. Es natural pensar, que estaban alistados en otros tantos cuerpos de milicias, que tomaban el nombre de estas tribus. En efecto, Heródoto dice positivamente, que en la batalla de Platea había un cuerpo de pitanates, y hemos visto que los Pitánates formaban una de las tribus de Lacedemonia.

Sin embargo, como en esto no hay mas que probabilidades, y como el testimonio de Xenofonte está terminante, diremos con Meursio, que el historiador griego contó entre los *mora* los cuerpos de los *Esciritas*, llamados así de la Esciritida, que es una provincia reducida y situada en los confines de la Arcadia y de la Laconia. Esta provincia estuvo mucho tiempo sujeta á los Esparciatas; hasta que despues se la quitó Epaminondas, y la reunió á la Arcadia. De aquí procede que algunos de los escritores posteriores hayan tenido á los Esciritas por tropa lacedemonia, y otros por cuerpo de tropas arcadias.

En tiempo en que obedecian á los Esparciatas iban en casi todas sus expediciones, algunas veces en número de seiscientos. En las batallas se ponian á la ala izquierda, y no se mezclaban con las otras *mora*. Algunas veces estaban en el cuerpo de reserva para sostener sucesivamente á los cuerpos que empezaban á flaquear. Por la noche guardaban el campamento, y su vigilancia impedía á los soldados separarse de la falange. Licurgo mismo fué quien les dió esta incumbencia. Por consiguiente existía ya esta milicia en tiempo de aquel legislador, había, pues, establecido seis cuerpos de tropas, á saber, cinco *mora* propiamente dichas, en las que entraban los Esparciatas; y además la compañía

no siempre es el mismo el número de hombres en la compañía; y para ocultar el general sus

de los esciritas, que no componiéndose de esparciatas, se diferenciaba esencialmente de las *mora* propiamente tales, pero que sin embargo, se podía calificar con este nombre, pues que formaba parte de la constitucion militar establecida por Licurgo.

Si es verdad que los Esciritas peleaban á caballo, como lo hace creer Xenofonte, no causará novedad que el mismo autor haya dicho, que Licurgo formó seis *mora* entre infantería pesada y caballería. En este caso diremos que había cinco *mora* de oplitas esparciatas, y otra sexta formada de caballos esciritas.

En vista de lo que va expuesto, es claro que si algunos antiguos confundieron al parecer la *mora* con el *locos*, no puede haber sido mas que por inadvertencia, ó por un abuso de palabras, tomando la parte por el todo. El sabio Meursio, no quiere distinguir estos dos cuerpos; pero no tiene en su favor mas que algunos testimonios débiles, á los cuales se pueden oponer hechos incontrovertibles. Si, como pretende Meursio, no había mas que cinco *mora*, no debía haber mas que cinco *locos*. Sin embargo, acabamos de ver que el rey Agis tenía siete *locos* en su ejército, y se puede añadir, que en otra ocasion el rey Arquidamo, estaba al frente de doce *locos*.

Si cada *mora* tomaba el nombre de su tribu, es natural pensar que los cuatro *locos* de cada *mora* tenían nombres particulares; y sabemos por Hesiquio, que los Lacedemonios daban á uno de sus *locos* el nombre de *édolos*. De esto conjeturamos que los Crotanos, que segun Pausanias, hacían parte de los Pitánates, no eran otra cosa que uno de los *locos* que formaban la *mora* de esta tribu: y de aquí viene acaso la crítica que Tucídides hizo de una expresion de Heródoto. Habiendo dicho este último que en la batalla de Platea mandaba Amofareto el *locos* de los Pitánates, observa Tucídides que nunca hubo en Lacedemonia cuerpo alguno de milicia que se llamase así, por que segun las apariencias, se decía la *mora*, y no el *locos* de los Pitánates.

fuerzas al enemigo, suele variar la composición de su ejército. Además de los cinco regimientos,

¿De cuántos soldados se componía la *mora*? De quinientos hombres según Eforo, y Diodoro Siculo; de setecientos según Calístenes; de novecientos según Polibio; de trescientos, quinientos, setecientos, según otros.

Me ha parecido que esta diversidad de opiniones debía atribuirse menos á las variaciones que ha tenido la *mora* en diferentes siglos, que á las circunstancias que obligaban á levantar mas ó menos número de tropas. Todos los Esparciatas estaban alistados en una de las *mora*; y cuando se trataba de una expedición, los éforos hacían anunciar por medio del heraldo, que los ciudadanos desde la edad de la pubertad, es decir, desde los veinte años hasta cierta edad, se presentasen para servir. Ved aquí un ejemplo notable. En la batalla de Leuctres tenia el rey Cleómbroto cuatro *mora*, mandadas por otros tantos polemarcos, y compuestas de ciudadanos desde la edad de veinte años hasta los treinta y cinco. Después de la pérdida de la batalla ordenaron los éforos levantar nuevas tropas: por lo que hicieron marchar á todos los de las mismas *mora* desde los treinta y cinco á cuarenta años, y fueron escogidos en las dos *mora* que habían quedado en Lacedemonia, todos los ciudadanos desde los veinte á los cuarenta años. De aquí se sigue que estas porciones de *mora* que salían á campaña, no eran por lo comun mas que destacamentos mas ó menos numerosos del cuerpo total.

No tenemos ni la obra de Eforo, que daba á cada *mora* quinientos hombres, ni la de Calístenes que le señalaba setecientos: ni el lugar de Polibio, en que la hacia ascender á novecientos: mas podemos decir que sus cálculos no tenían otro objeto que casos particulares, y que Diodoro de Sicilia no se explicó con bastante exactitud, cuando dijo absolutamente que cada *mora* se componía de quinientos hombres.

No estamos mas instruidos en el número de soldados que entraban en las subdivisiones de la *mora*. Tucídides dice, que por

hay un cuerpo de seiscientos hombres escogidos que se llaman *esciritas*, los que han decidido algunas veces la victoria.

Las armas principales de la infantería son la pica y el escudo: no cuento lo espada, que no es mas que una especie de puñal que llevan en la cintura. La pica es en la que fundan toda su esperanza, y casi nunca la dejan mientras están en el ejército. Un extranjero decia al ambicioso Agesilao: «¿en dónde fijais los límites de la «Laconia?»» En la punta de nuestras picas, respondió.

Cubren el cuerpo con un escudo de bronce, ova-

el esmero que ponían los Lacedemonios en ocultar sus operaciones, se ignoró el número de tropas que tenían en la primera batalla de Mantinea; pero que no obstante se podía formar una idea por el cálculo siguiente. El rey Agis estaba al frente de siete *locos*; cada *locos* incluía cuatro *pentecostis*: cada *pentecostis* cuatro *enomotias*; y cada *enomotia* se formó sobre cuatro de frente, y en general sobre ocho de fondo.

De este pasaje infiere el Escoliador, que en esta ocasión tuvo la *enomotia* treinta y dos hombres, la *pentecostis* ciento veinte y ocho, el *locos* quinientos y doce. Nosotros inferimos por nuestra parte, que si el *locos* hubiera estado siempre sobre el mismo pie, se hubiera contentado el historiador, con anunciar que los Lacedemonios tenían siete *locos*, sin tener que recurrir al cálculo.

Tampoco las *enomotias* tenían un número fijo y permanente de hombres. En la batalla de que acabo de hablar, en lo general tenían treinta y dos hombres cada una: en la de Leuctres eran de treinta y seis; y Suidas las reduce á veinte y cinco.

lado, escotado por las dos partes, y algunas veces por una sola, que termina en punta por los dos extremos, y tiene las letras iniciales del nombre de Lacedemonia. En esta señal se reconoce la nación; pero hay otra por donde se conoce á cada soldado, que está obligado, so pena de infamia, á volver del combate con su escudo; y consiste en que lleva grabado en el campo del escudo el simbolo que se ha apropiado. Uno de ellos se expuso á las burlas de sus amigos, por haber escogido por emblema una mosca del tamaño natural. « Yo me acercaré tanto al enemigo, les dijo, que vea claramente mi insignia. »

El soldado está vestido con una casaca encarnada. Se ha preferido este color, para que el enemigo no vea la sangre que ha hecho correr.

El rey marcha al frente del ejército, delante de él el cuerpo de los esciritas, como tambien los ginetes que van á la descubierta. Suele ofrecer sacrificios, á que asisten los gefes de las tropas lacedemonias, y de los aliados. Muda á menudo de campamento, sea para proteger las tierras de estos, sea para hacer daño en las de los enemigos.

Todos los dias se dedican los soldados á los ejercicios del gimnasio. Se traza la liza en las inmediaciones del campamento. Acabados los

ejercicios de la mañana, se están sentados en el suelo hasta comer; despues de los de la tarde, cenan, cantan himnos á los dioses, y duermen sobre las armas. En los intervalos del dia se divierten de varios modos; porque entonces tienen menos trabajo que antes de salir, de manera, que la guerra viene á ser para ellos tiempo de descanso.

El dia del combate, el rey, á imitacion de Hércules, sacrifica una cabra mientras las flautas tañen la sonata de Castor. Entona despues el himno del combate, y todos los soldados, adornadas sus frentes con coronas, lo repiten acordes. Despues de este momento tan terrible y vistoso, componen sus cabellos y vestidos, limpian las armas, instan á sus oficiales de que los lleven al campo del honor, se animan unos á otros con dichos alegres, y marchan en orden al son de las flautas, que excitan ó moderan su valor. El rey se pone en la última fila, rodeándole cien guerreros, que, so pena de infamia, deben exponer su vida por salvar la del rey, y ademas algunos atletas que han ganado el premio en los juegos públicos de la Grecia, quienes miran este puesto como la mas gloriosa distincion.

Nada digo de las sábias maniobras que hacen los Esparciatas antes del combate y en él: su táctica parece al principio complicada; pero

hasta la menor atención para convencerse de que en ella todo está previsto, facilitado todo, y que las instituciones militares de Licurgo, son preferibles á las de otras naciones.

Para todo hombre es ignominioso el huir: para el esparciata lo es solo el pensarlo. Sin embargo, su valor, aunque impetuoso y ardiente, no es un furor ciego: estando uno de ellos en el ardor de la pelea, oyó la señal de retirada, cuando tenía ya el arma levantada sobre un soldado tendido á sus pies; al punto se detuvo, diciendo que su primera obligacion era obedecer á su general.

Esta clase de hombres no sufre llevar cadenas; la ley les clama sin cesar: antes perecer, que ser esclavos. Habiéndose descuidado Bias, que mandaba un cuerpo de tropas, le sorprendió Ificrates, y le dijeron sus soldados: ¿qué partido tomaremos? « Vosotros, les respondió, el de retiraros; yo el de pelear y morir. »

Prefieren guardar sus filas á matar algunos enemigos mas. Les está prohibido no solamente perseguir al enemigo, sino tambien despojarle hasta que se les dé la orden; porque deben atender mas á la victoria que al botin. Trecentos esparciatas cuidan de la observancia de esta ley.

Si el general ha perdido algunos soldados en un combate, debe dar otro para libertarlos.

Quando un soldado deja su puesto, se le obliga á estar algun tiempo de pie, apoyado en su escudo, á vista de todo el ejército.

Los ejemplos de cobardía tan raros en otro tiempo, arrojan al culpado en los horrores de la infamia: no solo no puede aspirar á ningun empleo, sino que si es casado, no hay familia que quiera enlazarse con la suya, y si no lo es, no puede enlazarse con otra; porque les parece que esta nota amancillaria toda su posteridad.

Los que mueren en el combate, se entierran como los demas ciudadanos, con un vestido encarnado, y un ramo de oliva, simbolo de las virtudes marciales entre los Esparciatas. Si se han distinguido, se ponen sus nombres en sus sepulcros, y algunas veces la figura de un leon; pero el soldado que ha muerto volviendo la espalda al enemigo, queda privado de sepultura.

Los triunfos que se deben á la prudencia, se aprecian mas que los del valor. En los templos no se cuelgan los despojos del enemigo. Las ofrendas quitadas á los cobardes, decia el rey Cleómenes, no deben ponerse ante los ojos de los dioses, ni de nuestra juventud. En otro tiempo la victoria no causaba ni alegría, ni novedad: en nuestros dias, una ventaja ganada por el rey Arquidamo, produjo tanto júbilo entre los Es-

parciatas, que no dejó duda alguna de su decadencia.

En la caballería no entran mas que hombres sin experiencia, que no tienen bastante vigor ó celo. El ciudadano rico es quien da las armas y el caballo. Si este cuerpo ha logrado algunas ventajas, las ha debido á los soldados extranjeros, que tomaba á sueldo Lacedemonia. Generalmente hablando, los Esparciatas gustan mas de servir en la infantería; y persuadidos á que el verdadero valor se basta á sí mismo, quieren pelear cuerpo á cuerpo. Estaba yo con el rey Arquidamo, cuando le presentaron un modelo de una máquina para lanzar dardos, nuevamente inventada en Sicilia; y despues de haberla examinado con atencion, dijo: « se acabó el valor.»

La Laconia podria poner en pie treinta mil hombres de armadura pesada, y mil y quinientos caballos; pero ya sea porque no se haya cuidado bastante de la poblacion, ya porque el gobierno no haya tenido la ambicion de mantener en pie grandes ejércitos, Esparta que ha marchado en cuerpo de nacion contra los pueblos vecinos, no ha empleado en las expediciones lejanas mas que un corto número de tropas nacionales. Es verdad que en la batalla de Platea tenia cuarenta y cinco mil hombres; pero no habia mas que cinco mil esparciatas, y otros tantos lacedemonios; los demas eran hilotas. En la batalla de

Leuctres no hubo mas que setecientos esparciatas.

No debió pues su superioridad á sus propias fuerzas; y si al principio de la guerra del Peloponeso hizo marchar sesenta mil hombres contra los Atenienses, era porque los pueblos de esta peninsula, unidos muchos siglos antes á ella, habian juntado sus tropas á las de Lacedemonia. En estos últimos tiempos sus ejércitos se componian de algunos esparciatas, y de un cuerpo de neodamos ó libertos, á los que se juntaban, segun lo exigian las circunstancias, los soldados de la Laconia, y otro número mayor que daban las ciudades aliadas.

Despues de la batalla de Leuctres, cuando Epaminondas dió libertad á los de Mesenia, esclavizados tiempo antes por los Esparciatas, les quitó los medios de reclutar en esta provincia; y habiéndolos abandonado muchos pueblos del Peloponeso, su poder, tan temible antes, ha venido á un estado de debilidad, de que jamas se levantará.

CAPITULO LI.

APOLOGIA DE LAS LEYES DE LICURGO : CAUSAS DE SU DECADENCIA.

Dije mas arriba que Filotas habia salido para Atenas, el dia siguiente á nuestra llegada á Lacedemonia: y su tardanza en volver me traia inquieto, extrañando que pudiese sufrir por tanto tiempo una separacion tan cruel. Antes de ir á juntarme con él, me propuse tener otra conversacion con Damonax. En la primera, habia este considerado las leyes de Licurgo en la época de

* Véase el capítulo XLII.

su vigor; yo las veia ceder todos los dias con tan poca resistencia á las innovaciones peligrosas, que empezaba á dudar de su antigua influencia; y así me aproveché de la primera ocasion para explicarme con Damonax.

Una tarde, que recayó insensiblemente la conversacion sobre Licurgo, mostré en ella menor consideracion á este hombre grande. Parece, le dije, que muchas de vuestras leyes os han venido de los Persas y de los Egipcios. El me respondió: el artifice que hizo el laberinto de Egipto, no merece menos elogios, por haber decorado la entrada con aquel bello marmol de Paros, que se trajo de tan lejos. Para hacer juicio del mérito de Licurgo, es necesario considerar todo el conjunto de su legislacion. Cabalmente, le repliqué, ese conjunto es lo que quieren negaros; dado que los Atenienses y los Cretenses defienden, que sus constituciones, aunque diversas entre si, han servido de modelos á la vuestra.

El testimonio de los primeros, replicó Damonax, está siempre inficionado de una parcialidad pueril; y así no piensan en nosotros sino para pensar en si mismos. La opinion de los Cretenses está mejor fundada; pues Licurgo adoptó muchas de las leyes de Minos, y desechó otras: las que eligió, las modificó de tal manera, y las acomodó tan bien á su plan, que se puede decir que

descubrió lo que ya habia descubierto Minos, y acaso otros antes que él. Comparad los dos gobiernos, y vereis ya las ideas de un hombre grande, perfeccionadas por otro mayor todavía, ya diferencias tan sensibles, que os costará trabajo comprender como los han podido confundir. Las leyes de Minos toleran la desigualdad de bienes; las nuestras la proscriben: y de aqui debe resultar una diferencia esencial en las constituciones y costumbres de estos dos pueblos. Sirva esto para ejemplo de la oposicion de miras. No obstante, le dije yo, el oro y la plata han forzado las barreras que entre vosotros les oponian unas leyes insuficientes; y ya no sois como en otro tiempo, dichosos por las privaciones, y ricos, por decirlo así, con vuestra indigencia.

Iba Damonax á responder, cuando oimos en la calle gritar muchas veces: ¡abrid, abrid! por que en Lacedemonia no se permite llamar á la puerta. Era él, era Filotas. Iba yo volando á darle los brazos, cuando él estaba ya en los míos. Le presenté nuevamente á Damonax, quien se retiró luego por atencion. Filotas se informó de su caracter, y yo le informé que era bueno, y condescendiente: tiene, dije, la política del corazon, muy superior á la de los modales: sus costumbres son sencillas, y sus sentimientos honrados. Filotas infirió de esto, que Damonax era tan ignorante, como el comun de los Espar-

ciatas. Yo añadí, que se apasionaba por las leyes de Licurgo. Filotas observó que saludaba de un modo mas rústico que en nuestra primera visita.

Mi amigo estaba tan prevenido en favor de su nacion, que despreciaba á los demas pueblos, y aborrecia altamente á los Lacedemonios. Sabia cuanto se habia dicho contra estos últimos en el teatro de Atenas para ridiculizarlos, cuantas injurias les habian prodigado los oradores atenienses, cuantas injusticias les atribuyen los historiadores, cuantos vicios censuran los filósofos de Atenas en las leyes de Licurgo; y provisto de tales armas, acometia continuamente á los partidarios de Esparta. Yo habia querido muchas veces corregirle de este capricho, pues me incomodaba que mi amigo tuviera semejante defecto.

Filotas habia venido por la Argólide; desde donde el camino hasta Lacedemonia es tan áspero y escabroso, que cansado hasta lo sumo, me dijo antes de acostarse: sin duda, que siguiendo vuestra laudable costumbre, me hareis trepar á algun pericuelo para admirar á placer las cercanias de esta soberbia ciudad; pues no faltan aqui montes para proporcionar este placer á los viajeros. Mañana, le dije yo, iremos á Menelaion, altura situada al otro lado del Eurotas, y Damonax tendrá la bondad de acompañarnos.

El día siguiente pasamos el Babix, que este es el nombre que dan al puente del Eurotas. A poco se ofrecieron á nuestra vista los restos de muchas casas, que hubo en otro tiempo á la orilla izquierda de este rio, destruidas en la última guerra por las tropas de Epaminondas. Mi amigo se valió de esta ocasion para hacer el mayor elogio del mayor enemigo de los Lacedemonios, y como Damonax callaba, le compadeció.

Yendo mas adelante, descubrimos á lo lejos tres ó cuatro lacedemonios, envueltos con mantos guarnecidos de varios colorines, y la cara afeitada por un lado solo. ¿Qué farsa representan aquellos? preguntó Filotas. Esos, respondió Damonax, son tembladores, llamados así por haber huido en el combate en que rechazamos las tropas de Epaminondas. Su exterior sirve para darlos á conocer, y los humilla tanto, que no se presentan sino en los sitios solitarios: ya veis cómo huyen de encontrarse con nosotros.

Despues de haber recorrido con la vista, desde lo alto de la colina, ya las hermosas campiñas que se extienden hácia el mediodia, ya aquellos montes soberbios que sirven de límite á la Laconia por el poniente, nos sentamos en frente de la ciudad de Esparta. Yo tenía á mi derecha á Damonax, y á mi izquierda á Filotas, que apenas se dignaba de tender la vista sobre aquel monton de cabañas, arrimadas sin orden unas á otras.

Tal es, no obstante, le dije, el humilde asilo de esta nacion, en la que se aprende tan temprano el arte de mandar, y lo que es mas difícil todavía, el de obedecer. Filotas me apretaba la mano, y me hacia señas de que callase. Yo continuaba: de una nacion que no se ensoberbeció con las victorias, ni se abatió con las derrotas. Filotas me decia al oido: por los dioses os ruego, que no me hagais hablar; ya habeis visto que ese hombre no está en disposicion de responderme. Yo continuaba: que siempre ha tenido ascendiente sobre las demas: que desbarató los Persas, batió muchas veces á los generales de Atenas, y por fin se apoderó de su capital: que no es ni frívola, ni inconsecuente, ni gobernada por oradores corrompidos; que en toda la Grecia... Está detestada en sumo grado por su tiranía, y despreciada por sus vicios, exclamó Filotas. Y en seguida, lleno de rubor, dijo á Damonax: perdonad, perdonad este impulso de cólera á un joven que adora á su patria, y nunca sufrirá que se la ultraje. Respeto ese sentimiento, respondió el esparciata; Licurgo le hizo el movíl de nuestras acciones. ¡O, hijo mio! el que ama á su patria, obedece á sus leyes, y con esto cumple todos sus deberes. La vuestra merece vuestro amor, y yo sentiria que Anacarsis hubiese seguido tanto la chanza, si no nos ofreciese á ambos una ocasion para curarnos de nuestras pro-

cupaciones. Está abierta la lid: vos os presentais con las ventajas que debeis á vuestra educacion; yo me presentaré con solo el amor de la verdad.

Entre tanto me decia Filotas al oido: este esparciata es hombre de juicio: dispensadme el dolor de afligirle, mudando, si es posible, de conversacion. Damonax, dije entonces, Filotas ha hecho de los Esparciatas un retrato, copiado de los escritores de Atenas; suplicadle que os le enseñe. Iba á caer sobre mí el furor de mi amigo, y Damonax lo precavió de esta manera: vos habeis ultrajado á mi patria, y yo debo defenderla: sois culpable, si hablais por vos mismo: os disculpo si seguis lo que han dicho algunos atenienses; porque no presumo que todos hayan formado tan mala idea de nosotros. Guardaos de pensar así, respondió Filotas con viveza: teneis entre ellos muchos partidarios, que os miran como semidioses, y quieren imitar vuestros modales; pero debo confesar, que nuestros sabios se explican libremente sobre vuestras leyes y costumbres.

— ¡Esos verosíblemente estarán bien instruidos? — ¡Cómo instruidos! son los mas bellos ingenios de la Grecia, como Platon, Isócrates, Aristóteles, y otros muchos. Damonax disimuló su admiracion; y Filotas, despues de muchas disculpas, volvió á tomar la palabra.

Licurgo no conoció el orden de las virtudes. Señaló el primer lugar al valor; y de ahí vienen tantos males como han experimentado los Lacedemonios, y hecho experimentar á los demas.

Muerto apenas Licurgo, ensayaron su ambicion en los pueblos vecinos: así lo afirma un historiador que vos no conoceis, y se llama Heródoto. Devorados del deseo de dominar, sin fuerzas suficientes, han tenido que recurrir á veces á bajas sumisiones, y á injusticias atroces: ellos fueron los primeros que cohecharon á los generales enemigos; los primeros que mendigaron la proteccion de los Persas; de esos bárbaros, á quienes por la paz de Antácidas, han vendido poco ha la libertad de los Griegos del Asia.

Disimulados en sus proceder, sin fe en los tratados, reemplazan en los combates el valor con las estratagemas. La prosperidad de una nacion, les causa pesares amargos; le suscitan enemigos; excitan y fomentan los disturbios que la despedazan. En este último siglo propusieron destruir á Atenas, que habia salvado la Grecia, y encendieron la guerra del Peloponeso que destruyó á Atenas.

En vano hizo esfuerzos Licurgo para preservarlos de la ponzoña de las riquezas: Lacedemonia oculta en su seno una cantidad inmensa de ellas; pero solamente están en manos de algu-

nos particulares, que no pueden saciarse. Ellos solos logran los empleos, negados al mérito; que gime en la indigencia. Sus esposas, cuya educación descuidó Licurgo, como la de todas las demas lacedemonias; sus esposas, que los gobiernan, haciéndoles traicion, participan de su codicia, y con la disolucion de su vida, aumentan la corrupcion general.

Los Lacedemonios tienen una virtud, sombría, austera, y fundada únicamente en el temor. La educacion los hace tan crueles, que ven sin sentimiento correr la sangre de sus hijos, y sin remordimiento la de sus esclavos.

Graves son estas acusaciones, dijo Filotas, para acabar, y no sé cómo podreis responder á ellas. Con el dicho de aquel leon, dijo el esparciata, que viendo un grupo, en que un animal de su especie cedia á las fuerzas de un hombre, se contentó con decir, que los leones no tenian escultores. Maravillado Filotas, me decia en voz baja: ¿habrá leido acaso este las fábulas de Esopo? No lo sé, respondi; acaso sabe este cuento por algun ateniense. Damonax continuó: creed que aqui nadie piensa en lo que se dice en la plaza de Atenas, ni mas ni menos que en lo que pasa mas allá de las columnas de Hércules. ¿Pues qué! replicó Filotas, ¿dejareis que vuestro nombre ande vergonzosamente de ciudad en ciudad, y de generacion en generacion? Los hombres extran-

geros á nuestro pais y á nuestro siglo, respondió Damonax, nunca se atreverán á condenarnos por el dicho de una nacion siempre rival y enemiga. ¿Y quién sabe si nosotros tendremos defensores.—¿Justo cielo! ¿y qué opondrán á la pintura que acabo de presentaros?—Otra mas fiel, y hecha por manos igualmente diestras. Vedla aqui.

Solo en Lacedemonia y en Creta hay un verdadero gobierno: en otras partes no hay mas que una reunion de ciudadanos, que unos mandan, y otros obedecen; unos son señores y otros esclavos. En Lacedemonia no hay otra distincion entre el rey y el particular, entre el rico y el pobre, que la que arregló un legislador, inspirado por los dioses mismos. Un dios fué tambien el que guiaba á Licurgo cuando templó con un senado la demasiadamente grande autoridad de los reyes.

Este gobierno, en que las potestades están tan bien equilibradas, y cuya sabiduria ha sido generalmente reconocida, ha permanecido cuatro siglos, sin experimentar mudanza alguna esencial, ni excitar la menor division entre los ciudadanos. En aquel tiempo dichoso, jamas hizo la republica cosa alguna de que tuviese que avergonzarse: jamas se vió en ningun Estado una sumision tan grande á las leyes, tanto desinterés, frugalidad, dulzura y magnanimidad, valor y modestia. Entonces fué cuando á pesar de las

instancias de nuestros aliados, nos negamos á destruir á Atenas, que despues... A estas palabras, dijo Filotas: ¿no habeis consultado mas que los autores lacedemonios? No los tenemos; respondió Damonax. — ¿Se habrán pues vendido á la Lacedemonia? — Nosotros no los compramos nunca. ¿Quereis saber quiénes son nuestros garantes? los mayores ingenios de la Grecia, Platon, Tucídides, Isócrates, Xenofonte, Aristóteles, y otros muchos. Yo tuve amistad estrecha con muchos de ellos, en los frecuentes viages que hice á Atenas, por orden de los magistrados; y á sus conversaciones y á sus obras debo los débiles conocimientos que extrañais ver en un espárciata.

Damonax no veia en el semblante de Filotas mas que la sorpresa; pero yo notaba tambien el temor de ser acusado de ignorancia ó de mala fe; sin embargo, no se le podia echar en cara sino la preocupacion y la ligereza. Yo pregunté á Damonax, por qué los escritores de Atenas se habian permitido tantas variaciones y licencias, hablando de su nacion. Podria responderos, dijo, que cedieron alternativamente á la fuerza de la verdad, y á la del odio nacional. Pero no temais, Filotas, que yo ofendaá vuestra delicadeza.

Durante la guerra, vuestros oradores y poetas, para animar al populacho contra nosotros,

hacen como los pintores, que para vengarse de sus enemigos, los pintan con un aspecto horrible. Vuestros filósofos y vuestros historiadores, con mas prudencia, nos han reprendido y alabado, porque segun la diferencia de los tiempos, hemos merecido ó alabanza ó vituperio; en lo que han hecho lo que los artistas hábiles, que pintan sucesivamente á sus heroes en una situacion pacífica, en un acceso de furor, con los rasgos de la juventud, y con las arrugas y deformidades de la vejez. Ambos acabamos de poner ante nuestros ojos estas diferentes pinturas: vos habeis tomado prestados los rasgos que podian afeár la vuestra: yo hubiera tomado cuantos pueden hermosearla, si me hubierais permitido acabar, y lo que los dos hubiéramos hecho, seria presentar unas copias infieles. Es preciso pues volver atras, y fijar nuestras ideas en hechos incontestables.

Tengo que sostener dos asaltos, pues vuestros tiros se dirigen contra nuestras costumbres, y contra nuestras leyes. Las costumbres no habian padecido mal alguno en cuatro siglos, como lo confiesan vuestros escritores. Comenzaron á relajarse durante la guerra del Peloponésico; no lo negamos. Vituperad nuestros vicios actuales; pero respetad nuestras virtudes antiguas.

De los dos puntos que tenia que defender, he entrado en composicion en cuanto al primero,

mas no podré ceder en el segundo, y defenderé siempre, que entre todos los gobiernos conocidos, ninguno hay mejor que el de Lacedemonia. Es verdad que Platon, aunque convencido de su excelencia, ha creído descubrir en él algunos defectos; y sé que Aristóteles se ha propuesto notar otros muchos.

Si estos defectos no perjudican esencialmente á la constitucion, yo diria á Platon: vos me habeis enseñado, que el primero de los seres, al formar el universo, obró sobre una materia preexistente, que le oponia una resistencia, algunas veces invencible, y que no hizo sino el bien; de que era susceptible la naturaleza eterna de las cosas; yo me atrevo á decir tambien, que Licurgo trabajaba en una materia rebelde, que participaba de la imperfeccion inherente á la esencia de las cosas, cual es el hombre, de quien hizo cuanto se pudo hacer.

Si los defectos que se notan en sus leyes, deben arrastrar necesariamente á la ruina de ellas, recordaré á Platon lo que confiesan todos los escritores de Atenas, y lo que últimamente escribia él mismo á Dionisio, rey de Siracusa: la ley sola reina en Lacedemonia, y el mismo gobierno se sostiene con lustre hace muchos siglos. ¿Pues cómo se puede imaginar una constitucion, que con vicios destructivos é inherentes á su naturaleza, fuese siempre inalterable,

siempre inaccesible á las facciones que han assolado las demas ciudades de la Grecia?

Esta union, dije yo entonces, es tanto mas extraña, cuanto entre vosotros la mitad de los ciudadanos está sujeta á las leyes, y la otra mitad no. A lo menos así lo dicen los filósofos de Atenas, quienes aseguran que vuestra legislacion no alcanza á las mugeres; y que habiendo estas tomado un imperio absoluto sobre sus esposos, aceleran de dia en dia los progresos de la corrupcion.

Damonax me respondió: decid á esos filósofos, que nuestras hijas se educan en la misma disciplina, y con el mismo rigor que nuestros hijos: que se habitúan á los mismos ejercicios que ellos, que no llevan mas dote á sus maridos que un gran fondo de virtudes: que en siendo madres, se encargan de la larga educacion de sus hijos, primeramente de acuerdo con sus esposos, y despues con los magistrados: que hay censores que velan sobre su conducta: que todo el cuidado de los esclavos y del gobierno doméstico está á su cargo: que Licurgo cuidó de prohibirles toda especie de adorno: que todavia no hace cincuenta años que en Esparta se creia que un vestido rico era suficiente para marchitar la hermosura, y que antes de esta época era generalmente reconocida la pureza de sus costumbres; en fin, pregun-

tadles si hay un Estado en que la clase de los hombres sea virtuosa, sin que lo sea tambien la de las mugeres.

Vuestras hijas, repliqué yo, se habitúan desde la infancia á ejercicios penosos; y esto es lo que Platon aprueba; pero los dejan, despues de casadas, y esto lo reprueba. En efecto, en un gobierno como el vuestro, seria necesario que las mugeres, á imitacion de las Sauromatas, estuviesen siempre dispuestas á acometer ó rechazar al enemigo. No criamos con tanta dureza á nuestras hijas, me respondió, sino para formar en ellas un temperamento robusto: no exigimos de nuestras mugeres mas que las pacíficas virtudes de su sexo. ¿Para qué les dariamos armas? Bastan nuestros brazos para defenderlas.

Al llegar aqui, rompió Filotas el silencio, y con un tono mas modesto, dijo á Damonax: puesto que el único objeto de vuestras leyes es la guerra, ¿no seria una cosa esencial multiplicar entre vosotros el número de combatientes? La guerra el objeto único de vuestras leyes! exclamó el esparciata: ahí reconozco el language de vuestros escritores, que atribuyen al mas sabio, al mas humano de los legisladores, el proyecto mas cruel é insensato; el mas cruel, si quiso perpetuar en la Grecia una milicia, sedienta de la sangre de las naciones, y de las conquistas; el mas insensato, pues para ejecutarle,

habria propuesto medios absolutamente contrarios á sus miras. Recorred nuestro código militar, y vereis que sus disposiciones, tomadas en sentido literal, no caminan á otro fin, que á inspirarnos sentimientos generosos, y reprimir nuestra ambicion. Tenemos la desgracia de no observarlas, mas no por eso dejan de enseñarnos cuales eran las intenciones de Licurgo.

En efecto, ¿por qué medios podria engrandecerse una nacion, que á cada paso le encadenan su esfuerzo: una nacion, que por parte del mar, privada por sus leyes de marineros y soldados, no tiene la libertad de dilatar sus dominios, y por parte de tierra, la de sitiarse las plazas que cubren las fronteras enemigas: una nacion á quien se prohibe perseguir al enemigo que huye, y enriquecerse con sus despojos; que no pudiendo hacer con frecuencia la guerra á un mismo pueblo, tiene que preferir los medios de negociacion á los de las armas; que no debiendo ponerse en marcha antes del plenilunio, ni pelear en ciertas fiestas, se expone algunas veces á que se frustren sus proyectos, y que por su extrema pobreza nunca podrá formar grandes empresas? Licurgo no pensó en establecer entre nosotros un plantel de conquistadores, sino de guerreros tranquilos, que no respirasen mas que la paz, si se respetaba su reposo; y la guerra, si alguno tenia la osadia de turbarle.

Parece no obstante, replicó Filotas, que por la naturaleza de las cosas, un pueblo de guerreros, tarde ó temprano degenera en un pueblo de conquistadores; y por la sucesion de los hechos se ve, que habeis experimentado esta mudanza, sin echarlo de ver. Se os acusa en efecto, de haber formado muy desde el principio, y no haber perdido de vista el designio de subyugar á los Arcades y á los Argivos. No hablo de vuestras guerras con los Mesenios, ya que creéis poder justificarlas. *

Os lo he dicho ya, respondió Damonax, nosotros no tenemos anales. Las tradiciones confusas nos enseñan, que antiguamente tuvimos mas de una vez intereses que arreglar con las naciones vecinas. ¿Fuimos nosotros los agresores? Vos lo ignorais, yo lo ignoro tambien; pero yo sé que en aquellos siglos remotos, habiendo uno de nuestros reyes derrotado á los Argivos, le aconsejaron nuestros aliados, que se apoderase de su ciudad. La ocasion era favorable, y facil la conquista; pero él respondió, eso seria una injusticia: nosotros hemos hecho la guerra, para asegurar nuestras fronteras, y no para usurpar un imperio, á que no tenemos ninguna especie de derecho.

¿Quereis conocer la mente de nuestra institucion? acordaos de los hechos mas recientes,

* Véase el capítulo XII de esta obra.

y comparad nuestra conducta con la de los Atenienses. Los Griegos habian triunfado de los Persas; pero aun no acabada la guerra, se continuaba felizmente bajo el mando de Pausanias, que abusó de su poder. Nosotros le revocamos, y convencidos de sus malversaciones, condenamos á muerte al vencedor de Platea. Entre tanto, los aliados ofendidos de su altivez, habian dado á los Atenienses el mando en jefe de los ejércitos. Esto era despojarnos de un derecho que habiamos tenido hasta entonces, y que nos ponía al frente de las naciones de la Grecia. Nuestros guerreros, ardiendo en ira, querian á toda costa defenderlo con las armas; pero habiéndoles representado un anciano, que las guerras lejanas no servian mas que para corromper nuestras costumbres, decidieron al punto que valia mas renunciar nuestras prerogativas, que nuestras virtudes. ¿Es este el caracter de los conquistadores?

Convertida Atenas, con nuestra aprobacion, en la primera potencia de la Grecia, multiplicaba de dia en dia sus conquistas: nada resistia á sus fuerzas; nada bastaba á su ambicion: sus flotas, y sus ejércitos acometian impunemente á amigos y á enemigos. Llegaron á nosotros las quejas de la Grecia oprimida: algunas circunstancias críticas nos impidieron al principio darles oídos; y cuando estuvimos mas tranquilos,

no nos lo permitió nuestra indolencia. Comenzaba el torrente á salir de madre, arrasando á nuestros antiguos aliados del Peloponeso, quienes se disponian á abandonarnos, y acaso á dirigirle hácia nosotros, si nos negábamos por mas tiempo á detener su corriente.

No es sospechosa mi relacion; yo hablo por boca del historiador mas exacto de la Grecia, de un ateniense ilustrado, imparcial, y testigo de los hechos. Leed, en la obra de Tucídides, el discurso del embajador de Corinto, y el del rey de Lacedemonia; ved quanto hicimos para conservar la paz, y juzgad vos mismo si se debe atribuir á nuestra ambicion y envidia la guerra del Peloponeso, como acaso se atribuirá algun dia sobre el testimonio de algunos escritores preocupados.

No es ambicioso un pueblo cuando por caracter y por principios, es en extremo lento en formar y en seguir sus proyectos; cuando no se atreve á aventurar cosa alguna, y es preciso forzarle á tomar las armas. No; no éramos tampoco envidiosos, y tendríamos por mengua el serlo; pero nos indignamos al ver próximos á ponerse bajo el yugo de una ciudad, los hermosos países que nosotros habíamos librado del de los Persas.

En esta larga y desgraciada guerra, incurrieron los dos partidos en faltas groseras, y come-

tieron crueldades horribles. Mas de una vez debieron los Atenienses conocer, en nuestra lentitud á aprovecharnos de nuestras ventajas, que no éramos nosotros los mas peligrosos de sus enemigos. Mas de una vez tambien les debió maravillar nuestro ahinco en poner término á las desgracias que se alargaban mas de lo que nosotros esperábamos. A cada campaña, á cada expedicion echábamos mas vivamente de menos el sosiego que se nos habia quitado. Casi siempre éramos los últimos á tomar las armas, y los primeros á dejarlas; vencedores, ofrecíamos la paz; y vencidos, la pedíamos.

Tales fueron en general nuestras disposiciones: ¡dichosos nosotros, si los disturbios que empezaban á fomentarse en Esparta, y las consideraciones que eran debidas á nuestros aliados, nos hubieran permitido siempre conformarnos con ellas! No obstante, estuvieron patentes en la toma de Atenas. Los Corintios, los Tebanos, y aun otros pueblos, propusieron arrasarla enteramente. Nosotros desaprobamos este parecer; y en efecto, ni sus casas, ni sus templos, era lo que se necesitaba sepultar en las entrañas de la tierra, sino los tesoros que encerraba en su seno: esos despojos preciosos, y esas sumas inmensas, que Lisandro, general de nuestra armada, habia recogido en el discurso de sus expediciones, y que fué introduciendo

poco á poco en nuestra ciudad *. Yo me acuerdo, aunque era joven todavía, de que los mas cuerdos de entre nosotros, se estremecieron al ver el enemigo. A su voz volvió en si el tribunal de los éforos, y propuso alejar para siempre aquellas riquezas, fuente fecunda de las desavenencias y desórdenes que nos amenazaban. Prevalció el partido de Lisandro; se resolvió que el oro y plata se harian moneda para las necesidades de la república, y no para las de los particulares. ¡Resolucion insensata y funesta! Desde el punto en que el gobierno daba valor á estos metales, se debia pensar que los particulares le darian pronto un precio infinito.

Ellos os sedujeron sin trabajo, dije yo, porque segun observa Platon; vuestras leyes os habian aguerrido contra el dolor, no contra el deleite. Cuando el veneno está en el Estado, respondió

* Diodoro Siculo refiere que despues de la toma de Sestos, ciudad del Helesponto, hizo Lisandro trasladar á Lacedemonia, por Gilipo muchos despojos, y una cantidad de mil y quinientos talentos, es decir, ocho millones y cien mil libras: (mas de 30 millones de reales vn.) Despues de la toma de Atenas, Lisandro, á su regreso á Lacedemonia, entregó á los magistrados entre otros objetos preciosos, cuatrocientos ochenta talentos, que le quedaban de las sumas suministradas por el joven Ciro. Si se han de distinguir estas diversas sumas, se seguirá que Lisandro habia traído de esta expedición mil novecientos y ochenta talentos, es decir, diez millones seiscientos noventa y dos mil libras: (cerca de 41 millones de reales vn.)

Damonax, toca á la filosofia librarnos de él; cuando no lo está, basta al legislador el impedir que entre; porque el mejor medio de preservarse de ciertos peligros, es no conocerlos. Pero, repliqué yo, puesto que la asamblea aceptó el presente funesto que le presentaba Lisandro, ¿no fué el primer autor de las mudanzas que han experimentado vuestras costumbres?

El mal, respondió, venia de mas atras. La guerra de los Persas nos sacó al medio de ese mundo, de que Licurgo queria separarnos. Por espacio de medio siglo, con menosprecio de nuestras máximas antiguas, llevamos nuestros ejércitos á países lejanos, y formamos en ellos ligas estrechas con sus habitantes. Mezcladas sin cesar nuestras costumbres con las de las naciones extranjeras, se alteraron, como las aguas puras que atraviesan un pantano inficionado y contagioso. Vencidos nuestros generales por los regalos de aquellos de quienes hubieran debido triunfar con las armas, amancillaron de dia en dia su gloria y la nuestra. Los castigamos á su regreso; mas por la clase y méritos de los culpados, sucedió que el crimen inspiró menos horror, y que la ley no inspirase mas que temor. Mas de una vez habia Pericles comprado el silencio de algunos magistrados, que tenían bastante crédito para cerrar nuestros ojos á las empresas de los Atenienses.

Después de esta guerra gloriosa, que nos comunicó las semillas de los vicios, vimos sin horror, ó por mejor decir, nos hicimos participantes de las violentas pasiones de los hombres singulares, que nuestro infeliz destino hizo nacer entre nosotros. Lisandro y Agesilao intentaron levantar á Esparta al colmo del poder, para dominar el uno sobre ella, y el otro con ella.

Los Atenienses batidos mas de una vez por mar; una guerra de veinte y siete años, terminada en una hora; Atenas ganada; muchas ciudades libertadas de un yugo odioso; otras recibiendo de nosotros magistrados, que al cabo las oprimian; la Grecia guardando silencio, y forzada á reconocer la preeminencia de Esparta; tales son los principales rasgos que caracterizan el ministerio brillante de Lisandro.

Su política no conoció mas que estos dos principios, la fuerza y la perfidia. Con motivo de ciertas diferencias suscitadas entre nosotros y los Argivos, en punto á limites, presentaron estos sus títulos. Ved aquí mi respuesta, dijo Lisandro poniendo mano en la espada. Su máxima favorita era, que se debe engañar á los niños con juguetes, y á los hombres con perjuros.

De aquí nacian sus vejaciones é injusticias, cuando nada tenia que temer; sus ardides y disimulos, cuando no se atrevia á obrar á viva fuerza: de aquí tambien aquella facilidad con que

se acomodaba á las circunstancias. En la corte de los sátrapas de Asia, toleraba sin murmurar el peso de su grandeza; y un instante despues distribuía á los Griegos el desprecio, que acababa de sufrir de los Persas.

Cuando alcanzó el imperio de los mares, destruyó en todas partes la democracia: esta era la costumbre de Esparta*, la que él siguió con obstinacion para poner á la cabeza de cada ciudad unos hombres sin mas mérito que el abandono total á su voluntad. Estas revoluciones costaban torrentes de sangre y de lágrimas: nada le detenía para enriquecer á sus favorecidos, y oprimir á sus enemigos, que este era el nombre que daba á los que defendian los intereses del pueblo. Su odio era implacable, su venganza terrible; y cuando la edad llegó á exasperar su genio atrabiliario, la menor resistencia le hacia feroz. En una ocasion hizo degollar á ochocientos habitantes de Mileto, quienes fiados en sus juramentos, tuvieron la imprudencia de salir de sus retiros.

Esparta sobrellevaba en silencio todas estas atrocidades. Lisandro se habia hecho muchos

* Nada hay acaso que haga mas honor á Esparta que este uso. Con motivo del abuso excesivo que hacia el pueblo en todas partes de su autoridad, habia disensiones en cada ciudad, y eran frecuentes las guerras en la Grecia.

partidarios entre nosotros, con la severidad de sus costumbres, con su obediencia á los magistrados, y con la fama de sus victorias, y cuando, con sus excesivas liberalidades, y el terror de su nombre, adquirió todavía muchos mas, entre las naciones extranjeras, se le tuvo por el árbitro soberano de la Grecia.

No obstante que era de la casa de los Heraclides, se hallaba á mucha distancia del trono, para acercarse á él; y así hizo subir á él á Agesilao, á quien amaba tiernamente, y cuyos derechos á la corona se podian poner en duda. Lisonjeándose Lisandro de reinar á la sombra del nombre de este príncipe, le inspiró el deseo de la gloria, y le alucinó con la esperanza de destruir el vasto imperio de los Persas. A poco llegaron diputados de muchas ciudades, iustigados por él secretamente, quienes pedian á Agesilao por general del ejército que levantaban contra los bárbaros. Este príncipe salió al punto con un consejo de treinta esparciatas, presidido por Lisandro.

Llegan al Asia; y todos aquellos pequeños déspotas que Lisandro había puesto en las ciudades vecinas, tiranos mil veces mas crueles que los de los grandes imperios, porque su crueldad crece en razon de su debilidad, no reconocen sino á su protector, concurren servilmente á su puerta, y solamente dan al soberano

unos débiles homenajes de mera urbanidad. Agesilao, celoso de su autoridad, conoció al punto, que aunque ocupaba el primer lugar, no representaba mas que el personage segundo; y así disgustó con su frialdad á su amigo, quien se volvió á Esparta, no respirando mas que venganza. Entonces resolvió ejecutar un proyecto, que había concebido en otro tiempo, y cuyo plan bosquejó en un escrito, que se encontró despues de su muerte entre sus papeles.

La casa de Hércules está dividida en muchas ramas, y solo dos de ellas tienen derecho á la corona. Lisandro queria ampliarlo á las demas, y aun á todos los Esparciatas. El honor de reinar sobre hombres libres, hubiera sido el premio de la virtud; y Lisandro, por su crédito, hubiera podido un dia ascender al poder supremo; pero como una revolucion de esta naturaleza no podia ejecutarse á fuerza abierta, recurrió á la impostura.

Corrió la voz de que en el reino del Ponto había parido una muger un hijo, cuyo padre era Apolo; y los principales de la nacion le hacian educar con el nombre de Sileno. Estos rumores vagos dieron margen á Lisandro para formar la idea de un enredo, que duró muchos años, y que él por bajo de mano dirigia, valiéndose de agentes subalternos. Unos recordaban de cuando en cuando el nacimiento milagroso del niño, y

otros anunciaban, que los sacerdotes de Delfos conservaban ciertos oráculos antiguos, á que no les era lícito tocar, y que debian á su tiempo entregarlos al hijo del dios, de quien eran ministros.

Acercábase el desenlace de esta extraordinaria treta. Sileno se habia dejado ver en la Grecia, y estaba tratado que iria á Delfos; que los sacerdotes, que estaban ganados, examinarian delante de muchos testigos, los títulos de su origen; que forzados á reconocerle por hijo de Apolo, pondrian en sus manos las antiguas profecias; que él las leeria en presencia de aquella numerosa asamblea, y que en uno de estos oráculos se diria, que los Esparciatas no debian elegir por reyes en lo sucesivo sino á los mas virtuosos ciudadanos.

En el momento de la ejecucion, temeroso uno de los principales actores de las consecuencias de la empresa, no se atrevió á llevarla al cabo; y Lisandro, desesperado, se hizo dar el mando de algunas tropas que se enviaban á Beocia, y murió en un combate. Nosotros decretamos honores á su memoria, cuando hubiéramos debido infamarla; porque él contribuyó mas que nadie á despojarnos de nuestra moderacion y pobreza.

Agésilao siguió con mas método el sistema de engrandecimiento de Lisandro. No os hablaré de

sus expediciones en Grecia, Asia y Egipto. Fué mas peligroso que Lisandro, porque con iguales talentos, tuvo mas virtudes; y con la misma ambicion, estuvo siempre libre de la presuncion y vanidad. Jamas permitió que se le levantara una estatua. Lisandro consagró por si mismo la suya en el templo de Delfos; permitió que se le erigiesen altares, y que se le ofreciesen sacrificios; prodigaba recompensas á los poetas que le prodigaban elogios, y llevaba consigo siempre uno, que observase y celebrase sus mas minimas ventajas.

Ambos enriquecieron á sus hechuras, vivieron siempre en una extrema pobreza, y fueron siempre inaccesibles á los placeres. Ambos lisonjearon bajamente á los éforos, para obtener el mando de los ejércitos; y acabaron de hacer pasar la autoridad á sus manos. Lisandro, despues de la toma de Atenas, les decia: « he dicho á los « Atenienses, que vosotros sois los dueños de la « guerra y de la paz. » Agésilao se levantaba del trono cuando se presentaban los éforos.

Asegurados ambos de la proteccion de los éforos, nos deslumbraron; y por las continuas injusticias y violencias, sublevaron contra nosotros ese Epaminondas, que despues de la batalla de Leuctres, y el restablecimiento de los Mesenios, nos redujo al estado infeliz en que estamos hoy. Hemos visto desplomarse nuestro po-

der con nuestras virtudes. Ya no estamos en aquellos tiempos en que los pueblos que querian recobrar su libertad, pedian á Lacedemonia un solo guerrero de los que tenia, para romper sus cadenas.

Sin embargo, tributad la última ofrenda á nuestras leyes. En otras partes hubiera empezado la corrupcion debilitando las almas: entre nosotros ha hecho brotar pasiones grandes y fuertes, como son la ambicion, la venganza, el deseo del mando, y el furor de la celebridad. No parece sino que los vicios se acercan á nosotros con circunspeccion. La sed del oro no se ha dejado sentir todavía en todos los estados, y los atractivos del deleite no han inficionado hasta ahora mas que un corto número de particulares. Hemos visto mas de una vez á los magistrados y generales mantener con denuedo nuestra antigua disciplina, y á unos simples ciudadanos practicar virtudes dignas de los mas bellos siglos.

Semejantes á aquellos pueblos, que situados en las fronteras de dos imperios, han hecho una mezcla de lenguas y costumbres, están los Esparciatas, por decirlo así, en las fronteras de las virtudes y de los vicios; pero no permaneceremos largo tiempo en este puesto peligroso: cada instante nos advierte que una fuerza invencible nos arrastra al fondo del abismo. Yo mismo, yo

estoy aturdido del ejemplo que os he dado hoy. ¿Qué diria Licurgo, si viese á uno de sus discipulos, discurrir, deliberar, disputar, y valerse de las formalidades oratorias? Lo conozco: he vivido demasiado con los Atenienses, y no soy mas que un esparciata degradado.



CAPITULO LII.

VIAGE A LA ARCADIA.

Algunos dias despues de esta conversacion nos despedimos de Damonax con sentimiento mutuo, y tomamos el camino de la Arcadia.

Lo primero que hallamos fué el templo de Aquiles, que nunca está abierto, á cuyas cercanias vienen á ofrecer sacrificio los jóvenes que tienen en el Platanisto los combates de que he hablado: mas allá siete columnas, que se dice levantaron en otro tiempo en honor de los siete planetas; mas lejos la ciudad de Pelana, y des-

pues la de Belmina, situada en los confines de la Laconia y de la Arcadia. Belmina, plaza fuerte, cuya posesion ha suscitado querellas entre las dos naciones, y cuyo territorio riega el Eurotas, y otros rios que bajan de las montañas vecinas, está á la entrada de una garganta, por donde se pasa para ir á Megalópolis, distante de Belmina noventa estadios*, de Lacedemonia cerca de trescientos cuarenta**. Por todo el dia tuvimos el gusto de ver correr á nuestro lado, ya torrentes impetuosos y resonantes, ya las aguas apacibles del Eurotas, del Tiuns, y del Alfeo.

La Arcadia ocupa el centro del Peloponeso. Elevada sobre las regiones que la cercan, está erizada de montes, algunos de una eminencia prodigiosa, casi todos poblados de animales monteses, y cubiertos de bosques y selvas. Las campiñas están por lo comun cruzadas de rios y arroyos. En algunos parages, sus aguas abundantes, no hallando salida en los llanos, se precipitan en abismos profundos, corren por algun tiempo en la oscuridad, y despues de muchos esfuerzos, saltan y vuelven á aparecer sobre la tierra.

Se han hecho muchas y grandes obras para di-

* Tres leguas y mil quinientas toesas: (cerca de 5 leguas de España).

** Cerca de trece leguas: (cerca de 11 leguas y cuarto de España).

rigir estas aguas, mas no las suficientes. Al lado de campiñas fértiles, vimos otras condenadas á esterilidad perpetua por las frecuentes inundaciones. Las primeras producen trigo y otros granos en abundancia; y bastan para mantener rebaños numerosos; pues los pastos son alli excelentes, principalmente para los jumentos y caballos, cuyas castas son muy estimadas.

Ademas de muchas plantas medicinales, produce este país casi todos los árboles conocidos. Los habitantes hacen de ellos un estudio prolijo, y dan á la mayor parte nombres particulares; pero es facil distinguir el pino, el abeto, el cipres, el arbol de la vida, el andracno, el chopo, una especie de cedro, cuyo fruto no madura hasta el tercer año. Omito otros muchos igualmente conocidos, como tambien los árboles que sirven de adorno en los jardines. En un valle vimos abetos de extraordinaria corpulencia y altura; lo que nos dijeron, que debian á su buena situacion, por no estar expuestos ni á la furia de los vientos, ni á los ardores del sol. En un bosque cerca de Mantinea, nos enseñaron tres especies de robles, que eran el de hojas largas, la haya, y otro cuya corteza es tan ligera, que nada en el agua; los pescadores la usan para sostener sus redes, y los pilotos para señalar el sitio donde han echado las áncoras.

Los Arcades se creen hijos de la tierra, porque

han habitado siempre en el mismo país, sin haber sufrido jamas el yugo extranjero. Se dice que viviendo al principio en los montes, aprendieron poco á poco á formarse cabañas, á vestirse de pieles de jabali, á preferir á las yerbas silvestres, y ordinariamente nocivas, las bellotas de la haya, ó del roble, las que comian todavía en estos últimos siglos. Lo que parece cierto es, que despues de haber conocido la necesidad de reunirse, no conocian todavía los atractivos de la union. El clima frio y rigido, da vigor al cuerpo, y dureza al alma. Para amansar este caracter feroz, algunos sabios de un orden superior, resueltos á ilustrarlos con sensaciones nuevas, les inspiraron la aficion á la poesia, al canto, al baile, y á las fiestas. Jamas han producido las luces de la razon una mudanza de costumbres tan pronta y tan general. Los efectos que tuvo se han propagado hasta nuestros dias, porque los Arcades no han cesado de cultivar las artes, que la habian dado á sus mayores.

Convidados diariamente á cantar durante la comida, seria una cosa vergonzosa para ellos ignorar ó despreciar la música, que se les obliga á aprender desde la niñez, y en la juventud. En las fiestas, y en los ejércitos, arreglan las flautas sus pasos y evoluciones. Persuadidos los magistrados á que estas artes halagüenas son las únicas que pueden librar la nacion de la in-

fluencia del clima, juntan todos los años los discípulos, y les hacen bailar para poder juzgar de sus progresos. El ejemplo de los Cineteos prueba el acierto de estas precauciones; pues esta corta población, confinada al norte de la Arcadia, en medio de montes, con un cielo de bronce, se ha negado siempre á la seducción, y se ha hecho tan feroz y tan cruel, que no se oye su nombre sin terror.

Los Arcades son humanos, benéficos, hospitalarios, sufridos en las adversidades, y obstinados en las empresas, á pesar de los estorbos y peligros. Han peleado muchas veces con feliz éxito, y siempre con gloria. En tiempo de paz, se ponen al sueldo de las potencias extranjeras, sin elección y sin preferencia; de manera que algunas veces se les ha visto seguir partidos contrarios, y pelear unos contra otros. A pesar de este espíritu mercenario, son celosísimos de su libertad. Despues de la batalla de Queronea, ganada por Filipo, rey de Macedonia, negaron al vencedor el título de generalísimo de los ejércitos de la Grecia.

Sujetos antiguamente á reyes, se dividieron despues en muchas repúblicas, que todas ellas tienen derecho de enviar diputados á la dieta general. Mantinea y Tegea están á la cabeza de esta confederación, que seria muy temible, si reuniese sus fuerzas; porque el país está muy po-

blado, y se cuentan en él hasta trescientos mil esclavos; pero los zelos del poder mantienen continuamente la division en los Estados chicos y grandes. En nuestros dias se habian multiplicado tanto las facciones, que se presentó á la asamblea de la nacion el plan de una nueva asociación, que entre otros reglamentos, confiaba á un cuerpo de diez mil, la facultad de hacer la guerra y la paz. Suspendido este proyecto por las nuevas turbulencias que motivó, se reprodujo con mayor ahinco despues de la batalla de Leuctres. Epaminondas, que para contener por todas partes á los Esparciatas, acababa de hacer volver á la Mesenia, á sus antiguos moradores, propuso á los Arcades destruir los pueblos pequeños que no tenían defensa, y trasladar sus habitantes á una plaza fuerte, que se edificaria en las fronteras de la Laconia, y para coadyuvar á esta empresa les dió mil hombres, con lo cual se echaron al punto los cimientos de Megalópolis. Sucedió esto quince años antes de nuestra llegada.

Quedamos maravillados de ver la extension de su circuito, y la elevacion de sus muros, flanqueados con torres. En este tiempo ya hacia sombra á Lacedemonia, segun lo eché de ver en una de mis conversaciones con el rey Arquidamo, quien algunos años despues acometió á esta colonia naciente, y al cabo ajustó un tratado con ella.

Al principio puso su cuidado en la legislacion; con cuya mira rogó á Platon que le diese un código de leyes. El filósofo agradeció esta distincion tan lisonjera; pero habiendo sabido, ya por los diputados de la ciudad, ya por un discípulo suyo que habia enviado allá, que los habitantes no admirarian jamas la igualdad de bienes, tomó el partido de negarse á sus ruegos.

La ciudad está dividida en dos partes por un riachuelo llamado Helison; en una y otra se habian edificado, y se seguia edificando todavia casas y edificios públicos. La del norte estaba adornada con una plaza, cercada de una balaustrada de piedra, y rodeada de edificios sagrados, y de pórticos. En frente del templo de Júpiter se acababa de levantar una estatua de Apolo, hecha de bronce, y de doce pies de altura, la cual era un regalo de los Figalienses, quienes concurrían de buena voluntad al adorno de la nueva ciudad. El mismo celo manifestaban algunos particulares: uno de los pórticos tenia el nombre de Aristandro, quien lo hizo edificar á su costa.

En la parte del mediodía vimos un vasto edificio, en donde se reúne la asamblea de los diez mil diputados á cuyo cargo está el velar sobre los grandes intereses de la nacion; en el templo de Esculapio nos enseñaron unos huesos de ex-

traordinario tamaño, y se decia que eran de un gigante.

La ciudad se iba poblando de estatuas; en ella conocimos á dos artistas atenienses, llamados Cefisódoto y Xenofonte, quienes estaban haciendo un grupo, que representaba á Júpiter sobre un trono, la ciudad de Megalópolis á su derecha, y á Diana conservadora á su izquierda. El marmol se habia sacado de las canteras del monte Pentélico, situado cerca de Atenas.

Otras muchas particularidades pudieran referir; pero en la relacion de mis viages, he huido de hablar de muchos templos, altares, estatuas y sepuleros, que nos ofrecian á cada paso las ciudades, los lugares, y aun los parages mas solitarios. Tambien me ha parecido omitir la mayor parte de los prodigios y fábulas absurdas, que nos contaban largamente; porque el viajero condenado á oirlas, debe ahorrar este martirio á sus lectores. Es inutil que se meta á conciliar las diversas tradiciones sobre la historia de los dioses y de los primeros heroes; porque sus afanes servirian únicamente para aumentar la confusion de un caos impenetrable á la luz. Basta que observe en general, que en algunos pueblos los objetos del culto público tienen otros nombres; los sacrificios que se ofrecen van acompañados de otros ritos; y sus estatuas están caracterizadas con otros atributos.

Pero debe detenerse en los monumentos que atestiguan el gusto, las luces ó ignorancia de un siglo; describir las fiestas, porque nunca habrá exceso en representar á los desgraciados mortales las imágenes dulces y risueñas; referir las opiniones y usos que sirven de ejemplo ó lección, aun cuando se deje al lector el trabajo de hacer la debida aplicacion. Así, cuando yo me contento con decir, que en una comarca de la Arcadia adoran al Ser supremo bajo el titulo de Bueno, cada uno se inclinará á amar al Ser supremo. Cuando yo diga que en la misma provincia ha sacrificado en otro tiempo el fanatismo víctimas humanas*, todos se enternecerán de ver

* Véase el hecho de Licaon, al principio de la introduccion á esta obra.

He dicho que los sacrificios humanos quedaron abolidos en la Arcadia, en el siglo cuarto antes de J. C. Contra esto se puede alegar un pasage de Porfirio, que vivia seiscientos años despues. Dice en efecto que duraba todavía el uso de estos sacrificios en Arcadia y en Cartago. Este autor inserta en su obra muchos pormenores, tomados de un tratado que se ha perdido, compuesto por Teofrasto. Pero como advierte que ha añadido algo á lo que cita de Teofrasto, no sabemos á cual de estos dos autores se ha de atribuir el pasage que examino, y en parte está en contradiccion con otro de Porfirio. Dice en efecto, que Ificrates abolió los sacrificios humanos en Cartago. Importa poco saber si en lugar de Ificrates, se debe leer Gelon; pues no sería menos palpable la contradiccion. El silencio de los demas autores me ha parecido de mayor peso en esta ocasion. Pausanias en especial, que se detiene en las mayores mendencias de las cere-

que el fanatismo arrastra á semejantes horrores, á una nacion que adoraba al Dios bueno por excelencia. Vuelvo á mi narracion.

Habiamos resuelto dar vuelta á la Arcadia. Este pais es una continuacion de pinturas, en que la naturaleza ha desplegado la grandeza y fecundidad de sus ideas, reuniéndolas negligentemente, sin atender á la diferencia de los géneros. La mano poderosa que fundó sobre basas eternas tantas rocas áridas y enormes, se divirtió en dibujar á sus pies, ó en sus intermedios, praderas amenas; asilo de la frescura y del reposo: por todas partes se ven sitios pintorescos, contrastes imprevistos, y efectos admirables.

¡Cuántas veces, llegados á la cima de un monte soberbio, vimos el rayo serpentear por debajo de nosotros! ¡cuántas, parados en la region de las nubes, vimos mudarse repentinamente la luz del día en una claridad tenebrosa, condensarse el aire, agitarse violentamente, y ofrecernos un espectáculo tan bello como terrible! Aquellos torrentes de vapor que pasaban por nuestra vis-

monias religiosas, ¿hubiera omitido un hecho tan importante? ¿cómo se hubiera olvidado de él, cuando hablando de Licaon, rey de Arcadia, refiere que fué trasformado en lobo, por haber sacrificado un niño? Platon á la verdad, dice que estos sacrificios duraban todavía entre algunos pueblos, mas no dice que fuese entre los Griegos.

ta, y se precipitaban en los valles profundos: aquellos torrentes de agua que caian bramando en el fondo de los abismos: aquellas masas enormes de montañas, que al traves de las densas nieblas que nos cercaban, parecian estar colgadas de negro, los fúnebres cantos de los pájaros, el susurro lastimero de los vientos y de los árboles: veis aqui el infierno de Empédocles: veis aqui aquel oceano de aire confuso y blanquecino, que impele y rechaza las almas culpables, ya al traves de las llanuras de los aires, ya en medio de globos sembrados en el espacio.

Salimos de Megalópolis; y despues de haber pasado el Alfeo, fuimos á Licosura, al pie del monte Liceo, por otro nombre Olimpo. Esta comarca está llena de bosques y de animales monteses. Por la tarde nos hablaron nuestros huéspedes de su ciudad, que es la mas antigua del mundo, de su monte, en donde fué arrebatado Júpiter; del templo y fiestas de este dios, y principalmente de su sacerdote, quien en tiempo de sequedad, tiene la virtud de hacer caer el agua del cielo. Despues nos hablaron de una cierva, que todavía vivia dos siglos hace, y segun decian, habia vivido mas de setecientos años: la cogieron algunos años antes de la guerra de Troya: la data de la toma de esta ciudad estaba diseñada en un collar que traia: la mantenian como un animal sagrado, en el recinto del tem-

plo. Aristóteles, á quien yo conté este hecho, no lo extrañó, fundándose en la autoridad de Hesiodo, que atribuye á la vida de la cierva una duracion mayor todavía, y añadió que el tiempo de la preñez, y crecimiento del cervato, no indicaban tan larga vida.

El dia siguiente fuimos á la cumbre del monte Liceo, desde donde se descubre casi todo el Peloponeso, y asistimos á los juegos que se celebran en honor del dios Pan, cerca de un templo y de un bosque consagrados á él. Despues que se adjudicó el premio, vimos unos jóvenes del todo desnudos, que corrian dando carcajadas detras de cuantos encontraban en el camino*. Vimos tambien á otros que pegaban con látigos á la estatua del dios, castigándole porque en una caceria, hecha bajo sus auspicios, no habia proporcionado bastante caza para su convite.

Sin embargo, los Arcades no son menos adictos al culto de Pan. Han multiplicado sus templos, sus estatuas, altares y bosques sagrados; y le representan en sus monedas. Este dios persigue en la caza á los animales nocivos á las mieses: anda errante con placer por los montes; desde allí cuida de los numerosos rebaños que pacen en los llanos; y con el instrumento de

* Las Lupercales de Roma, tienen su origen en esta fiesta.

siete cañas, inventado por él, saca sones que resuenan en los valles vecinos.

Pan tenía en otro tiempo una grande hacienda; predecia lo futuro en uno de sus templos, donde ardía una lámpara de día y de noche. Los Arcades dicen tambien que distribuye á los mortales en vida las recompensas y castigos que merecen: lo colocan como los Egipcios en la clase de las principales divinidades; y el nombre que le dan parece significar, que extiende su imperio sobre toda sustancia material. A pesar de tan bellos títulos, ellos le limitan ahora sus funciones á proteger á los cazadores y pastores.

No lejos del templo de Pan está el de Júpiter, en medio de un cercado donde no pudimos entrar. Otros muchos lugares sagrados hallamos despues, cuya entrada está prohibida á los hombres, y permitida á las mugeres.

Fuimos despues á Figalea, que se ve desde lejos sobre una peña escarpada. En la plaza pública hay una estatua que puede servir á la historia de las artes. Los pies están casi juntos, y los brazos pendientes, y muy pegados á los costados y muslos. De esta manera se hacían en otro tiempo las estatuas en la Grecia, y así las figuran aun en el día en Egipto. La que nosotros teníamos delante la puso el atleta Arraquion, que llevó uno de los premios en las olimpiadas cincuenta

y dos, cincuenta y tres y cincuenta y cuatro *. De esto se debe inferir, que dos siglos hace se sujetaban todavia muchos artistas al gusto egipcio. **

A la derecha, y á treinta estadios de la ciudad *** está el monte Elayo; á la izquierda, y á cuarenta estadios **** el monte Cotilio. En el primero se ve la gruta de Ceres, por sobrenombre la *Negra*, porque la diosa desconsolada por la pérdida de Proserpina, estuvo allí encerrada algun tiempo, vestida de luto. En el altar, que está á la entrada de la gruta, se ofrecen, no victimas, sino frutos, miel y lana en crudo. En una aldea que hay sobre el otro monte, nos quedamos atónitos al ver el templo de Apolo, uno de los mas hermosos del Peloponeso, tanto por la eleccion de las piedras del techo y paredes, cuanto por la feliz armonía que tienen todas sus partes. Bastaria el nombre del arquitecto para asegurar la gloria de este edificio, pues fué aquel Ictino, que en tiempo de Pericles edificó en Atenas el celebrado templo de Minerva.

* En los años de 572, 568, 564 antes de J. C.

** Véase lo que se dijo en el capítulo xxxvii de esta obra, al artículo de Sicione del origen y progresos de la escultura.

*** Una legua y trescientas treinta y cinco toesas. (Cerca de una legua de España.)

**** Cerca de legua y media. (Poco mas de legua y cuarto de España.)

De vuelta á Figalea asistimos á una fiesta, que se acabó con un espléndido banquete: los esclavos comieron con sus amos: se daban elogios excesivos á aquellos convidados que comian mas.

Al día siguiente, habiendo vuelto por Licosura, pasamos el Alfeo, no lejos de Trapezonta, y fuimos á hacer noche á Gortis, cuyas campiñas fertiliza un rio del mismo nombre. Habiamos encontrado todo aquel día comerciantes y viajeros que iban á Alifera, ciudad pequeña, que nosotros dejamos á la izquierda, en la cual habia una feria. No quisimos ir con ellos, porque ya habiamos visto muchas veces este espectáculo, y ademas hubiera sido preciso trepar por mucho tiempo por un monte lleno de precipicios. Nuestras guias se olvidaron de llevarnos á un valle que está cerca de Trapezonta, en donde dicen que la tierra vomita llamas cerca de la fuente Olimpicas, que se seca un año sí, y otro no. A esto añadian que en aquel sitio se habia dado la batalla de los gigantes contra los dioses, y que los habitantes, para recordar esta memoria, sacrifican á las tempestades, á los relámpagos y al rayo en ciertas ocasiones.

Los poetas han celebrado la frescura de las aguas del Cidno en Cilicia, y del Melas en Panfilia; pero las de Gortinio merecian mejor este elogio: jamas las hielan los frios mas rigidos, ni

los mas ardientes calores alteran su temple: sea que sirvan para baño, sea para beber, causan sensaciones deliciosas.

Ademas de la frescura que distingue las aguas de la Arcadia, las del Ladon, que pasamos el día siguiente, son tan cristalinas y tan puras, que no las hay mejores sobre la tierra. Cerca de sus orillas, en donde hacen sombra chopos altísimos, hallamos á las jóvenes de los contornos, danzando al rededor de un laurel, del cual habian colgado guirnaldas de flores. La joven Clitia, acompañándose con la lira, cantaba los amores de Dafné, hija del Ladon, y los de Leucipo, hijo del rey de Pisa. Nada habia en la Arcadia mas bello que Dafné, ni en la Elide, que Leucipo. ¿Mas cómo triunfar de un corazon que Diana sujetaba á sus leyes, y que Apolo no pudo subyugar? Trenza Leucipo sus cabellos, y los anuda sobre su cabeza, se viste con una túnica ligera, echa á sus espaldas la aljaba; y así disfrazado, persigue con Dafné los gamos y corzos por la llanura, hasta que ella corre, y se pierde con él en las selvas. Sus furtivos ardores no pueden ocultarse á las miradas zelosas de Apolo: lo declara á las compañeras de Dafné, y el infeliz Leucipo cae á sus tiros. Clitia añadió que no pudiendo la ninfa sufrir, ni la presencia del dios que se obstinaba en perseguirla, ni la luz que él derrama sobre los mortales, suplicó á la Tierra

que la recibiese en su seno, y que fué trasformada en laurel *.

Subimos por la orilla del Ladon, y volviendo á la izquierda, tomamos el camino de Psosis, al traves de muchos pueblos, y del bosque de Soron, en donde, como en los montes de Arcadia, se hallan osos, jabalies, y grandísimas tortugas, cuya concha podria servir para hacer liras.

Psosis, una de las mas antiguas ciudades del Peloponeso, está situada en los confines de la Arcadia y de la Elide. Una colina muy elevada la defiende del viento del norte; al oriente, corre el rio Erimanto, que sale de un monte del mismo nombre, al cual van á caza de jabalies y ciervos; al poniente la ciñe un abismo profundo, donde se precipita un torrente, que va hácia el medio-dia, á perderse en el Erimanto.

Dos objetos fijaron nuestra atencion: vimos el sepulcro de aquel Alcmeon, que por obedecer á las ordenes de su padre Anfiarao, mató á su madre Erifile; y fué perseguido mucho tiempo por las Furias, hasta acabar desgraciadamente una vida horriblemente agitada. Cerca de su sepulcro, que no tiene mas adorno que un cipres de extraordinaria altura, nos enseñaron un cam-

* Los de Tesalia pretenden que Dafné era hija del Peneo, y que fué mutilada en laurel á orillas de este rio.

pillo y una cabaña, en donde vivia, hace algunos siglos, un ciudadano pobre y virtuoso, llamado Aglao. Sin temor ni deseos, ignorado de los hombres, é ignorante de lo que pasaba entre ellos, cultivaba en paz su corta posesion, cuyos limites no extendió jamas. Habia llegado á una extrema vejez, cuando los embajadores del poderoso rey de Lidia, Giges ó Creso, fueron á consultar al oráculo de Delfos, si habia sobre la tierra un mortal mas feliz que su príncipe. La Pitia respondió: «Aglao de Psosis.»

Yendo de Psosis á Feneos, oímos hablar de muchas especies de aguas que tenian propiedades singulares. Los de Clitor pretendian que una de sus fuentes inspira tal aversion al vino, que no se puede sufrir su olor. Mas adelante hácia el norte, entre los montes, cerca de la ciudad de Nonacris, hay una roca elevadísima, de la que mana continuamente una agua fatal, que forma el rio del Estigio; aquel Estigio tan temido de los dioses y de los hombres, el cual serpentea por un valle adonde vienen los Arcades á ratificar su palabra con el mas inviolable de los juramentos; pero no apagan con sus aguas la sed que los acosa, ni nunca el pastor lleva á el su rebaño. El agua, aunque clara y sin olor, es mortal para los animales, como para los hombres, y caen muertos en bebiéndola, disuelve todos los metales, y rompe los vasos en que se

echa, excepto los que se hacen de la uña de ciertos animales.

Andaban á la sazón los Cineteos asolando aquel país, por lo que no pudimos pasar á él para asegurarnos de la verdad de estos hechos: pero habiendo hallado en el camino á dos diputados de una ciudad de Acaya, que iban á Feneos, quienes habian pasado mas de una vez aquel rio, les hicimos varias preguntas, y de sus respuestas inferimos, que la mayor parte de estas maravillas desaparecen al menor examen.

Estos diputados eran gente instruida, y les preguntamos otras muchas cosas. Nos enseñaron hácia el nordeste el monte Cilenio, que descuella magestuosamente sobre todos los demas de la Arcadia, y cuya altura perpendicular se puede valuar en quince ó veinte estadios*. Este es el único parage de la Grecia, donde se hallan mirlos blancos. El monte Cilenio está contiguo al monte Estinfalo, donde hay una ciudad, un lago y un rio del mismo nombre. La ciudad era antiguamente una de las mas florecientes de la Arcadia: el rio sale del lago, y despues de empezar su carrera en esta provincia, desaparece, y va á terminarla en la Argólide, con diverso

* De mil cuatrocientos diez y siete y media toesas, ó mil ochocientas noventa. (De 9,900 á 15,200 pies de España, con corta diferencia).

nombre. En nuestros dias, Ificrates al frente de las tropas de los Atenenses, emprendió cerrarle la salida, para que refluyendo sus aguas al lago, y despues á la ciudad, que tenia sitiada en vano, se viese obligada á rendirse á discrecion; mas despues de mucho trabajar, tuvo que abandonar su proyecto.

Segun una tradicion antigua, el lago estaba, en otro tiempo, cubierto de aves de rapiña que infestaban el país. Hércules las exterminó á flechazos, ó las espantó con el ruido de ciertos instrumentos. Esta hazaña honró el heroe, y el lago adquirió fama. Las aves no han vuelto, pero todavía las representan en las monedas de Estinfalo*. Esto fué lo que nos dijeron nuestros compañeros de viage.

La ciudad de Feneos, aunque una de las principales de la Arcadia, nada tiene de notable; pero la llanura inmediata ofreció á nuestros ojos una de las mas hermosas obras de la antigüedad. No se puede fijar su época, solamente se ve que en los siglos remotos, los torrentes que caen de los montes que la rodean, sumergiéndola enteramente, arrasaron la antigua Feneos, y que para librarse en adelante de igual desastre, determinaron abrir en el llano un

* Véase á Spanheim, Vaillant y otros anticuarios que han publicado medallas.

canal de cincuenta estadios de largo*, treinta pies de profundidad**, y de una anchura proporcionada. Este canal debía recibir las aguas del rio Olbio, y las de las lluvias extraordinarias, y para ello lo dirigieron hasta dos abismos que existen todavía al pie de los montes, que por debajo de ellos se han abierto naturalmente conductos soterraneos.

Estas obras, que se atribuyen á Hércules, venian mejor en su historia que el combate contra las aves fabulosas del Estinfalo. Sea como fuere, lo cierto es que poco á poco se fué desatendiendo la conservacion de este canal, y en lo sucesivo un temblor de tierra cegó los conductos soterraneos que absorbían las aguas de los campos, con lo que los habitantes tuvieron que refugiarse á las alturas, é hicieron puentes de madera para comunicarse; y como la inundacion se aumentase de dia en dia, se vieron obligados á levantar otros sobre los primeros.

Al cabo de algun tiempo se abrieron paso las aguas por debajo de tierra, al traves de los hundimientos que las detenian, y saliendo con impetu de estos retiros oscuros, llevaron la consternacion á muchas provincias. El Ladon, este

* Cerca de dos leguas. (Cerca de una legua y tres cuartos de España.)

** Poco mas de veinte y ocho pies nuestros. (33 pies españoles.)

hermoso y plácido rio de que he hablado, y que cesó de correr desde la obstruccion de los conductos soterraneos; se precipitó en torrentes impetuosos en el Alfeo, y este sumergió el territorio de Olimpia. En Feneos se observó, como cosa singular, que el abeto de que se habian hecho los puentes, despues de descortezarle, no se habia podrido.

De Feneos fuimos á Cafies, donde nos enseñaron, cerca de una fuente, un plátano antiguo, que tiene el nombre de Menelao, y contaban que este príncipe lo habia plantado por su mano antes de ir á la guerra de Troya. En una aldea inmediata vimos un bosque sagrado, y un templo en honor de Diana la *Ahorcada*. Un anciano venerable nos contó el origen de tan extraño sobrenombre: unos niños que estaban jugando cerca de allí, nos dijo, ataron á la estatua una cuerda, y la llevaban arrastrando, riendo y gritando: « ahorcamos á la diosa. » En aquel momento llegaron unos hombres, que indignados con tal espectáculo, los mataron á pedradas. Ellos pensaron vengar así á los dioses, y los dioses vengaron á la inocencia; pues nosotros experimentamos su ira, y consultado el oráculo respondió, que se levantase un sepulcro á aquellas desgraciadas victimas, y se les hiciesen á nulmente honores fúnebres.

Mas allá pasamos junto á un arrecife que los

habitantes de Cafies han hecho, para preservarse de un torrente y de un gran lago, que hay en el territorio de Orcomena. Esta última ciudad, que vimos muy de prisa, está situada sobre un monte; y en ella nos mostraron espejos hechos de una piedra negrusca, que se encuentra en sus inmediaciones, y tomamos uno de los dos caminos que van á Mantinea.

Nuestras guías se pararon en frente de una colina, que enseñan á los extrangeros; y algunos mantineenses que se paseaban en las inmediaciones nos decian: ya habreis oido hablar de Penélope, de sus lamentos, de sus lágrimas, y sobre todo de su fidelidad: pues sabed que se consolaba de la ausencia de su esposo, con los amantes que tenia cerca de sí: que Ulises, luego que volvió, la echó de su casa; que acabó aquí sus días, y ese es su sepulcro. Como manifestásemos nuestra sorpresa, añadieron: mas os admiraríais si hubierais ido por el otro camino, pues hubierais visto en la caída de una colina un templo de Diana, donde se celebra todos los años la fiesta de la diosa, y es comun á los habitantes de Orcomena y de Mantinea; unos mantienen en él un sacerdote, los otros una sacerdotisa. Su sacerdocio es perpetuo. Ambos están obligados á tener una vida muy austera. No pueden hacer ninguna visita: les está prohibido el uso del baño, y de las mas inocen-

tes dulzuras de la vida: están solos, no tienen distracciones, y no por eso están menos obligados á la mas exacta continencia.

Mantinea, fundada en otro tiempo por los habitantes de cuatro ó cinco aldeas de las inmediaciones, es notable por su poblacion, riquezas y monumentos que la adornan: tiene campiñas fértiles: salen de ella muchos caminos para las principales ciudades de la Arcadia; y entre los que van á la Argólide hay uno que se llama *el camino de la escalera*, porque en el monte han cortado gradas para comodidad de los que van á pie.

Sus habitantes fueron los primeros, segun dicen, que en sus ejercicios imaginaron pelear cuerpo á cuerpo; los primeros tambien que se pusieron un vestido militar, y una especie de armadura que lleva el nombre de esta ciudad. Se les ha mirado siempre como los mas valientes de la Arcadia. Cuando fué la guerra del Peloponeso, no habiendo llegado á Platea hasta despues de la batalla, manifestaron su sentimiento, y para castigarse á sí mismos, quisieron perseguir hasta Tesalia á un cuerpo de persas que habia huido; y vueltos á su patria, desterraron á sus generales, por haberles privado con su lentitud del honor de pelear. En las guerras ocurridas despues, los Lacedemonios los temian como enemigos, y se felicitaban de tenerlos por

aliados: unidos unas veces á los Esparciatas, y otras á los Atenenses, ó con otras potencias extranjeras, extendieron su imperio por casi toda la provincia, y no pudieron luego defender sus propias fronteras.

Poco tiempo antes de la batalla de Leuctres, sitiaron los Lacedemonios á Mantinea, y como se alargase el cerco, dirigieron el río que corre por las inmediaciones hácia los muros de ladrillo que la cercaban, con lo que desplomados estos, destruyeron casi enteramente la ciudad, y dispersaron los habitantes en los lugarejos que ocupaban antes. Poco despues Mantinea, salida de sus ruinas con nuevo lustre, no tuvo reparo de reunirse con Lacedemonia, y declararse contra Epaminondas, á quien en parte debia su libertad: despues de esto ha estado continuamente agitada por guerras extranjeras, ó por facciones intestinas. Este ha sido en estos últimos tiempos el destino de las ciudades de la Grecia, principalmente de aquellas en que el pueblo ejercia el poder supremo.

Esta especie de gobierno ha subsistido siempre en Mantinea. Los primeros legisladores lo modificaron para evitar los peligros que trae consigo. Todos los ciudadanos tenian derecho de opinar en la asamblea general; y un corto número el de ascender á las magistraturas. Las demas partes de la constitucion se arreglaron con

tanta sabiduría, que la citan todavía como modelo. Ahora los demiurgos ó tribunos del pueblo, ejercen las funciones principales, y firman las actas públicas antes que los senadores y demas magistrados.

En Mantinea conocimos un árcaide llamado Antioco, que algunos años antes habia sido uno de los diputados que muchas ciudades de la Grecia enviaron al rey de Persia, para ventilar en su presencia sus mutuos intereses. Antioco habló á nombre de su nación, pero no tuvo buena acogida; y á su vuelta dijo ante la asamblea de los Diez-Mil: he visto en el palacio de Artaxerxes gran número de panaderos, cocineros, cooperos y porteros: he buscado por su imperio soldados que pudiesen oponer á los nuestros, y no los he hallado. Cuanto se dice de sus riquezas, es jactancia, y de ello podreis formar juicio por el plátano de oro de que se habla tanto, pues es tan pequeño, que no bastaria para hacer sombra á una cigarra.

Yendo de Mantinea á Tegea, teniamos á la derecha el monte Ménalo, y á la izquierda una gran selva: en la llanura que hay en medio se dió, hace algunos años, aquella batalla en que venció y perdió la vida Epaminondas; y allí se le erigieron dos monumentos, que son un trofeo y un sepulcro, poniéndolos uno cerca del otro, como si la filosofía les hubiera señalado su lugar.

El sepulcro de Epaminondas se reduce á una columna sencilla, en donde está pendiente su escudo; aquel escudo que yo habia visto tantas veces en aquella sala, cerca de aquella cama, sobre aquella silla en que el heroe se sentaba comunmente. Representándose á mi mente repentinamente estas circunstancias locales, con la memoria de sus virtudes, de una palabra que me habia dicho en tal ocasion, de una sonrisa que se le habia escapado en otra, de mil particularidades de que gusta el dolor apacentarse, y juntándose con la idea insufrible de que no quedaba de este hombre grande mas que un monton de huesos, que roia la tierra sin cesar, y que yo pisaba en aquel momento, se apoderó de mí un pesar tan violento, que me partia el corazon, y me obligó á separarme de un objeto, que yo no podia ni ver, ni abandonar. Entonces era yo todavía sensible; ya no lo soy, y lo conozco en la debilidad de mis expresiones.

Pero á lo menos tendré el consuelo de añadir aquí algun esplendor á la gloria de este hombre grande. Tres ciudades se disputan el debil honor de haber dado á luz el soldado que dió á Epaminondas el golpe mortal. Los Atenienses nombran á Grilo, hijo de Xenofonte, y han exigido que Eufranor se conformase á esta opinion en una de sus pinturas. Segun los Mantineenses, fué Maquerion uno de sus conciudadanos; y segun

los Lacedemonios, el esparciata Anticrates: y aun le concedieron honores y exenciones, que alcanzaron á su posteridad; distinciones excesivas, que manifiestan lo que temian á Epaminondas.

Tegea dista solamente cien estadios de Mantinea. Estas dos ciudades, rivales y enemigas por su misma vecindad, se han dado mas de una vez combates sangrientos: y en las guerras que han dividido las naciones, han seguido casi siempre partidos contrarios. En la batalla de Platea, que puso fin á la gran querrela entre la Grecia y la Persia, los Tegeates, que eran quinientos, disputaron á los Atenienses el honor de mandar una de las alas del ejército griego: no lo lograron, mas con sus particulares hazañas hicieron ver que lo merecian.

Cada ciudad de la Grecia se pone bajo la proteccion especial de una divinidad. Tegea ha escogido á Minerva, sobrenombrada Alea. Habiéndose quemado el templo antiguo pocos años despues de la guerra del Peloponeso, edificaron otro, segun el plan, y bajo la direccion de Escopas de Paros, el mismo de quien hay tantas y tan excelentes estatuas. Usó del orden jónico en los peristilos que hay al rededor del templo.

* Cerca de tres leguas y tres cuartos. (Poco mas de tres leguas y un cuarto de España).

En el fronton delantero representó la caza del jabali de Calidon, en donde se distinguen varias figuras, como son la de Hércules, de Teseo, de Piritoo, de Castor y otras: el combate de Aquiles y de Telefo decora el otro fronton.

El templo está dividido en tres naves, por dos órdenes de columnas dóricas, y sobre ellas se levanta un orden corintio, que llega al techo y le sostiene.

En las paredes están colgadas las cadenas, que en una de sus antiguas expediciones habian destinado los Lacedemonios á los Tegeates, y con las cuales los cargaron ellos mismos. Se dice que en el combate se emboscaron las mugeres de Tegea, dieron sobre el enemigo, y decidieron la victoria. Una viuda, llamada Marpesa, sobresalió tanto en la accion, que todavia se conserva su armadura en el templo. Cerca de ella están los colmillos y la piel del jabali de Calidon, que se dieron á la bella Atalanta de Tegea, en premio de haber dado el primer golpe á este animal feroz. En fin, nos enseñaron hasta una pila de bronce, que los Tegeates quitaron en la batalla de Platea, de las caballerizas del general de los Persas. Estos despojos son para un pueblo títulos de vanidad, y algunas veces motivos de emulacion.

Este templo, el mas hermoso de quantos hay en el Peloponeso, está servido por una niña,

que abdica el sacerdocio luego que llega á la edad de la pubertad.

Vimos otro templo en que no entra el sacerdote mas que una vez al año; y en la plaza pública dos grandes columnas: una que sostiene las estatuas de los legisladores de Tegea, y otra la estatua ecuestre de un particular, que en los juegos olimpicos logró el premio de la carrera á caballo. Los habitantes han dado á todos los mismos honores; se debe creer que no les conceden la misma estimacion.

CAPITULO LIII.

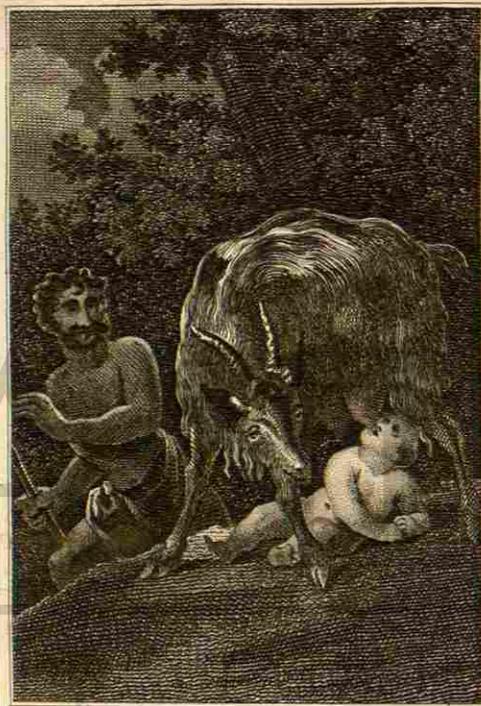
VIAGE A LA ARGOLIDE.

Desde Tegea entramos en la Argólide por una garganta formada por montes muy altos. Al acercarnos al mar vimos la laguna Lernea, en otro tiempo habitacion de aquella hidra monstruosa de que triunfó Hércules. Desde allí tomamos el camino de Argos, pasando por una hermosa pradera.

La Argólide está como la Arcadia, cruzada de colinas, que en sus intervalos dejan valles y llanuras fértiles. Ya no nos causaban novedad es-

Tom. IV.

Cap. LIII.



Beveria del

Couché, fil. de.

ESCULAPIO.



tas admirables irregularidades; pero experimentábamos otra especie de interes. Esta provincia fué la cuna de los Griegos, pues recibió las primeras colonias que vinieron á civilizarla; y fué el teatro de la mayor parte de los sucesos que llenan los antiguos anales de la Grecia. Aquí es donde se dejó ver Inaco, quien dió su nombre al rio, que riega con sus aguas el territorio de Argos: aquí vivieron tambien Danao, Hipermestra, Linceo, Alcmeon, Perseo, Anfitrion, Pélope, Atréo, Tiestes, Agamenon, y otros muchos y famosos personajes.

Sus nombres, que suenan tan á menudo en los escritos de los poetas, y han resonado tantas veces en el teatro, hacen una impresión mas fuerte, cuando parecen revivir en las fiestas y monumentos consagrados á estos heroes. La vista de los sitios, aproxima los tiempos, realiza las ficciones, y da movimiento á los objetos mas insensibles. En Argos, entre las ruinas de un palacio soterraneo, en donde se decia que el rey Acrisio habia encerrado á su hija Danaé, me parecia oír los lamentos de esta desgraciada princesa. En el camino de Hermione á Trecena, creí ver á Teseo levantando la enorme peña, que debajo de ella tenia depositada la espada y demas señales por donde le habia de reconocer su padre. Estas ilusiones son un homenaje que se tributa á la celebridad, y apaciguan la imagi-

nacion, que necesita mas de alimento, que de razon.

Argos, que es una de las mas antiguas ciudades de la Grecia, está situada al pie de una colina, sobre cuya cima está la ciudadela: desde sus principios fué tal el lustre de esta ciudad, que algunas veces se dió su nombre á la provincia, al Peloponeso, y á toda la Grecia. Habiéndose establecido en Micenas la casa de los Pelópides, eclipsó esta ciudad la gloria de su rival. Agamenon reinaba en la primera, Diómedes y Estenelo en la segunda. Algun tiempo despues recobró Argos el primer lugar, y no lo volvió á perder.

Al principio confiaron el gobierno á reyes que oprimieron á sus súbditos, y á quienes en breve no les quedó mas que el título de que habian abusado.

Hasta el título mismo se abolió mas adelante, y desde entonces ha subsistido la democracia. Hay un senado donde se ventilan los negocios antes de someterlos á la decision del pueblo; pero como no puede encargarse de la ejecucion, están ochenta de sus miembros, destinados á velar continuamente sobre la salud del Estado, y tienen las mismas funciones que los pritanos de Atenas. Mas de una vez, aun en nuestro tiempo, han intentado los principales ciudadanos sustraerse de la tiranía de la multitud, estableciendo la oligarquía; pero sus esfuerzos no

han servido mas que para derramar sangre.

Todavía se resienten de una vana tentativa que hicieron hace cerca de catorce años. Cansados de oír las calumnias, que no cesaban de vomitar contra ellos los oradores públicos en la tribuna, renovaron el proyecto de mudar la forma de gobierno; lo que habiéndose traslucido, dió motivo á muchas prisiones. A la vista del tormento algunos se dieron la muerte. No pudiendo resistir á él uno de ellos, delató á treinta de sus asociados, á quienes quitaron la vida sin convencerlos, y les confiscaron sus bienes. Multiplicáronse las delaciones, y bastaba ser uno acusado, para que fuese culpable. Mil y seiscientos de los mas ricos ciudadanos fueron asesinados; y como los oradores, temerosos de un nuevo orden de cosas empezasen á ablandarse, el pueblo, que se creyó abandonado, los sacrificó á su furor. Ninguna ciudad de la Grecia habia visto en su recinto semejante ejemplo de barbarie. Los Atenienses, por haber oido la relacion de esto en una de sus asambleas, se creyeron amañillados de tal modo, que al punto recurrieron á las ceremonias de la expiacion.

Los Argivos son afamados por su valentia: han tenido contiendas frecuentes con las naciones vecinas, y nunca han temido medirse con los Lacedemonios, quienes siempre anhelaron su alianza.

Hemos dicho que la primera época de su historia ostenta nombres ilustres, y hechos afamados. En la última, despues de haber concebido la esperanza de dominar á todo el Peloponeso, se han debilitado con expediciones desgraciadas, y desavenencias interiores.

Del mismo modo que los Arcades, han desdenado las ciencias, y cultivado las artes. Antes de la expedicion de Xerxes estaban mas versados en la música que los demas pueblos; y por algun tiempo tuvieron tanto apego á la antigua, que multaron á un músico que se atrevió á presentarse al concurso con una lira de mas de siete cuerdas, y tocar modos que ellos no habian adoptado. Entre los músicos naturales de esta provincia se distingue Laño, Sácadas y Aristónico; entre los escultores Ageladas y Policleto; entre los poetas Telésila.

Los tres primeros aceleraron los progresos de la música; Ageladas y Policleto los de la escultura. Este último, que vivia en tiempo de Pericles, ha llenado de obras inmortales el Peloponeso y la Grecia. Añadiendo nuevas bellezas á la naturaleza del hombre, excedió á Fidias; pero al ofrecernos la imagen de los dioses, no se elevó á la sublimidad de ideas de su rival. Sus modelos los tomó de la juventud ó de la infancia; pudiendo decirse que la vejez espantaba sus manos, hechas á representar las Gracias. Este gé-

nero se acomoda tanto con cierta negligencia, que se debe alabar á Policleto de haberse dado rigurosamente á la correccion del dibujo; en efecto, hay de él una figura en que se observan de tal modo las proporciones del cuerpo humano, que por un juicio irrefragable, los artistas mismos la han llamado el Canon ó la Regla, y la estudian cuando tienen que representar la misma naturaleza en las mismas circunstancias, porque no se puede imaginar un modelo único para todas las edades, sexos y caracteres. Si alguna vez hay quien censure á Policleto, le responderán, que si no llegó á la perfeccion, á lo menos se acercó á ella.

El mismo parece que desconfió de sus esfuerzos; porque en un tiempo en que los artistas escribian al pie de sus obras *fulano la hizo*, se contentó con poner en las suyas *Policleto la hacia*, como si esperase el juicio del público para acabarla. Oia los consejos, y sabia apreciarlos. Hizo dos estatuas sobre un mismo asunto, una secretamente, sin consultar mas que á su ingenio, y las reglas del arte; otra en su taller abierto á todos, corrigiéndola y reformándola, segun querian los que le prodigaban sus consejos. Acabadas que fueron, las expuso al público: la primera excitó la admiracion, la segunda carcajadas de risa. Entonces dijo: veis aquí vuestra obra, y ved ahí la mia. Contaré otro caso que

prueba, que aun en vida gozaba de su reputacion. Queriendo Hipónico, uno de los principales ciudadanos de Atenas, consagrar una estatua á su patria, le aconsejaron que se valiese del áncel de Policleto. Me guardaré muy bien de eso; respondió; porque entonces el mérito de la ofrenda sería solamente para el artista. Mas abajo se verá, que su ingenio despejado no se ejerció menos felizmente en la arquitectura.

Telésila, que florecía hace cerca de ciento y cincuenta años, ilustró su patria con sus escritos, y la salvó con su valor. La ciudad de Argos iba á caer en manos de los Lacedemonios, á tiempo en que acababa de perder seis mil hombres, y entre ellos la flor de la juventud. En este momento fatal juntó Telésila las mugeres que le parecieron mas á propósito para ayudar á su intento, les dió armas, tomándolas de los templos y de las casas de los particulares, se puso con ellas sobre los muros, y rechazó al enemigo, que temeroso de que se le diese en cara con la victoria ó con la derrota, tomó el partido de retirarse.

Se hicieron los mas grandes honores á estas guerreras. Las que murieron en el combate fueron enterradas al lado del camino de Argos; y á las demas se les permitió levantar una estatua al dios Marte. Se puso la estatua de Telésila sobre una columna, enfrente del templo de Venus: en

lugar de echar la vista sobre unos libros representados y puestos á sus pies, las detiene con placer en un casco que tiene en la mano, en ademán de ponerlo en la cabeza. En fin, para perpetuar un acontecimiento tan extraordinario, se instituyó una fiesta anual, en que las mugeres se visten de hombres, y los hombres de mugeres.

Sucede en Argos lo que en todas las ciudades de la Grecia, que son comunes los monumentos de las artes, pero rarisimas las obras maestras. Entre estas últimas bastará hacer mencion de muchas estatuas de Policleto y Praxíteles: los objetos siguientes pararon nuestra atencion por otros motivos.

Vimos el sepulcro de una hija de Perseo, que despues de la muerte de su primer marido, casó con Ebaló rey de Esparta: las Argivas no se habían atrevido hasta entonces á contraer segundo matrimonio. Este hecho asciende á la antigüedad mas remota.

Vimos un grupo que representaba á Perifao de Argos, en actitud de matar al esparciata Otriadas. Los Lacedemonios y los Argivos disputaban la posesion de la ciudad de Tirea, y se convinieron en nombrar de una y otra parte trescientos soldados, cuyo combate decidiria la controversia. Murieron todos á excepcion de dos argivos, que creyéndose seguros de la victoria,

llevaron la nueva á los magistrados de Argos. Entre tanto respiraba todavía Otriadas y á pesar de las heridas mortales, tuvo bastante fuerza para erigir un trofeo en el campo de batalla; y despues de haber escrito con su sangre este corto número de palabras, « los Lacedemonios vencedores de los Argivos », se dió la muerte por no sobrevivir á sus compañeros.

Los Argivos están persuadidos á que Apolo anuncia lo futuro en uno de sus templos. La sacerdotisa, que está obligada á guardar continencia, sacrifica una oveja una vez cada mes por la noche; y luego que prueba la sangre de la víctima, se apodera de ella el espíritu profético.

Vimos las mugeres de Argos juntarse muchos dias en una especie de capilla del templo de Júpiter Salvador, para llorar la muerte de Adonis. Yo deseaba decirles lo que los sabios han dicho en semejantes ocasiones: ¿por qué le lloran si es dios? ¿y por qué le ofrecen sacrificios si no lo es?

A cuarenta estadios de Argos* está el templo de Juno, de los mas célebres de la Grecia, comun en otro tiempo á esta ciudad y á Micenas. No hace todavía un siglo que se quemó el antiguo, por descuido de la sacerdotisa Crisis, á quien

* Cerca de legua y media. (Algo mas de legua y cuarto de España).

se le olvidó apagar una lámpara, puesta en medio de las cintas sagradas. El nuevo, edificado al pie del monte Eubeo, á orillas de un arroyuelo, da indicios de los progresos del arte, y perpetuará la memoria del arquitecto Eupolemo de Argos.

El templo de Policleto será todavía mas famoso por las obras con que lo ha hermoseado, y principalmente por la estatua de Juno, de altura casi colosal. Está puesta en un trono, la cabeza ceñida de una corona, en que están grabadas las Horas y las Gracias; en la mano derecha tiene una granada, simbolo misterioso, que no se explica á los profanos; en la izquierda un cetro con un cuchillo, atributo singular que da lugar á cuentos pueriles. Mientras nosotros admirábamos el trabajo digno del rival de Fidias, y la riqueza de la materia, que es de oro y marfil, Filotas me enseñaba riéndose una figura sentada, informe, hecha del tronco de un peral silvestre, y cubierta de polvo. Esta es la estatua mas antigua de Juno: despues de haber recibido por mucho tiempo el homenaje de los mortales, experimentó la suerte de la vejez y de la pobreza; pues la han metido en un rincón del templo, y nadie le dirige sus votos.

Los magistrados de Argos vienen á jurar sobre el altar, que observarán los tratados de paz; pero no se permite á los extrangeros ofrecer sa-

crificios en él. El templo está servido desde su fundación por una sacerdotisa, que entre otras cosas debe abstenerse de comer ciertos peces: en vida le levantan una estatua, y después de su muerte graban en ella su nombre y la duración de su sacerdocio. Esta sucesión de monumentos, puestos enfrente del templo, y mezclados con las estatuas de muchos heroes, da una sucesión de datas, de que se valen algunas veces los historiadores para señalar el orden de los tiempos.

En la lista de las sacerdotisas se encuentran nombres ilustres, como los de Hipermenestra hija de Danao, de Admeta hija del rey Euristeo, de Cidipa, que debió su gloria mas bien á sus hijos que á sus abuelos. Nos refirieron su historia mientras se celebraban las fiestas de Juno. Este día, notable por la infinita multitud de concurrentes, lo es mas todavía por una pompa solemne que va de Argos al templo de la diosa: delante van cien bueyes adornados con guirnaldas, los cuales se sacrifican y reparten á los asistentes: la protege un cuerpo de jóvenes argivos, vestidos con armas resplandecientes, las que dejan por respeto antes de acercarse al altar: cierra la marcha la sacerdotisa, puesta en un carro tirado de dos bueyes, tan hermosos como blancos. Sucedió pues que en tiempo de Cidipa, habiendo desfilado la procesion, y no llegando

los bueyes que habian de llevar el carro, Biton y Cleobis asieron del carro de su madre, y tirando de él por espacio de cuarenta y cinco estadios*, la llevaron en triunfo por la llanura, y hasta la mitad del monte, donde estaba entonces el templo. Llegó Cidipa entre aclamaciones y aplausos; y en medio de su gozo suplicó á la diosa, que concediese á sus hijos la mayor felicidad. Se dice que fueron oídos sus votos, y se apoderó de ellos en el mismo templo un dulce sueño, que les hizo pasar tranquilamente de la vida á la muerte: ¡cómo si la mayor dicha que los dioses pueden concedernos fuese abreviar nuestros dias!

No hay duda en que los ejemplos de amor filial no son raros en las grandes naciones; pero apenas se perpetúa su memoria en el seno de la familia que los ha dado, en lugar de que en la Grecia se los apropia una ciudad entera, y los eterniza como títulos que la honran tanto como una victoria ganada al enemigo. Los Argivos enviaron á Delfos las estatuas de estos dos generosos hermanos, y yo he visto en un templo de la Argólida un grupo que los representá asidos del carro de su madre.

Acabábamos de ver la noble recompensa que

* Cerca de dos leguas menos cuarto. (Cerca de legua y media de España).

los Griegos dan á las virtudes de los particulares, y á quince estadios del templo * vimos á qué excesos lleva el deseo de mandar. Unos escombros, en donde cuesta trabajo distinguir los sepulcros de Atreo, Agamenon, Orestes y Electra, es todo lo que resta de la antigua y famosa ciudad de Micenas, que destruyeron los Argivos, siglo y medio hace. Su crimen fué no haber doblado jamas el cuello al yugo, que habian los Argivos echado á casi toda la Argólide, y despreciando sus órdenes, haber juntado sus tropas á las de la Grecia, contra los Persas. Sus infelices habitantes anduvieron errantes por diferentes paises, y la mayor parte de ellos no hallaron asilo sino en Macedonia.

La historia de la Grecia ofrece mas de un ejemplo de estas horrosas emigraciones, y no deben sorprender; porque la mayor parte de las provincias de la Grecia se formaron al principio de repúblicas independientes, adictas unas á la aristocracia, y otras á la democracia: todas con la facilidad de obtener la proteccion de las potencias vecinas, interesadas en dividir las. En vano intentaron ligarse con una confederacion general: pues luego que las mas poderosas subyugaron á las mas débiles, se disputaron

* Mil cuatrocientas y diez toesas. (Cerca de media legua de España).

aquellas el imperio; y algunas veces sucedió, que elevándose una sobre las demas, ejercia un verdadero despotismo, bajo las especiosas formas de la libertad. De aqui nacieron aquellos odios y guerras nacionales, que desolaron por tanto tiempo la Tesalia, la Beocia, la Arcadia y la Argólide; pero nunca afligieron á la Atica, ni á la Laonia: á la Atica porque sus habitantes vivian bajo las mismas leyes, como ciudadanos de la misma ciudad; y á la Laonia porque los suyos fueron conservados en la dependencia por la activa vigilancia de los magistrados de Esparta, y el conocido valor de los Esparciatas.

Sé que las infracciones de los tratados, y los atentados contra el derecho de gentes, se denunciaron algunas veces á la asamblea de los anficiones, instituida desde los mas remotos tiempos, entre las naciones del norte de la Grecia: sé tambien, que muchas ciudades de la Argólide establecieron entre si un tribunal semejante; pero estas dietas que no tenian mas que el conocimiento de ciertas causas, ó no extendian su jurisdiccion á toda la Grecia, ó no tuvieron bastante fuerza para asegurar la ejecucion de sus decretos.

A nuestro regreso á Argos subimos á la ciudadela, en donde vimos en un templo de Minerva, una estatua de Júpiter, que se conservaba antiguamente, segun decian, en el palacio de Pria-

mo. Tiene tres ojos, uno de ellos en medio de la frente, ya sea para dar á entender que este dios reina en los cielos, en el mar y en los infiernos, ya quizá para manifestar que ve lo pasado, lo presente y lo futuro.

Salimos para Tirinto, distante de Argos cerca de cincuenta estadios*. De esta antigua ciudad no han quedado mas que los muros, que tienen veinte pies de grueso, y la altura proporcionada. Están hechos de enormes peñas, hacinadas unas sobre otras, y tan gruesas, que apenas podria un par de machos arrastrar las menores. No habiéndolas labrado, rellenaron con piedras menores los vacios que dejaba la irregularidad de su figura. Estos muros duran muchos siglos hace, y quizá excitarán la admiracion y sorpresa de aquí á miles de años.

El mismo trabajo se observa en los mas antiguos monumentos de la Argólide; mas principalmente en los muros medio derribados de Micenas, y en las grandes excavaciones que vimos cerca del puerto de Nauplia, situado á corta distancia de Tirinto.

Todas estas obras se atribuyen á los Ciclopes, cuyo nombre excita ideas de grandeza, por haberlo dado los primeros poetas, unas veces á

* Cerca de dos leguas y media. (Mas de legua y media de España)

los gigantes; otras á los hijos del cielo y de la tierra, que tenían á su cargo forjar los rayos de Júpiter. Asi pues se creyó, que unas fábricas gigantescas, por decirlo así, no debian ser obra de mortales ordinarios. Sin duda no se habia observado, que los hombres de los tiempos antiguos, al edificar su morada, pusieron mayor cuidado en la solidez, que en la elegancia; y que emplearon medios capaces de dar la mayor duracion á un trabajo indispensable. Abrian en las peñas, vastas cavernas para refugiarse á ellas en vida, ó para que los depositasen en ellas despues de muertos: desgajaban peñascos de los montes, y cercaban con ellos sus habitaciones: este era el producto de la fuerza, y el triunfo de los obstáculos. Entonces se trabajaba con arreglo al plan de la naturaleza, que nada hace que no sea sencillo, necesario y durable. Las proporciones exactas, las bellas formas introducidas despues en los monumentos, hacen impresiones mas agradables; pero yo dudo que sean tan profundas. Aun en aquellos mismos que tienen mas derecho á la admiracion pública, y que se elevan magestuosamente sobre la tierra, la mano del arte esconde la de la naturaleza, y solamente se ha sustituido la magnificencia á la grandeza.

Mientras en Tirinto nos referian, que debilitados los Argivos con largas guerras, habian

destruido á Tirinto, Midea, Hisias, y algunas otras ciudades, para trasladar al territorio de ellos á sus habitantes, sentia Filotas no hallar allí á los antiguos Tirintios. Yo le pregunté el motivo, á que me contestó: es, no porque fuesen tan aficionados al vino como los otros pueblos del país, sino por una especie de manía que me hubiera divertido. Ved aquí lo que me ha dicho un argivo:

Estaban tan habituados á burlarse de todo, que no podian tratar seriamente los mas graves asuntos. Cansados ya de su ligereza, recurrieron al oráculo de Delfos, y este les aseguró que sanarian si despues de sacrificar un toro á Neptuno, podian arrojarle al mar sin reirse. Era conocido que la restriccion impuesta, no permitiria acabar la prueba. Sin embargo, se juntaron en la costa, de donde habian alejado á los niños, y como quisiesen echar de allí á uno que se habia mezclado con los grandes, este exclamó: ¿pues qué, tenéis miedo de que yo me trague vuestro toro? A estas palabras prorumpieron en risa, y persuadidos á que su enfermedad era incurable, se sujetaron á su destino.

Salimos de Tirinto, y habiendo ido hácia la extremidad de la Argólide, vimos á Hermione y Trecena. Entre otras cosas hallamos en la primera, un bosquecillo consagrado á las Gracias; un templo de Venus en donde deben ofrecer sacri-

ficio todas las doncellas antes de casarse; un templo de Ceres que tiene delante de él las estatuas de algunas de sus sacerdotisas, y donde celebran en el estio una fiesta, cuya principal ceremonia voy á describir en pocas palabras.

A la cabeza de la procesion, marchan los sacerdotes de diferentes divinidades, y los magistrados que están en ejercicio: siguen á estos las mugeres, hombres y niños, todos vestidos de blanco, todos coronados de flores, y cantando himnos. Aparecen despues cuatro novillas, que entran una tras otra en el templo, y las inmolan sucesivamente cuatro matronas, á cuya voz estas víctimas, que antes costaba trabajo contener, se amansan, y se presentan por sí mismas en el altar. Nosotros no fuimos testigos de ello, porque se hace el sacrificio á puerta cerrada.

Detras de este edificio, hay tres plazas circundadas de balaustres de piedra. En una de ellas está abierta la tierra, y se descubre un abismo profundo: esta es una de las bocas del infierno de que hablé en mi viage á Laconia*. Los habitantes decian, que habiendo Pluton robado á Proserpina, prefirió bajar por este abismo, por ser el camino mas corto; y añadian, que dispensados por razon de la vecindad, de pagar tributo á Caron, no ponían en la boca de los

* véase la pág. 63 de este tomo.

finados la pieza de moneda que se acostumbra en todas partes.

En Trecena vimos con placer los monumentos que encierra; y oímos con paciencia las largas relaciones, que un pueblo orgulloso de su origen, nos hacía de la historia de sus antiguos reyes, y de los héroes naturales de aquel país. Nos enseñaron la silla en que Piteo, hijo de Pélope, administraba justicia; la casa en que nació Teseo, nieto y discípulo de aquel; la que habitaba Hipólito; su templo, en donde depositan su cabellera las doncellas de Trecena antes de casarse. Los Trecenios le tributan honores divinos, y han consagrado á Venus el sitio donde se escondía Fedra para verle cuando agujaba su carro en la carrera. Algunos pretendían que no fué arrastrado por sus caballos, sino puesto entre las constelaciones: otros nos condujeron al lugar de su sepultura, que está cerca de la de Fedra.

También nos enseñaron un edificio en figura de tienda, donde estuvo confinado Orestes mientras le purificaban, y un altar muy antiguo, en que se sacrificaba á un mismo tiempo á las Musas y al Sueño, por la union que reina entre estas divinidades. Una parte de Trecena está situada en la caída de un monte, y la otra en una llanura, que se dilata hasta el puerto, y por donde serpentea el rio Crisorroas, casi por

todas partes entre colinas y montes cubiertos hasta cierta altura de viñas, olivos, granados y mirtos, y coronados despues de bosques de pinos y abetos, que parece se levantan hasta las nubes.

La belleza de este espectáculo no bastaba para hacernos detener mas en esta ciudad. En ciertas estaciones es malsano el aire: sus vinos tienen mala fama, y las aguas de la única fuente que hay son de mala calidad.

Costeando el mar, llegamos á Epidauro, que está en el fondo de un seno, enfrente de la isla de Egina, que antiguamente le pertenecía: sus fuertes murallas la han defendido algunas veces contra los esfuerzos de las potencias vecinas: su territorio lleno de viñedo, está rodeado de montes cubiertos de robles. Fuera de los muros, á cuarenta estadios de distancia * están el templo y bosque sagrado de Esculapio, á donde vienen los enfermos de todas partes á buscar la salud. El gobierno de este corto país está á cargo de un consejo, compuesto de ciento y ochenta ciudadanos.

Nada de positivo se sabe acerca de la vida de Esculapio, y esta es la causa de que se digan de él tantas cosas. Si se da crédito á las relaciones

* Cerca de legua y media (algo mas de legua y cuarto de España).

de los habitantes, un pastor que habia perdido su perro y una cabra, los halló en un monte inmediato, cerca de un niño resplandeciente, á quien daba de mamar la cabra, y guardaba el perro, el cual niño era Esculapio, hijo de Apolo y de Coronis. Empleó sus dias en aliviar á los desgraciados: las heridas y enfermedades mas peligrosas cedian á sus operaciones, á sus remedios, á los cantos armoniosos, y á las palabras mágicas que usaba. Los dioses le disimularon estos felices sucesos; pero se atrevió á resucitar los muertos, y en vista de lo que representó Pluton, le mató un rayo.

Otras tradiciones dejan vislumbres de la verdad, y nos ofrecen un hilo, que seguiremos por un momento, sin empeñarnos en rodeos. El maestro de Aquiles, el sabio Quiron, habia adquirido algunos conocimientos sobre las virtudes de los simples, y mas todavía en la curacion de fracturas y dislocaciones; los que trasmitió á sus descendientes, que existen todavía en Tesalia, y se han empleado siempre generosamente en el servicio de los enfermos.

Parece que Esculapio fué su discípulo, y que hecho depositario de sus secretos, instruyó en ellos á sus hijos Macaon y Podaliro, que reinaron en una pequeña ciudad de Tesalia. Durante el sitio de Troya, se distinguieron por su valentia en los combates, y por su habilidad en curar

las heridas; porque habian estudiado bien la cirugía, parte esencial de la medicina, y la única que, segun las apariencias, se conoció en los siglos antiguos. Macaon habia perdido la vida bajo los muros de Troya, y sus cenizas las llevaron al Peloponeso por el cuidado de Nestor. Los hijos de Macaon, aficionados á la profesion de su padre, se establecieron en aquel pais, levantaron altares á su abuelo, y los merecieron por los servicios señalados que hicieron á la humanidad.

El autor de una familia tan respetable, llegó en breve á ser el objeto de la veneracion pública. Su promocion á la clase de los dioses debe ser posterior á los tiempos de Homero; pues no habla de él, sino como de un simple particular; pero ahora en todas partes se le tributan honores divinos. Su culto pasó de Epidauro á las demas ciudades de la Grecia, y aun á los paises remotos; y se extenderá mas, porque los enfermos implorarán siempre con confianza la piedad de un dios, que estuvo sujeto á sus mismas enfermedades.

Los Epidaurios han instituido en honor suyo, ciertas fiestas que se celebran todos los años, y á las cuales se añaden de tiempo en tiempo nuevos espectáculos. No obstante de ser muy magnificas, el templo del dios, los edificios que le cercan, y las escenas que allí pasan son mas

propias para satisfacer la curiosidad del viagero atento.

No hablo de los ricos dones, que la esperanza y la gratitud de los enfermos han depositado en este asilo; pero desde luego se notan estas bellas palabras puestas sobre la puerta del templo: *no se permite la entrada, sino á las almas puras.*

La estatua del dios, obra de Trasímedes de Paros, como se ve por su nombre puesto al pie, es de oro y marfil. Esculapio sentado en su trono con un perro á los pies, tiene en una mano un palo, y alarga la otra sobre una serpiente, en ademán de enderezarse para llegar á él. El artista grabó sobre el trono las expediciones de algunos heroes de la Argólida, uno es Belerofonte, que triunfa de la Quimera, otro es Perseo, que corta la cabeza á Medusa.

Policleto, á quien nadie habia excedido en el arte de la escultura, y á quien pocos artistas han igualado en el de la arquitectura, edificó en el bosque sagrado un teatro elegante y soberbio, donde se colocan los concurrentes en ciertas fiestas. Levantó allí cerca una rotunda de marmol, que llama la atencion, y cuyo interior ha decorado en nuestros dias el pintor Pausias. En una de sus pinturas, en lugar de presentarse el Amor con el aparato amenazador de un guerrero, ha dejado caer el arco y las flechas, pues para triunfar no necesita mas que de

la lira que tiene en la mano. En otra ha representado Pausias la embriaguez bajo la figura de una muger, en que se distinguen las facciones al traves de una botella de vidrio, que está acabando de beber.

En las inmediaciones vimos muchas columnas que contienen no solamente los nombres de los que han sido curados, y de las enfermedades que padecian, sino tambien el pormenor de los medios con que lograron su salud. Semejantes monumentos, depositarios de la experiencia de los siglos, serian preciosos en todos los tiempos, y eran necesarios antes que se hubiera escrito sobre la medicina. Es sabido que en Egipto conservan los sacerdotes en sus templos una relacion circunstanciada de las curas que han hecho. Los ministros de Esculapio han introducido este uso en la Grecia, juntamente con sus ritos, en todos los parages donde se han establecido. Hipócrates conoció lo que valia esto, y bebió una parte de su doctrina sobre el régimen, en una coleccion de inscripciones antiguas, puestas cerca del templo que los habitantes de Cos levantaron en honor de Esculapio.

Sin embargo, es preciso confesar, que los sacerdotes de este dios, mas lisonjeados de obrar prodigios, que curas, emplean con mucha frecuencia la impostura, para acreditarse en la

opinion del pueblo. Es menester alabarles de que ponen sus templos fuera de las ciudades, y en las alturas. El de Epidauro está rodeado de un bosque, en donde no se deja ni nacer, ni morir á nadie; porque para alejar de estos lugares la imagen espantosa de la muerte, retiran á los enfermos que están en peligro de muerte, y á las mugeres que están en dias de parir. Un aire sano, un ejercicio moderado, una dieta conveniente, y remedios adecuados, son las sábias precauciones que se han creído propias para recuperar la salud; pero todas ellas no bastan á los fines de los sacerdotes, quienes para atribuir los efectos naturales á causas sobrenaturales, añaden á la curacion muchas prácticas supersticiosas.

Cerca del templo hay un salon, en donde pasan la noche, echados en unas camas pequeñas, los que vienen á consultar á Esculapio, despues de dejar sobre la mesa santa, tortas, frutas y otras ofrendas: uno de los ministros les manda que se entreguen al sueño, que guarden profundo silencio, aun cuando oigan ruido, y que estén atentos á los sueños que el dios va á inspirarles: despues apaga las luces, sin olvidarse de recoger las ofrendas que cubren la mesa. Poco despues creen los enfermos oír la voz de Esculapio, sea que llegue á ellos por alguna máquina ingeniosa, sea que volviendo atras el ministro,

pronuncie en tono bajo algunas palabras al redor de la cama, ó sea finalmente que, en la calma de los sentidos, la imaginacion realice las relaciones y objetos que los ocupan sin cesar desde su llegada.

La voz divina les prescribe los remedios destinados á curarlos, remedios muy conformes á los de los otros médicos. Al mismo tiempo les instruye en las prácticas de devocion que deben asegurar su efecto. Si el enfermo no tiene otro mal que el temor de todos los males; si se resuelve á ser el instrumento de la bellaqueria, se le ordena presentarse al dia siguiente en el templo, pasar de un lado del altar á otro, poner sobre él la mano, aplicársela sobre la parte doliente, y declarar en voz alta su curacion, en presencia de un gran número de concurrentes, á quienes llena de entusiasmo este nuevo prodigio. Algunas veces para salvar el honor de Esculapio, se manda á los enfermos que vayan lejos de allí á ejecutar sus órdenes. Otras veces reciben la visita del dios, disfrazado en una gran serpiente, cuyas caricias aumentan su confianza.

Todas las serpientes están consagradas á este dios, sea porque tienen propiedades, de que hace uso la medicina, sea por otras razones que es inutil referir; pero Esculapio parece que tiene especial cariño á las que se hallan en el territo-

rio de Epidauro, las cuales son de color tirante á amarillo, sin veneno, de índole suave y apacible, y gustan de vivir familiarmente con el hombre. La que los sacerdotes mantienen en lo interior del templo, se les enrosca algunas veces al cuerpo, ó se empina sobre la cola para tomar la comida que le presentan en un plato*. Rara vez la dejan salir: cuando le dan libertad se pasea con magestad por las calles; y como su aparicion es de feliz presagio, excita la alegría general. Unos la respetan, porque está bajo la proteccion de la divinidad tutelar del lugar, y otros se postran en su presencia, porque la miran como la misma divinidad.

Hay de estas serpientes familiares en los demas templos de Esculapio, en los de Baco, y de algunas otras deidades, y son comunisimas en Pela, capital de la Macedonia, donde las mugeres toman por diversion el criarlas. En los grandes calores del estio, se las enrosca al rededor del cuello, en forma de collar; y en sus orgias las llevan por adorno, ó las agitan sobre la cabeza. Durante mi estancia en Grecia, se decia, que Olimpias, muger de Filipo, dormia con una de estas culebras al lado; y aun añadian, que Júpiter habia tomado la forma de este animal, y que Alejandro era hijo suyo.

* En esta actitud suele estar representada en las medallas.

Los Epidaurios son crédulos: los enfermos lo son mas todavía. Van en tropas á Epidauro; donde se sujetan con entera resignacion á los remedios que hasta entonces habian sido infructuosos; pero su entera confianza los hace algunas veces mas eficaces. La mayor parte de ellos me contaban, con una fe viva, los sueños con que los habia favorecido el dios: unos eran de tan cortas luces, que se irritaban á la menor discusion; otros estaban tan aturdidos, que las mas poderosas razones no podian distraerlos del sentimiento de sus males, y todos citaban ejemplos de curas, que no habian averiguado, y que recibian nueva fuerza pasando de boca en boca.

Volviendo á pasar por Argos, tomamos el camino de Nemea, ciudad famosa por la celebridad de los juegos, que hay allí cada tercer año, en honor de Júpiter. Como estos juegos ofrecen con corta diferencia los mismos espectáculos que los de Olimpia, no hablaré de ellos, y bastará decir que presiden allí los Argivos, y que no se da al vencedor mas que una corona de apio. Entramos despues en los montes, y á quince estadios de la ciudad, nos enseñaron con espanto nuestras guias la cueva donde estaba el leon que mató Hércules con su maza.

Habiendo vuelto desde allí á Corinto, tomamos luego el camino de Atenas, en donde, despues de mi llegada, continué mis averiguaciones,

tanto sobre las partes del gobierno, como sobre las opiniones de los filósofos, y sobre los diversos ramos de la literatura.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LIV.

REPUBLICA DE PLATON.

Dos grandes objetos ocupan á los filósofos de la Grecia: el cómo se gobierna el universo, y el cómo se ha de gobernar á los hombres. Estos problemas, tan difícil acaso de resolverse el uno como el otro, son la materia continua de sus conversaciones y escritos. Mas adelante veremos * de qué modo concibió Platon, siguiendo á Tímeo, la formación del mundo. Voy á expo-

* Véase el capítulo Lix de esta obra.

tanto sobre las partes del gobierno, como sobre las opiniones de los filósofos, y sobre los diversos ramos de la literatura.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LIV.

REPUBLICA DE PLATON.

Dos grandes objetos ocupan á los filósofos de la Grecia: el cómo se gobierna el universo, y el cómo se ha de gobernar á los hombres. Estos problemas, tan difícil acaso de resolverse el uno como el otro, son la materia continua de sus conversaciones y escritos. Mas adelante veremos * de qué modo concibió Platon, siguiendo á Tímeo, la formación del mundo. Voy á expo-

* Véase el capítulo Lix de esta obra.

ner aqui los medios que imaginó para formar la sociedad mas feliz.

Mas de una vez nos habia hablado de esto ; pero se explicó mas un día , que estando en la academia , donde tiempo hacia no daba lecciones , quiso probar que es dichoso el que es justo , aun cuando nada tuviera que esperar de los dioses , y tuviese que temerlo todo de los hombres. Para conocer mejor lo que produciria la justicia en un particular , examinó cuáles serian sus efectos en un gobierno , en que se descubriese con mas notable influencia , y con caracteres mas sensibles. Ved aquí poco mas ó menos la idea que nos dió de su sistema. Voy á hacerle hablar ; pero necesito de indulgencia , pues si se hubieran de conservar á sus pensamientos los encantos con que sabe hermostrarlos , deberian tomar el pincel las Gracias.

No voy á trazar el plan , ni de una monarquía ni de una democracia. Me importa poco que la autoridad esté en una ó muchas manos. Formo un gobierno , en que los pueblos serian felices , bajo el imperio de la virtud.

Divido los ciudadanos en tres clases : la de los mercenarios ó de la multitud , la de los militares ó guardas del Estado , y la de los magistrados ó los sabios. Nada prescribo á la primera , pues su destino es seguir ciegamente las impresiones de las otras dos.

Quiero un cuerpo de militares , que siempre esté con las armas en la mano , con el objeto de mantener y conservar en el Estado una tranquilidad constante. No se mezclará con los demas ciudadanos , sino que permanecerá en un campamento , y estará siempre dispuesto á reprimir las facciones interiores , y á repeler los ataques exteriores.

Pero como unos hombres tan temibles podrian ser peligrosísimos , y teniendo todas las fuerzas del Estado les seria facil usurpar la autoridad , los contendremos , no con leyes , sino con el vigor de una institucion que arregle sus pasiones , y aun sus virtudes. Cultivaremos el entendimiento y el corazon de ellos , con las instrucciones que puede proporcionar la música , y aumentaremos su vigor y robustez con los ejercicios de la gimnástica.

Su educacion debe empezar en los primeros años de su infancia ; y las impresiones que recibian entonces , no han de ser contrarias á las que deben recibir despues ; y sobre todo , se ha de evitar el contarles las vanas ficciones , depositadas en los escritos de Homero y Hesiodo , y demas poetas. Las disensiones y venganzas falsamente atribuidas á los dioses , no ofrecen mas que grandes crímenes , justificados con grandes autoridades ; y es una grandísima desgracia acostumbrarse tan temprano á no hallar

cosa extraordinaria en las mas atroces acciones.

No degrademos nunca la divinidad con semejantes imágenes: anúnciela la poesía á los hijos de los guerreros con tanta dignidad como encantos: dígameles continuamente, que dios no puede ser autor mas que del bien: que á ninguno hace infeliz: que sus castigos son beneficios; y que los malos son dignos de compasion, no cuando los experimentan, sino cuando encuentran medio de sustraerse de ellos.

Se cuidará mucho de educarlos en el mayor desprecio de la muerte, y del aparato amenazador de los infiernos. Estas pinturas del Cocito y del Estigio, pueden ser útiles en algunas ocasiones; pero no convienen á hombres, que no deben conocer el miedo, mas que por el que ellos inspiran.

Penetrados de estas verdades, que la muerte no es un mal, y que el sabio se basta á si mismo, verán espirar al rededor de si á sus parientes y amigos, sin derramar una lágrima, ni dar un suspiro. Es menester que su alma no se abandone jamas á los excesos del dolor, de la alegría, ó de la cólera; que no conozca ni el vil interes, ni la mentira, mas vil todavía, si puede serlo mas; que se avergüence de las flaquezas y crueldades que los poetas atribuyen á los antiguos guerreros, y que haga consistir el ver-

dadero heroismo en dominar sus pasiones, y obedecer á las leyes.

En esta alma es en donde se grabarán como en bronce las ideas inmortales de la justicia y de la verdad; en donde se imprimirá con caracteres indelebles, que los malos son infelices en su prosperidad, y que la virtud es feliz en la persecucion, y aun en el olvido.

Pero estas verdades no deben presentarse con colores que desfiguren su magestad. ¡Lejos de aqui aquellos actores que las degradarian en el teatro, juntando á ellas la pintura demasiado fiel de las pequeñeces y vicios de la humanidad! Sus talentos inspirarian á nuestros alumnos aquel gusto de imitacion, cuyo hábito contraido en los primeros años, pasa á las costumbres, y se renueva en todos los instantes de la vida. No es para ellos copiar acciones y palabras ajenas de su caracter: su exterior y su language han de respirar la santidad de la virtud, sin otro adorno, que una extremada sencillez. Si se introduce furtivamente en nuestra ciudad uno de aquellos poetas, diestros en el arte de variar las formas del discurso, y de representar sin discernimiento toda especie de personajes, derramaremos perfumes sobre su cabeza, y le despediremos.

Desterraremos los acentos lamentables de la armonia lidia, y la blandura de los cantos de la jónica. Conservaremos el modo dórico, porque

su expresion varonil sostendrá el valor de nuestros guerreros; y el frigio, cuyo caracter apacible y religioso podrá acomodarse á la tranquilidad de su alma; pero sujetaremos los movimientos de estos dos modos, haciéndoles tomar una marcha noble, conveniente á las circunstancias, conforme á los cantos que ha de arreglar, y á las palabras á que debe sujetarse siempre.

De esta feliz correspondencia, establecida entre las palabras, la armonía y el número, resultará aquella decencia, y por consiguiente aquella belleza, cuya idea deben tener siempre delante nuestros alumnos. Exigiremos que la pintura, la arquitectura y todas las artes la presenten á sus ojos, para que cercados y asaltados por todas partes, de imágenes de belleza, y viviendo en medio de ellas, como en un aire puro y sereno, se penetren hasta lo sumo, y se acostumbren á reproducirlas en sus acciones y costumbres. Alimentados con estas semillas divinas, les irritará el primer aspecto del vicio, porque no reconocerán en él el sello augusto que llevan impreso en su corazon: saltarán de gozo á la voz de la razon y de la virtud, porque se les aparecerán con semblante conocido y familiar. Amarán la belleza con toda su alma, pero sin exceso en su amor.

Los mismos principios han de dirigir aquella parte de la educacion, concerniente á las nece-

sidades y ejercicios del cuerpo. Aquí no hay regla constante y uniforme en el régimen de vida: unas gentes destinadas á vivir en el campo, y á seguir las operaciones de una campaña, deben aprender á sufrir el hambre, la sed, el calor, todas las necesidades, todas las fatigas, y todas las estaciones: en un alimento frugal hallarán los tesoros de la salud; y en los ejercicios continuos, los medios de aumentar el valor mas bien que las fuerzas. Los que hayan recibido de la naturaleza un temperamento delicado, no procurarán fortificarle, recurriendo al arte: semejantes al mercenario que no tiene tiempo para reparar las ruinas de un cuerpo consumido por el trabajo, se avergonzarian de alargar á fuerza de cuidados una vida moribunda é inutil al Estado. Se acudirá á las enfermedades accidentales, con remedios prontos y sencillos; no serán conocidas las que nacen de desarreglo, y otros excesos; se abandonarán á la casualidad aquellas, cuyo germen traemos al nacer. Con esto se desterrará esa medicina, que no sabe emplear sus esfuerzos, sino para multiplicar nuestras dolencias, y darnos una muerte mas larga.

Nada diré aquí de la caza, del baile, y de los combates del gimnasio: no hablaré del inviolable respeto que se ha de tener á los padres y á los mayores, como tampoco de una multitud de prácticas en que sería largo detenerse. Mi pro-

pósito es solo sentar principios generales: las reglas particulares se derivarán de ellos por sí mismas, y será fácil aplicarlas á las circunstancias. Lo esencial es, que la música y la gimnástica influyan igualmente sobre la educacion, y que los ejercicios del cuerpo guarden el debido temperamento con los del entendimiento; porque la música de suyo afemina el caracter quando lo suaviza, y la gimnástica lo hace duro y feroz dándole vigor. Combinando estas dos artes, y corrigiendo la una con la otra, se logrará es- tirar ó aflojar en justa proporcion los resortes de una alma muy debil, ó muy impetuosa: con esto, reuniendo nuestros soldados la fuerza y el valor, á la dulzura y amenidad, parecerán á los ojos de sus enemigos, los mas temibles de los hombres, y los mas amables á los de los demas ciudadanos. Mas para producir tan buen efecto, se ha de huir de innovar cosa alguna en el sistema de institucion, despues de establecido. Hay quien dice, que tocar á las reglas de la música, es perturbar las leyes fundamentales del gobierno: yo añado, que seria exponerse á la misma desgracia, haciendo mudanzas en los juegos, en los espectáculos, y en los usos de menor entidad. La razon es, porque en un pueblo donde se gobiernan mas por las costumbres que por las leyes, son peligrosas las menores innovaciones; pues en apartándose de

las costumbres recibidas en un solo punto, se pierde la opinion de su sabiduria: entonces se ha introducido un abuso, y está el veneno en el Estado.

En nuestra república dependerá todo de la educacion de los militares; y en esta educacion dependerá todo de la severidad de la disciplina: mirarán la menor observancia como una obligacion, y la menor negligencia como un crimen. No hay que extrañar la importancia que damos á ciertas prácticas frivolas en apariencia; pues aun quando no se dirigiesen directamente al bien general, seria infinitamente apreciable la exactitud en cumplirlas, porque contrariaria y forzaria la inclinacion. Nuestro intento es llevar las almas al mas alto grado de perfeccion para sí mismas, y de utilidad para la patria. Es menester que bajo de la mano de los gefes, se hagan idoneas para las cosas mas pequeñas, igualmente que para las mas grandes: es menester que refrenen incesantemente su voluntad, y que á fuerza de sacrificios lleguen á no pensar, ni obrar, ni respirar mas que por el bien de la república. Los que no sean capaces de este desprendimiento de sí mismos, no serán admitidos en la clase de guerreros, sino confinados en la de artesanos ó labradores; pues no se han de arreglar las clases por el nacimiento, sino meramente por las calidades del alma.

Antes de pasar adelante, obliguemos á nuestros alumnos á echar la vista á la vida que han de tener algun dia; con lo cual les causará menos novedad la severidad de nuestras reglas, y se prepararán mejor para el alto destino que les aguarda.

Si los guerreros poseyesen tierras y casas, y si el oro y la plata mancillasen una vez sus manos, inmediatamente se introducirían en sus corazones la ambicion, el odio, y todas las pasiones que llevan tras sí las riquezas, y ya no serían mas que hombres ordinarios. Libertémoslos de todos estos cuidados fútiles, que les obligarian á encorvarse hácia la tierra. Aliméntense en comunidad á expensas del público; la patria, á quien consagrarán todos sus pensamientos y deseos, se encargará de proveer á sus necesidades, que ellos reducirán á lo meramente necesario; y si se nos objeta que estas privaciones los harán menos dichosos que los otros ciudadanos, responderemos, que un legislador debe proponerse la felicidad de toda la sociedad, y no la de una sola clase de las que la componen; y así sea cual fuese el medio que emplee, si logra su fin, habrá logrado hacer el bien particular, que depende siempre del general. Por otra parte, yo no establezco una ciudad que nade en delicias; quiero que se arregle en ella el trabajo de manera, que destierre la pobreza, sin introducir

la opulencia: si nuestros guerreros se diferencian de los otros ciudadanos, será porque con mas virtudes, tendrán menos necesidades.

Hemos tirado á desnudarlos de aquel interes sórdido, que produce tantos crímenes. Es preciso ademas apagar, ó mas bien perfeccionar en sus corazones, los afectos que inspira la naturaleza, y unirlos entre sí, por aquellos mismos medios que contribuyen á dividirlos. Aquí entro en una nueva carrera, y marchó temblando: las ideas que voy á proponer parecerán tan repugnantes como quiméricas; pero baste decir que yo desconfío de mí mismo; y esta ingenuidad, si voy descaminado, hará que se me perdona desde ahora cualquier error involuntario.

Ese sexo que nosotros limitamos á empleos oscuros y domésticos, ¿no estará destinado á funciones mas nobles y mas elevadas? ¿No ha dado ejemplos de valor, de sabiduría, de progresos en todas las virtudes, y en todas las artes? Puede ser que sus calidades se resientan de su debilidad, y sean inferiores á las nuestras; ¿pero se infiere por eso que deban ser inútiles á la patria? No, la naturaleza no da talento alguno para que quede estéril; y el gran arte del legislador es poner en accion todos los resortes que ella proporeciona, y nosotros dejamos ociosos. Nuestros guerreros partirán con sus esposas el cuidado de atender á la pública tranquilidad,

como el perro fiel divide con su compañera la guarda del rebaño confiado á su vigilancia. Unos y otras serán educados en los mismos principios, en los mismos lugares, y por los mismos maestros. Recibirán juntos, con los elementos de las ciencias, las lecciones de la sabiduría; y en el gimnasio las muchachas sin mas vestidos que sus virtudes, que es el mas honroso de todos, disputarán el premio de los ejercicios á los muchachos, quienes serán sus émulos.

Nosotros tenemos tanta decencia y tanta corrupción, que no puede dejar de repugnarnos un arreglo, que el largo hábito y otras costumbres mas duras, harian menos peligroso. Entre tanto los magistrados cuidarán de precaver los abusos. En las fiestas que se han de instituir para formar uniones legítimas y santas, echarán en una urna los nombres de los que han de dar guardas á la república; los cuales serán los guerreros desde la edad de treinta años hasta los cincuenta y cinco, y las guerreras desde los veinte años á los cuarenta. Se arreglará el número de los concurrentes á las pérdidas que haya tenido la república, porque debemos evitar con el mismo cuidado el exceso y el defecto de población. La casualidad será la que en la apariencia reuna los esposos; pero los magistrados, valiéndose de la maña, corregirán tan bien los caprichos de ella, que siempre elegirán los sujetos de uno y

otro sexo; que sean mas propios para conservar en su pureza la estirpe de nuestros guerreros. Al mismo tiempo los sacerdotes y sacerdotisas deramarán sobre el altar la sangre de las víctimas, los aires resonarán con el canto de los epitalamios, y el pueblo testigo y garante de los vinculos que ha formado la suerte, pedirá al cielo hijos mas virtuosos todavía que sus padres.

Los que nacieren de estos matrimonios, se sacarán al punto del lado de sus padres, y se depositarán en un parage, adonde sus madres, sin conocerlos, vayan á distribuir, ya á unos, ya á otros, la leche que no podrán reservar exclusivamente para el fruto de sus amores.

En esta cuna de guerreros no se presentarán los niños que nazcan con alguna deformidad, antes bien se han de llevar lejos de allí, y se han de esconder en algun retiro oscuro: tampoco se admitirá en ella á los niños á cuyo nacimiento no hayan precedido las augustas ceremonias de que acabo de hablar, ni á los que hubiesen nacido de una union prematura ó tardía.

Luego que los esposos hayan cumplido el deseo de la patria, se separarán y quedarán libres, hasta que los magistrados los llamen á otro concurso, y la suerte les señale otros vinculos. Esta continuacion de himeneos y de divorcios, hará que las mugeres puedan pertenecer sucesivamente á muchos guerreros.

Mas cuando unos y otras hayan pasado de la edad prescripta por la ley para los efectos mencionados, les será permitido contraer otros empeños, pero con tal que no manifiesten fruto alguno de su union, y eviten por otro lado unirse á las personas que les han dado, ó les deben el ser.

Pero como no podrían reconocerlas, les bastará contar entre sus hijos é hijas á todos los que hubieren nacido en el mismo tiempo que aquellos que realmente lo son; y esta ilusion será el principio de una concordia no conocida en los demas Estados. En efecto, cada guerrero se creará unido á todos sus semejantes con los vínculos de la sangre, y de esta manera se multiplicarán de tal modo las relaciones de parentesco entre ellos, que por todas partes se oirán resonar los tiernos y sagrados nombres de padre y madre, de hijo é hija, de hermano y hermana. En lugar de concentrarse los sentimientos de la naturaleza en objetos particulares, se difundirán copiosamente en esta gran familia, animándola de un mismo espíritu: los corazones cumplirán fácilmente los deberes que se impondrán ellos mismos; y renunciando á toda ventaja personal, se transmitirán sus penas, que minorarán, y sus placeres, que aumentarán, comunicándolos: la autoridad de los gefes ahogará toda semilla de discordia; y el temor de ultrajar la naturaleza encadenará toda violencia.

Esta ternura preciosa, que los reunirá durante la paz, cobrará nueva fuerza durante la guerra. Salga al campo de batalla un cuerpo de jóvenes guerreros, llenos de valor, ejercitados desde la infancia en los combates, llegado en fin al punto de desplegar las virtudes que han adquirido, y persuadidos á que una cobardía va á envilecerlos, una accion heroica á elevarlos á la cumbre del honor, y la muerte á merecerles altares; llegue en tal momento á sus oidos la voz poderosa de la patria, que nos llama á su defensa; júntense á esta voz los lamentos de la amistad, que va mostrándoles de fila en fila á sus amigos puestos en peligro; en fin, para imprimir en sus almas las afecciones mas vivas, échense en medio de ellas sus esposas é hijos; sus esposas, que vienen á combatir á su lado, y sus hijos, á quienes deben lecciones de valor, y que van á perecer bajo el hierro bárbaro del enemigo; ¿podrá creerse que esta masa, abrasada de tan poderosos incentivos, como por una llama devoradora, titubee un momento en reunir sus fuerzas y sus fueros, caer como el rayo sobre el enemigo, y oprimirle con su peso irresistible?

Tales serán los poderosos efectos de la union establecida entre los guerreros. Hay otro que deberán únicamente á su virtud, y será el de moderarse, y volver á ser afables, sensibles y humanos despues de la victoria: en la embriaguez

misma del triunfo no pensarán ni en cargar de cadenas al vencido, ni en ultrajar los muertos sobre el campo de batalla, ni en colgar sus armas en los templos de los dioses, poco celosos de semejante ofrenda, ni en llevar la desolacion por los campos, é incendiar las casas. Estas crueldades, que apenas se ejecutarán contra los bárbaros, no deben ejercerse en la Grecia, en esta república de naciones amigas, cuyos disturbios no deberían jamas presentar la imagen de la guerra, sino mas bien la de aquellas turbulencias pasajeras, que agitan algunas veces á los ciudadanos de una misma ciudad.

Creo haber atendido suficientemente al bien de nuestros guerreros; les he enriquecido á fuerza de privaciones; sin poseer nada, gozarán de todo, y no habrá entre ellos uno que no pueda decir: todo es mio. Ni quien no pueda añadir, dijo Aristóteles que hasta este punto habia estado callando: nada es mio en realidad. ¡O Platon! los bienes en que tenemos parte, no son los que mas nos importan, sinó los personales. Una vez que vuestros guerreros no tengan ninguna especie de propiedad, no debeis esperar mas que un interes sin calor y sin objeto: no pudiendo fijarse su ternura sobre aquella multitud de hijos que le rodea, llegará á debilitarse: descuidarán unos por otros de darles ejemplos y lecciones, al modo que los esclavos de una

casa descuidan sus obligaciones cuando son comunes á todos.

Platon respondió: hemos puesto en los corazones de nuestros guerreros, dos principios que deben de concierto reanimar continuamente su celo: el sentimiento, y la virtud. No solamente ejercerán el primero de una manera general, mirándose todos como ciudadanos de una misma patria, sino que se penetrarán de él todavia mas, mirándose como hijos de una misma familia: lo serán en efecto, y la oscuridad de su nacimiento, no oscurecerá de modo alguno los titulos de su parentesco. Si la ilusion no tiene aquí tanta fuerza como la realidad, tendrá mas amplitud, y la república ganará en ello; porque poco le importa, que entre algunos particulares lleguen los afectos al exceso, con tal que pasen á todas las almas, y basten para ligarlos con un lazo comun. Mas si por acaso fuesen demasiado débiles para hacer á nuestros guerreros aplicados y vigilantes, ¿no tenemos otro movil, aquella virtud sublime que los implelerá continuamente á hacer mas de lo que deben?

Iba á replicar Aristóteles, pero le contuvimos, y se contentó con preguntar á Platon, si creia que pudiese existir su república.

Platon respondió con dulzura: traed á la memoria el objeto de mis investigaciones. Mi in-

tento es probar, que la felicidad es inseparable de la justicia; y con este fin examino cual seria el mejor gobierno, para probar despues que seria el más feliz. Si un pintor nos presentase una figura, cuya belleza excediese á todas nuestras ideas, ¿se le objetaria que la naturaleza no las produce semejantes? Pues de la misma manera yo os ofrezco la pintura de la mas perfecta república, proponiéndola como un modelo, á que deben aproximarse mas ó menos todos los gobiernos, para ser mas ó menos felices. Voy mas adelante, y digo que mi proyecto, por quimérico que parezca, podria realizarse en algun modo, no solo entre nosotros, sino en todas las demas partes, si se cuidase de hacer una mudanza en la administracion de los negocios. ¿Y cuál seria esta? Que subiesen al trono los filósofos, ó que los soberanos se volviesen filósofos.

Esta idea irritará sin duda á los que no conocen la verdadera filosofia. Los demas no podrán menos de conocer, que sin ella no queda remedio á los males que afligen á la humanidad.

Vengamos ya á la tercera y mas importante clase de nuestros ciudadanos: voy á hablar de nuestros magistrados, de este corto número de hombres escogidos entre los virtuosos; de aquellos gefes, que sacados del orden de los guerreros, serán tan superiores ó los otros por la

excelencia de su mérito, quanto los guerreros lo son á los artesanos y labradores.

¿Qué precaucion no se necesitará en nuestra república para elegir hombres tan raros! ¿qué estudio para conocerlos! ¿qué atencion para formarlos! Entremos en este santuario, donde se criaran los hijos de los guerreros, y donde los hijos de los demas ciudadanos pueden merecer ser admitidos. Detengámonos en aquellos, que reuniendo á una buena persona las gracias naturales, se distinguen de sus semejantes en los ejercicios del cuerpo y del alma. Examinemos si el deseo de saber, si el amor del bien centellean desde temprano en sus miradas y discursos; si á proporcion que se desplegan sus luces, se penetran de un vivo interes por sus deberes; y si segun van entrando en edad, van dejando descubrir los rasgos de un caracter excelente. Pongamos asechanzas á su tierna razon. Si los principios que han recibido no pueden alterarlos ni el tiempo, ni los principios contrarios, es menester acometerles con el miedo del dolor, con el atractivo del placer, y por todos los medios de la violencia y la seduccion. Pongamos despues á estos jóvenes en presencia del enemigo, no para que se mezclen en la pelea, sino para ser espectadores de ella; y notemos bien la impresion que los trabajos y los riesgos hagan en sus órganos. Despues de verlos salir

de estas pruebas tan puros como el oro que ha pasado por el crisol; despues de habernos asegurado que tienen naturalmente aversion á los placeres de los sentidos, y horror á la mentira; que juntan la exactitud en el pensar á la nobleza en el sentir, y la viveza de imaginacion á la solidez de caracter; debemos poner mayor atencion que antes en observar su conducta, y estar á la mira de los progresos de su educacion.

Hemos hablado mas arriba de los principios que deben arreglar sus costumbres; se trata ahora de las ciencias que pueden dar extension á sus luces. Tales serán, lo primero, la aritmética y la geometria, ambas á propósito para aumentar las fuerzas y la sagacidad del ingenio, útiles una y otra al guerrero, para dirigirle en sus operaciones militares, y absolutamente necesarias al filósofo para acostumbrarle á fijar sus ideas, y elevarse hasta la verdad. La astronomía, la música, y todas las ciencias producirán el mismo efecto, y entrarán en el plan de nuestra enseñanza. Pero será necesario que nuestros discípulos se apliquen á estos estudios sin esfuerzo, sin violencia, y como jugando: que los suspendan á los diez y ocho años, para ocuparse por dos ó tres en los ejercicios del gimnasio, y que vuelvan á ellos despues, para entender bien las relaciones que tienen entre si. Los que continuasen correspondiendo á las esperan-

zas que nos habian dado en su infancia, recibirán distinciones honrosas; y luego que lleguen á los treinta años, los iniciaremos en la ciencia de la meditacion, en aquella dialéctica sublime, que debe ser el término de sus primeros estudios, y cuyo objeto es mas bien conocer la esencia, que la existencia de las cosas.

No, no culpemos sino á nosotros mismos, si hasta ahora no se ha llenado este objeto. Entregándose nuestros jóvenes demasiado temprano á la dialéctica, y no pudiendo entender los principios de las verdades que enseña, convierten en diversion sus recursos, y se dan combates, en que vencedores unas veces, y otras vencidos, solamente adquieren dudas y errores. De aquí nacen aquellos defectos, que conservan toda la vida, aquel espíritu de contradiccion, aquella indiferencia con que miran las verdades que no supieron defender y aquella predileccion á los sofismas con que salieron vencedores.

Tan frívolos y tan peligrosos triunfos no tentarán á los discípulos que acabamos de formar: el fruto de sus conversaciones igualmente que

* En tiempo de Platon se comprendia bajo el nombre de dialéctica, la lógica, la teología natural, y la metafísica.

de su aplicacion serán unas luces cada vez mas vivas. Desprendidos de los sentidos, y sumergidos en la meditacion, se llenarán poco á poco de la idea del bien, de aquel bien á que anhelamos con tanto ardor, y de que nos formamos imágenes tan confusas; de aquel bien supremo, que siendo la fuente de toda verdad y de toda justicia, debe animar al magistrado soberano, y hacerle inalterable en el ejercicio de sus obligaciones. ¿Pero dónde reside? ¿Dónde se le debe buscar? ¿Acaso en los placeres que nos embriagan? ¿en los conocimientos que nos ensoberbecen? ¿en esta espléndida decoracion que nos deslumbra? No, porque todo lo que es mudable é inestable no puede ser el soberano bien. Dejemos la tierra, y las sombras que la cubren; levantemos nuestro espíritu hácia la mansion de la luz, y anunciemos á los mortales las verdades que ignoran.

Hay dos mundos, uno visible y otro ideal. El primero, formado por el modelo del segundo, es el que habitamos nosotros. Aquí es donde estando todo sujeto á la generacion y corrupcion, todo se muda y pasa sin cesar; aquí es donde no se ven mas que imágenes y porciones fugitivas del ser. El segundo contiene las esencias y ejemplares de todos los objetos visibles; y estas esencias son verdaderos seres, pues son inmutables. Dos reyes, de que el uno es ministro y esclavo del

otro, derraman su claridad en estos dos mundos. De lo alto de los aires, el sol hace brotar y perpetúa los objetos, que hace visibles á nuestros ojos. Desde el lugar mas elevado del mundo intelectual, el bien supremo produce y conserva las esencias que él hace inteligibles á nuestras almas. El sol nos alumbra con su luz, el bien supremo con su verdad; y asi como nuestros ojos tienen una percepcion distinta cuando se fijan sobre los cuerpos en que da la luz del dia, del mismo modo nuestra alma adquiere una verdadera ciencia, cuando contempla los seres en que se refleja la verdad.

¿Quereis saber cuánta es la diferencia de lustre y belleza que hay entre las luces que iluminan estos dos mundos? Figuraos una caverna profunda, en donde están desde su infancia los hombres tan sujetos con cadenas pesadas, que no pueden ni mudar de sitio, ni ver otros objetos que los que tienen al frente: detras de ellos, á cierta distancia, hay sobre una altura un fuego, cuyo resplandor se difunde por la caverna: entre este fuego y los cautivos hay un muro, y por encima de él van y vienen gentes, unas callando, otras hablando entre sí, llevando en las manos, y subiendo encima del muro, figuras de hombres y animales, muebles de toda clase, cuyas sombras irán á pintarse en la parte de la caverna que pueden ver los cautivos. Al ver estas imágenes

pasageras, las tendrán por seres reales, y les atribuirán vida, movimiento y habla. Tomemos ahora uno de estos cautivos, y para disipar su ilusion, rompamos sus cadenas, obliguémosle á levantarse, y volver la cabeza: maravillado al ver los nuevos objetos que se le presenten, dudará de su realidad; deslumbrado y lastimado con el resplandor del fuego, apartará los ojos para echarlos sobre las vanas fantasmas que le ocupaban antes. Hagamos con él otra prueba: saquémosle de la caverna á pesar de sus gritos, esfuerzos y dificultades de una marcha penosa. Salido que sea á la tierra, se hallará repentinamente abrumado con el resplandor del dia, y solamente despues de muchos ensayos podrá discernir las sombras, los cuerpos, los astros de la noche, mirar al sol, y tenerle por autor de las estaciones, y principio fecundo de cuanto alcanzan nuestros sentidos.

¿Qué idea formará entonces de los elogios que se dan en la caverna á los que primero aprenden y reconocen las sombras á su paso? ¿Qué pensará de las pretensiones, odios, y envidias que estos descubrimientos excitan en aquel pueblo de infelices? La compasion le obligará sin duda á volar á su socorro, para desengañarlos de su falsa sabiduria, y pueril saber; pero como pasando repentinamente de una luz tan grande á tanta oscuridad, no podrá

al principio distinguir nada, todos se levantarán contra él; y no cesando de darle en cara con su ceguedad, le citarán como un ejemplo horroroso de los peligros á que se expone el que pasa á la region superior.

Esta es cabalmente la pintura de nuestra funesta condicion: el género humano está sepultado en una caverna inmensa, cargado de cadenas, sin poder ver mas que sombras vanas y artificiales: aquí es donde los placeres no tienen mas que un amargo arrepentimiento, los bienes un lustre falaz, las virtudes un fundamento fragil, y aun los cuerpos mismos una existencia ilusoria: es preciso salir de este lugar de tinieblas, elevarse con esfuerzos reiterados hasta el mundo intelectual, acercarse poco á poco á la inteligencia suprema, y contemplar su naturaleza divina en el silencio de los sentidos y de las pasiones. Entonces se verá, que de su trono manan la justicia, la ciencia y la verdad en el orden moral; en el fisico la luz del sol, las producciones de la tierra, y la existencia de todas las cosas. No, un alma, que llegada á esta elevacion, haya experimentado una vez los raptos, arrobamientos y éxtasis que excita el Ser supremo, no se dignará de volver á participar de nuestros afanes y honores; ó si baja hasta nosotros, y antes de familiarizarse con nuestras tinieblas, se ve en la precision de explicarse

sobre la justicia ante los hombres, que no conocen sino su sombra, parecerán sus nuevos principios tan extravagantes y peligrosos, que al fin ó se reirán de su locura, ó castigarán su temeridad.

Tales son sin embargo los sabios que deben estar al frente de nuestra república, y debe formar la dialéctica. Dedicados á este estudio por cinco años continuos, meditarán la naturaleza de lo verdadero, de lo justo y de lo honesto. Poco contentos con las nociones vagas é inciertas que de ello se dan ahora, buscarán su verdadero origen; y leerán sus deberes, no en los preceptos de los hombres, sino en las instrucciones que recibirán directamente del primero de los seres. En las conversaciones familiares, digámoslo así, que tengan con él, beberán luces infalibles para discernir la verdad, firmeza inalterable en el ejercicio de la justicia, y aquel tesoro en obrar bien, de que nada puede triunfar, y que al fin triunfa de todo.

Pero mientras que unidos con el Ser supremo, y viviendo verdaderamente, olvidan toda la naturaleza, la república que tiene derecho á sus virtudes, los llamará para confiarles empleos militares, y otras funciones convenientes á su edad. Ella los experimentará de nuevo, hasta que lleguen á los cincuenta años; y entonces, encargados á pesar suyo, de la autoridad supre-

ma, se acercarán con nuevo fervor al Ser supremo, para que dirija sus pasos. De este modo, tocando al cielo por la filosofía, y á la tierra por sus empleos, ilustrarán á los ciudadanos, y los harán felices. Despues de su muerte, revivirán en sus sucesores, formados con sus lecciones y ejemplos; la patria agradecida les levantará sepulcros, y los invocará como genios tutelares.

Los filósofos que nosotros pongamos á la cabeza de nuestra república, no serán pues esos declamadores ociosos, esos sofistas despreciados por la muchedumbre, que no son capaces de gobernar; sino que serán almas fuertes, grandes, únicamente ocupadas en el bien del Estado, ilustradas en todos los puntos de la administración por una larga experiencia, y por la mas sublime teoría, y trasformadas por sus virtudes y conocimientos en imágenes é intérpretes de los dioses sobre la tierra. Como nuestra república tendrá muy poca extension, podrán ver todas sus partes de una mirada. La autoridad de ellos, tan respetable por sí misma, la mantendrá en caso necesario, aquel cuerpo de guerreros invencibles y pacíficos, que no tendrán mas ambicion que defender las leyes y la patria. El pueblo hallará su felicidad en disfrutar de bienes medianos, pero seguros; los guerreros en la exencion de los cuidados domésticos, y en los elogios que los hombres harán

de sus hazañas; los gefes en el placer de obrar bien, y de tener por testigo al Ser supremo.

A estos motivos añadió Platon otro mas poderoso todavía, cual es la pintura de los bienes y males reservados en la otra vida á la virtud y al vicio. Se extendió sobre la inmortalidad, y sobre las diversas trasmigraciones del alma: recorrió despues los defectos esenciales de los gobiernos establecidos entre los hombres, y acabó advirtiendo que no habia prescripto cosa alguna sobre el culto de los dioses, porque esto tocaba al oráculo de Delfos.

Luego que acabó de hablar, sus discípulos, arrebatados por su elocuencia, manifestaban su admiracion; pero otros oyentes mas tranquilos, pretendian que acababa de levantar un edificio, mas vistoso que sólido, y que su sistema no debia mirarse sino como el delirio de una imaginacion exaltada, y de una alma virtuosa. Otros habia que le juzgaban todavía con mas severidad. Platon, decían estos, no es el autor de este proyecto; pues lo ha tomado de las leyes de Licurgo, y de los escritos de Protágoras, donde se halla casi todo. Cuando estaba en Sicilia, intentó ponerlo en práctica en un rincon de aquella isla; pero el joven Dionisio, rey de Siracusa, que al principio le dió el permiso, se lo negó luego. Parece que ahora lo propone con restricciones, y como una simple hipótesis;

pero, declarando mas de una vez en su discurso, que es posible la ejecucion, ha descubierto su modo de pensar.

En otro tiempo, añadian otros, los que se metian á corregir la forma de los gobiernos, eran unos sabios, que ilustrados por su propia experiencia, ó por la de otros, sabian que los males de un Estado se empeoran, en lugar de curarse, con remedios muy violentos: en el día se ponen á esto unos filósofos, que tienen mas ingenio que conocimientos, y quisieran formar gobiernos sin defectos, y hombres sin flaquezas. Hipódamo de Mileto fué el primero, que sin haber tenido parte en el manejo de los negocios, concibió un nuevo plan de república. Protágoras y otros autores han seguido este ejemplo, que otros seguirán todavía; porque no hay cosa mas facil que imaginar sistemas para procurar la felicidad de un pueblo, así como no hay cosa mas difícil que ejecutarlos. ¿Y quién lo sabe mejor que Platon, cuando no se ha atrevido á dar sus proyectos de reforma á los pueblos que los deseaban, ó los ha comunicado á otros que no podian ejecutarlos? El los negó á los habitantes de Magalópolis so color de que no querian admitir la perfecta igualdad de bienes y de honores; los negó á los habitantes de Cirene, porque eran demasiado opulentos para obedecer á sus leyes; pero si unos y otros hubieran sido tan virtuosos,

tan desprendidos de los bienes y honores, como él exigía, no hubieran necesitado de sus luces. Así, estos pretextos no le impidieron dar su parecer á los de Siracusa, que despues de la muerte de Dion, le habian consultado sobre la forma de gobierno que debian establecer en su ciudad. Es verdad que no siguieron su plan, aunque era mas facil de ejecutar que el de su república.

De este modo se explicaban, ya con razon, ya por envidia, sobre los proyectos politicos de este filósofo, muchos de los que acababan de oírle.

CAPITULO LV.

DEL COMERCIO DE LOS ATENIENSES.

El puerto de Pireo es muy concurrido de naves, así griegas, como de las naciones que los Griegos llaman bárbaras. La república atraeria muchas mas si se aprovechase mejor de la favorable situacion de su pais, de la bondad de sus puertos, de la superioridad de su marina, de las minas de plata y de otras ventajas que tiene, y si recompensase con honores á los negociantes, quienes con su industria y actividad aumentarían la riqueza nacional. Pero cuando los Ate-

tan desprendidos de los bienes y honores, como él exigía, no hubieran necesitado de sus luces. Así, estos pretextos no le impidieron dar su parecer á los de Siracusa, que despues de la muerte de Dion, le habian consultado sobre la forma de gobierno que debian establecer en su ciudad. Es verdad que no siguieron su plan, aunque era mas facil de ejecutar que el de su república.

De este modo se explicaban, ya con razon, ya por envidia, sobre los proyectos politicos de este filósofo, muchos de los que acababan de oírle.

CAPITULO LV.

DEL COMERCIO DE LOS ATENIENSES.

El puerto de Pireo es muy concurrido de naves, así griegas, como de las naciones que los Griegos llaman bárbaras. La república atraeria muchas mas si se aprovechase mejor de la favorable situacion de su pais, de la bondad de sus puertos, de la superioridad de su marina, de las minas de plata y de otras ventajas que tiene, y si recompensase con honores á los negociantes, quienes con su industria y actividad aumentarían la riqueza nacional. Pero cuando los Ate-

nienses conocieron la necesidad de su marina, estaban demasiado imbuidos del deseo de conquista, y no aspiraron al imperio del mar, sino para usurpar el del continente; mas adelante se ha limitado su comercio á sacar de otros países los géneros y producciones que necesitaban para su subsistencia.

En toda la Grecia las leyes han puesto estorbos al comercio: las de Cartago los han puesto algunas veces á la propiedad de los colonos. Despues de haberse apoderado de una parte de la Cerdeña, y haberla poblado de nuevos habitantes, Cartago les prohibió sembrar sus tierras, y les ordenó trocar los frutos de su industria, por los géneros sobrantes en la metrópoli. Las colonias griegas no están en la misma dependencia, y por lo comun pueden dar á la metrópoli mas frutos que recibirlos.

Platon compara el oro y la virtud á dos pesos que se ponen en una balanza, en donde no puede subir el uno, sin bajar el otro. Siguiendo esta idea, debería una ciudad estar situada lejos del mar, y no recoger ni pocos, ni muchos frutos. Ademas de que conservaria sus costumbres, necesitaria la mitad de leyes menos que los demas Estados; porque quanto mas floreciente es el comercio, mas hay que multiplicarlas. Los Atenienses tienen muchísimas relativas á los armadores, á los mercaderes, á las aduanas, á los

intereses usurarios, y á las diferentes especies de tratos que se hacen continuamente, ya en Pireo, ya en casa de los cambiantes.

El fin de muchas de estas leyes es evitar quanto sea posible los procesos y estorbos, que perturban las operaciones mercantiles. Señalan una multa de mil dracmas*, y algunas veces la pena de prision, al que delata á un negociante, sin poder probar el delito de que le acusa. No pudiendo navegar los barcos mercantes mas que desde el mes muniuion, hasta el de boedromion**, las cosas pertenecientes al comercio no pueden ser juzgadas, sino en los seis meses que hay desde la vuelta de los barcos, hasta su salida. A estas sábias disposiciones, queria Xenofonte que se añadiesen recompensas para los jueces, que terminasen mas pronto los pleitos que fuesen á su tribunal.

Esta jurisdiccion, que solo tiene el conocimiento de estas causas, vela atentamente sobre la conducta de los negociantes. Como el comercio se mantiene mas de los que prestan, que de los que toman prestado, ví castigar con pena capital á un ciudadano, hijo de un ateniense que

* Novecientas libras; (3352 reales vellon).

** En el ciclo de Meton, el mes muniuion empezaba á mas tardar en el 28 de marzo del año juliano, y el mes boedromion en 25 de agosto. Así, los barcos estaban en el mar desde el principio de abril, hasta últimos de setiembre.

habia mandado los ejércitos, por haber tomado prestadas grandes sumas, sin haber dado hipotecas suficientes.

La extraccion del trigo está prohibida; porque la Atica produce poco de este grano; y los que van lejos á buscarle, no pueden llevarle á otra ciudad sin exponerse á penas rigurosas. Lo traen de Egipto y de Sicilia; pero mas todavía de Panticapea y Teodosia, ciudades del Quersoneso Táurico; porque el soberano de este pais, dueño del Bósforo Cimerio, exime á los barcos atenienses del derecho del treinta que exige por la extraccion de este fruto. Usando de este privilegio navegan con preferencia al Bósforo Cimerio, y Atenas recibe de él todos los años cuatrocientos mil medimnos de trigo.

De Panticapea y otras partes del Ponto Euxino se traen maderas de construccion, esclavos, sal, miel, cera, lana, cueros y pieles de cabra*: de Bizancio y de algunos otros paises de la Tracia y Macedonia pescados salados, maderas de carpintería y construccion: de la Frigia y de Mileto tapices, mantas de cama, y las hermosas lanas con que se hacen paños: de las islas del mar Egeo, vinos y los frutos que producen:

* El mismo comercio hay hoy día. Todos los años se saca de Caffa (la antigua Teodosia) y de sus inmediaciones, mucha pesca salada, trigo cueros, lana, etc.

de Tracia, Tesalia, Frigia y otros varios paises, muchos esclavos.

El aceite es el único género que Solon permitió trocar por mercaderías extranjeras: la extraccion de todas las demas producciones de la Atica está prohibida, y sin pagar crecidos derechos no se pueden sacar maderas de construccion, como el abeto, el cipres, el plátano y otros árboles que vienen de las inmediaciones de Atenas.

Sus habitantes tienen un gran recurso para el comercio en sus minas de plata. Acostumbrando muchas ciudades á alterar sus monedas, las de los Atenienses, mas estimadas que las otras, proporcionan cambios ventajosos. Por lo comun compran vino en las islas del mar Egeo, ó en las costas de Tracia; porque este fruto es el principal con que trafican con los pueblos que habitan al rededor del Ponto Euxino. El primor que se advierte en las obras que salen de sus manos, hace que se busquen los frutos de su industria. Llevan á paises distantes espadas y otras armas, paños, camas y otros muebles. Hasta los libros son para ellos objeto de comercio.

Tienen corresponsales en casi todos las partes adonde los lleva la esperanza de ganar. Muchos pueblos de la Grecia por su parte los eligen en Atenas para que cuiden de los intereses de su comercio. ®

Entre los extranjeros, los que están domiciliados son los únicos que, despues de pagar el impuesto á que están sujetos, pueden traficar en el mercado público; los demas tienen que vender sus mercancías en Pireo, y para que el trigo se mantenga al precio ordinario, que es cinco dracmas cada medimno *, le está prohibido á todo ciudadano bajo pena de muerte, comprar mas de una cierta cantidad **. La misma pena tienen los inspectores de los trigos, cuando no reprimen el monopolio; maniobra prohibida siempre á los particulares, y empleada en algunas partes por el gobierno, cuando quiere aumentar sus rentas.

La mayor parte de los Atenienses ponen su dinero en el comercio, pero no pueden colocarlo en otra plaza que la de Atenas. El interes que sacan no está señalado por la ley, y se arregla por convenio, expresándolo en un contrato, que se deposita en manos de un banquero, ó de un amigo de los contratantes. Si se trata, por ejemplo, de una navegacion al Bósforo Cimerio, se indica en la escritura el tiempo de la sa-

* Cuatro libras y diez sueldos: (16 reales y 26 maravedís de vellon): el medimno equivale á unos 12 celemines.

** El texto de Lísias dice: Πεντήκοντα φορμῶν, que se puede traducir cinco cestás: medida cuyo valor no se sabe exactamente.

lida del barco, los puertos donde debe tocar, la especie de géneros que debe tomar allí, la venta que debe hacer en el Bósforo, las mercancías que debe traer á Atenas; y como es incierta la duracion del viage, unos pactan que el interes no será exigible hasta el regreso del barco: otros mas tímidos, se contentan con menor ganancia, y lo perciben en el Bósforo, verificada la venta de los géneros, ó yendo ellos mismos á buscar su dinero, ó enviando persona de su confianza con sus poderes.

El prestador tiene su hipoteca, ó sobre los géneros, ó sobre los bienes del que toma prestado; pero corriendo parte del riesgo del mar á cuenta del primero, y pudiendo ser muy considerable el provecho del segundo: el interes del dinero prestado puede llegar al treinta por ciento, mas ó menos, segun la distancia y riesgos de la navegacion.

La usura de que hablo se conoce con el nombre de marítima. La usura que llaman terrestre es mas irritante, y no menos variable.

Los que sin exponerse á los riesgos del mar, quieren sacar utilidad de su dinero, lo dan á un cambiante, ó á otras personas al doce por ciento al año, ó mas bien á uno por ciento á cada luna nueva; pero como las leyes de Solon no prohiben pedir el mayor interes posible, hay particulares que sacan de su dinero mas de diez y seis

por ciento cada mes; otros, especialmente entre el pueblo, exigen cada dia la cuarta parte del capital. Estos excesos se conocen, pero solamente puede castigarlos la opinion pública, que condena y no desprecia bastante á los culpados.

El comercio aumenta la circulacion de las riquezas, y esta circulacion ha dado motivo á que se establezcan cambiantes que la faciliten todavia mas. El hombre que hace un viage, ó no se atreve á guardar en su casa una gran cantidad, se la entrega, ya como un simple depósito, sin exigir interes, ya con la condicion de partir el beneficio. Tambien adelantan dinero á los generales que van á mandar los ejércitos, ó á los particulares, que se ven en la precision de implorar sus auxilios.

En la mayor parte de los convenios que se hacen con estos banqueros, no interviene ningun testigo, y suelen contentarse con escribir en un libro de caja, que fulano puso en su poder tal cantidad, y que deben entregarla á zutano, si muere el primero. Algunas veces seria dificultísimo convencerlos de haber recibido un depósito; pero si se expusiesen mas de una vez á esta acusacion, perderian la confianza pública, de que depende el éxito de sus especulaciones.

Haciendo producir al dinero de que son depositarios, y dándolo á mayor interes que lo reciben, llegan á ser ricos, lo que les proporciona

amigos, cuya proteccion compran con servicios continuos. Pero todo desaparece, cuando no pudiendo recoger sus capitales, quedan sin poder cumplir sus empeños; pues entonces precisados á esconderse, no se libertan del rigor de la justicia, sino cediendo á sus acreedores los bienes que les quedan.

El que quiere cambiar monedas extranjeras, como los dáricos, cizicenos, etc., pues estas corren en el comercio, va á los cambiantes, quienes se valen de varios medios, como son la piedra de toque, y el peso, para ver si están alteradas así en la ley, como en el peso.

Los Atenienses tienen tres especies de moneda. Parece que al principio acuñaron moneda de plata, y despues de oro. No hace mas de un siglo que usan del cobre para este objeto.

Las monedas de plata son las mas comunes *; y ha sido preciso diversificarlas, ya para el sueldo poco constante de la tropa, ya para las larguezas concedidas sucesivamente al pueblo, ya para facilitar mas el comercio. La dracma ** consta de seis óbolos; las monedas mayores que la dracma son la didracma ó dracma doble, la

* Véase sobre las monedas, en el último volumen de esta obra, la tabla de las monedas áticas.

** Diez y ocho sueldos de nuestra moneda (5 reales y 12 maravedis de yelton).

tetradracma ó cuádrupla dracma; las menores son las de cuatro, tres y dos óbolos, y á estas siguen el óbolo * y semi-óbolo. No pudiendo estos últimos aunque de poco valor, servir bien para los cambios del pueblo menudo, se introdujo el cobre en tiempo de la guerra del Peloponeso, y se hacian monedas que solamente valian la octava parte de un óbolo **.

La mayor pieza de oro pesa dos dracmas, y vale veinte dracmas de plata ***.

El oro era muy raro en la Grecia cuando yo llegué á ella. Lo sacaban de la Lidia, y de algunos otros países del Asia menor; de la Macedonia, donde las gentes del campo juntan todos los días las partículas y fragmentos que las lluvias acarrear de los montes vecinos, de la isla de Tasos, cuyas minas, descubiertas en otro tiempo por los Fenicios, conservan todavía en su seno, señales de las inmensas obras que emprendió aquel pueblo industrioso.

En algunas ciudades se destinaba una parte de esta materia preciosa á la fábrica de la moneda; en casi todas se empleaba en diges para las mugeres, ó en ofrendas para los dioses.

Dos acontecimientos, de que yo fui testigo,

* Tres sueldos (19 maravedís de vellón).

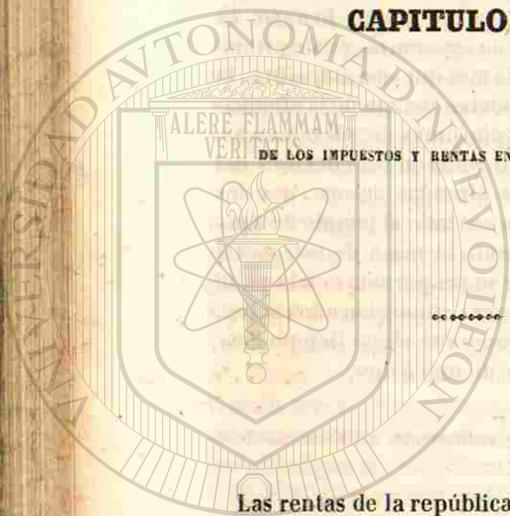
** Cuatro dineros y medio (cerca de 2 maravedís y medio).

*** Diez y ocho libras (67 reales y 2 maravedís de vellón).

hicieron comun este metal. Habiendo sabido Filipo, rey de Macedonia, que en sus Estados habia minas beneficiadas en tiempos antiguos, y abandonadas en su tiempo, hizo excavar las que se habian abierto cerca del monte Pangeo. El éxito correspondió á su esperanza; y este príncipe, que antes no tenia mas que una ampollita, la que ponía todas las noches debajo de la almohada, sacaba todos los años mas de mil talentos *. Por el mismo tiempo robaron los Focenses del tesoro de Delfos las ofrendas de oro, que los reyes de Lidia habian enviado al templo de Apolo. Con esto se aumentó la masa de este metal hasta el punto de que su proporcion con la plata no fué ya de uno á trece, como cien años antes, ni de uno á doce, como fué algun tiempo despues, sino solamente de uno á diez.

* Mas de cinco millones y cuatrocientas mil libras (mas de 20 millones de reales).

CAPITULO LVI.



Las rentas de la república han ascendido algunas veces á dos mil talentos *, y estas rentas son de dos clases: unas que percibe en el mismo país, y otras que saca de los pueblos tributarios.

En la primera clase deben contarse: 1º el producto de los bienes raíces que pertenecen á la

* Diez millones y ochocientos mil libras (mas de 40 millones de reales).

república, esto es, de las casas que alquila, y de las tierras y montes que arrienda; 2º la parte vigésima cuarta que se reserva del producto de las minas de plata, cuando concede á los particulares el permiso de beneficiarlas; 3º el tributo anual que exige de los libertos, y de los diez mil extranjeros establecidos en la Atica; 4º las multas y confiscaciones, cuya mayor parte está destinada para el tesoro público; 5º la cincuenta que se cobra del trigo y demas mercancías, que vienen de países extranjeros, como tambien de muchas de los que salen de Pireo*; 6º otros muchos objetos menudos, como los derechos puestos sobre ciertas mercancías que se presentan en el mercado, y la contribucion que se exige á los que mantienen cortesanas en su casa.

La mayor parte de estos derechos se arrienda: la adjudicacion se hace en un sitio público, ante diez magistrados que presiden á las subastas. Yo tuve una vez la curiosidad de inquirir los manejos de los arrendadores. Unos se valian de las

* Durante la guerra del Peloponeso, estaban arrendados estos derechos en treinta y seis talentos, esto es, en ciento noventa y cuatro mil cuatrocientas libras (724.253 rs. vn.). Juntado á esta suma la ganancia de los arrendadores, podría subir á doscientas mil libras, é inferirse de ello que el comercio de los Atenienses con el extranjero, era todos los años de cerca de diez millones de nuestras libras (unos 57 millones de reales vn).

amenazas ó de las promesas para alejar á sus rivales, otros disimulaban su coligacion con las apariencias del odio. Despues de muchas y lentas pujas y repujas, se iba á continuar el arrendamiento en los antiguos arrendadores, cuando un incógnito pujó un talento mas. Alarmáronse todos; pidieron que diese fiadores, porque esta es condicion esencial; los dió, y no teniendo medios de separarle, negociaron secretamente con él, y consiguieron por fin que se asociase con ellos.

Los arrendadores del Estado deben entregar, antes del nono mes del año, la suma estipulada á los recaudadores de las rentas. Cuando no cumplan lo tratado, los llevan á la carcel, les condenan á pagar el doble, y les privan de parte de los privilegios de ciudadano hasta que hayan pagado. El mismo riesgo corren los fiadores.

La segunda y principal clase de las rentas del Estado consiste en los tributos, que pagan varias ciudades é islas que están sujetas á la república. Sus títulos en este punto están fundados en el abuso del poder. Despues de la batalla de Platea, habiendo resuelto los vencedores vengar á la Grecia de los insultos de la Persia, los isleños que habian entrado en la liga, consintieron en destinar cada año, una cantidad considerable para los gastos de la guerra. Los Atenienses encargados de recibirla, recogieron en dife-

rentes partes, cuatrocientos sesenta talentos*, usando de respeto mientras no tuvieron una superioridad decidida. Habiendo crecido su poder, trocaron en contribuciones afrentosas los donativos gratuitos de las ciudades aliadas, é impusieron á unas la obligacion de dar naves, cuando se las pidiesen, y á otras la de continuar pagando el tributo anual á que se habian sometido antes. Bajo el mismo pie pusieron las nuevas conquistas, y la suma total de las contribuciones extrangeras, ascendió al principio de la guerra del Peloponeso, á seiscientos talentos**, y hácia la mitad de esta guerra á mil y doscientos ó mil y trescientos. Por el tiempo en que yo estaba en la Grecia, las conquistas de Filipo habian reducido esta suma á cuatrocientos talentos; pero habia esperanzas de que un dia llegase á mil y doscientos***.

* Dos millones, cuatrocientas ochenta y cuatro mil libras (9 millones y mas de 230.000 reales vn.).

** Tres millones doscientas cuarenta mil libras (mas de 12 millones de reales vn.).

*** Seis millones, cuatrocientas ochenta mil libras (mas de 24 millones de reales vn.).

Los cuatrocientos y sesenta talentos que se sacaban anualmente de los pueblos ligados contra los Persas, y depositaban los Atenienses en la ciudadela, formaron al principio la cantidad de diez mil talentos: cincuenta y cuatro millones de libras (201 millones de reales vn.); segun Isócrates; ó nueve mil y setecientos segun Tucídides: cincuenta y dos millones, trescientas

Estas rentas, por mas considerables que sean, no guardan proporcion con los gastos, y así hay muchas veces que recurrir á medios extraordinarios, tales como los donativos gratuitos, y las contribuciones forzadas.

Unas veces el senado hace presentes á la asamblea las urgentes necesidades del Estado; lo cual oído, unos procuran salirse, otros callan, avergonzados de oír que el público les censura su avaricia, ó su pobreza; otros en fin dicen en alta voz la cantidad que ofrecen á la república, y son tan aplaudidos, que se puede poner en duda el mérito de su generosidad.

Otras veces el gobierno señala la cuota á cada una de las diez tribus, y á todos los ciudadanos que la componen, á proporcion de sus haberes,

ochenta mil libras (193 millones de reales vn.). Pericles habia depositado ocho mil talentos durante su administracion; pero habiendo gastado tres mil y setecientos, ya en adornar la ciudad, ya en los primeros gastos del cerca de Potidea, los nueve mil setecientos quedaron en seis mil: treinta y dos millones, y cuatrocientas mil libras (mas de 120 millones de reales vn.), al principio de la guerra del Penoponeso.

Se suspendió esta por una tregua que ajustaron los Atenienses con Lacedemonia. Las contribuciones que recibian entonces, habian ascendido á mil y doscientos, ó mil y trescientos talentos; y durante el tiempo de la tregua, que fué de siete años, pusieron en el tesoro público siete mil talentos: treinta y siete millones, y ochocientas mil libras (mas de 140 millones de reales vn.).

de modo que un particular que tiene posesiones en el distrito de muchas tribus, debe pagar en todas ellas. La recaudacion suele ser dificultosísima: antes empleaban el arresto de las personas, pero despues se ha abolido esto como contrario á la naturaleza del gobierno: ahora suelen conceder plazos; y cuando se concluyen, se embargan los bienes, y se venden á pública subasta.

La mas gravosa de todas las cargas es sin duda el gasto de la marina. No hace mucho tiempo que dos ó tres particulares ricos armaban una galera á sus expensas; despues se publicó una ley que duraba todavía cuando yo llegué á Grecia, y conforme al número de las tribus, dividia en diez clases de ciento y veinte personas cada una, á todos los ciudadanos que poseen tierras, fábricas, y dinero puesto en el comercio, ó en algun banco.

Como estos tienen en su poder casi todas las riquezas de la Atica, se les obligaba á pagar todos los impuestos, y sobre todo á mantener y aumentar, en caso necesario, las fuerzas navales de la república. No debiendo dar su contingente cada uno de ellos mas que un año sí, y otro no, los mil y doscientos contribuyentes se subdividian en dos clases principales de seiscientos cada una, trescientos de los mas ricos y trescientos de los menos. Los primeros eran res-

ponsables de los segundos, y hacian las anticipaciones en casos apurados.

Quando habia que hacer un armamento, cada una de las diez tribus ordenaba exigir en su distrito el mismo número de talentos, que galeras tenia que equipar, y los sacaba á igual número de compañías, que se componian á veces de diez y seis de los contribuyentes. Percibidas estas sumas, se distribuian á los trierarcas, que así se llamaban los capitanes de las naves. Nombraban dos de ellos para cada galera; servian seis meses cada uno, y debian proveer á la manutencion de la tripulacion, porque ordinariamente la república no suministraba mas que los aparejos y los marineros.

Este arreglo tenia el defecto de hacer muy lenta la ejecucion, y de que sin atender á la desigualdad de caudales, los mas ricos no solian contribuir al armamento de una galera mas que con una décimasexta parte. Por los últimos años de mi permanencia en Atenas, Demóstenes hizo adoptar un decreto, que facilitaba la cobranza del impuesto, y lo hacia mas conforme á la equidad. La sustancia de él, es como sigue:

Todo ciudadano, cuyo caudal asciende á diez talentos, debe, en caso necesario, contribuir al Estado con una galera: con dos si tiene veinte talentos; pero aunque posea riquezas mucho mas considerables, no se le exigirán mas que tres ga-

leras y una lancha. Los que tengan menos de diez talentos, se reunirán para contribuir con una galera.

Este impuesto, de que nadie está exento, sino los arcontes, es proporcionado, del modo posible, á las facultades de los ciudadanos; el peso de él cae siempre sobre los mas ricos; lo cual es una consecuencia de este principio: que los impuestos deben recaer sobre los bienes, no sobre las personas.

Como hay caudales que crecen, mientras otros van á menos, dejó Demóstenes en pie la ley de las permutas. Todos los años los magistrados, á cuyo cargo está el ramo de marina, permiten á cada contribuyente poner demanda contra un ciudadano que esté menos cargado que él, sea por haberse hecho mas rico, ó porque lo haya sido siempre. Si el acusado confiesa la mejora y superioridad de bienes, queda sustituido al acusador en la lista de los contribuyentes; si no la confiesa, se hacen informaciones, y muchas veces se ve obligado á permutar sus bienes por los del acusador.

Los auxilios que se facilitan á los comandantes de las galeras, ya por el gobierno, ya por su tribu, no serian suficientes, si no los supliesen ademas el celo y la ambicion. Como es interés de ellos el distinguirse de sus rivales, hay algunos que se esmeran en tener los barcos mas ligeros,

y las mejores tripulaciones: otros que aumentan á su costa la paga de los marineros, que ordinariamente es de tres óbolos diarios*.

Esta emulacion, que excita la esperanza de los honores y recompensas, es ventajosísima en un Estado, cuya mas mínima guerra agota el erario, ó intercepta las rentas. Mientras dura la guerra, los pueblos tributarios, amenazados continuamente, ó subyugados por los enemigos, no pueden suministrar socorros á la república, ó se ven precisados á pedirselos. En circunstancias tan críticas, sus flotas llevan la desolacion á las costas remotas, y suelen volver cargadas de botín. Cuando pueden apoderarse del estrecho del Helesponto, exigen á todas las naves que comercian en el Ponto Euxino, el diezmo de las mercaderías que llevan á bordo, y este recurso ha salvado mas de una vez el Estado.

La obligacion de suministrar naves y contribuciones en dinero, cesa con la guerra; pero está en uso que los ciudadanos ricos den, en ciertos dias, convites á aquellos de su tribu, que contribuyen á la conservacion de los gimnasios, y proporcionan en los juegos públicos los coros que deben disputarse el premio del baile y de la música. Unos se encargan voluntariamente de

* Nueve sueldos (4 real y 25 mrs. vn.).

este gasto: otros tienen que hacerlo, porque así lo dispone su tribu, y no pueden eximirse, á no ser que hayan logrado esta exencion por algunos servicios hechos al Estado. Todos tienen derecho al favor del pueblo, que indemniza con empleos y honores á los que se han arruinado por solemnizar sus fiestas.

Hay muchas compañías de dependientes, elegidos por el pueblo, con el encargo de atender á la administracion de rentas, y cada una de las diez tribus nombra un dependiente á la mayor parte de las compañías. Unos dan en arrendamiento los derechos de entrada; expiden, bajo cierto canon, los privilegios para beneficiar las minas; presiden á la venta de bienes confiscados, etc. Otros escriben en el libro de registro las cantidades con que debe contribuir cada ciudadano en las necesidades urgentes.

Todas las especies de rentas se depositan cada año, en otras tantas cajas diferentes, que se administran cada una en particular, por diez recaudadores ó tesoreros. El senado arregla con ellos la inversion de los caudales, conforme á los decretos del pueblo, y en presencia de dos interventores, que llevan cuenta, uno á nombre del senado, y otro á nombre de los administradores.

Los recaudadores encargados de las rentas públicas, conservan las listas de las cantidades

impuestas á cada ciudadano; borran en presencia del senado los nombres de los que han pagado, y denuncian á uno de los tribunales á los que no lo han hecho. El tribunal nombra pesquisidores, que apremien á estos últimos en la forma ordinaria, y en caso de negarse al pago, se procede á la confiscacion de bienes. Sin embargo, este recurso á los tribunales no tiene lugar, sino cuando se trata de un objeto importante; pues no siéndolo, se deja al arbitrio de los recaudadores el terminar las contestaciones que se suscitan en los departamentos.

Los que perciben las multas, tienen el derecho singular de rever las sentencias de los primeros jueces, y moderar ó condonar la multa, si les parece grande.

Los gastos de guerra y de las demas partes de la administracion, están señalados sobre las cajas de que acabo de hablar. En tiempo de guerra disponen las leyes que se ponga en la caja militar el sobrante de las demas; pero se necesita un decreto del pueblo para invertir el orden de asignaciones.

Todos los años se depositan ciertos caudales de consideracion en una caja, que está á cargo de dependientes particulares, y se deben distribuir públicamente, para que los ciudadanos pobres tengan con que pagar el asiento en los espectáculos. El pueblo no permite que se to-

que á este depósito; y hemos visto en nuestros dias, estatuir pena capital contra el orador que propusiese emplear este dinero en servicio del Estado, empobrecido por una larga guerra. Los anales de las naciones no presentan otro ejemplar de semejante delirio.



CAPITULO LVII.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA DE UN ATENIENSE. LA LOGICA.

Antes de mi viage á las provincias de la Grecia, habia pasado yo muchos dias en la biblioteca de Euclides; á mi regreso, volvimos á nuestras sesiones.

En un estante me enseñó las obras que tratan de lógica y retórica, puestas unas despues de otras, porque estas dos ciencias tienen mucha conexión entre sí. Pocas son, me dijo, porque no hace mas de un siglo, poco mas ó menos, que se ha meditado sobre el arte de pensar y de ha-

blar. Debemos esto á los Griegos de Italia y de Sicilia, y fué efecto del vuelo que la filosofía de Pitágoras hizo tomar al espíritu humano.

Debemos hacer á Zenon de Elea la justicia de decir que fué el primero que publicó un ensayo de dialéctica; pero debemos á Aristóteles el homenaje de añadir, que ha perfeccionado tanto el método del raciocinio, que se le pudiera mirar como su inventor.

El hábito nos enseña á comparar dos, ó mas ideas, para conocer y manifestar á los demas su conexión ú oposicion. Esta es la lógica natural; y ella sola bastaria á un pueblo que, privado de la naturaleza y en la vida civil, sino cosas individuales. Se engañaria frecuentemente en los principios, porque seria muy ignorante; pero sus consecuencias serian buenas, porque sus nociones serian claras, y las expresaria siempre con la palabra propia.

Pero entre las naciones ilustradas, el espíritu humano á fuerza de ejercitarse en generalidades y abstracciones, ha dado origen á un mundo ideal, tan difícil acaso de entender como el mundo fisico. A la cantidad enorme de percepciones que recibimos por los sentidos, se ha juntado el prodigioso número de combinaciones, que forma nuestra mente, cuya fecundidad es tal, que es imposible señalarle límites.

Si consideramos además, que entre los objetos de nuestros pensamientos, hay muchos que tienen entre sí relaciones tan sensibles, que parece que los identifican, y diferencias tan leves que en efecto los distinguen, nos maravillará el atrevimiento y sabiduría de los primeros que formaron y realizaron el proyecto de poner orden y subordinación en la infinidad de ideas que los hombres habían concebido hasta entonces, y podrían concebir en adelante.

Este es quizá uno de los mayores esfuerzos del espíritu humano; ó á lo menos uno de los mayores descubrimientos de que se puede gloriarse la Grecia. Hemos recibido de los Egipcios, Caldeos, y acaso también de alguna nación más antigua, los elementos de todas las ciencias, y de casi todas las artes; pero la posteridad nos deberá á nosotros este método, por cuyo precioso artificio se sujeta á reglas el raciocinio. Vamos á echar una mirada rápida sobre sus principales partes.

Hay cosas que se indican solamente sin afirmar ó negar nada de ellas, como cuando digo: *hombre, caballo, animal de dos pies*. Hay otras que se designan con palabras, que contienen afirmación ó negación.

DE LAS CATEGORIAS. Por muchas que sean las primeras, se encontró el medio de distribuirlas en diez clases, la una de las cuales incluye la

sustancia, y las otras sus modos. En la primera se pusieron las sustancias, como *hombre, caballo, etc.*: en la segunda la cantidad de cualquiera naturaleza que sea, como el número, el tiempo, la extensión, etc.; y en la tercera la calidad, cuyo nombre comprende, 1º los hábitos, como las virtudes y las ciencias; 2º las disposiciones naturales, que hacen á un hombre más apto que otro para ciertos ejercicios; 3º las calidades sensibles, como *dulzura, amargura, frío, calor, color*; 4º la figura, como *redondo, cuadrado, etc.*

Las demás clases comprenden las diferentes suertes de relaciones, acciones, situaciones, posesiones, etc., de manera que estos diez órdenes de cosas, contienen todos los seres y modos de ser. Los llaman *categorías* ó *atributos*, porque nada se puede atribuir á un sugeto que no sea *sustancia, ó calidad, ó cantidad, etc.*

Mucho era ciertamente haber reducido los objetos de nuestros pensamientos á tan corto número de clases; mas no bastaba esto. Examinese con atención cada categoría; y al punto se verá como es susceptible de una multitud de subdivisiones, que nosotros concebimos como subordinadas unas á otras. Expliquemos esto con un ejemplo, tomado de la primera categoría. ®

DE LOS INDIVIDUOS. En la infancia, nuestro

espíritu no ve ni concibe mas que individuos * : aun en el dia les llamamos primeras sustancias , ya porque son lo primero que llama nuestra atencion , ya porque efectivamente sean las sustancias mas reales.

DE LAS ESPECIES. Mas adelante los que tienen semejanzas mas notables , se nos presentan bajo de una misma especie , esto es , bajo una misma forma , bajo una misma apariencia , y hemos formado de ellos muchas clases separadas. Así es como viendo tal y tal hombre , tal y tal caballo , hemos formado la idea especifica del hombre y del caballo.

DE LOS GENEROS. Así como las diferentes ramas de una familia se reúnen en un origen común , así tambien muchas especies que tienen cierta conformidad entre sí , se reducen á un mismo género. Así de las ideas especificas de hombre , de caballo , de buey , y de todos los seres que tienen vida y sentimiento , ha resultado la idea genérica de *animal* , ó *ser viviente* ; porque en nuestra lengua estas expresiones significan lo mismo. Ademas de este género se conciben otros mas universales , como la *sustancia* , etc. ; y en fin , se llega al género supremo , que es el *ser* ó *ente*.

En esta escala , en que el ente ocupa lo mas

* Los individuos se llaman en griego *átomos* indivisibles.

alto , y por la cual se descende á los individuos , cada grado intermedio puede mirarse como género respecto del grado inferior , y como especie respecto del superior.

Los filósofos gustan de formar estas filiaciones para todos los objetos de la naturaleza , y para todas las percepciones del entendimiento , porque les facilitan los medios de seguir la generacion de las ideas , y recorrer de fila en fila las diferentes clases de ellas , como se recorre un ejército ordenado en batalla. Algunas veces , considerando el género como *unidad* ó el *finito* , las especies como *pluralidad* , y los individuos como el *infinito* , agitan diversas cuestiones sobre lo *finito* ó *infinito* , sobre la *unidad* ó *pluralidad* ; cuestiones que no se versan entonces mas que sobre la naturaleza del género , de las especies , y de los individuos.

DE LA DIFERENCIA. Cada especie se distingue de su género por un atributo esencial que la caracteriza , y se llama diferencia. La razon , que es el mas bello y mas incomunicable privilegio del hombre , le diferencia de los demas animales *. Júntese ahora á la idea genérica de animal

* Porfirio , en su introduccion á la doctrina de los peripatéticos , define el hombre , diciendo que es un animal racional y mortal. Yo no he hallado esta definicion en las obras que tenemos de Aristóteles. Quizá la dió en las que se han perdido , y

la de racional, es decir, la de su diferencia; y se tendrá la idea específica del hombre. Es tan di-

quizá nunca usó de tal definición. Varias veces trae otra, que Platon y otros muchos filósofos habian adoptado, y no es otra cosa que la enumeracion de algunas calidades exteriores del hombre. Sin embargo, como entonces se admitia una diferencia real entre los animales racionales é irracionales, se podría preguntar ¿por qué los filósofos no habian tomado generalmente la *facultad de raciocinar* por diferencia específica del hombre? Voy á hacer por responder á esta dificultad.

La palabra de que se servian los Griegos para significar *animal*, designa el ser viviente: luego el animal racional es el ser viviente dotado de razon. Esta definición conviene al hombre, y mas eminentemente todavía á la divinidad; y esto es lo que habia movido á los pitagóricos para poner á Dios y al hombre entre los animales racionales, es decir, entre los seres vivientes racionales. Era preciso pues, buscar otra diferencia, que separase al hombre del Ser supremo, y aun de todas las inteligencias celestiales.

Debiendo toda definición dar una idea bien clara de la cosa definida, y no siendo bastante conocida la naturaleza de los espíritus, los filósofos queriendo clasificar al hombre en la escala de los seres, se valieron de las calidades exteriores. Dijeron pues que el hombre es un *animal*, y con esto lo diferenciaban de todos los seres inanimados. Añadieron sucesivamente las palabras *terrestre* para distinguirlo de los animales que viven en el aire ó en el agua: *de dos pies*, para distinguirlo de los cuadrúpedos, reptiles, etc.; *sin plumas*, para no confundirlo con las aves. Y cuando Diógenes en aquella burla tan sabida, mostró que esta definición convendría igualmente al gallo y á toda ave desplumada, se tomó el partido de añadir á la definición, un nuevo caracter tomado de la figura de las niñas. En tiempo de Porfirio, para evitar algunos de estos inconvenientes, se definió al hombre *animal racional y mortal*. Despues hemos qui-

ficil como importante fijar las diferencias comprendidas bajo un mismo género, y las de las especies subordinadas á los géneros que tienen alguna afinidad entre si. Dándose á este trabajo, se descubren inmediatamente en cada especie las propiedades que le son inherentes, y las modificaciones que le son accidentales.

DEL PROPIO. No se trata aquí de la propiedad, que se confunde con la esencia de una cosa, sino de la que la distingue. Bajo este aspecto, es un atributo que no conviene mas que á la especie, y emana de aquel atributo principal, que hemos llamado diferencia. El hombre es capaz de aprender ciertas ciencias: esta es una de sus propiedades; la cual nace de la facultad que tiene de raciocinar, y solamente conviene á su especie. La facultad de dormir, de moverse, no puede ser propiedad suya, porque es comun de los demas animales.

DEL ACCIDENTE. El accidente es un modo, un atributo, que el alma separa fácilmente de la cosa: *estar sentado*, es un accidente en el hombre; la *blancura* lo es en un cuerpo.

Las ideas de que hemos hablado hasta aquí, no son ni verdaderas ni falsas; pues que no van acompañadas de afirmacion, ni negacion. Pase-

tado la palabra *mortal*, porque segun la idea que excita en nosotros la palabra *animal*, todo animal es mortal.

mos á las que pueden recibir estos caracteres.

DE LA ENUNCIACION. La enunciacion es una proposicion que afirma ó niega alguna cosa. Ella sola es susceptible de verdad ó falsedad. Las otras formas del discurso, tales como la súplica y el mandato, no incluyen ni falsedad ni verdad.

En toda enunciacion se unen ó separan algunas ideas. Hay en ella, *sugeto*, *verbo*, y *atributo*. En esta, por ejemplo, *Sócrates es sabio*; *Sócrates* es el sugeto, *es* el verbo, y *sabio* el atributo.

El sugeto significa lo que está debajo. Se llama así, porque expresa la cosa de que se habla, y se pone ante los ojos; quizá tambien, porque siendo menos universal que los atributos que ha de recibir, está en cierto modo subordinado á ellos.

El sugeto expresa, ya una idea universal, que conviene á muchos individuos, como la de hombre ó animal; ya una idea singular, que solamente conviene á un individuo, como la de Calias, ó Sócrates. Segun es, ó universal ó singular, lo es tambien la enunciacion que lo incluye.

Para que un sugeto universal se tome en toda su extension, es preciso juntarle estas palabras: *todo* ó *ninguno*. La palabra *hombre* es un término universal: si digo *todo hombre*, ó *ningun hombre*, la tomo en toda su extension, porque no ex-

chuyo á ningun hombre; y si digo solamente *algun hombre*, restrinjo su universalidad.

El verbo es un signo, que anuncia que tal atributo conviene á tal sugeto. Se necesitaba un lazo que los uniese, y este es el verbo *ser*, que siempre está expreso ó suplido. Digo suplido, porque está incluso en el uso de los demas verbos. En efecto, estas palabras *yo voy*, significan *yo estoy yendo*.

Por lo que toca al atributo, se ha visto ya que está tomado de una de las categorías, que contienen el género de todos los atributos.

Así pues nuestros juicios no son mas que unas operaciones, en que afirmamos ó negamos una cosa de otra; ó mas bien, no son mas que un modo de ver del entendimiento, que descubre que tal propiedad ó tal calidad puede atribuirse ó no á tal objeto; porque la inteligencia que hace este descubrimiento, es en el alma, lo que la vista en el cuerpo.

Se distinguen varias especies de enunciaciones. Diremos algo de las que versándose sobre un mismo sugeto, son opuestas por la afirmacion y negacion. Parece que de la verdad de una, se habia de seguir la falsedad de la otra; pero esta regla no puede ser general, porque la oposicion se verifica de muchas maneras.

Si el sugeto es universal en ambas enunciaciones, y se toma en toda su extension, entonces

las dos enunciaciones se llaman contrarias, y ambas pueden ser falsas. Por ejemplo: *todos los hombres son blancos*: *ningun hombre es blanco*. Si su extension no tiene limites en la una, y en la otra sí, entonces se llaman contradictorias: la una es verdadera, y la otra falsa. Ejemplo: *todos los hombres son blancos*: *algunos hombres no son blancos*; ó bien: *ningun hombre es blanco*: *algunos hombres son blancos*. El mismo género de oposicion tienen las enunciaciones singulares que las contradictorias; y necesariamente ha de ser una verdadera y otra falsa: *Sócrates es blanco*: *Sócrates no es blanco*.

Dos proposiciones particulares, una afirmativa y otra negativa, hablando con rigor, no se oponen: su oposicion no está mas que en los términos. Cuando yo digo: *algunos hombres son justos*, *algunos hombres no son justos*, no hablo de los mismos hombres.

Las nociones precedentes, y otras muchísimas que omito, fueron fruto de una larga serie de observaciones. Entre tanto no se tardó en conocer que la mayor parte de nuestros errores tienen su origen en la incertidumbre de nuestras ideas, y de sus signos representativos. No conociendo los objetos exteriores sino por medio de nuestros sentidos, y por consiguiente, no pudiendo distinguirlos sino por sus apariencias, confundimos muchas veces su naturaleza con

sus calidades y accidentes. Por lo que hace á los objetos intelectuales, no suelen excitar en el entendimiento mas que visos sombríos, ó imágenes vagas é inestables. La confusion crece todavía mas con la multitud de palabras equívocas y metafóricas, de que hormigean las lenguas, y sobre todo con el gran número de términos universales, que empleamos continuamente sin entenderlos.

La meditacion es la única que puede aproximar unos objetos, que la oscuridad parece que aleja de nosotros. Y así, la única diferencia que hay entre un entendimiento ilustrado y el que no lo está, consiste en que uno ve las cosas á una distancia proporcionada, y el otro no las ve sino á lo lejos.

Por fortuna los hombres no necesitan mas que de una cierta analogia en las ideas, de cierta aproximacion en el lenguaje, para dar cumplimiento á los deberes de la sociedad. Cambiando sus ideas, los hombres de sana razon, trafican con una buena moneda, cuya ley no suelen conocer; los demas con monedas falsas, que no son menos bien recibidas en el comercio.

El filósofo debe emplear las expresiones mas usadas, pero distinguiendo sus acepciones cuando tienen muchas: despues debe determinar la idea que junta á cada palabra.

DE LA DEFINICION. Definir una cosa, es dar á

conocer su naturaleza, por medio de caracteres que no dejen confundirla con otra. Antiguamente no habia reglas para llegar á esta exactitud, ó para asegurarse de ella. Antes de establecerlas se observó que no hay mas que una definicion para cada cosa, si aquella ha de ser buena: que esta definicion no debe convenir sino á lo definido: que debe comprender todo lo que abraza la idea del definido: que ademas de esto debe extenderse á todos los seres de la misma especie; la del hombre, por ejemplo, á todos los hombres: que debe tener precision; de manera que toda palabra que se pueda quitar de ella es superflua: que tambien debe ser clara, y así es preciso excluir las expresiones equivo- cas, figuradas, y poco usadas; y que para entenderla no sea menester recurrir al definido; en cuyo caso se pareceria á las figuras de las pinturas antiguas, que no se conocen mas que por los nombres que tienen debajo.

¿Cómo se llegaron á cumplir estas condiciones? Mas arriba hablamos de aquellas escalas de ideas, que nos conducen desde los individuos hasta el ser general. Hemos visto que cada especie tiene inmediatamente sobre sí un género del que se distingue por la diferencia. Una definicion exacta, se compondrá del género inmediato y de la diferencia de la cosa definida, y por consiguiente incluirá sus dos principales

atributos. Yo defino el hombre, un animal racional. El género *animal*, es comun al hombre con todos los seres vivientes; la diferencia *racional* le separa de ellos.

De aquí se sigue que una definicion indica la semejanza de muchas cosas diversas, por medio del género, y la diversidad de ellas, por su diferencia. Nada hay tan importante como comprender bien esta semejanza y esta diversidad, cuando se ejercita uno en el arte de pensar y de racionar.

Omito otras observaciones muy delicadas sobre la naturaleza del género y de la diferencia, como tambien sobre las diversas especies de aserciones que se suelen sentar cuando se raciona. Como mi ánimo es presentar solamente ensayos sobre los progresos del espíritu humano, no debo recoger todos los rayos de luz que ha ido dejando en su carrera; pero la invencion del silogismo merece que nos detengamos algo en él.

DEL SILOGISMO. Hemos dicho que en esta proposicion, *Sócrates es sabio*, *Sócrates* es el sugeto, y *sabio* el atributo; y que con el verbo sustantivo que los une, se afirma que la idea de la sabiduría conviene á la de Sócrates.

¿Pero cómo podremos estar seguros de la verdad ó falsedad de una proposicion, cuando la conexion del atributo con el sugeto no es bas-

tante sensible? Pasando de lo conocido á lo desconocido; recurriendo á una tercera idea, cuya conexion con el atributo y el sugeto sea mas sensible.

Para explicarme mejor, solamente examinaré la proposicion afirmativa. Dudo si A es igual á B: si se halla que A es igual á C, y que B es tambien igual á C, inferiré sin titubear que A es igual á B.

De la misma manera, para probar que la justicia es un hábito, basta mostrar que la justicia es una virtud, y toda virtud es un hábito. Mas para dar á esta prueba la forma de un silogismo, pongamos la palabra *virtud* entre el sugeto y el atributo de la proposicion, y tendremos estos tres términos: *justicia, virtud, hábito*. El del medio se llama *medio*, sea por su situacion, sea porque sirve de objeto intermedio para comparar los otros dos llamados *extremos*. Está demostrado que el *medio* debe tomarse á lo menos una vez universalmente, y que una de las proposiciones debe ser universal. Diré pues primero: *toda virtud es un hábito*; y despues añadiré: *es así que la justicia es una virtud*; luego *la justicia es un hábito*.

De aquí se sigue lo primero, que un silogismo se compone de tres términos, que el último es el atributo del segundo, y el segundo del primero. Aquí *hábito* es atributo de *virtud*, y *virtud* lo es de *justicia*.

Mas como el atributo se toma siempre de una de las categorías, ó de las series de seres que las componen, la conexion del medio con los dos extremos será ya de sustancias, de calidades, de cantidades etc., ya de géneros, especies, propiedades, etc. En el ejemplo anterior es de géneros, y de especies; porque *hábito* es género respecto de *virtud*, y *virtud* respecto de *justicia*. Claro es que todo lo que se dice de un género superior, debe decirse de los géneros y especies que están debajo en la misma linea.

Se sigue lo segundo, que un silogismo se compone de tres proposiciones. En las dos primeras se compara el medio con cada uno de los extremos; en la tercera se concluye, que uno de los extremos debe ser el atributo del otro: que era lo que se habia de probar.

Se sigue lo tercero, que un silogismo es un raciocinio, en que sentadas algunas aserciones, se saca otra diferente de ellas.

Las diversas combinaciones de los tres términos producen diferentes especies de silogismos, cuya mayor parte se reduce al que hemos puesto por modelo.

Los resultados varían tambien segun son afirmativas ó negativas las proposiciones, segun se las da, igualmente que á los términos, mas ó menos universalidad; y de aquí han dimanado muchas reglas, que hacen descubrir á prime-

ra vista la bondad ó defecto de un raciocinio.

Usanse las inducciones y los ejemplos para persuadir á la muchedumbre; y los silogismos para convencer á los filósofos. Nada hay ni tan ejecutivo, ni tan imperioso como la conclusion deducida de dos verdades, en que se ha visto precisado á convenir el adversario.

Este mecanismo ingenioso no es mas que la manifestacion de las operaciones de nuestro entendimiento. Se habia observado que á excepcion de los primeros principios que persuaden por sí mismos, todas nuestras aserciones no son mas que conclusiones, y que estas se fundan en un raciocinio, que hace nuestro entendimiento con increíble celeridad. Cuando dije: *la justicia es un hábito*, hacia mentalmente el silogismo que extendi mas arriba.

Algunas veces se suprime una de las proposiciones, que es facil de suplir. Entonces se llama el silogismo entimema, y aunque imperfecto, no es menos concluyente: v. g. *toda virtud es un hábito; luego la justicia es un hábito*; ó bien: *la justicia es una virtud; luego es un hábito*. Llegariamos fácilmente á la misma conclusion, si dijésemos sencillamente: *siendo la justicia una virtud es un hábito*; ó bien: *la justicia es un hábito, porque toda virtud es un hábito*.

Tal es este otro ejemplo, sacado de uno de nuestros poetas:

No conserves, mortal, odio inmortal.

Si se quiere convertir esta sentencia en un silogismo, se dirá así: *ningun mortal debe conservar odio inmortal: es así que tú eres mortal; luego etc.* Si se quiere hacer un entimema, no hay mas que suprimir una de las dos primeras proposiciones.

Así es que, toda sentencia, toda reflexion, ya lleve consigo su prueba, ya vaya sin este apoyo, es un verdadero silogismo, con esta diferencia, que en el primer caso la prueba es el medio que aproxima ó aleja el atributo del sugeto, y en el segundo es preciso sustituir el medio.

Estudiando atentamente el enlace de nuestras ideas, es como los filósofos hallaron el arte de hacer mas sensibles las pruebas de nuestros raciocinios, de desentrañar y clasificar los silogismos imperfectos de que usamos continuamente. Claro está que para lograrlo se requeria una constancia tenaz, y aquel don de observar, que, á la verdad, nada inventa, porque nada añade á la naturaleza; pero descubre en ella lo que no alcanza el comun de los ingenios.

Toda demostracion es un silogismo; pero no todo silogismo es una demostracion. Es este demostrativo, cuando está fundado en los primeros principios, ó en los que se derivan de los

primeros: es dialéctico, cuando se funda en opiniones que parecen probables á todos los hombres, ó á lo menos á los sabios mas ilustrados; y contencioso, cuando concluye en virtud de proposiciones, que se quieren hacer pasar por probables, y no lo son.

El primero suministra armas á los filósofos que buscan la verdad: el segundo á los dialécticos, obligados ordinariamente á ocuparse en verosimilitudes; y el tercero á los sofistas, á quienes bastan las menores apariencias.

Como discurremos mas frecuentemente, fundados en opiniones que en principios ciertos, los jóvenes se aplican temprano á la dialéctica: este es el nombre que se da á la lógica, cuando no concluye sino por probabilidades. Proponiéndoles problemas ó téses sobre la física, sobre la moral, sobre la lógica, se acostumbran á probar sus fuerzas sobre diferentes materias, á balancear las conjeturas, á defender alternativamente opiniones opuestas, y á internarse en los rodeos del sofisma para conocerlos.

Como por lo comun nuestras disputas vienen de que unos, seducidos por algunos ejemplos, generalizan demasiado; y otros, movidos por ejemplos contrarios, no generalizan bastante, los primeros enseñan que no se debe concluir del particular al general, y los segundos, que una excepcion no destruye la regla.

Algunas veces se trata la cuestion por preguntas y respuestas; y como su objeto es aclarar una duda, y dirigir la razon aun tierna, no debe ser la solucion ni muy clara, ni muy dificil.

Se debe evitar con cuidado defender téses tan improbables, que haya que dar luego en un absurdo; igualmente que tratar de asuntos en que es peligroso dudar, como si se debe honrar á los dioses, amar á los padres, etc.

Aunque sea de temer que unos ingenios habituados de esta suerte á tan rigurosa precision, conserven la aficion á ella, y aun junten la de la contradiccion, no por eso es menos cierto que llevan una ventaja real á los demas. En la adquisicion de las ciencias, están mas dispuestos á dudar; y en el trato de la vida, á descubrir el vicio de un discurso.

CAPITULO LVIII.

CONTINUA LA BIBLIOTECA DE UN ATENIENSE. LA RETORICA.

Mientras se adelantaba con ahinco el edificio de la lógica, me dijo Euclides, se levantaba á su lado el de la retórica, menos sólido á la verdad, pero mas elegante y mas magnifico.

El primero, le dije yo, podia ser necesario; pero no comprendo la utilidad del segundo. ¿No ejercia antes la elocuencia su imperio en las naciones de la Grecia? ¿No disputaba en los siglos heroicos el premio al valor? ¿No se hallan todas las bellezas en los escritos de ese Homero, que

debe mirarse como el primer orador, igualmente que como el primer poeta? ¿No están manifiestas en las obras de los hombres famosos que han seguido sus huellas? Cuando hay tantos ejemplos, ¿á qué vienen tantos preceptos? — Esos ejemplos, respondió Euclides, era menester escogerlos, y esto es lo que hace la retórica. — Yo le repliqué: ¿se engañaban en la eleccion los Pisistratos, los Solones, y aquellos oradores que en la asamblea de la nacion, ó en los tribunales de justicia, se abandonaban á los movimientos de una elocuencia natural? ¿Por qué se ha de sustituir el arte de hablar al talento de hablar?

Lo único que se queria, respondió Euclides, era detener los extravíos del ingenio, y obligarle con la sujecion á reunir sus fuerzas. Si dudais de las ventajas de la retórica, debeis saber que Aristóteles, aunque preocupado contra la oratoria, concede no obstante que puede ser util. ¿Y cómo dudais habiendo oido á Demóstenes! Sin las lecciones de sus maestros, respondí yo, hubiera Demóstenes dominado siempre los ánimos. Acaso sin el auxilio de las suyas no se hubiera explicado Esquines con tanto atractivo. ¿Luego confesais, replicó Euclides, que el arte puede dar al talento formas mas agradables? No seré menos ingenuo que vos, y convendré en que en esto consiste poco mas ó menos todo su mérito.

Arrimándose entonces á los estantes, me dijo: estos son los autores que nos dan preceptos sobre la elocuencia; y estos los que nos han dejado modelos de ella. Casi todos han vivido en el siglo último ó en el nuestro. Entre los primeros están Corax de Siracusa, Tisias, Trásimaco, Protágoras, Pródico, Gorgias, Polo, Licimnio, Alcidas, Teodoro, Eveno, Calipo, etc.; entre los segundos los que gozan de una reputación merecida, tales como Lisias, Antifon, Andócides, Iseo, Calistrato, é Isócrates; añadamos á estos los que han empezado ya á distinguirse, como son Demóstenes, Esquines, Hipérides, Licurgo, etc.

He leído las obras de los oradores, le dije, mas no conozco las de los retóricos. En nuestras conversaciones anteriores os habeis dignado de instruirme en los progresos y estado actual de algunos géneros de literatura; ¿me atreveré á exigir de vos que os tomeis igual molestia en punto á la retórica?

El hilo de las ciencias exactas, respondió Euclides, puede seguirse fácilmente, porque no teniendo mas de un camino para llegar al término, de una mirada se ven los puntos de donde salen, y adonde llegan. No sucede así con las artes de imaginación, pues el gusto que las juzga es arbitrario, indeterminado muchas veces el objeto que se proponen, y el camino que an-

dan dividido en muchos senderos inmediatos unos á otros; por lo que es imposible, ó á lo menos dificultosísimo, medir exactamente sus esfuerzos y sus aciertos. En efecto, ¿quién descubrirá los primeros pasos del talento, y con la regla en la mano, seguirá al ingenio cuando se remonta por espacios inmensos? ¿Quién es capaz de separar la luz de los falsos vislumbres que la rodean, definir aquellas gracias ligeras, que desaparecen cuando se analizan; y en fin, apreciar aquella belleza suprema que constituye la perfección de cada género? Sin embargo, pues así lo quereis, os daré algunos apuntamientos que sirvan á la historia de la retórica; pero en una materia tan susceptible de gracias, no espereis de mí mas que un corto número de hechos y de nociones bastante comunes.

Por muchos siglos no habian usado nuestros escritores mas lenguaje que el de la poesia; el de la prosa les parecia demasiado familiar y limitado para poder satisfacer á las necesidades del alma, ó mas bien, de la imaginación; pues esta es la facultad que se cultivaba entonces con mas esmero. Hace dos siglos que el filósofo Ferécides de Siros, y el historiador Cadmo de Mileto, comenzaron á eximirse de las leyes severas que encadenaban la dicción. Habian en verdad abierto un camino nuevo y mas facil; pero costaba tanto dejar el antiguo, que Solon empre-

dió la traduccion de sus leyes en verso; y los filósofos Empédocles y Parménides adornaron sus dogmas con los encantos de la poesía.

El uso de la prosa no sirvió al principio mas que para multiplicar el número de historiadores. Muchos escritores publicaron anales de diferentes naciones; y su estilo ofrece defectos, que las revoluciones de nuestro gusto, hacen en extremo notables: claro y conciso, pero desnudo de gracias y de armonía: las frases cortas se suceden sin trabazon; y la vista se cansa de seguir las, porque busca en vano los lazos que debieran unir las. Otras veces, principalmente en los primeros historiadores, hormigean en las frases los giros poéticos, ó por decirlo mejor, no son mas que escombros de versos en que se ha roto la cadencia. En todo se echa de ver que estos autores no tuvieron otros modelos que los poetas, y que ha sido preciso tiempo para formar el estilo de la prosa, igualmente que para descubrir los preceptos de la retórica.

En Sicilia fué donde se hicieron los primeros ensayos de este arte. Cerca de cien años despues de la muerte de Cadmo, un siracusano llamado Corax juntó discípulos, y compuso un tratado de retórica, que todavía se aprecia, no obstante que hace consistir el secreto de la elocuencia no mas que en un cálculo falaz de ciertas probabilidades. Os daré un ejemplo de su método. Se

acusa ante la justicia á un hombre de quien hay vehementes sospechas de haber apaleado á otro; este hombre será, ó mas debil ó mas fuerte que su acusador: ¿ cómo se puede suponer, dice Corax, que pueda ser culpable en el primer caso, y en el segundo que haya querido exponerse á parecerlo? Tisias, discípulo de Corax, extendió este medio y otros semejantes en una obra que conservamos todavía, y se valió de ellos para frustrar á su maestro el salario que le debía.

Iguales ardides se habian introducido ya en la lógica, cuyos principios se empezaban á poner en orden; y desde el arte de pensar pasaron sin dificultad al arte de hablar. Este último se resintió tambien del gusto de los sofismas, y del espíritu de contradiccion que dominaban en los extravíos del primero. Protágoras, discípulo de Demócrito, fué testigo, mientras estuvo en Sicilia, de la gloria que habia adquirido Corax. Hasta entonces se habia distinguido por sus profundas investigaciones sobre la naturaleza de los seres; y en breve lo fué por las obras que publicó sobre la gramática, y sobre las partes de la oratoria. Se le hace el honor de haber sido el primero que reunió aquellas proposiciones generales, que se llaman *lugares comunes*, de que usa el orador, ya sea para multiplicar sus pruebas, ya para discurrir fácilmente sobre todas las materias.

Estos lugares, aunque copiosísimos, se reducen á un corto número de clases. Se examina, por ejemplo, una accion con respecto á la causa, al efecto, á las circunstancias, á las personas, etc., y de estas relaciones nacen series de máximas y proposiciones contradictorias, acompañadas de sus pruebas, y declaradas casi todas por preguntas y respuestas, en los escritos de Protágoras y de otros retóricos que han continuado su trabajo.

Despues de arreglar el modo de formar el exordio, de disponer la narracion, de mover las pasiones de los jueces, se extendió el dominio de la elocuencia, encerrada hasta entonces en el recinto de la plaza pública y del foro. Rival de la poesia, celebró al principio los dioses, los heroes y los ciudadanos que habian muerto en los combates. Despues, Isócrates compuso elogios para particulares de clase distinguida. Mas adelante se ha alabado indiferentemente á los hombres útiles ó inútiles á su patria, el incienso ha esparcido su humo por todas partes, y se ha decidido que la alabanza, como el vituperio, no debian guardar medida alguna.

Todas estas tentativas se han hecho apenas en un siglo, y en el mismo tiempo se atendia con igual esmero á formar el estilo, al que no solamente le conservaron las riquezas que tenia desde su principio, y le habia prestado la poesia,

sino que se procuró aumentarlas, adornándole cada dia con nuevos colores y sonidos melodiosos. Estos preciosos materiales estaban arrojados antes como al acaso, unos junto á otros, como las piedras que se juntan para hacer un edificio, hasta que el instinto y el sentimiento tomaron á su cargo el ajustarlos y darles el debido orden. En lugar de frases aisladas, que por falta de nervio y de apoyo decaian casi á cada palabra, los grupos de expresiones selectas formaron, reuniéndose, un todo, cuyas partes se sostenian sin esfuerzo. Los oidos mas finos quedaron encantados al oir la armonía de la prosa, y la recta razon lo quedó igualmente al ver como se desplegaba magestuosamente un pensamiento en un solo periodo.

Esta forma admirable, descubierta por retóricos estimables como Gorgias, Alcidas y Trasímaco, la perfeccionó Isócrates, discípulo del primero. Entonces se distribuyeron los periodos de un discurso en intervalos casi iguales, sus miembros se ligaron y contrapusieron, entretejiendo las palabras ó los pensamientos; las palabras mismas por sus frecuentes inversiones parecian serpentear en el espacio que les estaba señalado, pero de manera que desde el principio de la frase descubrian el fin á los que oian con atencion. Este artificio diestramente manejado, era para ellos un manantial de placeres; pero

empleado con demasiada frecuencia, cansaba tanto que algunas veces se ha visto en nuestras asambleas levantar algunos la voz, y acabar antes que el orador el largo periodo por donde iba discurrendo y recreándose.

Por fin, habiéndose logrado á puros esfuerzos hacer la elocucion numerosa, fluida, armoniosa, propia para todas las materias, y susceptible de todas las pasiones, se distinguieron tres especies de lenguaje entre los Griegos; el de la poesia, noble y magnifico; el de la conversacion, sencillo y modesto; y el de la prosa, elevado, acercándose mas al uno ó al otro segun los asuntos de que se trataba.

Igualmente se distinguieron dos especies de oradores, unos que consagraban la elocuencia á ilustrar al pueblo en sus juntas, como hizo Pericles; á defender los intereses de los particulares en el foro, como Antifon y Lisias; á derramar sobre la filosofia los colores vivos de la poesia, como Demócrito y Platon; y otros que cultivando la retórica por un sórdido interes, ó por vana ostentacion, declamaban en público sobre la naturaleza del gobierno ó de las leyes, sobre las costumbres, sobre las ciencias y las artes, y hacian unos discursos soberbios, en que el lenguaje ofuscaba los pensamientos.

La mayor parte de estos últimos, conocidos

con el nombre de sofistas, se esparcieron por la Grecia, andando de ciudad en ciudad, bien recibidos en todas partes, con un numeroso séquito de discípulos, quienes deseosos de ascender á los primeros empleos con el auxilio de la elocuencia, pagaban muy caras sus lecciones, y en su compañía hacian provision de esas nociones generales ó lugares comunes, de que antes os he hablado.

Las obras de estos sofistas que yo he recogido, están escritas con tanta simetría y elegancia, y hay en ellas tal abundancia de bellezas, que le cansan á uno mismo los esfuerzos que deben de costar á sus autores. Si alguna vez seducen, nunca mueven, porque la paradoja ocupa en ellas el lugar de la verdad, y el fuego de la imaginacion el del alma.

Estos hombres consideran la retórica, ya como un instrumento de persuasion, cuyo uso requiere mas el imaginar que el sentir; ya como una especie de táctica, dirigida á juntar gran copia de palabras, estrecharlas, extenderlas, sostener unas con otras, y hacerlas caminar con arrogancia contra el enemigo. Tienen tambien sus emboscadas y cuerpos de reserva; pero su principal recurso está en el ruido y la brillantez de las armas.

Esta brillantez sobresale principalmente en los elogios ó panegíricos de Hércules y de los

semi-dioses, que son los asuntos á que daban la preferencia; y la manía de elogiar ha crecido tanto, que se extiende hasta los seres inanimados. Tengo un libro, cuyo título es *Elogio de la sal*, en que se han apurado todas las riquezas de la imaginacion para exagerar los servicios que la sal hace á los mortales.

La impaciencia que causan la mayor parte de estas obras, llega hasta la indignacion, cuando sus autores insinúan ó procuran manifestar, que el orador debe estar en disposicion de hacer que el crimen triunfe de la inocencia, y la mentira de la verdad.

Llega hasta dar nauseas, cuando fundan sus raciocinios en las sutilezas de la dialéctica. Los mejores ingenios, con la mira de experimentar sus fuerzas, se empeñaban gustosamente en estos laberintos capciosos. Xantipo, hijo de Pericles, se complacia en referir, que en la celebracion de ciertos juegos, un dardo lanzado por descuido mató un caballo, y que su padre y Protágoras gastaron todo un dia en descubrir la causa de este accidente; disputando si era el dardo, si la mano que lo habia disparado, ó los que habian ordenado los juegos.

Por el ejemplo siguiente juzgareis cual era el entusiasmo que excitaba antiguamente la elocuencia facticia. Durante la guerra del Peloponeso, vino á esta ciudad un siciliano, que fué

el asombro y admiracion de la Grecia. Llamábase Gorgias, y le enviaron los de Leonte, su patria, á implorar nuestra asistencia. Presentóse en la tribuna, y dijo una arenga, en que habia amontonado las figuras mas atrevidas y las expresiones mas pomposas. Estos adornos frívolos estaban distribuidos en periodos, unos guardando una misma medida, otros que se distinguían con la misma cadencia, y cuando los desplegó delante de la muchedumbre, difundieron tal resplandor, que deslumbrados con él los Atenienses, socorrieron á los Leontinos, obligaron al orador á quedarse entre ellos, y concurrian á porfia á su casa para tomar lecciones de retórica. Colmároule de elogios cuando hizo el panegirico de los ciudadanos muertos por la patria; cuando se presentó en el teatro, y declaró que estaba pronto á hablar sobre cualquier materia; y cuando en los juegos públicos pronunció un discurso para reunir contra los bárbaros todos los pueblos de la Grecia.

En otra ocasion, juntos los Griegos en los juegos píticos, acordaron levantarle una estatua, la que se colocó estando él presente en el templo de Apolo. Mas lisonjero fué todavía el acaecimiento que coronó su talento en Tesalia. Los pueblos de este pais no conocian aun otro arte que el de domar un caballo, ó enriquecerse con el comercio: dejóse ver Gorgias entre ellos,

y al punto trataron de distinguirse por las prendas del ingenio.

Gorgias adquirió un caudal tan grande como su reputacion; pero la revolucion que hizo en los ingenios, no fué mas que un alborozo pasajero. Escritor frio, que aspiraba al sublime, haciendo esfuerzos que le alejaban de él; la magnificencia de sus expresiones no sirve comunmente mas que para manifestar la esterilidad de sus ideas. Sin embargo él extendió los limites del arte, y hasta sus defectos han servido de leccion.

Euclides me enseñó varias arengas de Gorgias, y otras obras compuestas por sus discipulos Polo, Licimnio, Alcidas, etc., añadiendo: yo hago menos caso del aparato pomposo que ostentan en sus escritos, que de la elocuencia noble y sencilla que caracteriza las de Pródico de Ceos. Este autor tiene mucho atractivo para las personas de juicio: casi siempre elige el término propio, y descubre distinciones muy delicadas entre las palabras que parecen sinónimas.

Eso es verdad, le respondí, pero no deja pasar una palabra, sin pesarla con exactitud tan escrupulosa como cansada. ¿Os acordais de lo que decia en una ocasion á Sócrates y á Protágoras, tratando de conciliar sus opiniones? «Entre vosotros se trata de *discutir* y no de

«*disputar*; porque con los amigos se *discute*, «y se *disputa* con los enemigos. Con esto alcanzareis nuestra *estimacion*, y no nuestras *alabanzas*; porque la *estimacion* está en el corazon, «y la *alabanza* suele estar solo en los labios. Por «nuestra parte experimentaremos *satisfaccion*, «y no *placer*; porque la *satisfaccion* es propia «del entendimiento que se ilustra, y el *placer* «toca á los sentidos que gozan.»

Si Pródico, me dijo Euclides, se hubiera explicado de ese modo; ¿quién hubiera tenido jamas la paciencia de oírle ó leerle? Registrad sus obras, y os quedareis admirado de la sabiduría, igualmente que de la elegancia de su estilo. Quien puso en su boca la respuesta que acabais de citar, es Platon; y del mismo modo se divirtió á costa de Protágoras, Gorgias, y de los mas célebres retóricos de su tiempo. En sus diálogos los pone á disputar con sus maestros, y con estas conversaciones fingidas, forma escenas bastante graciosas.

¿Pues qué, le dije yo, Platon no ha referido fielmente las conversaciones de Sócrates? Yo lo creo así, me dijo; y aun pienso que la mayor parte de esas conversaciones jamas se verificaron.—¿Pues cómo no ha reclamado nadie contra semejante fingimiento?—Fedon, despues de haber leído el diálogo que andaba con su nombre, protestó que no se conocia en los dis-

cursos que Platon ponía en su boca. Gorgias dijo lo mismo leyendo el suyo; y solamente añadió que el joven autor tenía gran talento para la sátira, y que pronto ocuparía el lugar del poeta Arquiloco. — A lo menos convendreis en que sus retratos son bastante parecidos. — Asi como nadie juzga de Pericles y de Sócrates por las comedias de Aristófanés, así tampoco se debe juzgar de los tres sofistas, de quienes acabo de hablar, por los diálogos de Platon.

Cierta es que Platon tuvo razon para declararse contra los dogmas de estos sofistas; ¿pero debía por eso presentarlos como hombres sin ideas, sin conocimientos, incapaces de seguir un raciocinio, siempre próximos á caer en los lazos mas groseros, y cuyas producciones no merecen mas que desprecio? Si no hubieran tenido grandes talentos, no hubieran sido tan perniciosos. No diré que Platon tuviese envidia de la reputacion de estos hombres, como acaso lo sospecharán algunos en lo venidero, sino que parece que en su juventud se entregó demasiado al gusto de las ficciones y donaires.

Sea como fuese, los abusos introducidos en su tiempo en la elocuencia, ocasionaron entre la filosofía y la retórica, ocupadas hasta entonces en un mismo objeto, cierta especie de divorcio, que dura todavía, y las ha privado de los auxilios que pudieran prestarse mútua-

mente. La primera da en cara á la segunda, á veces con tono de desprecio, el usurparla sus derechos y atreverse á tratar circunstanciadamente de la religion, política y moral, sin conocer sus principios. Pero se puede responder á la filosofía, que no pudiendo ella misma poner fin á nuestras disputas con la sublimidad de sus dogmas y la precision de su lenguaje, debe llevar á bien que su rival sea su intérprete, le preste algunos atractivos, y nos la haga mas familiar. Esto es efectivamente lo que han ejecutado en estos últimos tiempos, algunos oradores, que aprovechándose de los progresos y favores de ambas, han consagrado sus talentos á la utilidad pública.

Al frente de ellos pongo sin vacilar á Pericles, quien debió á las lecciones de los retóricos y filósofos, aquel orden y aquellas luces, que de acuerdo con su fecundo ingenio, llevaron el arte de la oratoria casi á su perfeccion. Alcibiades, Critias, y Terámenes, siguieron sus huellas: los que han venido despues, los han igualado, y aun excedido algunas veces queriendo imitarlos; y se puede decir que el gusto de la verdadera elocuencia, se ha fijado ya en todos los géneros.

Los autores que se han distinguido en nuestros dias, ya los conocéis, y estais en estado de apreciarlos. Como yo no he juzgado de ellos sino

por el efecto , le respondi , quisiera saber si las reglas justificarian la impresion que me han causado. Euclides me respondi : esas reglas , fruto de una larga experiencia , se formaron en vista de las obras y de los aciertos de los grandes oradores y poetas.

El imperio de este arte es muy dilatado , pues lo ejerce en las juntas generales , donde se delibera sobre los intereses de una nacion ; ante los tribunales , donde se juzgan las causas de los particulares ; en los discursos en que hay que pintar el vicio y la virtud con sus verdaderos colores ; en fin , en todas las ocasiones en que se trata de instruir á los hombres. De aquí nacen tres géneros de elocuencia , el deliberativo , el judicial y el demostrativo. Así pues , acelerar ó impedir las decisiones del pueblo , defender al inocente y perseguir al culpado , alabar la virtud y reprender el vicio , tales son las funciones augustas del orador. ¿ Y cómo se han de desempeñar ? Por la via de la persuasion. ¿ Cómo se ha de efectuar esta persuasion ? Con un estudio profundo , dicen los filósofos : con el auxilio de las reglas , dicen los retóricos.

El mérito de la retórica , segun los primeros , no consiste en el acertado encadenamiento del exordio con la narracion y demas partes del discurso ; ni en los artificios del estilo , de la voz y de la accion con que se intenta seducir al pueblo

corrompido. Estas cosas no son mas que accesorias , inútiles algunas veces , y las mas perjudiciales. ¿ Qué le pediremos nosotros al orador ? Que junte á las disposiciones naturales , la ciencia y la meditacion.

Si la naturaleza os destina al ministerio de la elocuencia , esperad que la filosofia os conduzca á él á paso lento ; que os haya demostrado que debiendo el arte de la palabra convencer antes de persuadir , tiene que recibir del arte del raciocinio su principal fuerza ; que os haya enseñado por consiguiente á no tener mas que ideas sanas , á no expresarlas sino de una manera clara ; á distinguir todas las relaciones y contrastes de sus objetos ; á conocer y dar á conocer á los demas , lo que cada cosa es en si misma. Continuando su obra la filosofia , os llenará de los conocimientos que convienen al hombre de Estado , al juez integro , al ciudadano excelente : estudiareis á su vista las diferentes especies de gobiernos y de leyes , los intereses de las naciones , la naturaleza del hombre y la inestabilidad de sus pasiones.

Pero esta ciencia , adquirida con largos afanes , cederia prontamente al soplo contagioso de la opinion , si no estuviese afianzada , no solamente en una probidad manifiesta y una prudencia consumada , sino tambien con el celo ardiente de la justicia , y el respeto profundo á los dio-

ses, testigos de vuestras intenciones y de vuestras palabras.

En tal caso, vuestro discurso será el órgano de la verdad, tendrá la sencillez, energía, fuego y magestuosa dignidad que la caracterizan: estará hermoseedo, no tanto con el esplendor de vuestra elocuencia, como con el de vuestras virtudes, y todos vuestros tiros serán ciertos, porque traen la persuasión de que vienen de una mano que jamás ha tramado perfidias.

De esta manera, y no de otra, tendreis derecho para declararnos en la tribuna lo que es verdaderamente útil; en el foro, lo que es verdaderamente justo; y en los discursos consagrados á la memoria de los grandes hombres, ó al triunfo de las costumbres, lo que es verdaderamente honesto.

Acabamos de ver lo que piensan los filósofos acerca de la retórica: ahora sería menester examinar el fin que se proponen los retóricos, y las reglas que nos han dado; pero Aristóteles ha emprendido el recopilarlas en una obra, en que tratará la materia con aquella superioridad que se ha visto ya en sus primeros escritos.

Los que le han precedido se habian limitado, ya á distribuir con inteligencia las partes del discurso, sin pensar en corroborarlas con pruebas convincentes; ya á reunir máximas generales ó lugares comunes; unas veces á dejarnos

algunos preceptos acerca del estilo ó de los medios de mover las pasiones; otras tambien á multiplicar los ardides para que la verosimilitud prevaleciese sobre la verdad, la mala causa sobre la buena: nadie habia atendido á las partes esenciales, como la de arreglar la accion y la voz del que habla: todos se habian propuesto formar un abogado, sin decir nada del orador público. Eso me sorprende, dije yo, porque las funciones del último son mas útiles, mas nobles y mas difíciles que las del primero. Sin duda se pensaria, respondió Euclides, que un congreso en donde mueve á todos los ciudadanos el mismo interes, debia contentarse la elocuencia con la exposicion de los hechos, y con proponer un parecer saludable; pero que eran precisos todos los artificios de la retórica para mover á unos jueces indiferentes y extraños á la causa que se presenta á su tribunal.

En la obra de Aristóteles se refundirán las opiniones de estos autores, á veces se refutarán, y casi siempre irán acompañadas de reflexiones luminosas, y de notas importantes. Un dia la leereis, y con esto me creo dispensado de añadir mas en este punto.

En vano instaba yo á Euclides; pues apenas respondia á mis preguntas. ¿Adoptan los retóricos los principios de los filósofos? — Muchas veces se apartan de ellos, especialmente cuando

prefieren la verosimilitud á la verdad. — ¿Cuál es la principal prenda del orador? — La de ser excelente lógico. — ¿Su primera obligacion? — Manifestar que una cosa es ó no es. — ¿Su principal atencion? — Descubrir en cada materia los medios propios para persuadir. — ¿En cuántas partes se divide el discurso? — Los retóricos admiten muchas, que se vienen á reducir á cuatro: el exordio, la proposicion ó hecho, la prueba y la peroracion; y aun se pueden suprimir la primera y la última. Iba yo á continuar; pero Euclides se excusó, y solamente pude conseguir que me diese un corto número de observaciones sobre la elocucion.

Por rica que sea la lengua griega, le dije, habreis notado que la expresion no corresponde siempre á vuestra idea. Es cierto me respondió; pero nosotros tenemos el mismo derecho que los primeros que formaron la lengua; y así nos es permitido usar de una palabra nueva, sea formándola nosotros mismos, sea derivándola de otra ya conocida. Otras veces añadimos un sentido figurado al sentido literal de una expresion consagrada por el uso, ó bien unimos estrechamente dos palabras para componer de ellas una tercera; pero esta última licencia comunmente está reservada á los poetas, y en especial á los que hacen ditirambos. Las demas innovaciones se deben usar parcamente, y el público no las

adopta sino cuando tienen analogía con la lengua.

La belleza de una expresion consiste en el sonido que se oye, y en el sentido que encierra; se deben desterrar de una obra todas las que ofenden al pudor, ó descontentan al gusto. Uno de vuestros autores, le dije yo, no admite diferencia alguna entre los signos de nuestros pensamientos, y pretende que de cualquier modo que se exprese una idea, se consigue siempre el mismo efecto. Se engaña, respondió Euclides; de dos palabras que se pueden elegir, una es mas honesta y decente, porque no hace mas que indicar la imagen que la otra pone delante de los ojos.

Tenemos palabras propias, y palabras figuradas; las tenemos simples y compuestas; indigenas y extrangeras: las hay que tienen mas nobleza y gracia que otras, porque excitan en nosotros ideas mas elevadas ó mas risueñas; otras, en fin, que son tan bajas ó tan disonantes, que deben desterrarse de la prosa y del verso.

De las diferentes combinaciones de ellas se forman los periodos; algunos de ellos no tienen mas de un miembro; otros pueden tener hasta cuatro, mas no pasar de aqui.

No debe el discurso ofrecer un tejido de periodos completos y simétricos, como los de Gorgias é Isócrates, ni una sucesion de frases cortas

y desunidas, como las de los antiguos. Los primeros cansan la atencion; los segundos incomodan al oido. Variad continuamente la medida de los periodos, y así tendrá vuestro estilo á un mismo tiempo el mérito del arte y el de la sencillez: adquirirá tambien magestad, si el último miembro del periodo tiene mas extension que los primeros, y si termina en una de aquellas sílabas largas, en que descansa la voz cuando concluye.

Conveniencia y claridad: estas son las dos calidades principales de la elocucion.

1º *La conveniencia.* Muy desde el principio se conoció, que expresar las ideas grandiosas con términos bajos, y las pequeñas con expresiones pomposas, era lo mismo que vestir de andrajos á los soberanos del mundo, y de púrpura á la infima gente del pueblo. Igualmente se conoció que el alma tiene diferente language, segun está en movimiento ó descanso; que un anciano no se expresa como un joven, ni los habitantes del campo como los de la ciudad. De aquí se sigue, que la diction debe variar segun el caracter del que habla, y de quienes habla, y segun la naturaleza de los asuntos que trata; y de las circunstancias en que se halla. Se sigue tambien que el estilo de la poesia, el de la elocuencia, de la historia y del diálogo, se diferencian esencialmente unos de otros; y tambien que en cada gé-

nero las costumbres y el talento de un autor, dan á su diction diferencias sensibles.

2º *La claridad.* Un orador, un escritor debe haber hecho un estudio profundo de su lengua. Si desatendeis las reglas de la gramática, me costará trabajo entender vuestro pensamiento. Emplear palabras anfibológicas y circunlocuciones inútiles; colocar fuera de tiempo las conjunciones que ligan los miembros de una frase; confundir el plural con el singular; no atender á la distincion establecida en estos últimos tiempos, entre los nombres masculinos y femeninos; designar con un mismo término las impresiones que reciben dos de nuestros sentidos, y aplicar el verbo *ver* á los objetos de la vista y del oido; distribuir al acaso, como hace Heráclito, las palabras de una frase, de modo que el lector no pueda adivinar la puntuacion del autor; son defectos que coadyuvan igualmente á la oscuridad del estilo, la cual se aumentará si el exceso de adornos y lo largo de los periodos distraen la atencion del lector, y no le dejan respirar; ó si por ir con demasiada rapidez no puede percibir vuestro pensamiento, como sucede con aquellos corredores del Estadio, que desaparecen en un momento de la vista de los espectadores.

* Esto es lo que ha hecho Esquiles (*in Prom. v. 21*). Vulcano dice que Prometeo no volverá á ver ni voz, ni figura humana.

No hay cosa que mas contribuya á la claridad, que el uso de expresiones admitidas ya; pero si nunca las desviáis de su significado ordinario, vuestro estilo será familiar y rastrero. Para hacerle mas elevado son menester nuevos giros, y expresiones figuradas.

La prosa debe arreglar sus movimientos á unos ritmos fáciles de conocer, y abstenerse de la cadencia propia de la poesia. Los mas destierren de ella los versos, y esta proscripcion está fundada en un principio que siempre se debe tener presente; este es, que debe ocultarse el arte, y que un autor que quiere mover ó persuadir, no debe tener la torpeza de decírmelo. Claro es que los versos sembrados en la prosa, indican violencia y pretensiones. ¿Pues qué, le dije yo, si alguna vez sale algun verso en el fuego de la composicion, será preciso desecharlo, aunque sea á costa de debilitar el pensamiento? Si no tiene mas que la apariencia de verso, respondió Euclides, se debe adoptar, pues con eso se engalana la diction; pero si es conforme á regla, debe romperse, y emplear los fragmentos en el periodo, con lo que será mas sonoro. Muchos escritores, aun el mismo Isócrates, se han expuesto á la censura, por no haber tomado esta precaucion.

Glicera, al formar una corona, no atiende menos á la colocacion de los colores, que un autor

á la armonia de los sonidos, cuando es de oido delicado. En este punto son muchísimos los preceptos. Yo los suprimo; pero se suscita una cuestion, que he oido disputar varias veces. ¿Se pueden poner seguidas dos palabras, quando la una acaba con la misma vocal con que empieza la otra? Isócrates y sus discípulos evitan escrupulosamente este concurso; lo mismo Demóstenes en muchas ocasiones; Tucídides y Platon, rara vez: algunos críticos lo reprueban con rigor: otros ponen restricciones á la ley, y defienden que una prohibicion absoluta perjudicaria algunas veces á la gravedad de la diction.

He oido hablar, dije entonces, de las diferentes especies de estilos, tales como el noble, el grave, el sencillo, el agradable, etc. Dejemos á los retóricos, respondió Euclides, el trabajo de describir sus diversos caracteres, pues ya los he indicado todos en dos palabras: si vuestra diction es clara y conveniente, habrá en ella la debida proporcion entre las palabras, los pensamientos y la materia: nada mas se debe exigir. Meditad este principio, y no extrañareis las aserciones siguientes.

La elocuencia del foro se diferencia esencialmente de la de la tribuna. Al orador se le perdonan los descuidos y repeticiones, que se acriminan en el escritor. Hay discursos que se aplauden en la asamblea general, y no pueden resistir á

la lectura, porque la accion era lo que les daba valor: hay otros que están escritos con mucho esmero, y no causarian efecto en el público, si no se acomodasen á la accion. La elocucion tira á deslumbrarnos con su magnificencia, y se hace friisima cuando carece de armonía, cuando las pretensiones del autor están demasiado á la vista; y para valerme de la expresion de Sófocles, cuando hincha excesivamente los carrillos para soplar por un pito. El estilo de algunos oradores es insufrible, por la multitud de versos y palabras compuestas que toman de la poesia. Por otra parte, Alcidas nos fastidia con la profusion de epitetos ociosos; y Gorgias por la oscuridad de sus metáforas traidas de muy lejos.

La mayor parte de los hipérboles, derraman un frio mortal en nuestras almas. Reios de esos autores que confunden el estilo forzado con el vehemente, y hacen contorsiones para abortar expresiones ingeniosas. Hablando uno de ellos de la roca, que Polifemo lanzó contra la nave de Ulises, dice: «mientras esta roca hendia los aires, las cabras pacian tranquilamente sobre ella.»

Muchas veces, le dije, he notado el abuso de las figuras, y tal vez seria necesario desterrarlas de la prosa, como hacen algunos autores modernos. Las palabras propias, respondió Euclides, forman el lenguaje de la razon; las expresiones

figuradas, el de la pasion. La razon puede diseñar una pintura, y el ingenio esparcir sobre ella algunos ligeros adornos; á la pasion solamente toca darle movimiento y vida. El alma que quiere obligarnos á participar de sus sentimientos, llama en su ayuda á toda la naturaleza, y se forma un lenguaje nuevo: descubre entre los objetos que nos rodean, puntos de semejanza y de oposicion, y acumula rápidamente las figuras, reduciéndose las principales á una sola, que yo llamo semejanza. Si digo: *Aquiles se abalanza como un leon*, hago una comparacion. Si hablando de Aquiles, digo sencillamente: *este leon se abalanza*, hago una metáfora. *Aquiles, mas ligero que el viento*, es un hipérbole. Oponed su valor á la cobardia de Térsito, y tendreis una antitesis. Así, la comparacion aproxima dos objetos; la metáfora los confunde; la hipérbole y la antitesis no los separan sino despues de haberlos aproximado.

Las comparaciones convienen mas bien á la poesia que á la prosa: el hipérbole y la antitesis, á las oraciones fúnebres y á los panegiricos mas que á las arengas y á las defensas. Las metáforas son esenciales á todos los géneros, y á todos los estilos: hacen peregrina la diction, y dan novedad á la idea mas comun. El lector queda suspenso por un momento, y al punto descubre al traves de transparentes velos las relaciones que

le ocultaban, solo con el fin de darle el gusto de descubrirlas. Hace poco que todos se pasmaron al oír un autor que comparaba la ancianidad á la paja; á esa paja, antes cargada de grano, ahora esteril y próxima á convertirse en polvo. Pero se adoptó este emblema, porque pinta, con una pincelada, el paso de la juventud florida á la infructuosa y fragil decrepitud.

Como los placeres del alma estriban en la sorpresa, y no duran mas que un momento, no lograreis el mismo fruto usando otra vez de la misma figura; porque pronto irá á confundirse con las palabras ordinarias, como otras muchas metáforas que la necesidad ha multiplicado en todas las lenguas, y principalmente en la nuestra. Estas expresiones, *voz clara*, *costumbres austeras*, *ojo de la viña*, han perdido su estimación haciéndose comunes.

La metáfora ha de poner la cosa en acción, si es posible. Mirad como todo se anima donde Homero pone el pincel: la lanza está *ansiosa* de la sangre del enemigo: el dardo *impaciente* por herirle.

Preferid, en ciertos casos, las metáforas que recuerdan ideas alegres. Homero dijo: *la Aurora con los dedos de rosa*; porque quizá habia observado que la naturaleza aumenta la hermosura de una bella mano, derramando en ella un tinte de color de rosa. ¿Qué sería la imagen si hu-

biera dicho: *la Aurora con dedos de púrpura?*

Cada figura ha de presentar una conformidad adecuada y sensible. Acordaos de la consternación de los Atenenses, cuando Pericles les dijo: *nuestra juventud ha muerto en el combate; que es lo mismo que haberle quitado al año su primavera*. Aquí es perfecta la analogía; porque la juventud es en los diferentes periodos de la vida, lo que la primavera en las demas estaciones.

Con razon desapruaban esta expresion de Eurípides, *el remo, soberano de los mares*; porque no conviene á semejante instrumento un título tan espléndido. Tambien reprueban esta otra expresion de Gorgias, *segais con dolor lo que sembrasteis con vergüenza*, sin duda porque estas palabras *sembrar* y *segar*, no las ha tomado nadie en sentido figurado, sino los poetas. En fin, se desapruaba á Platon, cuando para decir que una ciudad bien constituida no ha de tener murallas, usa de esta explicacion: que se debe dejar *dormir á las murallas acostadas en el suelo*.

Euclides se dilató sobre los ornatos del discurso, citándose reticencias excelentes, alusiones finas, pensamientos ingeniosos, salidas saladas. Convino en que estas formas no añaden cosa alguna á nuestros conocimientos, y solamente muestran la rapidez con que nuestro espíritu llega á los resultados sin detenerse en las

ideas intermedias. Convino tambien en que ciertos modos de hablar eran alternativamente aprobados ó reprobados por criticos igualmente hábiles.

Despues de haber dicho algo sobre el modo de arreglar la voz y la accion, y de haber recordado que Demóstenes tiene esta última por la primera, segunda y tercera calidad del orador, añadió: en todas partes se acomoda la elocuencia al caracter de la nacion. Los Griegos de Caria, de Misia y de Frigia, son rudos todavía, y parece que no conocen otro mérito que el lujo de los sátrapas, á quienes están sujetos. Sus oradores declaman con entonaciones forzadas, unas arengas sobrecargadas de una abundancia fastidiosa. Los Esparciatas, con costumbres severas y un juicio sano, miran con profunda indiferencia toda especie de fausto; no dicen mas que una palabra, y esta suele contener un tratado de moral ó de política.

Oiga un extranjero á nuestros mejores oradores, lea á nuestros mas excelentes escritores, y al punto juzgará que se halla en medio de una nacion civilizada, ilustrada, sensible, llena de ingenio y de gusto: hallará en todos el mismo anhelo, por descubrir las bellezas convenientes á cada materia, y la misma sabiduria en distribuir las; hallará casi siempre estas calidades apreciables, realizadas con ciertos rasgos que

despiertan la atencion, y con gracias picantes, que engalanan la razon.

¡Cuánto se maravillará de oír aun en las obras en que reina la mayor sencillez, una lengua que se equivoca fácilmente con el lenguaje mas comun, aunque dista infinito de él! ¡Cuánto al descubrir aquellos atractivos arrebatadores, que no echará de ver, sino despues de haber intentado en vano trasladarlos á sus escritos!

Yo le pregunté, que cual era el autor que proponia por modelo de estilo. Ninguno en particular, me respondió, y todos en general. No cito á ninguno en particular, porque dos de nuestros escritores que mas se acercan á la perfeccion, como son Platon y Demóstenes, pecan algunas veces, uno por exceso de ornato, otro por falta de nobleza. Digo, que todos en general, porque meditándolos, comparando unos con otros, no solamente se aprende á dar colorido á la diction, sino tambien se adquiere aquel gusto exquisito y puro, que dirige y juzga las producciones del entendimiento: sentimiento rápido, y tan general entre nosotros, que pudiera tenerse por el instinto de la nacion.

Vos sabeis en efecto con cuanto desprecio desecha todo lo que en un discurso está falto de correccion y elegancia; con qué prontitud repara, en las juntas, en una expresion impropia, ó una entonacion falsa; quanto trabajan nuestros

oradores para contentar unos oídos tan delicados y severos. Los oídos, dije yo, se escandalizan cuando los oradores faltan á la armonía, pero no cuando ofenden á la decencia. ¿No se les oye cada día decirse reprensiones sangrientas, é injurias sucias y groseras? ¿De qué medios se valen algunos para excitar la admiración, si no es del uso frecuente de los hipérbolos, del oropel de la antítesis y demás fausto oratorio, de la acción y de las voces de enérgimenos?

Euclides respondió, que los buenos ingenios desaprobaban semejantes excesos. ¿Pero los desaprueba la nación? le repliqué. ¿No prefiere todos los años en el teatro unas piezas detestables á otras excelentes? Un aplauso pasajero, y logrado por sorpresa ó por arte, me respondió, no asegura la reputación de un autor. Una prueba, le repliqué, de que no es general entre vosotros el buen gusto, es, que todavía teneis escritores malos: uno siguiendo á Gorgias, derrama con profusión en su prosa, todas las riquezas de la poesía: otro entabla, redondea, escuadra, alarga unos periodos, cuyo principio se olvida antes de llegar al fin: otros usan tal afectación, que llega á la ridiculez; testigo el que teniendo que hablar de un centauro, le llamó hombre á caballo sobre si mismo.

Estos autores, me dijo Euclides, son como los abusos, pues se introducen en todo; y sus

triumfos como los sueños, pues no dejan mas que cierto disgusto. A ellos, y sus admiradores los excluyo de esta nación, cuyo gusto alabo, y está compuesta solamente de ciudadanos ilustrados. Estos son los que tarde ó temprano fijan las decisiones de la muchedumbre; y confesareis que son mas numerosos entre nosotros que en otras partes.

A mí me parece que la elocuencia ha llegado á su mas alto periodo. ¿Cuál será en adelante su destino? Fácil es preverlo, le respondi; se debilitará si os subyuga alguna nación poderosa; y se aniquilará si os domina la filosofía. Mas por fortuna, estais libres de este último peligro. Euclides descubrió mi intención, y me rogó que me explicase. Lo haré así, le dije, con condición de que me disimuleis mis paradojas, y mis yerros.

Yo entiendo por filosofía la razón sumamente ilustrada. Decidme si las ilusiones que se han introducido en el lenguaje, igualmente que en nuestras pasiones, no se desvanecerian á su vista como las fautasmas y las sombras al nacer el día.

Tomemos por juez á uno de aquellos Genios que habitan en las celestiales esferas, y solo se alimentan de verdades puras. Supongamos que está entre nosotros, que pongo delante de sus ojos un discurso sobre la moral, que aplaude la

solidez de los principios, la claridad de las ideas, la fuerza de las pruebas, y la propiedad de los términos. En medio de esto, le digo: este discurso no agrada, si no se pone en la lengua de los oradores; y así es preciso simetrizar los miembros de este periodo, y dislocar esta palabra en este otro, para que resulten sonidos agradables. No siempre me he explicado con este rigor, pues los asistentes no me perdonarán el haber desconfiado de su inteligencia. Este estilo es demasiado sencillo, y hubiera debido realzarlo con rasgos luminosos. ¿Qué son esos rasgos luminosos? pregunta el Genio.—Son los hipérbolos, las comparaciones, las metáforas, y otras figuras que sirven para poner las cosas mucho mas allá, ó mucho mas acá de su valor.

Bien veo que este language os causa novedad; pero nosotros los hombres somos tales, que aun para defender la verdad nos es preciso usar de la mentira. Voy á citaros algunas de estas figuras, tomadas, por la mayor parte, de los escritos de los poetas, en donde están diseñadas en grande, y desde donde algunos oradores las trasladan á la prosa. Las citaré como adorno de un elogio que empiece así:

Voy á hacer para siempre célebre entre los hombres, el nombre de mi heroe. Deteneos, dirá el Genio: ¿podréis asegurar que vuestra obra la conocerán y aplaudirán en todos los lugares, y

en todos los tiempos? No, le respondo; pero esta es una figura. *Sus abuelos, que fueron el ojo de Sicilia, se establecieron cerca del Etna, columna del cielo.* Yo oigo que el Genio dice en voz baja: ¡el cielo apoyado en una pequeña roca de este globulito que se llama tierra! ¿qué extravagancia! *Manan de sus labios palabras mas dulces que la miel; y caen sin interrupcion como los copos de nieve que caen en el campo.* ¿Qué tienen que ver las palabras con la miel y la nieve, dirá el Genio? *Ha cogido la flor de la música, y su lira apaga el rayo abrasador.* El Genio me mira con asombro, y yo continuo: *tiene la perspicacia y la prudencia de Júpiter, el aspecto terrible de Marte, y la fuerza de Neptuno; el número de bellezas que ha conquistado, iguala al número de las hojas de los árboles, y al de las olas que vienen sucesivamente á espirar á las orillas del mar.* Al oír estas palabras desaparece el Genio, y huye á la mansion de la luz.

Aunque se os puede censurar, dijo Euclides, el haber amontonado muchas figuras en un elogio, conozco que nuestras exageraciones falsifican nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, y que irritarian á quien no estuviera acostumbrado á ellas. Pero es de esperar que nuestra razon no quede en una eterna infancia. No os lisonjéis de eso, le repliqué; el hombre no guardaria proporcion con lo demas de la na-

turaliza; si llegase á adquirir las perfecciones de que se le cree susceptible.

Suponed que nuestros sentidos llegasen á ser infinitamente finos, la lengua no podria sufrir la impresion de la leche y de la miel, ni la mano apoyarse sobre un cuerpo sin lastimarse: el olor de la rosa nos causaria convulsiones: el menor ruido aturdiria nuestros oidos; y nuestros ojos descubririan arrugas profundas en el tejido del mas hermoso cutis. Lo mismo sucederia con las calidades del alma: dadle la vista mas penetrante, y la exactitud mas rigurosa; y la vereis irritarse con la inaptitud y falsedad de los signos que representan nuestras ideas. Es verdad que ella se formaria otra lengua; ¿pero qué seria la de las pasiones, y que serian las pasiones mismas, bajo el imperio absoluto de una razon tan pura y tan austera? Se apagarian del mismo modo que la imaginacion, y el hombre no seria el mismo.

En el estado en que hoy se halla el hombre, cuanto sale de su entendimiento, de su corazon, y de sus manos, anuncia insuficiencia y necesidades. Encerrado en limites estrechos, le castiga con rigor la naturaleza, cuando quiere traspasarlos. Creéis que con civilizarse ha dado un paso largo hácia la perfeccion; ¿y qué ha ganado? El sustituir en el orden general de la sociedad, las leyes hechas por los hombres, en lugar de

las leyes naturales, obra de los dioses; en las costumbres, la hipocresia, en lugar de la virtud; en los placeres, la ilusion, en lugar de la realidad; en la urbanidad, los modales, en lugar de los afectos. Sus inclinaciones, de tal manera se han pervertido á fuerza de depurarlas, que se ve obligado á preferir en las artes, las agradables á las útiles; en la elocuencia, el mérito del estilo al de los pensamientos; y en todo, el artificio á la verdad. Me atrevo á decirlo; los pueblos ilustrados no son superiores á nosotros, sino en haber perfeccionado el arte de fingir, y el secreto de poner una máscara sobre todos los rostros.

Por todo lo que me habeis dicho, veo que no es otro el fin que se propone la retórica; y que no llega á él sino aplicando á las palabras, tonos y colores agradables. Así, lejos de estudiar sus preceptos, me atendré, como hasta aquí, á la reflexion que me hizo Aristóteles. Le pregunté yo que en qué se conocia una buena obra; y me respondió: en que no se le puede añadir ni quitar cosa alguna.

Despues de haber controvertido con Euclides estas ideas, salimos, dirigiendo nuestro paseo hácia el Liceo. En el camino me enseñó una carta, que acababa de recibir de la muger de uno de sus amigos, y cuya ortografia me pareció defectuosa: algunas veces ponia la *i* en lugar de *e*,

la z por d. Siempre he extrañado, le dije, este descuido de los Atenenses. Escriben, me respondió, como hablan, y como se hablaba antiguamente. Segun eso, le dije yo, ha habido mudanzas en la pronunciacion. Y grandisimas, añadió Euclides; por ejemplo, antiguamente se decia *himéra* (dia); despues se ha dicho *héméra*, con la primera *é* cerrada, despues *héméra* con la misma *é* abierta.

El uso, para hacer algunas palabras mas sonoras ó magestuosas, quita ó pone letras, y con esta continuacion de alteraciones, quita toda esperanza del acierto á los que intentasen subir al origen de la lengua. Hace mas todavía; y es que condena al olvido ciertas expresiones que se usaban en otro tiempo, y quizá convendria renovar.

Al entrar en el primer patio del Liceo, oimos unos gritos penetrantes, que salian de una de las salas del gimnasio. El retórico Leon, y el sofista Pitodoro, se habian empeñado en una disputa muy viva. Nos costó trabajo abrimos paso por entre la muchedumbre. Acercaos, nos dijo el primero; ved ahí á Pitodoro que defiende, que su arte no es diferente de la mia, y que el objeto de ambas es engañar á los que nos oyen. ¿Qué pretension en un hombre, que debiera avergonzarse de llevar el nombre de sofista!

Este nombre, replicó Pitodoro, era honroso

en otro tiempo, y con él se adornaban todos cuantos desde Solon hasta Pericles dedicaron el tiempo al estudio de la sabiduria; porque en realidad no significa otra cosa. Queriendo Platon ridiculizar á algunos de los que abusaban de él, consiguió hacerle despreciable entre sus discipulos. Sin embargo, yo veo todos los dias que lo dan á Sócrates, á quien sin duda respetais; y al orador Antifon, á quien parece estimais. Pero no se trata aqui de un titulo vano; y asi lo renuncio en vuestra presencia, y sin mas interés que el de la verdad, sin mas luces que las de la razon, voy á probaros que el retórico y el sofista usan de los mismos medios para llegar al mismo fin.

Me cuesta mucho contener mi indignacion, replicó Leon. ¿Qué! unos viles mercenarios, artesanos de palabras, que habitúan á sus discipulos á armarse de equívocos y sofismas, á defender igualmente el pro y el contra, ¿os atreveis á compararlos con los hombres respetables que enseñan á defender la causa de la inocencia en los tribunales, la del Estado en el congreso general, la de la virtud en los discursos que acostumbran á consagrarla? Yo no comparo los hombres, dijo Pitodoro; solamente hablo del arte que profesan. Pronto veremos si esos hombres respetables, no son mas temibles, que los sofistas mas perniciosos.

¿No convenis en que vuestros discipulos y los mios, cuidando poco de llegar á la verdad, se paran por lo comun en la verosimilitud? — Si; pero los primeros fundan sus racionios en grandes probabilidades, y los segundos en apariencias frivolas. — ¿Y qué entendeis por lo probable? — Lo que parece tal á todos los hombres, ó á los mas de ellos. — Cuidado con vuestra respuesta; porque de ella se seguiria, que esos sofistas que ganaban los votos de la nacion con su elocuencia, no sostenian mas que proposiciones probables. — Ellos no deslumbraban mas que á la muchedumbre: los sabios se libraban de la ilusion.

Luego es preciso atenerse al tribunal de los sabios, dijo Pitodoro, para saber si una cosa es probable ó no lo es. — Sin duda, respondió Leon; y añado á mi definicion, que en ciertos casos se debe mirar como probable, lo que está reconocido por tal por el mayor número de sabios, ó á lo menos por los mas ilustrados de ellos. ¿Estais contento? — Luego sucede algunas veces que es tan dificil conocer lo probable, que se oculta aun á la mayor parte de los sabios, y no pueden descubrirlo sino los mas ilustrados. — En hora buena. — ¿Y cuando estais vacilante sobre la realidad de estas verosimilitudes, imperceptibles casi á todos, vais á consultar con ese corto número de sabios? — No; sino que me

atengo á lo que pienso, porque presumo la decision de ellos. ¿Pero qué pretendéis inferir de esas enfadosas sutilezas?

Vedlo aquí, dijo Pitodoro: que no escrupulizais seguir una opinion, que habeis hecho probable por vuestra propia autoridad; y que las verosimilitudes falaces bastan para determinar al orador como al sofista. — Pero el primero va de buena fe, y el segundo no. — Entonces no se diferenciarán sino en la intencion; y esto es en efecto lo que han confesado algunos escritores filósofos: mas tambien quiero privaros de esta ventaja.

Acusais á los sofistas, de que defienden el pro y el contra; pues yo os pregunto, si la retórica no da reglas como la dialéctica para defender bien dos opiniones contrarias. — Convengo en ello, pero se aconseja al discípulo que no abuse de este medio, solo que debe conocerlo para no caer en los lazos que podria ponerle un enemigo diestro. — Es decir, que despues de haber puesto en las manos de un joven un puñal y una espada, se le dice: cuando os veais acosado por el enemigo, y os instiguen fuertemente el interes, la ambicion y la venganza, usad de uno de estos instrumentos, y no os valgais del otro, aun cuando hubiese de daros la victoria. Yo admiraria esta moderacion, mas para cerciorarnos de si puede ejercerla en realidad, vamos á seguirle

en el combate, ó mas bien permitid que os lleve á él yo mismo.

Supongamos, que estais encargado de acusar á un hombre, cuyo delito no está probado, y séame lícito recordaros las lecciones que los maestros dan todos los dias á sus discípulos, yo os diria: vuestro primer objeto es persuadir; y para persuadir es necesario mover. Teneis ingenio y talentos; gozais de grande reputacion: saquemos partido de estas ventajas, que ya han preparado la confianza; la aumentareis sembrando en el exordio y en el cuerpo del discurso, máximas de justicia y de probidad; pero sobre todo, lisonjeando á vuestros jueces, cuyas luces y equidad cuidareis de ensalzar. No olvideis los votos del congreso, que no os será difícil lograrlos. No hay cosa mas facil, decia Sócrates, que alabar á los Atenienses en medio de Atenas; acomodaos al gusto de ellos, y haced pasar por honesto todo lo que honran.

Segun lo exija vuestra causa, comparad las calidades de las dos partes, con las calidades buenas ó malas que se les aproximan; manifestad á la luz del medio dia el mérito real ó imaginario del sugeto de quien hablais; disculpad sus defectos, ó mas bien direis que son exceso de virtud: trasformad la insolencia en grandeza de alma, la temeridad en valentia, la prodi-

galidad en liberalidad, los denuestos de la ira en expresiones de franqueza; con esto deslumbrareis á los jueces.

Como el privilegio mas precioso de la retórica es hermohear y desfigurar, engrandecer y achicar todos los objetos, no tengais reparo en pintar á vuestro adversario con los mas negros colores; mojad vuestra pluma en la hiel; tened cuidado de agravar sus mas leves faltas, de emponzoñar sus mas bellas acciones, y esparcir sombras sobre su caracter. Si es circunspecto y prudente, direis que es sospechoso y capaz de traicion.

Algunos oradores coronan la victima antes de derribarla á sus pies: empiezan elogiando la parte contraria, y luego que han alejado de sí toda sospecha de mala fe, meten el puñal hasta el corazon á su placer. Si os detiene lo exquisito de esta maldad, pondré en vuestras manos otra arma igualmente temible. Cuando os veais abrumado con el peso de las razones de vuestro contrario, en lugar de responderle, le ridiculizareis, y leereis su vencimiento en los ojos de los jueces. Si no ha hecho mas que aconsejar la injusticia, defended que es mas culpable que si la hubiera cometido; si solamente ha seguido los consejos de otro, sostened que la ejecucion es mas criminal que el consejo. Esto es lo que yo he visto practicar no hace mucho tiempo

á uno de nuestros oradores *, encargado de dos causas diferentes.

Si teneis en contra las leyes escritas, recurrid á la natural, y haced ver que es mas justa que las leyes escritas. Si estas os favorecen, representad vivamente á los jueces, que por ningun pretexto, les es permitido dispensarse de guardarlas.

Acaso vuestro contrario, confesando su yerro, pretenderá que cayó en él por ignorancia ó por casualidad: defended que fué con designio premeditado. ¿Ofrece el juramento por prueba de su inocencia? Decid, sin titubear, que su intencion no es otra que sustraerse por medio del perjurio á la justicia que le aguarda. ¿Proponeis por vuestra parte confirmar con juramento lo que acabáis de decir? Afirmad que no hay cosa mas religiosa ni mas noble, que poner uno sus intereses en manos de los dioses.

Si no teneis testigos, tratad de disminuir la fuerza de este medio: si los teneis, no olvidéis nada para darle valor.

Si os es ventajoso poner en el tormento los esclavos de la parte contraria, decid que esta es la prueba de mayor fuerza. Si no os acomoda que esto se haga con los vuestros, decid

* Leódamas, acusando al orador Calistrato, y despues al general Cabrias.

que es la mas incierta y peligrosa de todas.

Estos medios facilitan la victoria; pero es necesario asegurarla: durante la accion, perded antes de vista vuestra causa que vuestros jueces: sin aterrarlos, no triunfareis de vuestro contrario. Llenadlos de interes y compasion en favor de vuestra parte; el dolor ha de estar pintado en vuestros ojos, y en los acentos de vuestra voz. Si vierten una lágrima, si veis vacilar la balanza en sus manos, echaos sobre ellos con todo el furor de la elocuencia, asociad sus pasiones á las vuestras, excítad contra vuestro enemigo su desprecio, su indignacion, su ira; y si es distinguido por sus empleos y por sus riquezas, excítad tambien su envidia, y dejad lo demas al odio que la sigue de cerca.

Todos estos preceptos, ó Leon, son otros tantos capitulos de acusacion contra el arte que profesais. Juzgad de los efectos que producen por la respuesta horrorosa de un famoso abogado de Bizancio, á quien yo preguntaba poco hace lo que ordenaban las leyes de su pais en ciertos casos. Lo que yo quiero, me respondió.

Leon queria imputar solo á los oradores, lo que Pitodoro censuraba en la retórica. ¡Ah! no, replicó este último enardecido: aquí se habla de los abusos inherentes á este arte funesto: yo refirió lo que se halla en todos los tratados de

retórica, lo que practican todos los dias los autores mas acreditados, lo que los maestros mas ilustrados nos mandan practicar, y lo que vos y yo aprendimos en nuestra infancia.

Entremos en los lugares donde se pretende iniciar á la juventud en el arte de la oratoria, como si se tratase de adiestrar histriones, tramoyistas y atletas. Ved con qué importancia les dirigen las miradas, la voz, la actitud y la accion; con qué trabajo tan penoso les enseñan unas veces á moler los colores falsos, con que deben iluminar su language; otras á hacer una mezcla pèrfida de la traición y de la fuerza. ¡Cuántas imposturas! ¡cuánta barbarie! ¿Son estos los ornamentos de la elocuencia? ¿Es este el séquito de la inocencia y de la verdad? Cuando yo me creía en su asilo, me hallo en una horrible guarida, en donde se destilan los venenos mas sutiles, y se forjan las armas mas mortíferas; y lo mas extraño es, que estas armas y estos venenos se venden con la salvaguardia del gobierno, y que la admiracion y el crédito son la recompensa de los que hacen de ellos el uso mas cruel.

Yo no pretendo extraer el veneno que está oculto en casi todas las lecciones de nuestros retóricos. Pero decidme, ¿qué viene á ser ese principio de que he hablado ya, sobre el cual se funda el edificio de la retórica; á saber, que

es preciso mover á los jueces? ¡Justo cielo, y por qué mover á los que si lo estuviesen se les deberia calmar! ¡A los que nunca tuvieron tanta necesidad del sosiego de los sentidos y de la razon! ¡Cuando está reconocido en todo el mundo, que las pasiones pervierten el juicio, y mudan á nuestros ojos la naturaleza de las cosas, se prescribe al orador conmover las pasiones en su alma, en las de sus oyentes, en las de sus jueces; y hay vergüenza para sostener, que de tantos movimientos impetuosos y desordenados, puede resultar una decision equitativa!

Vamos á los sitios donde se controvierten los grandes intereses del Estado. ¿Qué veremos? Relámpagos y rayos, que salen de lo alto de la tribuna para encender las pasiones violentas, y producir estragos terribles; un pueblo mentecato, que viene en busca de las alabanzas que le insolentan, y de los movimientos arrebataados que le hacen injusto; unos oradores que nos advierten continuamente que nos cautelemos de la elocuencia de sus contrarios; Tan peligrosa debe de ser esta elocuencia! Entre tanto nos gobierna ella sola, y el Estado va perdido.

Otro género hay que cultivan ciertos oradores, cuyo mérito consiste en labrar mentiras irritantes é hipérbolas excesivos para celebrar á unos hombres ordinarios, y á veces desprecia-

bles. Cuando se introdujo esta especie de adulacion, debió la virtud despreciar los elogios de los hombres. Pero yo no hablaré de estas viles producciones: tengan valor para alabarlas ó reprehenderlas los que le tienen para leerlas.

De aqui se sigue, que la justicia está continuamente ultrajada en su santuario, el Estado en las juntas generales, y la verdad en los panegiricos y oraciones fúnebres. Ciertamente tienen razon los que dicen que la retórica se ha perfeccionado en este siglo; porque yo desafio á los siglos venideros á añadir un grado de atrocidad á su perversidad.

A estas palabras un ateniense, que hacia tiempo se estaba preparando para arengar algun dia al pueblo, dijo con una sonrisa desdeñosa: ¡con que Pitodoro reprueba la elocuencia! No, respondió él; lo que repruebo es esa retórica, que trae necesariamente consigo el abuso de la elocuencia. Sin duda tendreis vuestras razones, replicó el primero, para proscribir las gracias del language. Sin embargo, siempre se ha dicho y se dirá, que la principal atencion del orador debe ser insinuarse en los oyentes, lisonjeando sus oidos. Y yo lo diré tambien, respondió Pitodoro, ó por decirlo mejor, la razon y la probidad responderán siempre que la facultad mas bella, la única obligacion del orador, es ilustrar á los jueces.

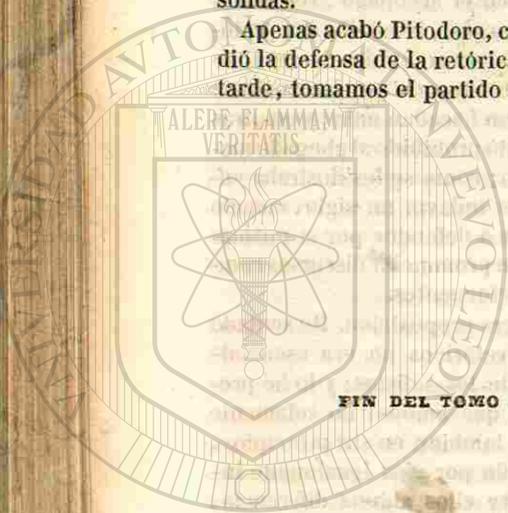
¿Y cómo quereis que los illustren, dijo con impaciencia otro ateniense, que debia á la maña de los abogados el haber ganado muchos pleitos? Como se les ilustra en el areopago, respondió Pitodoro, donde el orador, inmovil y sin pasiones, se contenta con exponer los hechos, lo mas sencilla y secamente que puede: como se les ilustra en Creta, en Lacedemonia, y en otras repúblicas, donde está prohibido al abogado mover á los que le oyen; como se les ilustraba entre nosotros no hace todavía un siglo, cuando las partes, obligadas á defender por si mismas sus causas, no podian pronunciar discursos compuestos por plumas elocuentes.

Vuelvo á mi primera proposicion. He sentado que el arte de los retóricos no era esencialmente distinto del de los sofistas; y lo he probado haciendo ver, que ambos, no solamente en sus efectos, sino tambien en sus principios, caminan al mismo fin por vias igualmente insidiosas. Si hay entre ellos alguna diferencia, consiste en que el orador se propone excitar nuestras pasiones, y el sofista calmarlas.

Por último, veo á Leon pronto á embestirme con el aparato pomposo y amenazador de la retórica. Yo le suplico que se ciña á la cuestion, y que considere, que los tiros que me dirija, recaerán al mismo tiempo sobre muchos filósofos excelentes. En efecto, hubiera

podido citar en mi favor el testimonio de Platon y de Aristóteles; pero son inútiles tan grandes autoridades, cuando se pueden dar razones tan sólidas.

Apenas acabó Pitodoro, cuando Leon emprendió la defensa de la retórica; mas como era ya tarde, tomamos el partido de retirarnos.



FIN DEL TOMO CUARTO.

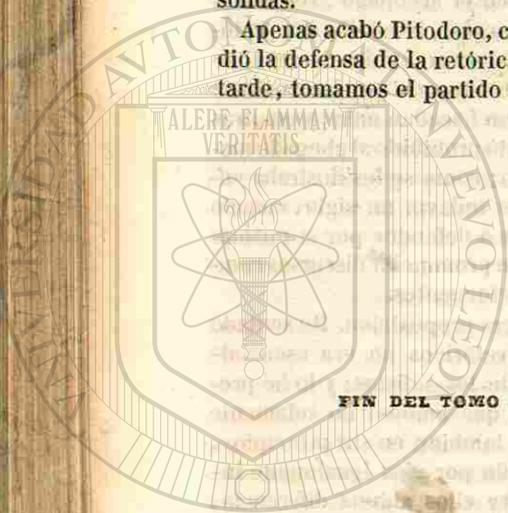
INDICE

DEL TOMO CUARTO.

CAP. XXXIX. Continuacion del viage á la Elide.	
Xenofonte en Escilonte.	4
CAP. XL. Viage á Mesenia.	21
CAP. XLI. Viage á Laconia.	61
CAP. XLII. De los habitantes de Laconia.	85
CAP. XLIII. Ideas generales sobre la legislación de Licurgo.	94
CAP. XLIV. Vida de Licurgo.	140

podido citar en mi favor el testimonio de Platon y de Aristóteles; pero son inútiles tan grandes autoridades, cuando se pueden dar razones tan sólidas.

Apenas acabó Pitodoro, cuando Leon emprendió la defensa de la retórica; mas como era ya tarde, tomamos el partido de retirarnos.



FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE

DEL TOMO CUARTO.

CAP. XXXIX. Continuacion del viage á la Elide.	
Xenofonte en Escilonte.	4
CAP. XL. Viage á Mesenia.	21
CAP. XLI. Viage á Laconia.	61
CAP. XLII. De los habitantes de Laconia.	85
CAP. XLIII. Ideas generales sobre la legislación de Licurgo.	94
CAP. XLIV. Vida de Licurgo.	140

CAP. XLV. Del gobierno de Lacedemonia.	419
CAP. XLVI. De las leyes de Lacedemonia.	442
CAP. XLVII. De la educacion y matrimonios de los Esparciatas.	454
CAP. XLVIII. De los usos y costumbres de los Esparciatas.	475
CAP. XLIX. De la religion y fiestas de los Esparciatas.	199
CAP. L. Del servicio militar entre los Esparciatas.	206
CAP. LI. Apología de las leyes de Licurgo : causas de su decadencia.	220
CAP. LII. Viage á la Arcadia.	250
CAP. LIII. Viage á la Argólide.	280
CAP. LIV. República de Platon.	309
CAP. LV. Del comercio de los Atenienses.	339
CAP. LVI. De los impuestos y rentas entre los Atenienses.	350
CAP. LVII. Continuacion de la biblioteca de un ateniense. La lógica.	362
CAP. LVIII. Continúa la biblioteca. La retórica.	382

FIN DEL INDICE.

IMPRESA Y FUNDERIA DE EVERAT,
CALLE DEL CADRANTE 16.

LIBRERIA DE ROSA; 22, CALLE HAUTEVILLE.

Obras recién publicadas.

ARTE DE AMAR, por OVIDIO, aumentado con un diccionario mitológico. 4 vol. en 32, con láminas.	5 fr.
AMINTA (el) del TASSO, á que se añaden las Eglogas de Melendez Valdes. 4 vol. en 32, con lám.	4
CATECISMO HISTORICO, por FLEURY. 4 vol. en 48, con lám.	4
DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL, por BOSSUET. 2 vol. en 42.	12
JOSÉ, por BITAUBÉ. 2 vol. en 48, con lám.	10
NUEVA MISCELANEA, por M. DE LA MENNAIS. 4 vol. en 42.	5
PALABRAS DE UN CREYENTE, por M. DE LA MENNAIS, traduccion hecha sobre la octava edicion y aumentada con un apéndice sobre la libertad y el absolutismo. 4 vol. en 42.	6
PIÉ (el) DE FRASQUITA. 2 vol. en 48.	8
SUMARIO DE LAS HISTORIAS ECLESIASTICA Y DE ESPAÑA en verso, por el P. J. Fr. de Isla. 4 vol. en 48.	5
POESIAS DE J. B. DE ARRIAZA, edicion muy completa con 6 hermosas láminas, papel vitela. 2 vol. en 42.	20
OCTAVARIOS para uso de Clérigos. 6 vol. en 48 con láminas.	56
(Se vende por separado la <i>Semana santa</i> . 4 vol. en 48, láminas.)	7
ENSAYO SOBRE LA INDIFERENCIA EN MATERIA DE RELIGION, por M. DE LA MENNAIS, con la DEFENSA de esta obra, por el mismo autor. 7 vol. en 42, con un hermoso retrato.	60

- VIAGE (el) DEL JOVEN ANACARSIS A LA GRECIA, por J. J. BARTHELEMY. 7 vol. en 42, gruesos, con 16 láminas, 8 planes y un mapa general de Grecia; edicion revista, corregida y aumentada con un indice alfabético de geografia comparada. 70 fr.
- JESUCRISTO EN PRESENCIA DEL SIGLO, ó nuevos argumentos, tomados de las ciencias, en favor del catolicismo. 2 vol. in-42. 12

En prensa par salir á luz en el año.

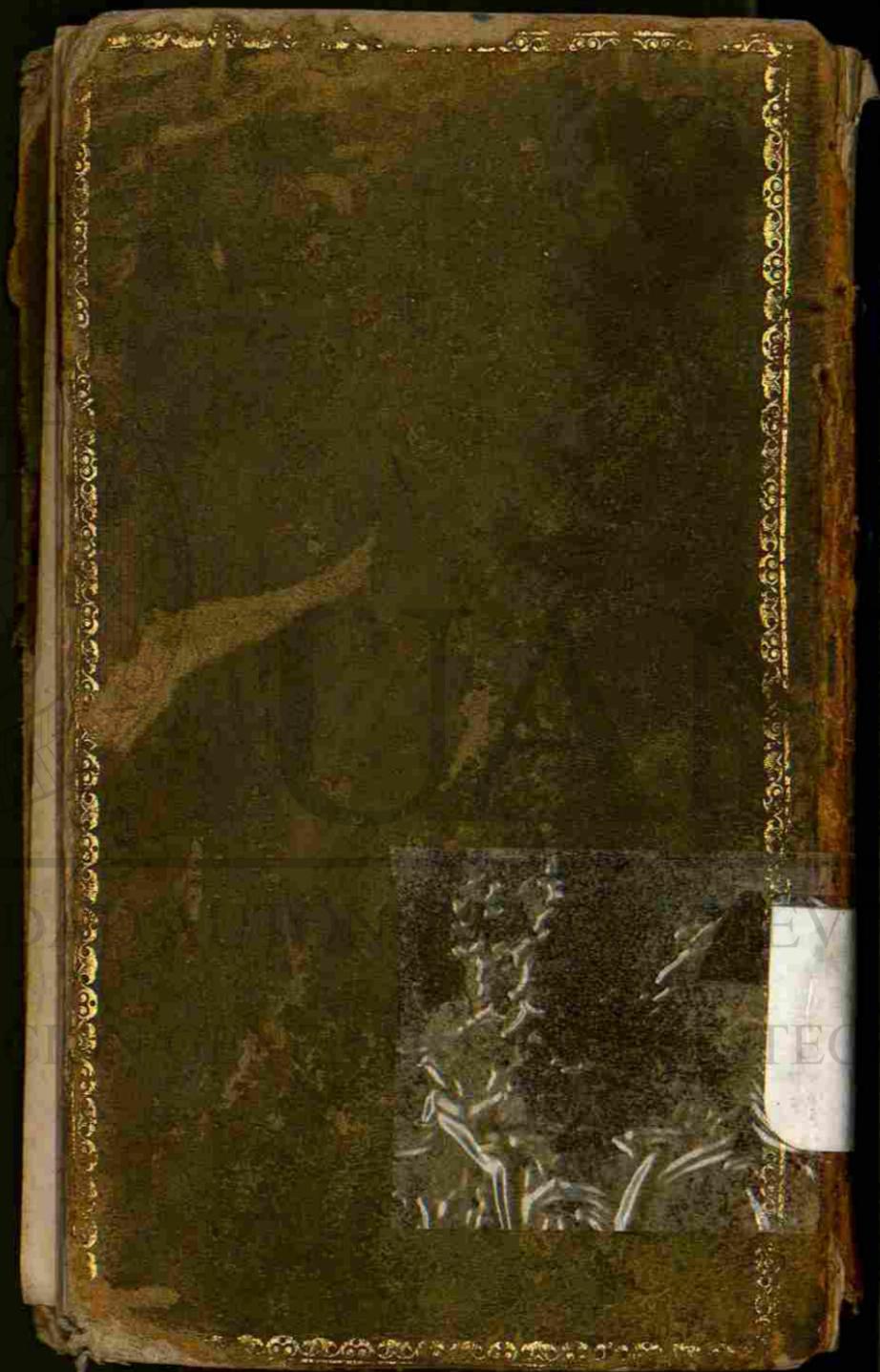
- DIA (el) DE SAN VALENTIN, ó la linda doncella de Perth, novela por sir WALTER SCOTT. 4 vol. en 42. 24
- ORACIONES ESCOGIDAS DE CICERON, traducidas al castellano, por D. R. DE OVIEDO, en latin y castellano. 2 vol. en 12. 42
- VIAGE A AMÉRICA, por CHATEAUBRIAND. 4 vol. en 42. 60
- WOODSTOCK, por sir WALTER SCOTT. 4 vol. en 42. 24
- ULTIMO (el) DE LOS MOHICANES, por COOPER. 4 vol. en 18. 20
- PLANTADORES (los), por COOPER. 5 vol. en 18. 45
- PRADERA (la), por COOPER. 3 vol. en 18. 45
- PILOTO (el), por COOPER. 5 vol. en 18. 45
- BRAYO (el), por COOPER. 3 vol. en 18. 45

Paris. Abril de 1833.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA Y FUNDERÍA DE EVERAT,
CALLE DEL CADÁVER 15



EV
TEC